
Una vez en la vida, ¿tal vez dos?
Alison Rose Greenberg
VeRa



Una novela de segundas oportunidades que define a la perfección cómo llegar a conocerse a una misma a través del paso de los años y cómo encontrar tu propio camino.

¿Quién no ha dicho «Si a los 35 seguimos los dos solteros, deberíamos casarnos»? Porque Maggie Vine se lo preguntó a dos personas diferentes, en dos etapas muy diferentes de su vida. Y ambos aparecieron.

A los 35 años, Maggie Vine está persiguiendo sus sueños de ser cantante y madre, aunque sin éxito. Entonces, cuando Garrett Scholl (un sofocado inversor durante el día, pero electrizante aspirante a cantante de rock por la noche) llega a su fiesta de cumpleaños número 35 con la intención de besar a Maggie hasta dejarla sin sentido, es como si la pieza que faltara del puzle por fin encajase en su sitio. Excepto que él está comprometido con otra persona y Maggie sabe que no encajará con el estilo de vida que él quiere.

Aquí es donde entra en escena Asher Reyes: su primer novio del campamento de verano, ahora un actor de gran éxito al que le gusta mantener su vida privada fuera de los focos. Cuando a Maggie se le presenta una oportunidad de alcanzar el éxito después de su reconexión con Asher, siente que todo (la música, el amor, la familia) por fin encaja. Pero su pasado no le permitirá seguir adelante sin luchar.

ALISON ROSE GREENBERG es guionista y autora de novelas románticas. Nació en Nueva York y vive en Atlanta. Mientras estudiaba en la Universidad del Sur de California, asistió a su primera clase de escritura de guion y se enamoró de ese arte, lo que la llevó a trabajar en *marketing*, hasta que volvió a su primer amor: las comedias románticas. Alison habla con fluidez el idioma del amor, vive para los dramas de los noventa, llora con Taylor Swift y es una madre soltera orgullosa de sus dos increíbles hijos, de dos gatos y de un perro mal entrenado.

Síguela en:
alison.greenberg
@alisongreenberg

Traducción: Mariángel Mauri

Una vez en la vida, ¿tal vez dos?

Alison Rose Greenberg

Ve Ra

A mis padres.

Tengo la inmensa suerte de teneros como mis piedras angulares. Gracias por creer siempre en mí y, por favor, no leáis las escenas de sexo.

Un rayo te alcanza una vez en la vida, o dos.
—STEVIE NICKS

Prólogo
TREINTA

ME MOVÍ EN EL TABURETE, MIRANDO CON OJOS EXTRAVIADOS a Summer, mi mejor amiga, pasar como flotando frente al cartel de neón de salida, con unos tacones de diez centímetros que apenas tocaban el suelo y un abrigo de seda color malva que se contoneaba detrás de su figura de modelo. Summer caminaba como rozando la superficie de la tierra, como una superheroína preciosa y refinada con la misión espontánea de hacer girar todas las cabezas.

Fue entonces, cuando clavé los dedos en la barra del bar y exhalé con todo el cuerpo, que me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración toda la noche. Por suerte, solo quedaba otra persona a la que engañar esa noche en aquel antro mugriento de Nolita. Garrett Scholl y yo éramos los dos últimos clientes, sentados lado a lado en unos taburetes que rechinaban mientras el camarero reponía botellas de vodka barato. Los lunes por la noche siempre habían sido *nuestra* noche, pero hoy me había visto obligada a compartirlo con otras personas. Es lo que pasa cuando cumples treinta: tus amigos quieren agasajarte. *Malditos egoístas.*

Garrett se giró en su asiento, con un ojo puesto en mi expresión ausente y el otro en el dardo que sujetaba entre sus dedos.

—¿Qué gano si doy en el blanco?

Miré la diana, colgada a unos metros, al otro lado del bar. Aunque siempre perdía jugando a los dardos contra Garrett, acertar en el blanco esta vez era como marcar un gol desde más de cincuenta metros. Imposible.

Por eso le dije:

—Te regalo… una verdad.

Garrett me sonrió. Su mandíbula cuadrada, sus ojos azules como el océano y ese rostro perfectamente afeitado me derritieron. Apoyé la barbilla en la palma de la mano para que no se me cayera la baba. Garrett apuntó a la diana con los ojos entornados y flexionando la muñeca de arriba abajo.

—¿Qué verdad? Pensaba que ya conocía todas las verdades de Maggie May.

Sentí una punzada en el corazón al recordar que no era exactamente así. Esa noche había

hecho lo imposible para aparentar que quería celebrar mi existencia. Abracé con efusividad a un amigo tras otro y sonreí hasta que se me entumecieron las mejillas, hasta que me dolió todo el cuerpo. Pasarte toda la noche pensando en tu edad cuando te acaban de robar el futuro le hace eso a una mujer.

Garrett clavó la vista en la diana y, con suma precisión, lanzó el dardo, que recorrió el bar como si estuviera atado a una cuerda y fue a parar directamente al centro.

—Mierda —dije, negando con la cabeza.

Giró hacia mí con el puño alzado, saboreando la victoria hasta el último gramo, mientras en su boca se dibujaba una sonrisa tímida que me hizo olvidar el dolor en el pecho. La personalidad de Garrett era un agradable rayo de sol, envuelto en el corazón de un melómano, envuelto en el cuerpo de un dios griego. Nadie era capaz de iluminar una noche oscura como él, con una sonrisa que le infundía esperanza a mi corazón destrozado.

Hizo tamborilear los dedos contra la barra.

—Ha llegado la hora de la verdad, Maggie May.

Inspiré hondo y el olor a cerveza rancia y a productos de limpieza me recorrió los pulmones como un abrazo cálido. Me había pasado la primera mitad de la veintena haciendo música en bares diminutos como este, y hasta había trabajado detrás de la barra algunas noches.

—Vamos, cuéntame algo bueno —me dijo.

Me mordí el labio inferior, un hábito nervioso que tenía de niña. En aquellos años, los monstruos de mis compañeros de cuarto decían que mis labios eran «demasiado agresivos» para mi rostro aniñado, así que, naturalmente, empezaron a llamarme «cara de pez». No dejé de renegar de mis labios abultados hasta los catorce (hasta que mi rostro se reflejó en los ojos dorados de mi primer amor, Asher Reyes), hasta que Asher me rozó el labio inferior con el pulgar y me susurró: «¿Cómo puedes ser tan perfecta?».

Había un par de verdades que tenían que salir de estos labios inmaculados. Una era horrible de verdad. La otra era horrible solo si Garrett no sentía lo mismo que yo. La verdad posiblemente horrible era que estaba enamorada de Garrett Scholl. Lo quería de tal forma que me quitaba el sueño. Lo quería como Johnny Cash quería a June.

Solté el aire y apoyé la cabeza contra su hombro ancho y cálido, un lugar que me hacía sentir segura e insegura a la vez. Me quedé allí, dejando pasar el tiempo, dos potenciales almas gemelas sentadas en un bar de mala muerte hasta últimas horas de la noche, como hacen las almas gemelas.

—¿Estás bien? —me preguntó en tono animado, porque Garrett solo era capaz de indagar acerca del dolor en tono optimista.

No me habían hecho esa pregunta en toda la noche. Ni siquiera Summer. Por lo general, mi mejor amiga se daba cuenta a la legua de cuando estaba guardando las apariencias, pero hoy

estaba distraída. En su defensa hay que decir que estaba en plena pelea con su mujer, Valeria, que había «rescatado» a un caniche de una tienda de mascotas sin preguntarle antes. El asunto le estaba consumiendo a Summer todo el ancho de banda emocional, que, al igual que el internet de los noventa, era limitado. Me resultó extraño incluso que Garrett me preguntara cómo estaba. Nueve de cada diez veces, eludía cualquier indicio de desánimo con alguna distracción graciosa. Siempre se daba cuenta cuando me pasaba algo, pero sabía cómo hacerme reír con un chiste verde o alguna de esas canciones de los noventa que me producían un placer inconfesable.

—Ey…

Sentí el movimiento de su hombro cuando se giró en el taburete para quedar frente a frente con mi perfil inexpresivo. Me observó entornando los ojos, y ya sin ganas amagué la centésima sonrisa de la noche.

—Estoy bien.

Me dedicó una sonrisa que me transportó a otro planeta y me permitió experimentar la versión masculina de sentirse bien.

—Estoy bien —volví a decir, inclinando la frente hacia su preciosa cara.

—No, no estás bien. —Señaló hacia arriba—. La canción está acabando y no he oído «What's going on?» ni una sola vez.

Presté atención y oí la voz grave de Linda Perry por los altavoces. Nunca, pero nunca en la vida, había podido mantener la boca cerrada cuando sonaba *What's Up?* de 4 Non Blondes, y Garrett lo sabía. Lo sabía porque sabía cómo se me desbocaba el corazón por las cosas que me gustaban, lo que me impedía contener mis emociones, y por eso parecía que me hubiera tragado un amanecer cada vez que nuestros ojos se encontraban.

—¿Maggie?

Me puso una mano en el hombro y estiró el cuello para obligarme a mirarlo a los ojos, y se me aceleró el corazón. Las luces de un taxi se colaron por la ventana y encendieron sus ojos azules de una forma desleal. Ante mi falta de respuesta, el rostro se le tensó de golpe.

Tragué con fuerza mientras la horrible verdad se abría paso hacia la superficie. Garrett era la única persona capaz de hacer que una traición pareciera menos devastadora. *Debía decírselo*. Abrí la boca, pero la sola idea de revivirlo me estranguló la garganta.

Al cerrar la mano sobre mis dedos entumecidos, me miró con ojos de sorpresa.

—Estás temblando.

Observé su mano sobre la mía, sintiendo los latidos del corazón en los tímpanos y la garganta seca y tirante. De repente, la única forma de respirar fue abriendo la boca.

—Hoy, esta noche, cuando soplé las velas, el deseo que pedí fue que tú y yo acabásemos juntos.

La verdad posiblemente horrible se había escapado y no podía esconderla. Garrett me estudió

como si lo hubieran metido en una obra teatral sin saberse los diálogos. Me quedé con los labios entreabiertos, asombrada por lo que acababan de hacer. Me recorría el cuerpo una adrenalina desbordante, familiar, la clase de valor que solo sentía cuando cantaba en un escenario. Por eso continué, incluso cuando toda mi lógica me gritaba: «PARA DE HABLAR, MAGGIE».

—Si en cinco años no estamos casados, prométeme que vendrás a buscarme y te casarás conmigo —solté.

—¿Quieres… que me case contigo? —preguntó despacio, como si necesitara decir la frase en voz alta para entenderla.

Negué con la cabeza.

—Olvídalo.

—¿No quieres que me case contigo?

—Sí, pero iré a buscarte yo. Eres un desastre con las fechas.

Garrett abrió la boca, pero no salieron palabras. Juntó las cejas y las mantuvo apretadas durante un buen rato, en el que mi respiración se aceleró. No sentía los dedos y tenía un zumbido en el oído.

¿Acababa de proponerle un pacto matrimonial a Garrett Scholl?

Sabía que estaba en una situación incómoda, pero no sabía que estaba cometiendo una imprudencia. Incliné el cuello hacia delante con la mano sobre la garganta, tratando de resistir la oleada de humillación que me subía del estómago. Me volví hacia la barra y fijé la vista en los vasos recién lavados, como si fueran una máquina del tiempo. Garrett bajó la mano hasta mi asiento e hizo girar el taburete hacia él para quedar cara a cara. El corazón me retumbaba en el pecho mientras sus ojos recorrían cada línea de mi rostro. Y, entonces, Garrett se acercó y sentí el calor de su boca junto a la mía.

—¿Por qué tenemos que esperar hasta los treinta y cinco? —susurró contra mis labios.

1
TREINTA (~~infernales~~) Y CINCO

LA ÚNICA PROMESA QUE SE NOS PUEDE HACER es que nadie puede prometernos nada. Deberían habérmelo dicho cuando tenía diecisiete. Debería haberlo sabido ya a los treinta. Con más razón, a los treinta y cinco. Un terapeuta infantil le dijo una vez a mi madre que yo «prometía mucho». Llevaba más de tres décadas prometiendo, como un medicamento que podría funcionar, pero que no contaba con financiamiento público.

Me sobraban promesas, al parecer, pero lo que no me sobraban eran óvulos, a juzgar por la sonrisa tensa de mi ginecólogo, inclinado como la mismísima parca sobre mi cuerpo envuelto en una bata de usar y tirar, mientras que con su guadaña (una sonda de ultrasonido de goma) buscaba señales de vida dentro de mi planeta moribundo. Al retirar la sonda, dejó escapar un suspiro y negó suavemente con la cabeza en mi dirección. Reconocí esa expresión. Al igual que mis profesores, este médico esperaba más de mí. Se quitó los guantes y los lanzó al cubo de basura como si fuera el LeBron James de las vaginas.

—No te tomes esto como algo personal. La mayoría de las mujeres pierden el noventa por ciento de los óvulos hacia los treinta.

Quise gritar «¿Cómo NO me voy a tomar mi PROPIO cuerpo como algo personal?», pero, en cambio, soplé por entre la mandíbula entreabierta, que había olvidado recoger del suelo poco agraciado de la infertilidad. Esta sí que era una forma estupenda de recibir los treinta y cinco, joder.

Observé las entradas que se insinuaban sobre el rostro redondeado de mi ginecólogo. Debía tener unos cuarenta largos. Deslicé los ojos hasta su mano, en la que no se veía una alianza. Me pregunté si su situación sería como la mía: sin hijos ni pareja. Me pregunté si eso le daba miedo.

Por supuesto que no.

Los hombres de menos de cincuenta atraviesan los aparcamientos oscuros de la misma manera que se toman sus cumpleaños: sin detenerse a pensar. No les quita el sueño el lugar que ocupan en el mundo, no hasta que los asalta la crisis de la mediana edad. Las mujeres no tenemos crisis de mediana edad porque nos pasamos la vida en constante crisis. Si al menos me hubiera

esmerado un poco más para encajar en el papel que la sociedad le asigna a la mujer. Cada cumpleaños habría sido un recordatorio amable de que estaba perdiendo la guerra contra el tiempo, de que mi rama en el árbol genealógico podía quedar colgando a la deriva. En cambio, el fin de los días se me vino encima como un asteroide en una película de Michael Bay. Me había paseado por los pasillos de mi futuro con la falsa confianza de un mediocre hombre blanco y ahora tenía que rendir cuentas como una mujer.

Había pedido cita con la vana esperanza de que me declararan «un prodigio de la fertilidad». Mi médico me daría una palmadita en la espalda con una sonrisa fascinada y me aseguraría que me quedaban muchos años para vagar a la deriva y sin consecuencias permanentes.

Maggie Vine no era un prodigio de la medicina. La biología me tenía a punta de pistola. Caminaba por la cuerda floja de los lamentos. «Hijos, algún día» se había convertido en «hijos, ahora o nunca».

—Si tienes pareja, deberías empezar a intentarlo —me dijo mientras giraba sobre un pequeño taburete a mi lado para analizar mi historia clínica en su iPad. En la voz de mi médico se dejaba oír un aire de esperanza para gente desesperada.

Si tuviera pareja…

Mi vida amorosa tenía el mismo potencial que mi revestimiento uterino: no había un buen pronóstico. El mejor modo de describirla era imaginarse un paisaje infernal de relaciones casuales. La palabra «relación» siempre aparecía entre comillas. Mis «relaciones» eran muy parecidas a mi carrera musical: siempre a punto de llegar a ser algo para terminar en nada. El optimismo me arrastraba a las delicias del desamor y me dejaba llevar por la corriente de alguna mandíbula angulosa.

—Deberíamos hablar de las opciones que tienes —dijo, comprendiendo mi silencio.

—¿Cuánto cuestan estas cosas? —pregunté, hojeando un folleto de FIV.

—Primero deberías probar con una inseminación intrauterina, que cuesta entre quinientos y cuatro mil dólares, según la medicación, la analítica y la inseminación…

—Son dos cifras muy diferentes.

—Y a eso hay que sumarle el precio de un donante de esperma —continuó, tendiéndome dos folletos—. Si la inseminación intrauterina no funciona, pasaríamos a la fecundación *in vitro*, que es mucho más invasiva y cara, pero suele tener más éxito. Eso sí, se trataría de un embarazo geriátrico, por lo que no es buena idea entusiasmarse demasiado, ya que las cifras de éxito son del cincuenta por ciento.

—Disculpa, ¿has dicho «geriátrico»?

Al parecer, había llegado el momento de que mis ovarios protagonizaran un anuncio sobre la artritis. Una mujer conocía a un hombre maduro y sensual y corría a cámara lenta por la playa hacia una luz brillante. O tal vez les dieran un carné para alguna asociación de personas mayores

a los órganos reproductores que se jubilaban. Si mi fertilidad iba a izar la bandera blanca, como mínimo, me merecía un descuento en Red Lobster.

—Siempre está la posibilidad de congelar óvulos, pero a tu edad… no lo sé. Si hubieras sido más lista, lo habrías hecho antes.

«Más lista» me atravesó como una bala. No era una persona estúpida, pero sí demasiado ilusa, lo que sin duda era una forma muy estúpida de encarar la vida. Con ojos desorbitados, observé a la enfermera, que permanecía en silencio en un rincón jugueteando incómoda con las manos y evitando mirarme. Entonces, volví la vista hacia el médico, justo en el momento en que me sonreía. Me dieron ganas de acabar con su vida.

Nada odiaba más que darle la razón a un imbécil, pero ese hombre estaba a punto de descubrir que era mucho menos lista de lo que él pensaba. Había malgastado mi vida adulta jugando a un juego arriesgado y no había recompensa.

Temblé frente al espejo de esa sala de exámenes del Upper East Side, mientras inspeccionaba mi reflejo, para mi desgracia, bajo una lámpara fluorescente. Ahí estaba, el día que cumplía treinta y cinco años: una mujer con el lubricante frío del ultrasonido chorreándole por los muslos pálidos; los ojos verdosos abiertos de par en par; el pelo largo y ondulado enmarcando un rostro pecoso en forma de corazón; y la máscara de pestañas de la noche anterior que les daba a los ojos un involuntario efecto ahumado. Ahí estaba: una mujer sin opciones.

Miraba el final de mis sueños sin la menor idea de que otras dos puertas estaban a punto de abrirse.

2
TREINTA Y CINCO

—ES QUE... NO PENSÉ QUE IBA A TENER QUE hacerme adulta tan pronto —le dijo una mujer de treinta y cinco años, en plena madurez, a su mejor amiga.

Acababa de revelarle a Summer Groves mi falta de opciones en materia de fertilidad, y mi amiga reaccionó ante mi dolor invitándome a abrir una botella carísima de *pinot*. Mientras el calor del vino tinto me quemaba la garganta, una bruma violácea se coló por las ventanas abovedadas de la cocina de Summer en Tribeca. Summer vivía en un espacioso apartamento de tres habitaciones que pronto iba a salir en *Architectural Digest*. Era de esos lugares que, al entrar, te dejan con la boca abierta: colores vivos y alegres combinados con superficies de mármol oscuro pulido y realzados por una vista panorámica del río Hudson. Era el piso que solo te podías permitir si te estaba yendo de maravilla.

—Hola, Billie —exclamé con voz juguetona.

Billie, la caniche de Summer, se me acercó jadeando y moviendo la cola, de color albaricoque. Apreté la cara contra su hocico húmedo. Summer se estremeció, incómoda por la naturalidad con la que dejaba que la lengua caliente de un animal me mojara las mejillas. Summer había crecido en un ambiente poco afectuoso y se notaba. Había heredado los pómulos marcados y los labios carnosos del padre, modelo y actor, y las venas de hielo de la madre, una mujer incapacitada emocionalmente. Entraba en cualquier lugar como si fuera la dueña del mundo y los dejaba a todos con la boca abierta. Summer deslumbraba sin el más mínimo esfuerzo, una combinación intimidante que yo hubiera dado todo por tener. A menos que fueras una de las escasas personas de su burbuja, todo en torno a Summer era aterradoramente intocable: esa clase de mujer cuyo juicio temías y cuya discreta aceptación eras capaz de buscar hasta en el fin del mundo. Si no hubiera sido porque, cuando cumplí diecisiete, mi mundo se puso patas arriba de un día para otro, Summer no sería más que un recuerdo lejano: esa odiosa compañera de habitación de la universidad cuyo nombre no recuerdo. Pero a mi padre se le ocurrió morirse. Entré en el Club de Padres Muertos, un club del que Summer ya era miembro, y mi dolor derribó sus murallas. Tuve la suerte de conocer a una mujer divertidísima, valiente y sincera, oculta bajo un montón de

pinchos.

—Tu madre te adora —le dije a Billie, hablándole contra el rostro bien acicalado, y con un ojo en Summer, para tranquilizar tanto al perrito como a su indiferente dueña—. ¿No podríais Valeria y tú tener un par de gemelos preciosos y darme uno? ¿Y sin dejar de ser responsables económicamente de dicho niño? —le pregunté a Summer, pestañeando y haciendo pucheros.

Valeria, la mujer de Summer, ya hacía tiempo que venía lanzando indirectas sobre emprender el camino de la maternidad. No insistí en el tema porque, con Summer, nunca era buena idea apresurarse a preguntar, a menos que te gustara recibir miradas que te partieran el alma en dos. A diferencia de mí, Summer tenía la seguridad económica para tener un hijo y el apoyo emocional y físico de una pareja. Seguir la senda convencional de avanzar en una carrera profesional y dar el sí ofrecía enormes ventajas.

Giré de un lado a otro en el taburete, sintiendo la mirada punzante de Summer desde el otro lado de su inmensa isla de mármol, del tamaño de toda mi cocina. Dejé de girar y la miré a la cara mientras ella examinaba de arriba abajo mi camiseta gris y mis vaqueros negros rotos.

—Maggie, al menos podrías aparentar que te importa. Es tu cumpleaños número treinta y cinco, no tu funeral.

—Lo siento un poco como mi funeral.

—Bueno, si te vamos a enterrar hoy, ponte algo que te realce las tetas.

—Haría falta un cirujano para eso. Pero… ¿y si me pongo ese vestido azul de Reformation que casi hace parecer que tengo curvas?

No era una indirecta sutil en lo más mínimo. Había cogido el metro hasta el apartamento de Summer para tomar unas copas antes del cumpleaños, pero también para que me vistiera. Summer tenía ropa bonita en abundancia. Aunque era diez centímetros más alta que yo, teníamos la misma talla de vestido. Era mi asesora de imagen particular.

De los labios de Summer brotó una sonrisa que le suavizó la expresión, por lo general, bastante hermética.

—Una auténtica gorrona —dijo, negando con la cabeza y agitando su melena rubia. Hizo girar el tallo de su copa de vino y salió de la cocina hacia el armario con los ojos oscurecidos—. No te imaginas lo que ha hecho Valeria ahora.

Con paso atolondrado, seguí a Summer por el pasillo con suelo de espina de pez, mientras ideaba en mi cabeza posibles combinaciones de vestido y zapatos. Sí, también usábamos la misma talla de calzado.

Al entrar en el vestidor, eché la cabeza hacia atrás. La habitación se había transformado en una inquietante dedicatoria a los colores del arcoíris. El vestidor estaba despoblado, pero con un concepto preciso. Con cautela abrí un cajón. *Madre mía.* La clasificación según los colores del arcoíris abarcaba incluso los tangas.

—¿Qué ha pasado con toda tu ropa? —pregunté, echando un vistazo al perchero semivacío.

—Netflix, eso ha pasado —dijo, apretando los dientes. Con un bufido, sacó de la percha un vestido azul de corte holgado y me lo tiró.

Tres meses atrás, Valeria vendió una empresa dedicada a la venta directa de batidos congelados por siete millones de dólares. En consecuencia, se tomó un año sabático antes de lanzarse a su próximo proyecto. En los últimos meses, Summer ha descubierto algo nuevo sobre su mujer: no era buena idea que no trabajara. Valeria era una adicta al trabajo que funcionaba a las mil maravillas bajo presión. Sin la emoción de la rutina, era de esas personas que decidían renovar a mano una chimenea «aburrida» de diez mil dólares. Había empezado a hacer queso casero unas semanas antes y, al parecer, esta semana había descubierto la libertad de regalar toda prenda que no le diera alegría mientras organizaba los calcetines por color.

—Vio dos programas en Netflix sobre cómo mejorar la casa, y ahora estoy viviendo dentro de mi propio infierno. ¿Mi vida ha mejorado? No. Debería demandar a Netflix por daños emocionales.

Summer era una publicista ambiciosa, directora ejecutiva y cofundadora de una exitosa empresa de relaciones públicas del mundo de la moda. Era un tiburón que disfrutaba como pocos ante una amenaza informal de demanda.

Semidesnuda, me pasé el vestido por encima del cuerpo hasta que el cuello quedó debajo de la clavícula. Iba bien con mis Converse blancas, pero podía esmerarme un poco más.

—¿Vas a necesitar que te lo devuelva? —le pregunté, retorciendo la tela entre los dedos. Sabía la respuesta incluso antes de que la pregunta saliera de mis labios.

Summer sonrió con suficiencia.

—Feliz cumpleaños, tontita.

Sonreí, echando un vistazo a la hilera de tacones inmaculados de todos los colores del arcoíris.

—No te preocupes por Valeria. En nada compra otra empresa que liderar —le dije.

—Sí, si no, que encuentre a otra que se la coma.

Summer y Valeria se conocieron siete años atrás. Summer buscaba amor con unas ganas insaciables, pero en cuanto las ganas se saciaban daba media vuelta. Con Valeria, tuvo que esforzarse más de lo que estaba acostumbrada, algo poco común en Summer, pero dio pelea, y eso le permitió ver que, debajo de esa armadura de belleza y timidez desesperantes que envolvía a Valeria, había una calidez y una lealtad absolutas hacia las personas a las que quería. Y a Summer la adoraba. Podía verlo reflejado en la sonrisa de Valeria cuando miraba a su mujer, y viceversa. Por mi parte, estaba aún lejos de gozar del afecto de Valeria. Con frecuencia me miraba con ojos desorbitados y el cuerpo tenso, como si mis historias y canciones llenas de palabrotas fueran a arrancar sus cuadros de las paredes. Pero no necesitaba la aprobación de Valeria para saber que ella y Summer tenían lo que yo anhelaba: todo. Esas dos mujeres

preciosas y refinadas tendrían un par de hijos y seguirían así materializando una porción del sueño americano. La sucia verdad era que estaba celosa de su trayectoria.

Sabía que era una imprudencia traer una vida al mundo deliberadamente cuando el universo todavía me estaba dando una paliza. Pero la diferencia entre sufrir por un hijo que aún no existía y sufrir por un hijo que nunca iba a existir es la diferencia entre la esperanza y la agonía. Maggie Vine siempre elegía la esperanza.

—¿Y si se me pasa el arroz?

Suspiré, sintiendo parpadear en mi pecho la frágil llama de la esperanza.

Summer me observó mientras yo estudiaba mi reflejo en el espejo. Mi mirada, que había estado vagando distraída, volvió a la tierra y detectó su expresión preocupada. Summer estaba acostumbrada a verme ausentarme del presente: sabía cuándo mi mente divagaba. Era todo culpa de mi cerebro: tenía tendencia a construir escenarios irrelevantes en mi cabeza. Por desgracia, el escenario de hoy era más que relevante.

Se aclaró la garganta mientras se colocaba un grueso brazalete de oro en la muñeca. Era el momento de hablar de un tema menos desastroso.

—¿Garrett vendrá hoy? —me preguntó.

Me quedé paralizada. Las palabras me dieron en el pecho: un puño se cerró en torno a mi frágil corazón.

—Dudo que venga —murmuré.

Summer había enviado las invitaciones hacía cinco semanas: un cumpleaños informal gracias a un concierto gratuito de Dave Matthews y su banda en Central Park. Lamentablemente, la invitación de Garrett Scholl no era más que por cortesía, y estaba segura de que la iba a rechazar, pero también sabía que tenía que decirle a Summer que lo invitara. Que quede claro: era una invitación de cortesía para mí, no para Garrett. Dejar a Garrett fuera de la lista de invitados habría sido reconocer que lo nuestro había muerto del todo. No estaba dispuesta a enterrar una de las amistades más importantes de mi vida, aunque el ataúd ya estuviera en tierra, esperando a los sepultureros.

—Me dijiste que habíais tenido una buena charla. Supuse que estaba todo bien, que erais mejores amigos otra vez.

—La charla estuvo bien, pero… —me encogí de hombros— ha estado un poco distante desde eso.

Distante era mucho decir. Silencio sepulcral sería más exacto. Summer se me acercó con una expresión a lo Olivia Benson.

—¿Qué es lo que no me estás contando, Maggie?

—Nada.

Cogí un par de zapatos Louboutin negro mate del estante que estaba a su espalda para esquivar

el tema con sofisticación. Summer puso los ojos en blanco.

—Te lo dije, a los hombres les gusta compartimentar. Te tiene encasillada.

—Ya salí de esa casilla —le dije con firmeza.

Summer abrió los ojos de par en par.

—¿Saliste de esa casilla? —Asentí—. Estás enamorada de él otra vez, ¿no? —quiso saber.

«Otra vez» implicaba que había dejado de quererlo en algún momento. Llevaba todo el año insistiendo en que no estaba enamorada de Garrett, cortando la conversación para que Summer dejara de intentar convencerme de que le revelara mis sentimientos.

Desgraciadamente, no había dejado de querer a Garrett Scholl desde la noche en que oí su voz por primera vez.

3
VEINTITRÉS

SEGUNDOS DESPUÉS DE QUE Summer y yo decidiéramos que estábamos demasiado cerca de nuestro próximo destino como para pedir un taxi, se desató un aguacero. Acabábamos de tomar unas copas con un pequeño grupo de amigos que tenían por delante semanas de mucho trabajo y no podían salir de fiesta un lunes por la noche. Summer también tenía una semana intensa que afrontar, pero se resistía a dejarme ir a dormir antes de medianoche el día de mi *dichoso vigesimotercer cumpleaños*. A mí también me esperaba una semana ajetreada: dos noches de conciertos, una actuación en una boda, llamadas telefónicas a agentes de contratación de la ciudad e invasión de propiedad. Me pasaba la hora del almuerzo rondando las puertas de los estudios de grabación, hasta que llegaba algún repartidor, y entonces me acurrucaba detrás, deslizaba mi demo entre los paquetes y me escabullía. Albergaba la esperanza de que mi voz cayera en manos de algún productor. Mi segunda demo incluía cinco canciones enteras, grabadas en casa, en el armario a prueba de sonido de mi madre. Tal vez en mi año de vida número veintitrés alguien escuchara alguna de las canciones.

Summer y yo corrimos unas tres calles bajo la lluvia en el Lower East Side y llegamos a Arlene's Grocery, una antigua tienda de comestibles devenida en bar de moda, empapadas de la cabeza a los pies. Mi vestido blanco de canalé era transparente y debajo llevaba un sujetador negro.

En Arlene's Grocery era noche de karaoke con música en vivo, y nuestra primera parada fue la barra, abarrotada de gente apiñada bajo una luz de color ámbar. Summer nos pidió dos cervezas baratas y, de repente, una inyección de dopamina me invadió el cerebro. Los acordes me retumbaban en el pecho: mi menor, do, sol, re sobre fa sostenido. Hipnotizado por el sonido crudo de la guitarra eléctrica, mi cuerpo se alejó de la barra y avanzó empujando con mi hombro desnudo entre la multitud de *hipsters* hacia el escenario bañado de luz púrpura, como una mariposa vuela hacia la llama.

Mi profesor de guitarra me hizo escuchar «Zombie» de The Cranberries cuando tenía diez años. Fue la melodía que sonaba de fondo cuando me dijeron que mi cerebro funcionaba de

forma diferente al de los demás. «Me gusta cómo suena esta canción: azul oscuro y mostaza», dije cuando mi profesor de guitarra la puso en su equipo de música. Hasta ese momento, creía que todo el mundo oía la música igual que yo, pero mi profesor me miró con unos ojos como platos para luego explicarme que tenía un don neurológico especial: la sinestesia. Podía ver la música en colores y saborear palabras concretas: algunas eran amargas y a otras las sentía bailar en la lengua como un sobre de azúcar.

Me asomé por encima de las cabezas para ver quién era el responsable de este viaje en el tiempo, del gusto a sal y vinagre en el paladar y del azul noche en el fondo de los ojos. De un modo extraño, la sensación de nostalgia se transformó en una especie de nudo en la garganta cuando fijé la mirada en aquella voz. Llevaba una camiseta *vintage* de R. E. M. y tenía el físico de una ametralladora, con los bíceps marcados por la tensión de sujetar el mango del micrófono con los puños cerrados con tal intensidad que tuve la certeza de que el cable era una prolongación de sus labios. Yo, Maggie Vine, estaba condenada, totalmente condenada.

—Estás perdida —me susurró Summer al oído.

El cantante (un perfecto desconocido) me hizo estremecer. Se apartó el pelo rubio, espeso y ondulado, dejando a la vista una mandíbula cincelada y un rostro tan atractivo que parecía salido de una revista; un rostro que la Maggie adolescente habría arrancado de *YM* y pegado sobre su cama. No era solo su belleza lo que me cautivaba, era la forma en que todo su cuerpo se estremecía con la canción: la música era importante para él, y, para mí, eso lo era todo. Se movía con movimientos suaves y el sudor le corría por el cuello y las venas. Su voz ronca transformaba la voz de mezzosoprano de Dolores O'Riordan en algo violento y precioso a la vez. La banda que lo acompañaba estaba a sus pies; los músicos lo miraban con la misma admiración que yo.

—Totalmente perdida —dije, embobada.

Terminó la canción y saltó del escenario con soltura y sonriendo ante la lluvia de aplausos. Lo vi pasar un brazo por los hombros de su amiga, una chica que aplaudía. No sabía qué era peor, si la idea de que fuera de otra o la de que pudiera ser mío. Se echó a reír mientras bebía y siguió como si nada, como si no hubiera dejado a una completa desconocida hecha un mar de emociones. Al instante, supe que querer a ese hombre sería mi ruina.

—Es tu turno —interrumpió Summer.

Levantó la vista hacia el techo y le dio un sorbo a su cerveza con una pajita, porque no iba a permitir que ninguna cerveza barata le estropeara sus perfectos labios magenta.

—¿Qué? No puedo cantar después de él. ¿Es en serio?

—Llamé antes y te hicieron un hueco, cumpleañera —dijo Summer chocándome el hombro con el suyo—. Y no seas ridícula. *Nadie* puede cantar después de ti.

Eso sería en circunstancias normales. Yo era el mejor número que se podía ver en cualquier bar de karaoke, a menos que apareciera Lady Gaga. La vara de medir para cautivar a la clientela

de un antro de Nueva York no estaba muy alta. Así eran las cosas. Hasta que apareció este hombre.

—Maggie Vine, sube al escenario —dijo el presentador por el micrófono. Me entró el pánico y miré a Summer.

—¿Qué canción has elegido? —pregunté.

Arlene's Grocery tenía una lista de casi doscientas canciones: clásicos del *rock*. Yo era una cantante *indie-folk*. AC/DC no era lo mío. Summer sonrió al techo con aire inocente.

—Me cago en… —susurré dando un trago a mi cerveza.

Actuar en un escenario era una inyección de adrenalina que buscaba noche tras noche. Adoraba la sensación de calor de los focos sobre mis pestañas. No quería cantar después de ese tío, pero sentía mi ego palpitar a medida que me acercaba al escenario. No podía resistirme a un micrófono en vivo.

Lancé una mirada rápida hacia el cantante misterioso. Me sobresalté al comprobar que me miraba con una sonrisa divertida. Se me tensaron todos los músculos del cuerpo. No era prudente hacer contacto visual con un hombre de un atractivo tan atroz. Aparté la vista antes de que su sonrisa me dejara paralizada.

El presentador pasó las páginas del cancionero hasta encontrar la letra de «Maggie May». Rod Stewart podía funcionar en mi voz *folk*, pero interpretar una canción que tenía mi nombre era un acto de masturbación extrema.

—Te odio, Summer Groves —dije por el micrófono, clavando los ojos en mi mejor amiga, apiñada entre la multitud. Summer me sonrió con picardía levantando su cerveza hacia mí.

Aferré el mango del micrófono y empezaron a sonar los primeros acordes de la guitarra. Aún permanecía en el mango el calor de las manos y la transpiración del cantante misterioso. Eso solo ya me excitaba de una forma inigualable. Rocé el protector del micrófono con mis labios morados y luego hice pedazos a Rod Stewart. Sabía que tenía una voz distinta, suave y sugerente, pero detrás de ese tono se adivinaba una búsqueda inquietante, como si intentara atravesar un abismo… y así era. Las medallas de oro no me llovían con facilidad. Mi talento aún oculto se perdía en bares de mala muerte, noche tras noche, con grupos de gente que parloteaba de espaldas al escenario. Suplía la escasez de ingresos cantando en bodas y como camarera con pretensiones en un servicio de banquetes, donde tenía que hacer un esfuerzo enorme por no derramar las bandejas de aperitivos en los eventos más exclusivos que se organizaban desde Manhattan hasta Montauk. Se me notaba en la voz: la distancia entre mi vida real y mi sueño. Y cómo quería que él la oyera.

Dejé que el último verso se desvaneciera y volví la vista a los focos violetas con una amplia sonrisa. Oía los gritos de Summer, un chillido agudo entre ovaciones más civilizadas. Y entonces cometí el error de bajar la mirada, porque sin siquiera conocerlo, me importaba demasiado cómo

me veía. Se me hizo un nudo en la garganta al ver sus ojos endurecidos. Tenía los ojos clavados en mí como si quisiera llevarme a su casa y tenerme despierta toda la noche.

«Me robaste el alma, es un dolor que no me hace falta».

Debería haber oído las palabras de Rod. Debería haberme bajado del escenario y vuelto con Summer. En cambio, cuando terminó la canción, salté del escenario y aterricé justo delante de él. La adrenalina postactuación me había dado más valor del que me correspondía.

Sus ojos eran del color del mismísimo mar.

—Hola —dije sonriendo, casi sin aliento.

—Buenas.

Le tendí la mano.

—Maggie.

—Maggie May. —Sonrió, tomándome la mano entre las suyas—. Garrett. —Me apretó fuerte. Procuré que mi apretón fuera más fuerte—. Me parece que te he visto tocar en el Parkside Lounge —dijo.

Asentí con la cabeza.

—Voy un par de veces al mes.

—Nosotros, el primer martes de cada mes. Nuestra banda es bastante mala, pero el batería conoce al agente de contrataciones —dijo, dando a entender que él también estaba metido en esa vida poco profesional.

Sonrió, admirando mis ojos, mis labios y mis hombros.

—Es bueno saberlo —dije.

Sonreí con frescura y respiré hondo, como si inhalar su presencia un segundo más fuera igual a permanecer demasiado tiempo expuesta al gas lacrimógeno. Sabía lo que habría pasado si me hubiera quedado. Aún no estaba preparada para que ese hombre me arruinara la vida, así que me alejé sin girar la cabeza.

4
TREINTA Y CINCO

SUMMER ME OBSERVÓ CON ATENCIÓN. Clavé la vista en la lámpara de araña de su vestidor. Garrett y yo habíamos sido inseparables desde que teníamos poco más de veinte años, y hacía semanas que me había ocupado de remediar la disolución de nuestra complicada relación. Creía que la conversación había ido bien y supuse que íbamos a volver a ser Garrett y Maggie (o quizá algo más). En la cafetería nos despedimos con un abrazo en el que me rozó la mejilla con su mandíbula marcada y su aroma a vainilla me inundó los pulmones de un desorden de lujuria y pena. Cada uno se fue por su lado con una sonrisa: la mía genuina, la suya casi de agonía.

Una semana después, le envié un simple «hola»: un «hola» sin pretensiones, en minúsculas, totalmente inofensivo. Al instante aparecieron tres puntos. Se me aceleró el corazón. Después, los puntos desaparecieron. Me había pasado las últimas semanas repitiendo el gesto masoquista de repasar nuestra cadena de mensajes, con la mirada perdida en la respuesta inexistente. Al final de una actuación exitosa, me dejaba caer en la cama y, envalentonada por el tequila y el café, cogía el teléfono y me preparaba para enviarle todos los pensamientos que se me pasaban por la cabeza, pero apenas tenía valor para rozar el teclado. La mujer que cantaba con todo el corazón delante de un centenar de desconocidos ni siquiera era capaz de mandarle un mensaje a un hombre.

¡Hola! ¿Recibiste mi «hola»?

¿Me excedí con lo que dije?

Cada mensaje no enviado se convertía en un nuevo dolor en el pecho, hasta que el peso colectivo me hundió en una realidad devastadora: le declaré mi amor al hombre que me hacía arder el alma, le conté una verdad horrible y eso hizo que se marchara.

Con los ojos llenos de lágrimas, volví a mirar a Summer, que negó con la cabeza.

—¿Por qué no acabáis de una vez por todas? —dijo Summer, poniendo los ojos en blanco.

—No hay nada que acabar. Nunca empezamos.

Le di la espalda para que no viera cómo se me enrojecían las orejas y las mejillas.

¿Por qué se me notaban tanto las emociones en la cara?

—Intenta tener un bebé con él. No hay mejor momento que el presente.

—Tiene novia, Summer. —Era cierto. Y era perfecta. Tenía una cabellera que le caía sobre los hombros como en un anuncio de Garnier Fructis—. Tengo una idea mejor. ¿Por qué no me paseo por los bares, me llevo un tío cualquiera a casa y dejo que acabe adentro? Más barato que comprar embriones y hacerse una FIV.

—Jugar a la ruleta rusa con los herpes es un planazo, Maggie.

—Sí, no es para menos no tener ninguna ETS —reflexioné—. Ay, debería haberme quedado en el Grupo Vine. Tenía seguro médico, sueldo fijo… Si no hubiera renunciado, tal vez podría pagar medio embrión.

Summer me sujetó del mentón y me obligó a mirarla.

—Lo pasabas fatal, Maggie. No te voy a dejar trabajar para tu madre en la vida. Además, acabas de conseguir el mejor concierto de los últimos cinco años. Deberías estar mirando hacia adelante, no jugando a «Y si…». —Summer Groves era realista y, al mismo tiempo, la persona que más me alentaba, por lo que su convicción de que me iba a ir bien era la mayor de mis convicciones, solo superada por mi fe en mí misma. Una parte de mí deseaba que se diera por vencida conmigo, y así tener otra razón para darme por vencida yo—. Volviendo a Garrett. No es la peor idea que he tenido. Y me afeité la cabeza en solidaridad con Britney en 2007, así que eso ya es mucho decir. Tiene estabilidad económica, lo quieres con locura, vuestros bebés serían preciosos y te apoyaría mientras retomas tu carrera.

—*Summer*. Eso no va a pasar nunca.

Odié decirlo en voz alta. Las palabras me dejaron un sabor amargo, como una canción de Creed.

—Nunca digas nunca —dijo Summer.

—Nunca.

Me bebí el vino de un trago, deseando que desapareciera el cosquilleo que sentía en el pecho. Era una inquietud con la que había jugueteado durante los últimos diez años: la posibilidad de que Garrett Scholl tal vez fuera, aunque solo fuera un poco, mi alma gemela.

5
VEINTITRÉS

SOLO TARDÉ UN MARTES EN ARMARME DE VALOR para cruzarme con Garrett en el Parkside Lounge. Excepto que no me armé de valor para hacerlo con sinceridad. Llamé al encargado de reservas y le rogué que me diera el turno de las once de la noche. Sabía que la banda de Garrett, The Finance Guys, actuaba a las nueve. Me molestó que no hubiera ido a verme tocar. La sociedad me había enseñado que los hombres debían esforzarse más que las mujeres en el terreno del amor. Pero, tal como Summer sugirió: «Seguro que se cagó encima cuando te conoció. Los hombres son seres tristes y frágiles».

Summer no se equivocaba. Esa noche, entré en la trastienda del Parkside Lounge, el antro más antiguo del Lower East Side. Estaba en penumbra, pero pude oír la inconfundible voz grave de Garrett apenas se abrieron las puertas.

Me adentré en la sala y vi a la multitud de mujeres que lo miraban como si fuera capaz de leerles el futuro. Mientras sonaba una versión suya de Paramore, me encontró entre la multitud. Cuando sus ojos se cruzaron con los míos, se le rompió la voz y mi ego creció tanto que no cabía en la habitación. Era capaz de descolocar a este chico tan seguro de sí mismo, y eso significaba mucho para mí. Salí al escenario justo después de él, sin tiempo para cumplidos. Se quedó a escuchar todo mi repertorio, pero, cuando nuestras miradas se cruzaron, algo había cambiado. No me miraba como si quisiera acostarse conmigo; me miraba como si apreciara mi belleza, pero se estuviera acostando con otra persona.

Qué decepción.

Después de mi actuación, rodeé el escenario y me hizo un gesto para que me sentara con él en una mesa alta.

—Me ha encantado la última canción —dijo cuando me senté.

—Gracias.

—¿La escribiste tú?

Asentí con la cabeza.

—Todas las he escrito yo.

Sonrió con una sonrisa aún más grande.

—¿De quién habla?

—De mi madre.

Torció la cabeza, sorprendido por mi respuesta.

—«Te dejó el cielo sin estrellas/cuando se marchó», no me imaginé que se refería a tu madre. ¿También habla de tu padre?

Intentaba entender la letra de mi canción, lo que me hizo sentir que buscaba entenderme a mí. En mi interior se estaba armando un auténtico escándalo.

—Sí. Mi madre me tuvo cuando tenía veintiún años, y mis padres se divorciaron poco después. Y desde entonces siempre ha sido muy rígida.

Me miró con ojos sorprendidos. Me encogí de hombros, sin inmutarme. Pensé que tal vez mi franqueza lo había asustado. A la mayoría de los hombres les resultaba atractiva mi vulnerabilidad, pero solo por una noche. Garrett sonrió y se acercó.

—¿Tu madre ha escuchado esta canción alguna vez?

Solté una carcajada, negando con la cabeza. Había escrito esa canción antes de irme a estudiar a la Universidad de Nueva York, después de una pelea tremenda con mi madre. Mi padre, William, había sido su único extravío: el payaso rebelde de la clase que había conocido en la universidad. Yo fui el resultado inesperado. Me tuvo justo después de graduarse. Después de nacer yo, dejó al bufón, se aferró con fuerza a la reina y volvió a una vida a base de objetivos serios y bien calculados: nunca más volvió a arriesgarse. Estaba tan centrada en el futuro que se negaba a aceptar la magia del presente. Y yo era puro presente.

—Fuimos el agua y el aceite viviendo bajo el mismo techo durante diecisiete años, y la mayor parte del tiempo fue un infierno.

—Entonces, no es la clase de madre a la que le cantas tus canciones.

—Prefiero la muerte a cantar esa canción delante de mi madre. La verdad, estoy segura de que me mataría si la escuchara.

—Mi padre ni siquiera sabe que me dedico a esto —dijo, levantando las cejas, como orgulloso de tener su propio gesto rebelde—. ¡Ah! —exclamó, chasqueando los dedos—. ¡Ese puente! Ese cambio de tono, de la menor a fa sostenido… —Se puso la mano en el pecho y se echó hacia atrás—. Me encantó.

Traté de contener la sonrisa, pero temí que se me notara en las mejillas lo que estaba pasando bajo mi piel.

—¿A qué edad empezaste a leer música? —pregunté.

—Empecé a tocar el piano a los cuatro. A los nueve cogí una guitarra eléctrica por primera vez y me apasionó. Fue como respirar.

Tenía una sonrisa tan grande que daba la impresión de que no cabía en la mesa.

Me moví en mi asiento, absorta en la forma en que sus brillantes ojos azules recorrían mi rostro.

—No has ido a verme tocar —le dije.

Mantuvo los ojos fijos en mí mientras tomaba aire.

—Tenía muchas ganas, Maggie May. Pero para ser sincero… —Desvió la mirada y revolvió su *whisky* con una pajita, sonriendo con dulzura—. Para serte sincero, empecé a salir con alguien hace un par de semanas, y me pareció que no era buena idea enamorarme de ti. Porque, cuando cantas, es difícil no enamorarse de ti. Así que por eso no he ido a verte tocar.

Me miró con una sonrisa tímida y las puntas de las orejas enrojecidas por la confesión.

—Ah.

La palabra salió de mi boca como si estuviera constatando la muerte de un ser querido. Me quedé mirándolo un momento y luego me mordí el interior de las mejillas.

—Bueno, tengo que irme —dije.

—Antes te invito a una copa.

Apoyó con suavidad la mano en mi muñeca. El contacto de su piel con la mía fue peor de lo que había imaginado.

—Creo que es mejor que yo tampoco me enamore de ti —dije.

Me di la vuelta y me fui, con la sensación de que el corazón se me rompía a cada paso. Era consciente de que no podía estar sufriendo por alguien cuyo apellido desconocía. No tenía ni idea de dónde había nacido, ni de si había ido a la universidad. No sabía prácticamente nada sobre Garrett, y estaba a un paso de quedarme acurrucada en posición fetal sobre el suelo de madera de mi apartamento por haber perdido a alguien a quien nunca había tenido.

***

Dos semanas después, avanzaba entre la gente en el lugar de moda de los lunes por la noche en Nueva York: el Trader Joe’s de Union Square. Temblé al pasar junto al refrigerador de comida congelada mientras me quitaba el abrigo que llevaba atado a la cintura y me lo ponía por encima del vestido.

Había ido a buscar una sola cosa: los burritos de pollo congelado con chile verde, así que, lógicamente, acabé en pasillo de las cervezas, estudiando productos que no podía comprar. Me gustaba más el vino, pero la ley del estado de Nueva York no permitía la venta de vino y otras bebidas alcohólicas en las tiendas de comestibles, por lo que la tienda de vinos tenía una entrada independiente: Trader Joe’s Wine Shop. Y yo no tenía paciencia para hacer dos filas.

Sopesé la lata de Boatswain Chocolate Stout que tenía en la mano, que parecía más un intento aventurado que una bebida bien pensada. Podía ser el mejor invento del mundo o que acabase

limpiándome la lengua con una servilleta. Sabía que se escapaba de mi presupuesto, pero solo saber que existía no me bastaba: tenía que probar la cerveza de chocolate. Los veranos en Nueva York hacían estragos en mis ahorros inexistentes. Como no había clases, era prácticamente imposible tocar en fiestas de cumpleaños infantiles, así que adiós a mis ingresos de los sábados por la mañana cantando «Kiss the Girl» con mi voz más tierna en las fiestas de princesas de niñas de cuatro años. Los banquetes se trasladaban a los Hamptons durante la temporada, y allí preferían contratar a gente de la zona. Así que, desde hacía dos meses, trabajaba temporalmente como camarera en un bar ruinoso del SoHo. Ni un solo cantante famoso surgió de allí, ni iba a surgir, porque no había escenario. Trabajaba como camarera tres veces a la semana y el resto del tiempo tocaba en cafeterías y bares de mala muerte. Los lunes tenía la noche libre. Me costaba sobrellevar las noches libres. Ver el sol caer sobre los edificios me recordaba lo lejos que estaba de mi sueño… y me hacía sentir que mi luz se estaba apagando. De ahí la necesidad de cerveza de chocolate.

—No puedo permitir que compres eso —dijo una voz baja y ronca. Era una voz que podría reconocer en cualquier parte.

Con el corazón desbocado, me di la vuelta y vi a Garrett sonriéndome, con una bolsa de papel de la tienda de vinos en una mano. Me sorprendió lo que llevaba puesto. Parecía otra persona. Había cambiado su estilo roquero por ropa de marca que le quedaba muy *sexy*: una camisa blanca con el cuello impecable metida dentro de unos caquis azul oscuro con cinturón. Miré su cesta y vi pechugas de pollo magras, espinacas, plátanos y proteína en polvo. Supuse que este chico, del que sabía tan poco, hacía horario de oficina y que, al parecer, ostentaba un cuerpo sin una pizca de grasa.

Me llevé la cerveza de chocolate al pecho en un gesto cariñoso y me atreví a mirarlo a los ojos.

—Las cervezas raras me han ayudado a superar momentos difíciles —dije.

—Pero ¿quién está para abrazarte cuando terminas con resaca de cerveza de chocolate?

¿Me estaba preguntando si tenía novio o estaba intentando decirme lo que yo ya sabía: había un precio que pagar por consumir bebidas alcohólicas dulces?

—Ah, ¿lo que me quieres decir es que tu —entorné los ojos para ver el *pinot noir* que llevaba en la bolsa— resaca de vino de veintisiete dólares es mejor que la mía? —Abrió la boca para replicar, pero al instante juntó los labios—. Vamos, no seas tímido. Dilo —dije, cruzándome de brazos.

Una sonrisa diabólica se dibujó en sus labios.

—No tengo ni una pizca de timidez. —Su sonrisa, unida al calor que desprendía su cuerpo de Adonis a escasos centímetros del mío, me hizo plantearme quitarme el abrigo y recostarme contra las golosinas congeladas. Vi cómo su pecho subía y bajaba, y cada inhalación era un juego

de tira y afloja con los botones, que deseé ver saltar y ofrecerme el mejor espectáculo de mi vida —. Estuve a punto de usar la palabra «congénere» en una frase, pero me di cuenta de que me quedaba demasiada vida por delante antes de convertirme en mi padre, así que me callé —dijo, haciendo girar un reluciente reloj de plata que llevaba en la muñeca.

Deduje que siempre había sido rico y que intentaba que ese origen no se notara. Pero, por mucho que lo intentemos, nuestra infancia, de un modo u otro, encuentra el modo de arañar la superficie.

Avanzamos hasta el pasillo de al lado y sonreí cuando cogió una caja de Smashing S'mores.

—¿Qué? —dijo, observando mi sonrisa.

—Me tranquiliza saber que tu cuerpo conoce el sabor del chocolate.

—¡Ah!

De repente, se le iluminaron los ojos. Señaló el techo como si Dios hubiera decidido bendecirnos a todos los presentes en ese TJ's con una canción de Fall Out Boy. «Sugar, We're Goin Down» sonó a todo volumen por los altavoces y Garrett empezó a mover sus anchos hombros al ritmo de la batería mientras giraba sobre sus zapatos de punta de ala, bailando hacia atrás rumbo a la sección de los frutos secos, haciendo con los dedos los acordes correctos de la guitarra y mirándome con una sonrisa matadora.

—Ah, eres de esa tribu —noté.

—No soy de ninguna tribu, Maggie May. —Quise replicar, pero me detuvo—. No se te ocurra decirlo.

—¿Decir qué? ¿Que eres un emo?

—Te he dicho que no lo digas.

—Jamás diría algo así, porque está claro que eres pop punk.

Dejó de bailar un instante y, como si mis palabras le hubieran alegrado la vida, sonrió.

—Me has calado.

Y de algún modo, de la mejor manera posible, así era. Puso sus dedos grandes y callosos sobre una botella de aceite de oliva, a modo de micrófono.

—*I'm just a notch in your bedpost, but you're just a line in a song* —entonó, con una voz tan rica y fuerte que todos los que estaban en el pasillo lo fulminaron con la mirada. Y vi esas miradas mordaces transformarse en admiración en cuanto aquellos extraños vieron su rostro perfecto.

Sonrió y siguió bailando, con extrema seguridad. Nunca me había gustado esa canción. Y ahora no tenía más remedio que volver a casa y acostarme a escucharla una y otra vez mirando el ventilador de techo. Esa letra de Fall Out Boy iba a sacudirme el corazón hasta el día de mi muerte, no tenía dudas.

Sin dejar de bailar siguió hacia la sección de las verduras. Ya tenía espinacas en su cesta, y se

me ocurrió que quizá estaba volviendo a comprar solo para quedarse un rato más conmigo. O tal vez no podía dejar de bailar al ritmo de Fall Out Boy.

En cualquier caso, yo solo había venido a comprar un burrito congelado; seguía mirando las góndolas solo para mantenerlo cerca.

Se detuvo y me miró como si quisiera desenvolverme el cráneo y ver qué había en su interior. Sentí calor en las mejillas, hasta que por fin habló.

—*Indie-folk, indie-pop* —aclaró.

Hice una reverencia orgullosa.

—Exacto. Amante del género musical «Who Hurt You?».

—¿Quién fue el primero que te marcó?

No me hizo falta pensar la respuesta.

—Tracy Chapman.

Se puso la mano en el pecho y cerró los ojos, dando pasos hacia atrás, como queriendo insinuar que Tracy Chapman le había hecho mella en el corazón.

Tan solo pude asentir porque un recuerdo restalló contra mi corazón como si fuera una banda elástica. De pronto tenía nueve años y estaba sentada con las piernas cruzadas sobre una alfombra de felpa, con una sonrisa tonta en el rostro y ojos enormes admirando a mi padre, que se alejaba del tocadiscos bailando. Después, apartaba la mesa de centro a un rincón de su sucio apartamento de Queens, se acercaba a mí bailando, me levantaba del suelo y me hacía girar en sus brazos, mientras yo cantaba a gritos «Break it down for me» mientras sonaba «Fast Car».

A mi padre no le gustaba una canción porque sí. Conocía la historia de todas sus canciones favoritas. Era una costumbre: era profesor de teoría musical. Me enseñó a valorar la intención detrás de la letra y educó mi mente para que apreciara las palabras por encima de la melodía.

«Mags, esta canción habla de una mujer que deja las clases porque su padre es alcohólico, y a partir de ahí su vida empeora, y la esperanza que deposita en el amor a la larga se hace añicos», me contaba subiendo la voz. De pequeña, me encantaba que mi padre me tratara como si realmente fuera capaz de entender conceptos que aún no era capaz de entender.

El recuerdo de mi padre hormigueó en mi interior hasta hacerme temblar la barbilla, y bajé otra vez a tierra, rogando porque mi inexistente cara de póquer ocultara el hecho de que estaba a un paso de romper a llorar en el pasillo de las verduras de Trader Joe’s, delante de un hombre al que deseaba ver desnudo.

Aparté la vista para que no me viera con los ojos empañados y nos acercamos a la fila de la caja, en la que ya solo quedaban unas pocas personas. Garrett me miró con sus ojos azules, su alta estatura se imponía sobre mi expresión desafiante. En lugar de preguntarme qué me pasaba, sonrió, una maldita sonrisa de gato de Cheshire. ¿Era consciente de que podía curar a la gente con esa sonrisa? Porque la angustia se desvaneció a medida que me dejaba llevar por ese destello

de blancura resplandeciente.

Se señaló el pecho y anunció:

—Blink-182.

Solté una carcajada.

—¿Blink-182 fue la primera banda que te marcó? ¡Qué horror! Ya no tienes ningún derecho a burlarte de mi cerveza de chocolate.

—¿Disculpa? «Dammit» es patrimonio nacional.

—¿Lloraste con «I guess this is growing up»?

—No soy de llorar. Pero esa canción me llegó al alma.

No era de llorar, pero tenía un corazón melómano. ¿Estaba reprimido o solo era una persona capaz de contener sus emociones? Porque yo tenía un corazón melómano y lloraba todo el tiempo. Una vez me hice un ovillo por un anuncio de una miniván. Siempre encontraba algo que me hacía emocionarme. Y ahí estaba este tío anunciando «No soy de llorar» como si tal cosa.

Le sonrió a la cajera.

—Un solo recibo.

—Dos recibos —dije con voz amable.

Y le sonreí a Garrett con todo el rostro, como diciendo: «Te agradezco el gesto, pero no es necesario». Levantó las manos y se echó atrás.

Me incomodaba la idea de deberle algo a alguien, excepto a Summer, y tardé años en pedirle prestada una camiseta blanca. Mi madre tenía una forma muy certera de hacerme sentir culpable por haber nacido. Cada pequeña cosa que yo conseguía o no lograba conseguir ponía de manifiesto sus logros a pesar de mí, o sus fracasos por mi culpa. En mi graduación de la universidad, me arregló el pelo y me ajustó el birrete mientras me decía: «Yo no pude asistir a mi graduación de la universidad. Se te ocurrió adelantarte cuatro semanas». Y por eso pagaba cuatro dólares por una cerveza en lugar de dejar que un chico amable tuviera un gesto bonito conmigo.

Y con el chico amable salí a la calle Catorce, y sentí el calor agradable de la noche de agosto en las mejillas cuando me giré hacia él. La luz anaranjada del atardecer hacía resplandecer su sonrisa endiablada, una sonrisa a la que era imposible no corresponder.

—Voy en esa dirección —dijo Garrett, señalando con la cabeza a mi espalda.

—Yo hacia allá —dije, señalando detrás de él.

Dio un paso adelante, sus ojos azules brillantes a escasos centímetros de mi rostro. Se me aceleró el corazón cuando me cogió la mano libre, me puso el asa de una bolsa de papel en la palma y me cerró la mano con la suya.

—Buenas noches, Maggie May.

Antes de que me diera tiempo a articular palabra, pasó a mi lado y desapareció entre la gente que caminaba por la calle. Le eché un vistazo a la bolsa. Dentro estaba la botella de vino tinto y

la caja de S’mores. Un estremecimiento increíble me recorrió cada centímetro de la piel: una explosión de purpurina de neón en el pecho. No era precisamente el malestar de estar en deuda con alguien, ni de lejos.

Lo sabes: ese momento en el que te das cuenta de que la persona que tienes enfrente puede ser la que llene los huecos de tu alma. Ya lo había sentido una vez, pero a los catorce años no entendía hasta qué punto era algo excepcional.

Por primera vez en casi una década, me sentía embargada por la existencia de otra persona.

Miré la hora en el móvil: 19:15. Iba a volver a Trader Joe’s el lunes siguiente a las siete de la tarde. Solo me quedaba esperar que él también.

Y así fue.

6
TREINTA Y CINCO

CUMPLÍA TREINTA Y CINCO AÑOS, Y ME acababan de informar que era igual de fértil que alguien que se aproxima a la menopausia. Intenté recordar cómo fingir que por dentro no me estaba muriendo, algo difícil para una mujer incapaz de ocultar sus emociones.

No podía escapar de la inminente desintegración de mis sueños no concretados, pero sí podía emborracharme y drogarme. Y eso era precisamente lo que estaba haciendo, mientras me mecía bajo el calor del verano en el césped de Central Park, rodeada de cincuenta y cinco mil desconocidos mientras Dave Matthews Band tocaba en el escenario. Los conciertos en el parque eran de las cosas que más disfrutaba. Eran gratis, la música hacía que el parque se llenara de vida, y podían prescindir de todos esos neoyorquinos que se creían demasiado buenos para pasar el verano en la ciudad. La fiel mayoría teníamos la oportunidad de divertirnos en el parque más bonito del mundo, mientras nos lamentábamos de cómo casi nos habíamos asfixiado bajo tierra esperando a que llegara el metro de la línea C. Desde el fin de semana del Día de los Caídos, los neoyorquinos más acomodados huían de la humedad de la ciudad y se instalaban en los Hamptons para pasar el verano como auténticos imbéciles. Me hubiese *encantado* ser una imbécil. Era un *objetivo vital*. Summer era una de esas imbéciles con dinero y una casa en East Hampton, pero se había quedado a aguantar el calor y a celebrar mi cumpleaños en medio de un mar de fanáticos de la Dave Matthews Band, como una verdadera mejor amiga masoquista.

Así que allí me encontraba, sobre un mantel gigante, meciéndome borracha con una tabla de embutidos, y con Summer y Valeria sentadas a mis pies. Summer observaba a la multitud con ojos enormes, presa de una especie de choque cultural: su primer concierto de Dave Matthews Band.

—Nunca he sido tan lesbiana como en este momento —le anunció a Valeria. Valeria la abrazó más fuerte, como si quisiera proteger físicamente a la mujer que quería a la manera de los hombres blancos heterosexuales con pantalones cortos.

—Hagamos donaciones a causas feministas cuando lleguemos a casa —le respondió Valeria.

Miré con una sonrisa divertida a los hombres ya maduros del público. Dave los había hecho

volver a la adolescencia: tipos grandes que balbuceaban canciones en las que habitaban las emociones de una infancia sin preocupaciones allá en los noventa. Estaban hasta las orejas de alcohol y drogados, y se aferraban a sus vasos, reviviendo los recuerdos de sus primeros conciertos de Dave. Ninguno de esos hombres había ido a un concierto solo de la DMB. Como mínimo, habían ido a siete. Este concierto de Dave Matthews era una oportunidad para que algunos de esos hombres de cuarenta recuperaran la magia de su juventud perdida.

Alcé las mejillas hacia el cielo púrpura y cerré los ojos, mientras les prometía a los dioses de la música que, cuando llegara a mi casa, iba a llorar escuchando a Phoebe Bridgers para compensar en secreto a mi corazón. No podía fingir, ni resistirme: yo misma era un producto de la música de los noventa.

Miré hacia abajo y vi a Summer abrazada a Valeria. Nadie me había abrazado así en público desde que tenía diecisiete años. Me habían abrazado hombres, con pasión y deseo, pero no de una forma que me permitiera suspirar sobre su pecho, no de una forma que pareciera permanente. Los focos de neón del escenario iluminaban el césped, y el resplandor de la ciudad envolvía la hierba recién cortada mientras los sonidos del bajo y el saxofón resonaban en el aire. Las espesas nubes púrpuras daban paso a la oscuridad de la noche mientras me mecía al ritmo de mi canción favorita de Dave. Tuve mucho sexo con esa canción. Mucho sexo con mi primer novio, Asher Reyes, escuchando este álbum entero, y por eso defendía Before These Crowded Streets con dolor. Era como si estuviera defendiendo mi frágil corazón adolescente. El amor adolescente tenía ese calificativo por una razón: estaba destinado a empequeñecerse en retrospectiva. Pero ese amor parecía demasiado grande para desaparecer, y el extraño dolor que sentía en mi interior era un recordatorio de que eso era precisamente lo que había ocurrido. Suspiré ante la nostalgia que destilaba la letra de la canción.

God, I want you so badly.

No podía coincidir más con Dave: lo quería todo, quería el sueño americano, la senda menos transitada, el cielo azul, los fuegos artificiales. A Summer no le convencía, como demostraban sus labios rojos fruncidos.

—¡Es imposible que no te guste esta canción!

—¡Deja de intentar que me enamore de Dave Matthews! —gritó con cierta maldad.

Levanté las palmas de las manos y desistí. De pronto, incliné la cabeza al ver en Valeria una expresión que nunca le había visto: una sonrisa anhelante. Seguí su mirada hacia el otro lado del campo, donde había una mujer que bailaba con un canguro atado al cuerpo; el bebé dormía contra su pecho. Valeria le sonrió a Summer, señalando al bebé con la cabeza. Summer le devolvió la sonrisa, pero cuando Valeria volvió a mirar al niño, Summer tragó saliva y la sonrisa se convirtió en una línea recta.

Abrí los ojos de par en par, llena de asombro, justo cuando Summer miraba en mi dirección.

Había descubierto algo que no se suponía que debía saber, a juzgar por la velocidad con la que recuperó la sonrisa. Sacó el móvil y usó la pantalla como un escudo donde ocultar sus emociones.

Me di la vuelta para observar a la concurrencia y me quedé helada.

Allí estaba. Al otro lado de la valla, curiosamente, con la mirada fija en mí. Se me iluminó la expresión al darme cuenta de que Garrett se parecía al de antes: camiseta blanca ajustada con cuello en V que le marcaba los bíceps, y con todo el pelo rubio alborotado. Hacía años que Garrett no tenía ese aspecto. Por lo general, estaba siempre aflojándose la corbata, apretada contra el cuello, y tenía el pelo bien peinado para que no le tapara los ojos. Había dejado de ser el vocalista de la banda hacía unos años y había cambiado las noches de *rock and roll* y sudor por las operaciones financieras y las salidas a bolsa a medianoche. Pero ahí estaba, con aire de querer empuñar un micrófono y dar rienda suelta a su alma sobre el escenario. Me atraía con la mirada, pero había en ella una dureza que desconocía.

A nuestros pies, había grupos de gente bebiendo en vasos de plástico rojos, riendo, charlando y cantando desafinadamente. Nos miramos como dos sujetalibros vacíos por encima de la multitud: nada ni nadie podía existir entre nuestros cuerpos.

Cuando sonaron los acordes de «Crash Into Me», los cuerpos más altos se interpusieron entre nosotros. En el parque se respiraba nostalgia y romanticismo. Tal vez por eso me abrí paso entre la multitud y traspasé la valla tan fácilmente. Tal vez por eso terminé justo delante de su cuerpo musculoso.

Estábamos a unos pocos centímetros. Ya habíamos pasado por esto un par de veces. Y esta no parecía diferente; era como si el mundo fuera a acabarse si nuestros labios no se tocaban.

Cuando empezó el estribillo, sentí que el pecho me latía con fuerza. «Estoy desnudo y loco por ti». Garrett recorrió mis facciones con la mirada y esperé a que su sonrisa sorteara mi intensidad, como de costumbre. El corazón me latió más deprisa al darme cuenta de que no iba a haber ningún chiste.

—Feliz cumpleaños —dijo.

Consiguió esbozar una sonrisa, pero su expresión se endureció. Me envolvió con la mirada como un maremoto que arrasa la costa, dejándome indefensa. Pero no estaba indefensa. Era una mujer adulta. De golpe, me sentí una adulta de treinta y cinco años. Sentí cada momento doloroso de mi vida: mis sueños cruelmente arrebatados, el tiempo negándose a estar de mi lado, los hombres que había querido alejándose de mí. Supe lo que era estar a un paso de las cosas, y no quería seguir sintiéndome así.

«Feliz cumpleaños» parecía una provocación.

Un foco amarillo iluminó por completo el parque y di un paso hacia él.

—Dame un beso —le dije.

7
VEINTICUATRO

ME SENTÉ EN EL RETRETE DEL BAÑO PESTILENTE de Arlene’s Grocery para que Summer me aplicara bronceador.

—Por fin voy a conocer a Garrett.

—Estabas presente cuando lo conocí —le recordé, hablando con las mejillas hundidas.

—No cuenta. Él no llegó a conocerme a mí.

Summer estaba resentida. Llevaba un año escuchándome hablar poéticamente de un chico precioso que solo existía los lunes en el interior de un Trader Joe’s. «Si no lo invitas a tu cumpleaños, me presento en TJ’s y lo invito yo», me había amenazado dos semanas atrás. Fue el empujón que necesitaba para pedirle a Garrett que nos viéramos en otro lugar que no fuera el pasillo de los congelados, para pedirle que viniera a mi fiesta de cumpleaños en nuestro lugar de encuentro original, Arlene’s Grocery. Dijo «por supuesto que iré» al instante, más rápido de lo que jamás le había visto pronunciar palabra.

—No me creo que hayas tardado tanto en invitarlo a salir —dijo Summer. Me estaba pintando la boca con un pintalabios magenta mate. Después, me dio un trozo de papel higiénico para que me lo secara.

Summer sabía muy bien por qué había tardado un año en proponerle a Garrett que nos viéramos fuera de la tienda: me aterrorizaba estropear algo tan perfecto. Era una perfeccionista para todas las cosas que me importaban, y no quería hacer estallar esta reluciente bola de nieve: una película de Hallmark llena de palabrotas dentro de un Trader Joe’s.

Fue en la sección de artículos para el hogar donde Garrett insistió en que la versión de Duran Duran de «Lay Lady Lay» era mejor que la de Dylan. Me reí con la mirada fija en sus serios ojos azules y, como toda una dama, lo mandé «a la mierda». Sonrió mientras negaba con la cabeza, un gesto que se parecía mucho al amor, y enseguida desvió los ojos.

En el pasillo de los lácteos hicimos una lista relámpago de artistas de los noventa con un solo éxito. Allí fue donde intentó convencerme de que Blues Traveler era «mucho más que un ídolo de un día», y antes de que pudiera dedicarle mi típica sonrisa de Maggie Vine, me rozó la mejilla

con la mano, me puso un auricular en la oreja y, allí mismo, delante de la leche desnatada, me enamoré de «Hook», porque era la canción que sonaba cuando la mano de Garrett Scholl se detuvo sobre mi rostro un segundo de más mientras me miraba fijamente, sin pestañear.

Entre macetas de flores silvestres mal combinadas, le impuse una de mis canciones favoritas de amor no correspondido, «Paper Bag» de Fiona Apple, con la esperanza de que captara la poco sutil indirecta: «No estar contigo me quita el sueño». A decir verdad, «Silver Springs» era la canción que ocupaba el primer puesto en el podio de canciones que me destrozaban el corazón, pero Garrett no era Lindsey Buckingham: estábamos empezando, aún no me había roto el corazón. En parte, lo que me quitaba el sueño era saber que Garrett tenía el potencial de convertirme en esa chica sentada en el metro, sollozando con rabia «¿he sido una tonta?» delante de unos perfectos desconocidos. Garrett tenía el potencial de romperme el corazón y llenar de furia las grietas. Tenía el potencial de convertirme en Stevie Nicks, en una mujer empeñada en arruinarle la existencia con mi voz. Así que opté por una vía más optimista, la segunda canción más descarnada que me rondaba por la cabeza, «Paper Bag». Lo vi apretar la mandíbula cuando la frase «el hambre aprieta y mi apetito por ti es tan grande», de Fiona Apple, llegó a sus oídos roqueros. Estábamos a pocos centímetros, con el cable de los auriculares colgando entre nuestras barbillas, y la frase me zumbaba en la boca como esos cigarrillos que se fuman estando borracha. Cuando terminó la canción, se quedó quieto, lentamente me devolvió el auricular y, mirándome a los ojos, sin que se le escapara siquiera esa sonrisa tan suya, me dijo:

—He pasado por eso.

Quise preguntarle: «¿Estás pasando por eso ahora, conmigo?». Quería acercarme y cerrar la brecha que nos separaba con un simple «No tenemos que seguir pasando por eso», contra sus labios. Pero lo único que hice fue asentir con la cabeza, porque no estaba segura de poder recuperarme si recibía la confirmación de que él no sentía lo mismo.

En la sección de surtidos de frutos secos, con un paquete de pistachos salados en la mano, Garrett me habló de su abuelo, ya fallecido, un hombre que dejaba pequeñas cáscaras de pistacho esparcidas por toda su casa de estilo Tudor de Connecticut. Su abuelo había sido duro con su padre, así que su padre había sido duro con Garrett. Lo vi apretar la mandíbula de emoción cuando terminó de contarme las historias de esos hombres impasibles que llevaban su mismo apellido. Forzaba una sonrisa para ocultar el dolor, pero se traslucía de todas formas: había dolor en ese hombre que derrochaba alegría.

En la sección de vitaminas rompí a llorar tras una de mis clásicas peleas con mi madre, una discusión provocada por mi decisión de no presentarme al examen para obtener la licencia de agente inmobiliaria y así seguir el plan a treinta años que ella me había trazado. Garrett se me acercó, me rodeó con sus enormes brazos, se inclinó y me abrazó con fuerza. Me encantó la forma en que mi cabeza encajaba bajo su barbilla.

—Te envidio por tener el valor de poner tus sueños en primer lugar. Yo no lo tengo —susurró. Se apartó y me sonrió con un gesto de suficiencia, usando la mano como regla para medir la distancia entre la parte superior de mi cabeza y su cuello—. Eres muy bajita —soltó.

Le di un codazo y me reí secándome las lágrimas.

Garrett no tenía el valor de poner sus sueños primero, pero no me costaba entenderlo. Los dos éramos hijos únicos, y llegamos a la conclusión de que nuestros padres deberían habernos dado más opciones para que alcanzáramos el éxito, en lugar de ponernos su legado sobre los hombros. Mi madre esperaba el momento en que yo entrara en razón y siguiera sus pasos como agente inmobiliaria. Mientras tanto, Garrett se lucía en su papel de niño de oro, un niño que por definición no se desvía del camino trazado. Iba a seguir los pasos de su padre como inversionista de capitales de riesgo, aunque pasara un par de noches al mes trabajando como cantante de una banda. The Finance Guys, fieles a su nombre, eran un grupo de financieros de alrededor de veinte años que se negaban a entregar sus noches a un trabajo al que pronto tendrían que entregar sus noches. La música era a lo que quería dedicarse el resto de su vida, pero era lo suficientemente inteligente como para saber que la música *no era* a lo que iba a dedicarse el resto de su vida. En cierto modo, envidiaba a Garrett, pero también me producía cierta rabia mezclada con arrogancia. ¿Qué le daba derecho a ocupar un espacio en un escenario si no estaba dispuesto a amanecer en él? Podía permitirse buen vino y comida sana, y disfrutar del escenario de vez en cuando. Pero, si me pusieran una pistola en la cabeza, preferiría sangrar por cada centavo e irme a dormir a un apartamento de mierda con una sonrisa en la cara que aceptar la alternativa. Los días de gloria de Garrett estaban a punto de quedar atrás. Tenía la sensación de que los míos estaban llegando.

En el último año, había empezado a levantar el vuelo. Tocaba en distintos locales de la ciudad cinco noches a la semana. Vendía un par de demos después de cada concierto. Era una sensación inigualable cuando alguien me ponía dinero en las manos empapadas de sudor solo para oírme cantar otra vez. Unos meses atrás, me colé en una noche de micrófono abierto en Murray Hill y el encargado me ofreció un espacio permanente los miércoles. Empezaba a reconocer las caras del público, y vi que la misma gente volvía a este viejo bar oscuro a tomar cerveza barata solo para poder oírme cantar, otra vez. Mi versión de Stevie Nicks en YouTube pasó de 12 a 5245 visitas. Tenía fans. Pero era dentro de un frío y bullicioso TJ’s los lunes por la noche, sin ningún foco apuntándome, donde más vista me sentía.

Sabía que Garrett tenía novia. Seguramente la miraba como me miraba a mí al pasar por caja, y la mera posibilidad de ser testigo de su afecto por otra mujer me hacía desear una muerte prematura. No menos terrible era que Garrett creía que yo era la persona más auténtica que había conocido, pero, si llegaba a entrar en mi mundo, vería a Maggie Vine fingiendo amor por otra persona, que era precisamente lo que estaba haciendo desde hacía dos meses.

Se llamaba Craig. Era un abogado especializado en sucesiones que había conocido en la fiesta de cumpleaños de una niña. Summer opinó que no había mayor señal de alarma que un hombre de cuarenta años dándole su número a la Bella Durmiente en la fiesta de cumpleaños de su sobrina, pero eso fue lo que pasó. Descarté el número, porque nada en un hombre que llevaba el logotipo de su empresa cosido en un chaleco acolchado puesto encima de una camisa abotonada podía asegurar: «¡Voy a encontrar tu clítoris!». Como no llamé a Craig, su hermana le dio mi número y me llamó. Por teléfono me pareció increíblemente encantador, tanto que olvidé que se había levantado el cuello de la camisa a propósito. Craig era el tipo de hombre que puedes presentarle a tu madre. Adoraba a su familia: la mitad de las fotos que tenía en el móvil eran de su sobrina Noa. Ganaba más dinero del que podía gastar, así que hacía donaciones al Frick, al Met, al MOMA… Sí, le interesaba el arte. Fue desde Tribeca al bar más horrible del Lower East Side solo para verme cantar un martes por la noche y con lluvia. Tenía una voz suave, hoyuelos bonitos y una sonrisa radiante. Me gustaba estar con él y no había ninguna razón para dejar de ver a alguien tan perfecto tanto en persona como sobre el papel. Era el cielo azul. Pero, por desgracia para Craig, cada lunes por la noche, cuando entraba en Trader Joe’s, me sonaba el recordatorio de que los fuegos artificiales sí existían.

Solté un suspiro al ver en el espejo mi rostro recién bronceado y de veinticuatro años recién cumplidos. «Mr. Brightside» retumbaba a través de las paredes, al otro lado del baño, donde los cielos azules y los fuegos artificiales iban a iluminar mi noche y hacer estallar mi burbuja.

Summer abrió la puerta, me cogió de la mano y me sacó del baño. Nos abrimos paso entre la gente, una al lado de la otra, en dirección al bar próximo al escenario. Bajé la velocidad de mis pasos, sintiendo un calor sofocante en mi interior al ver a Garrett junto a la barra. Tenía uno de sus anchos hombros apoyado en la pared de ladrillo y una cerveza en la mano, mientras miraba cómo, en el escenario, un cantante borracho destrozaba a The Killers. Garrett iba a Trader Joe’s directamente desde el trabajo, así que el único estilo informal que estaba acostumbrada a verle era el de oficina. El Garrett roquero me encantaba: camiseta Henley verde oscuro, vaqueros oscuros ajustados, el pelo despeinado y húmedo.

El corazón me latió con más fuerza a medida que me acercaba a su cuerpo. Se giró hacia donde yo estaba y se quedó inmóvil un instante, apretó la mandíbula, tragó saliva y me miró a los ojos. Bajé la vista hacia mi vestido de flores con los hombros al descubierto y me di cuenta de que Garrett nunca me había visto tan elegante. Respiró hondo y me sonrió, me rodeó los hombros desnudos con el brazo y me abrazó. Estaba recién duchado, me envolvió su olor a especias y vainilla, una fragancia que apenas había llegado a sentir, porque pocas veces me había abrazado así dentro de la tienda.

—Feliz cumpleaños.

—Gracias.

—¿Nos vas a presentar o qué? —interrumpió Summer.

Nos soltamos y nos volvimos hacia Summer, que nos miraba como si fuéramos una pintura difícil de entender.

Aflojó el brazo a mi alrededor y los dedos me rozaron la cintura.

Daría lo que fuera por quedarme así, con su piel apretada contra la mía, hasta que salga el sol.

—Summer, Garrett. Garrett, Summer.

Summer lo saludó con la cabeza y acercó su copa de vino a la cerveza que Garrett tenía en la mano.

—El chico de la tienda.

—Ah, ¿así me llama? —preguntó él, mirándome de reojo.

Se me encendieron las mejillas. Ahora tenía la confirmación de que yo hablaba de él fuera de nuestra burbuja, de que me importaba también de martes a domingo.

—¿Y tú cómo la llamas? —preguntó Summer, haciendo el papel de madre protectora.

—Maggie May.

—Creo que eso es culpa mía —señaló Summer.

Escondí la boca detrás de mi vaso vacío, con las mejillas enrojecidas.

—¿Te traigo otra? —me preguntó Garrett, señalando mi cerveza con la cabeza.

—Es mi cumpleaños, así que te lo permito.

Le había permitido comprarme muchas cosas a lo largo del último año. Lo hacía con disimulo, sin preguntarme directamente, sino dejando comida, dulces o bebidas en mi bolsa de la compra cuando salíamos de Trader Joe’s. Yo corría las tres largas calles que me separaban de mi pequeño apartamento, subía corriendo los cuatro tramos de escaleras, ansiosa por descubrir qué había dentro, qué pedacito de Garrett podía llevarme al mundo real. Y aquí estábamos, en el mundo real.

—Déjame adivinar. ¿Estás tomando alguna bebida frutal, de fabricación casera, disfrazada de cerveza?

—Es cerveza de arándanos, y está deliciosa.

Garrett hizo un gesto con la cabeza y se volvió hacia Summer.

—¿Te traigo algo? ¿Algo menos insultante tal vez?

Summer miraba al otro lado del bar, a la camarera, una pelirroja de pelo largo con el brazo tatuado.

—No, gracias. Estoy bien —dijo Summer, sin perder de vista a la camarera.

La observamos alejarse hasta el otro extremo del bar, y la camarera pelirroja se acercó a ella atraída como por un imán y le tomó el pedido.

—Pasa en todos lados —señalé, mientras Summer inclinaba la cabeza hacia atrás con una

carcajada, encandilando a la pobre chica—. ¿Qué se sentirá al ser tan guapa?

Garrett se me acercó un poco más.

—Cuéntame. ¿Qué se siente? —me preguntó con los ojos clavados en mi rostro.

Me aferré con una mano a la barra para no caerme, mientras que su mirada penetrante me aflojaba todos los huesos del cuerpo.

—¿Qué quieres? —oí que preguntaba una voz.

A él. Lo quiero a él.

No podía dejar de mirarlo. Garrett desvió la vista y se volvió hacia el camarero, que esperaba con impaciencia que le dijéramos qué queríamos tomar. En ese momento, mi mente empezó a desbocarse. ¿Acaba de insinuar que soy guapa? ¿Me ha mirado a la vista de todos como si quisiera llevarme a un lugar privado?

Me sonó el teléfono y volví a la realidad. Lo saqué de la riñonera y vi un mensaje de texto de Craig.

> En un atasco, casi llegando xx

Me había olvidado de Craig. Eso hacía Garrett: me hacía olvidar todo lo que existía más allá de su sonrisa. En público, Garrett y yo estábamos con otras personas; personas que nos miraban como Garrett acababa de mirarme. Yo no «estaba» con Craig estrictamente, pero pasábamos juntos un par de noches a la semana, y la semana pasada me había preguntado si me estaba acostando con otras personas, y pareció alegrarse cuando le dije que no, y aún más cuando me preguntó si podíamos mantenerlo así, y le dije «por supuesto». Peor aún, Garrett llevaba un año de relación seria con una fonoaudióloga. Tal vez necesitaba un recordatorio, así nos calmábamos antes de que Craig nos viera arrancándonos la ropa en medio del bar.

Garrett me pasó la cerveza y aparté la mirada enseguida, bajando la vista hacia la bebida que tenía entre los dedos inquietos, preguntándome cómo sacar el tema de «otras personas». Tenía la necesidad masoquista de saberlo todo sobre Quinn Parker. Garrett casi nunca hablaba de ella, pero, cuando lo hacía, la llamaba cariñosamente por su apellido, lo que me hacía odiar aún más su intachable existencia. Cuanto menos supiera, menos podría retener y desmenuzar en mi cabeza. Cuanto más supiera, más sufriría mi corazón.

—Pensé… que tal vez traerías a Quinn. Tengo muchas ganas de conocerla —dije en un tono de voz tan agudo que no había forma de que nadie se creyera esa afirmación.

Garrett me hizo una media sonrisa, que decía «mentira» en un tono más alto de lo que él podría haberlo dicho.

—Quinn y yo lo hemos dejado.

Epa.

Frunció los labios en un gesto inexpresivo. Ya ni siquiera se refería a ella como Parker. Era simplemente Quinn. Quinn: si te he visto no me acuerdo. Lo miré con sorpresa, como se mira a alguien que ha pasado de ser una fantasía para convertirse en una posibilidad, y se me aceleró el corazón.

—Qué pena.

No me daba pena.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Estoy bien. De verdad. Se veía venir desde hacía tiempo. Es un poco… —se interrumpió y vi cómo se le crispaba la mandíbula. El chico que tenía la respuesta perfecta para todo de repente estaba teniendo dificultades para encontrar las palabras adecuadas. Garrett era capaz de decir lo que pensaba sin dificultad, con una sonrisa radiante, pero ahora le estaban faltando las dos cosas: las palabras y la sonrisa. Bajó la mirada hacia la botella de cerveza y se puso a despegar la pegatina con los dedos. Después, levantó la vista hacia mí—. En realidad, quería hablarte de eso —me dijo.

—¿Querías hablarme de tu ruptura?

—No. Quería hablarte de por qué rompí con…

—Garrett Scholl, al escenario —dijo un presentador por el altavoz. Garrett inspiró hondo y apoyó la cerveza en la barra.

—Seguimos en un momento —dijo.

Se dio la vuelta y corrió hacia el escenario al mismo tiempo que Summer se acercaba a mí. Miré su rostro sonrojado.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Azi.

Summer ladeó la cabeza, observando a Garrett subir al escenario.

—Realmente te gusta, ¿no?

—Summer…

—Es muy… —Se encogió de hombros despectivamente.

—En términos objetivos, es muy atractivo.

—No es mi tipo.

—Bueno, claro, tiene pene.

—Hablando de eso, te lo quiere clavar.

—Eh. ¿No puedes decir eso de una forma más agradable?

Se inclinó hasta la altura de mis ojos, hablándome con la misma suavidad con la que se le habla a un niño pequeño.

—Maggie, ¿ves a ese tío que está en el escenario? Quiere hacerte el amor muy, muy dulcemente.

Sonreí como una idiota ante la idea, mirando con ojos embobados cómo Garrett desplegaba el cancionero, y suspirando de deseo al verlo pasarse la mano por el pelo rubio y espeso.

Cómo serían esos dedos recorriéndome el muslo.

Hice a un lado ese pensamiento: no debía estar babeando por un hombre tan abiertamente.

—No. No es así. Y yo no… Me gusta Craig —dije, a modo de recordatorio.

Tomé un sorbo de mi cerveza de arándanos, con la esperanza de que la dulzura me quitara el sabor a cartón mojado que me dejaba en la lengua pronunciar el nombre de Craig.

Garrett cerró el cancionero y me miró. Su expresión rígida se transformó en una sonrisa pausada, que le ablandó la mandíbula más de lo normal. De reojo vi que Summer se lamentaba con la cabeza.

—Mis condolencias a Craig —dijo Summer.

Garrett bajó el pie del micrófono mientras me sonreía con malicia.

—Sí… —asentí, con los labios entreabiertos, bajo la bruma espesa del local.

—Hagamos un poco de ruido para Maggie May. Hoy es su cumpleaños —dijo Garrett. Todo el mundo aplaudió. Puse los ojos en blanco y, con un gesto simpático, saludé a la gente que me rodeaba. Garrett tapó el micrófono con la mano—. Sube a cantar conmigo —me gritó.

No era de esas personas a las que le gustaba cantar con otros. La mayoría de las voces tapaban mi voz o intentaban competir. Y Garrett tenía una gran voz. Negué con la cabeza. Se le formó una mueca juguetona en los labios que no me dejó ni un hueso sano.

—Hostia puta —dije.

Le pasé mi cerveza a Summer y avancé entre el público hacia la rampa que conducía al escenario, donde Garrett me esperaba, iluminado por un foco de luz violeta. Su sonrisa me atrajo hasta que sus labios quedaron a escasos centímetros de los míos; el micrófono era lo único que nos separaba. Mi lugar favorito. Mi persona favorita.

Cubrí el micrófono con la mano y me incliné hacia él.

—Sabes que no canto con otras personas.

Garrett se acercó más a mi cuerpo y presionó su torso firme contra mi pecho palpitante de una forma peligrosa. Me miró fijamente.

—Bueno, ahora sí.

Y arqueó una ceja con aire juguetón. El corazón se me agolpó en la garganta cuando el sonido de una guitarra eléctrica inundó el local. Cogí el micrófono con fuerza y la adrenalina me recorrió el cuerpo.

«Everlong» duraba más de cuatro minutos. Ni una sola vez en esos cuatro minutos se nos fue la mirada hacia el público. Nos habíamos visto cantar en todos los rincones de Trader Joe’s durante un año y, en verdad, nuestras voces nunca se habían encontrado, pero se conocían.

Garrett y yo estábamos atrapados en nuestro propio universo, con las pupilas fijas en el otro, y

nuestras voces rozándose con desesperación y deseo urgentes. No servía de nada tener los sentidos distorsionados. Cantar con Garrett era un sueño eufórico de algodón de azúcar, y «Everlong» me hacía estremecer como una puesta de sol púrpura y anaranjada. No quería que esa sensación acabara.

—*And I wonder if everything could ever feel this real forever*.

Buena pregunta, Dave Grohl.

Yo era solista. Me sentía más segura y a gusto cuando estaba sola con una guitarra. Pero cantar a centímetros de Garrett era como si me hubiera inyectado una sustancia ilegal en las venas. Mi voz había encontrado su otra mitad, sin buscarla siquiera.

No sabía cómo iba a hacerlo para volver de esto.

La verdad es que no quería.

Cuando terminó la canción, Garrett saltó del escenario y levantó los brazos para ayudarme a bajar: me sujetó de la cintura hasta que mis pies tocaron el suelo. Quise apartar mi cuerpo del suyo, pero me sujetó con fuerza. La sensación de sus brazos sobre mí (una mano por encima de la cadera, la otra mano entre mis manos) era una escena que solo había visto con los ojos cerrados. Mis ojos estaban abiertos, y su contacto con mi piel era totalmente real. Garrett me miró con ojos ávidos y sentí el calor de su boca, cada vez más caliente contra mis labios. Sentí su cuerpo palpitando contra el mío, su camiseta de algodón contra mi vestido de tirantes. De reojo, vi al que tal vez era mi novio, Craig, avanzando entre la gente.

Craig, joder.

—No puedo —dije, y mis palabras resonaron contra los labios de Garrett.

Lo que más quería era besarlo. Pero no si eso podía herir a otra persona. No quería que empezáramos así.

Garrett asintió y sonrió incómodo.

—Está bien. Supongo que lo malinterpreté… Disculpa.

Negué con la cabeza, queriendo decirle que no tenía nada que lamentar, que no había malinterpretado nada. Pero me quedé paralizada, incapaz de hablar.

—Tengo que madrugar, mejor me voy. —Se inclinó hacia mi mejilla y me rozó con los labios —. Feliz cumpleaños —me susurró al oído.

Se giró y, abriéndose paso entre la gente, salió del bar.

***

Me llevó exactamente cuarenta minutos encontrar las letras adecuadas para componer frases amables, frases que utilicé para cortar con Craig. Me pareció mejor no decirle que estaba enamorada de otra persona y, en su lugar, recurrí al gran chivo expiatorio de las rupturas: no eres

tú, soy yo. Craig respondió demostrándome que, de hecho, no era perfecto en persona.

—Esto es lo que pasa cuando te acuestas con una chica de veintitrés años que no sabe qué quiere —me dijo, negando con la cabeza. Aguanté las ganas de corregirlo con un «en realidad, tengo veinticuatro». Y añadió que era una «autoboicoteadora» que nunca iba a «tener éxito ni a ser feliz». En condiciones normales, esas posibles medias verdades se me habrían agolpado en el pecho y me habrían dejado tirada en el suelo de mi apartamento hasta terminar convencida de que eran verdad, hasta convertirse en una brutal canción de ruptura que explicara por qué Maggie Vine estaba destinada al fracaso para siempre. Pero los crueles giros de Craig no me hicieron mella. Lo único en lo que podía pensar mientras me echaba en cara mis propias estupideces era en terminar lo que Garrett había empezado.

Una hora después, llegué al dúplex de Garrett en Gramercy, con los nervios a flor de piel. Hace unos meses, mientras jugábamos a recorrer la geografía neoyorquina, me di cuenta de que Garrett vivía a pocas calles de nuestro Trader Joe's. Técnicamente, el apartamento de un dormitorio previo a la Segunda Guerra Mundial que tenía enfrente pertenecía a sus padres, que lo conservaban como una inversión. Garrett me aseguró con cierta timidez que les pagaba un alquiler.

Me detuve frente a la fachada de ladrillo anaranjado con puerta de madera ornamentada y busqué su apellido en el portero automático. Presioné el timbre con mis uñas rojas, ya descascaradas, y me retorcí el collar entre los dedos mientras esperaba ansiosa.

—Es la una de la madrugada —contestó una voz femenina con la respiración entrecortada.

Me ruboricé y miré el portero, pensando que me había equivocado de botón.

—Parker, ¿quién es? —se oyó la voz de Garrett.

No me había equivocado de botón.

La agitación que me había invadido durante el trayecto en metro hasta el apartamento de Garrett se transformó en náuseas. De algún modo supe cómo usar las piernas y me alejé del aparato. Empecé a llorar mientras me abrazaba los hombros desnudos con la vista clavada en los pies, caminando sola por Stuyvesant Square. Debería haber dejado que me besara en ese bar lleno de gente, al diablo con todo el mundo, pero pensé demasiado en todo. Garrett tendría que haberse aguantado el rechazo más de dos horas, pero no soportaba el dolor y Quinn era un parche rápido.

Nuestra sincronización era una mierda.

Somos el uno para el otro, como en los cuentos de hadas
Pero te alejas antes de llegar a mí
No te vayas por otro camino
Regresa conmigo a ese momento de ilusión

Antes de que esta varita mágica te alcance como un rayo
Porque puedo vernos bailando con el paso de los años
Cuando el sueño de otro nos alcanza
Déjalo todo y ven a mí

8
TREINTA Y CINCO

—DAME UN BESO —REPETÍ CON VOZ TEMBLOROSA y el corazón en la garganta.

Garrett y yo ya habíamos pasado por esto dos veces, uno frente al otro con un centímetro de aire espeso entre nuestros labios.

Se quedó mirándome sin apartar sus ojos azules, mientras el pecho le subía y bajaba debajo de la fina camisa de algodón, durante un tiempo que me pareció eterno. La caja estaba abierta. Se abalanzó hacia mí con la mano en mi nuca y me atrajo con desesperación hacia su boca abierta.

Me deslizó los dedos por la garganta. Enterré la mano en su pelo espeso. Una complicada canción de amor cobraba vida. Mi figura esbelta entrelazada a su cuerpo macizo. Fue como si aquellos doce años de desencuentros se deshicieran contra nuestras lenguas. Fue un instante lleno de ternura y anhelo. Sus dedos sobre mi piel húmeda encendieron diminutos fuegos artificiales en lugares delicados a los que solo había accedido una vez. Pero, de golpe, sentí aire donde antes había fuego: ya no estaba tocándome.

Retrocedió tan rápido como había avanzado. Me costó recuperar el aliento, pero, por lo visto, Garrett buscaba algo más que aire. Bajó la vista y se llevó una mano al cuello enrojecido, como queriendo confirmar que él mismo era el dueño del cuerpo que acababa de besarme como si el fin del mundo fuera inminente.

Me puse pálida y abrí los ojos desconcertada ante la imagen de un rayo de sol luchando contra la tormenta. Garrett inspiró con fuerza, tratando de contener las lágrimas, lágrimas que no se atrevían a caer. Ni una sola vez en los doce años que hacía que lo conocía le había visto lágrimas en los ojos. Garrett se estaba deshaciendo por dentro, aunque su armadura se resistía a desgarrarse.

—¿Garrett?

Frunciendo las cejas, me acerqué con el brazo estirado hacia su mejilla, pero me sujetó la mano con suavidad antes de que llegara a tocarlo.

—Estoy comprometido —soltó, apenas capaz de articular la traición. Las palabras se me agolparon en la cabeza y bruscamente le solté la mano. Apartó los ojos, lleno de culpa—. Quise

decírtelo cuando nos encontramos para tomar un café, pero tú… dijiste lo que dijiste, y… —se interrumpió y clavó la vista en el suelo.

La conmoción me hizo abrir la boca y me estranguló la garganta, hasta que una ráfaga de rabia me arrancó las palabras de la boca.

—¿Por qué me has besado?

Se me aceleró el corazón al darme cuenta de que acababa de conseguir algo que deseaba con toda el alma, pero en las peores circunstancias. Garrett levantó la vista con lentitud hacia mis ojos húmedos. Estaba horrorizada, con las palmas de las manos abiertas hacia él.

—Hoy no podía dejar de mirar la puerta, Maggie. No dejaba de mirar la puerta con la esperanza de que aparecieras. —Dio un golpe en el suelo, como si la emoción que inyectaba sus ojos azul marino fuera culpa de la tierra—. Siempre pensé que íbamos a… —Levantó la vista para mirarme a los ojos, para que la frase fuera aún más deliciosa y terminara por destruirme—. Pensé que íbamos a acabar juntos. Pensé que las cartas nos saldrían bien. Hoy no viniste, por supuesto que no. Y debería haber sido un alivio. Estoy con otra persona. Pero estar mirando esa puerta, me consumió… hasta que sentí que… no podía respirar. Como si estuviera inhalando humo o algo por el estilo. Salí del apartamento para tomar aire… empecé a caminar… recorrí toda la ciudad para no seguir pensando en ti, y terminé en el lugar donde sabía que ibas a estar.

Tenía los brazos caídos a los lados, como si ninguno de sus pensamientos o acciones fueran responsabilidad suya. Como si yo le hubiera puesto una pistola en la nuca, lo hubiera traído aquí, lo hubiera arrastrado hasta mis labios y lo hubiera obligado a infligirme una tortura emocional. Me abracé los hombros, viendo a través de las lágrimas cómo me miraba lleno de impotencia.

De repente, inspirar me resultó doloroso: la conmoción se transformó en furia, sentí un nudo en el estómago. Me acerqué a su rostro, con las cejas apretadas y la rabia a flor de piel. Se quedó inmóvil, perplejo ante una versión de Maggie Vine que no conocía. Pocos la conocían.

—¿Estás hablando de cuando cumplí treinta años? ¿Estás sacando a relucir esa promesa? —le pregunté, con voz fuerte y llena de ira—. Hace seis semanas estuvimos sentados uno frente al otro y no mencionaste que te habías comprometido. Te declaré todo mi amor, me abrazaste, ¡me abrazaste, joder!, y te fuiste. Y después, desapareciste. Ni siquiera pudiste responderme un mensaje. ¿Y vienes con una promesa estúpida que hicimos hace cinco años?

—Fue más que eso y lo sabes.

—¡Le pusiste un anillo en el dedo a otra! Si significara más para ti, si quisieras empezar una vida conmigo hoy, no estarías con otra mujer —dije con firmeza.

—Maldita sea, Maggie, en esa charla que tuvimos el día que cumpliste treinta, creí que me estabas rechazando —dijo, exasperado. Enseguida bajó el tono de voz—. Después de esa noche, pensé que, para ti, la idea que tenías de mí siempre iba a ser mejor que lo que soy en realidad. Y después me contaste… —Se quedó callado un momento, con un enredo de palabras en la

garganta—. Cuando le propuse matrimonio a Cecily, no pensé que yo fuera una posibilidad para ti. Me lo había quitado de la cabeza. ¿Qué se supone que debo hacer ahora, sabiendo que deberíamos estar juntos? Esperaste a que le pusiera un anillo en el dedo a mi novia para decirme que estabas enamorada de mí desde hace no sé cuántos años. Y sabías que yo estaba enamorado de ti. —No podía hablar, las lágrimas no dejaban de brotar—. Habría dejado a todo el mundo por ti. *Cuando fuera. A quien fuera* —dijo, a centímetros de mi rostro, con los ojos todavía llenos de lágrimas.

Abrí la boca, sabiendo que el resultado podría ensuciar nuestro ataúd.

—¿Y ahora? —solté con voz temblorosa.

Tragó saliva con dificultad y miró hacia el cielo oscurecido antes de que sus ojos volvieran a posarse en los míos. Sus labios buscaban palabras, aunque estaba claro que ya las tenía. Simplemente no estaba seguro de cómo decirlas.

—Me voy a casar.

Lo soltó como una exhalación de dolor. Sentí que se me hundía el pecho y que se me aceleraba la respiración.

—Esa siempre ha sido la respuesta, ¿no? Ella era tu destino final cuando tus pies te trajeron a este parque, cuando me viste aquí y me besaste de todos modos.

Era plenamente consciente de lo que acabábamos de hacer. Ese beso viviría dentro de mí para siempre, para colmarme y desangrarme. A partir de ese día, «Crash Into Me» se derramaría sobre mí como diminutos recortes de papel. Lágrimas silenciosas me resbalaron por la barbilla mientras me alejaba de él.

La esperanza es lo desconocido envuelto en una red de seguridad. Es vadear aguas turbulentas, aferrarse a la posibilidad de que una gran ola empuje tu cuerpo tembloroso y cansado hacia una orilla cálida y soleada, e ignorar el hecho de que una gran ola podría aparecer por sorpresa y ahogarte. Cuando el brillo de la esperanza da paso a la cruel realidad, cuando casi puedes saborear la orilla, pero te atrapa la resaca, eso es el desamor.

Sentía que el pecho se me partía en dos. La posibilidad de Garrett era una de las cosas que más me habían alejado de la orilla, de encontrar al hombre adecuado con el que formar una familia. Estaba convencida de que nadie estaba a su altura, así que no me di la oportunidad de poner a prueba la hipótesis. Una parte de mí había creído que, el día que cumpliera treinta y cinco, Garrett iba a aparecer y lo dejaría todo por nosotros. Me besaría, y ese beso sería el comienzo del resto de nuestra vida juntos, como le había prometido. En cambio, fue la confirmación de que éramos el uno para el otro, pero que nunca estaríamos juntos. Tenía treinta y cinco años, y la senda menos transitada era oficialmente un callejón sin salida.

9
VEINTISIETE

ME CHUPÉ LA TINTA AZUL FRESCA DEL DEDO índice mientras releía el cierre. Era precioso, pero, gracias al vaivén del autobús de la gira, estaba segura de que al día siguiente no iba a ser capaz de descifrar mi letra temblorosa.

La marea cambia y tu barca queda a la deriva.
No saber dónde está el final es la vida.

Sonreí, apoyé el cuaderno abierto en mi muslo desnudo y repasé la letra con la tonalidad menor sonando en mi cabeza. La litera del autobús se había convertido en mi lugar favorito para escribir. Era un capullo cálido: una cortina opaca de terciopelo alrededor de mi cama individual, el olor penetrante del palo santo para limpiar el ambiente y kilómetros de campos borrosos y estrellas brillantes por la ventana. La carretera me mecía como una hamaca, ideal para concentrarse y dormir, pero no tanto para practicar la caligrafía.

Levanté otra vez la vista de las palabras que había escrito y vi que mi teléfono brillaba bajo la cubierta de cuero de mi cuaderno.

Mi corazón no se inmutó al leer el nombre de Garrett en la pantalla de bloqueo.

> ¿Cuándo vuelves? Estamos en temporada alta en Nueva York. ¡Sheep Meadow te espera!

Hice clic en la foto que acompañaba al mensaje: una imagen de un grupo de neoyorquinos con poca ropa desparramados por el césped verde de Sheep Meadow, disfrutando del primer día de calor del año. Vi a Summer en una esquina de la foto, apagando la cámara. Mientras yo estaba de gira, Summer había invitado a Garrett al desfile de moda de uno de sus clientes y, al parecer, acabaron la fiesta juntos, se emborracharon y compartieron el taxi de vuelta. Y luego empezaron a salir a tomar café. Y ahora mis dos mejores amigos estaban sentados en Central Park haciéndose bromas de forma cariñosa. Sonreí, animada por la idea de que se hicieran amigos.

Miré la foto y recordé la primera vez que vi a Garrett corriendo por ese césped.

No volví a ver a Garrett hasta tres semanas después de mi cumpleaños. No era capaz de hacer pasar mi cuerpo por la puerta principal de TJ's un lunes por la noche. La humillación y la incomodidad tácita de nuestro casi beso, más el hecho de que hubiera vuelto con su novia en menos de una hora se reproducían como una película de terror en mi mente. Estaba furiosa conmigo misma y con él, pero era consciente de que él no había hecho nada malo. Pensó que lo estaba rechazando, así que recurrió a la siguiente mejor opción. Tres semanas después de ese incidente, me envió una foto de sus amigos sentados sobre una manta al sol en Sheep Meadow, con vasos desechables. ¡Ven! Vamos a estar aquí todo el día, decía el mensaje. Garrett era mucho mejor persona que yo, claramente; estaba dispuesto a superar la incomodidad por el bien de nuestra amistad. La mortificación que sentía me abandonó, cogí una chaqueta vaquera y salí a toda prisa. Cuando me dirigía hacia la manta de cuadros rojos de la foto, en busca de Garrett, me dieron un golpecito en el hombro. «¡Tú debes de ser Maggie!», dijo una rubia preciosa, risueña y de ojos grandes. Era Quinn, su novia (otra vez). Al oír esas palabras, el corazón me dio un golpe en el pecho: era oficialmente amiga de Garrett. No era una amenaza para su novia, sino alguien de quien Garrett le hablaba a su novia. Tenía dos caminos: aceptar mi papel como la segunda mejor opción o irme. Con el corazón en un puño, vi a Garrett corriendo unos metros más adelante, sin camiseta, saltando en el aire para atrapar un *frisbee* como un *golden retriever*. Se dio la vuelta y me miró, con una sonrisa radiante mientras se apartaba el pelo sudoroso del rostro. Su sonrisa me llenó de alegría y decidí que la vida sin Garrett era más dolorosa que vivir deseando algo más con él. Poco después, ya había conocido a tres mujeres que me abrazaron con la misma fuerza que Quinn, chillando «¡Tú debes de ser Maggie!». Con cada presentación, el dolor disminuía.

Sonreí al ver la foto de Sheep Meadow y me acurruqué contra la ventanilla del autobús, para tomar una foto de la puesta de sol sobre los campos cultivados de Virginia Occidental.

Vuelvo la semana que viene. Mantén el sol en Central Park, escribí y adjunté la foto.

Lo que sentía por Garrett Scholl estaba oficialmente en fase de remisión, y todo mi organismo se sentía mejor. Querer algo que no puedes tener es un dolor que te consume por completo y, si no tienes cuidado, puede oscurecerte por dentro. Habían pasado un par de años desde mi último brote de melancolía, desde la última vez que cerré los ojos y fantaseé con estar a su lado en un registro civil o con dar a luz bebés de ojos azules. Además, estaba ocupadísima, lo que ayudaba a no pensar tanto. No hay nada peor para la angustia que tener mucho tiempo libre.

Era telonera de Violet Bride, una banda *indie* a la que adoraba, con un grupo de seguidores pequeño pero fiel. Me había hecho amiga de un agente de contratación de Nueva York, Josh Wheeler, que me llamaba cada vez que algún telonero se retractaba en cualquier lugar dentro del

área triestatal. Eso me permitía tocar en locales medianos y vender mi demo con los productos de la banda principal, lo que representaba una publicidad increíble y un sueldo mucho menos horrible de lo que estaba acostumbrada a recibir. Así que, cuando la banda telonera de Violet Bride anunció que se separaba (un mes antes de salir de gira por América del Norte), Josh les envió mi canal de YouTube. A las dos de la mañana, llegué con mi guitarra al apartamento del cantante, canté seis canciones frente a los tres músicos y su respuesta fue que me despejara la agenda de febrero a abril.

—¿Puedo molestarte? —oí que preguntaba una voz.

Me senté en la litera y corrí la cortina, sonriendo mientras Drew Reddy levantaba una ceja con gesto travieso. Di una palmada en el espacio vacío que quedaba junto a mis piernas cruzadas y se subió de un salto, corrió la cortina y acomodó la cabeza contra mi cuello.

Conocí a Drew la primera noche de la gira en el histórico teatro Aladdin de Portland. Mi actuación empezó como la de la mayoría de los teloneros desconocidos: charlas ruidosas y risas que me tapaban la voz. Pero, en mi última canción, noté que se había hecho silencio en la sala. Los 620 espectadores, que habían agotado las entradas, estaban hipnotizados y me miraban en silencio para poder oírme. Salí del escenario en medio de una ovación ensordecedora, con la piel erizada y las entrañas vibrando de la emoción de haber cautivado al público más numeroso que había tenido hasta entonces.

Segundos después, Drew me encontró detrás del escenario en mi momento más *sexy*: con la frente empapada de sudor pegada a un ventilador gigante y el escote de mi vestido sin hombros caído por debajo del sujetador. Una chica de pie frente a un ventilador, con la necesidad de enfriar el sudor de sus pechos tras la adrenalina del espectáculo.

—Has estado increíble —oí decir a un hombre de suave acento sureño.

Rápidamente me subí el escote del vestido y me giré para encontrarme frente a un objetivo de 85 mm. El obturador hizo clic y el fotógrafo levantó la vista de su cámara, con una expresión juguetona que me hizo abrir los ojos de la sorpresa. Tenía el aspecto de esos hombres que construyen cabañas de madera con sus propias manos: gorro, camisa de cuadros y vaqueros.

—Drew —dijo, tendiéndome la mano—. Estaré con vosotros el resto de la gira. —Se señaló el pecho—. El fotógrafo.

—Maggie Vine. Telonera —me presenté.

—Sí, no me digas. —Sonreí, con las mejillas enrojecidas—. ¿Qué? —preguntó, divertido.

—Es que… no estoy acostumbrada a que sepan quién soy antes de presentarme.

—Acostúmbrate, Vine.

Oír mi apellido saliendo de sus labios me hizo ruborizar aún más.

Esa misma noche, en el autobús de la gira, después de ganarle a un juego de cartas y presumir descaradamente con un baile de la victoria, me clavó la vista durante cinco segundos y me dijo:

—Estoy en apuros.

Yo sabía que no era así. Sabía que cuando un hombre le dice a una mujer que tiene un problema, es que ella tiene un problema. Pero Drew tenía razón, y yo también: los dos estábamos en un apuro. Yo deseaba con todas mis fuerzas sentir algo real, y Drew vivía la vida como si todo fuera una apuesta. Si nos sobraba un día en alguna ciudad pequeña, nos buscaba algún acantilado desde el que tirarnos, algún lago en el que desnudarnos, algún club de campo en el que colarnos para dar un paseo en carrito de golf. Todas las noches, entre concierto y concierto, nos encontrábamos en algún rincón entre bastidores, me apretaba contra la pared, me subía la falda, yo le arrancaba el cinturón de cuero y echábamos el polvo más rápido y desenfrenado de toda mi vida. Me costaba mucho tranquilizarme después de una actuación y descubrí que las manos de Drew sobre mi cuerpo eran la mejor forma de expulsar la adrenalina que me quedaba.

Drew era un fotógrafo musical con mucho talento que volvería a Los Ángeles y buscaría otra banda *indie* con la que salir de gira cuando la nuestra terminara, y yo volvería a Nueva York y empezaría a tocar en salas más grandes y a tratar de conseguir un representante de verdad. Lo iba a echar de menos al instante. Lo sabía. Terminaría acurrucada con todo mi cuerpo esbelto apretado a la vieja Gibson Hummingbird de mi padre, sollozando a gritos contra el suelo de mi viejísimo estudio, y gestando canciones de desamor con los labios manchados de vino. Nos quedaba una semana de gira y ya temía lo inevitable. Estaba subalquilando mi estudio, estaba haciendo lo que me gustaba sin tener que preocuparme de pagar el alquiler o comer, o luchar por conseguir una nueva actuación; por primera vez, mi vida adulta estaba resuelta. Y me gustaba abrazar mi lado salvaje. Nueva York no me daba la oportunidad de sentir esa libertad. No se puede vivir al límite cuando toda una ciudad te está mirando. No puedes escabullirte de tu estudio y lanzarte desnuda a un lago helado iluminado por la luna sin pensarlo dos veces. Drew me hizo sentir de nuevo como una adolescente, como la Maggie Vine que se escapaba de su cabaña en el campamento para descubrir la pasión por los viajes con su primer amor, Asher Reyes. Drew me hizo olvidar las limitaciones de la edad adulta.

Estaba desnuda en brazos de Drew, recorriendo con las uñas uno de los muchos tatuajes que tenía en el brazo, y me sentía en paz. Drew me rozaba los pechos con los dedos, pensativo.

—Podríamos seguir viéndonos, después de esto —sugirió, mirando al techo.

Me incorporé despacio y me puse encima de él para mirarlo de frente. Busqué sus ojos y me sorprendió la seriedad de su expresión. Era un hombre que se burlaba de la gente que quería echar raíces, y aquí estaba, hablando de nuestro futuro.

—¿Quieres que sigamos viéndonos?

—Sí —dijo con la misma expresión—. ¿Qué dices si voy un tiempo a Nueva York?

Sonreí y me quedé con la boca abierta. Le sujeté las muñecas y apreté mi rostro contra el suyo.

—Esos aparatos de aire acondicionado que te gotean en la boca si no estás atento, toda esa

gente corriendo para no ir a ninguna parte —dije, con mi mejor acento sureño, burlándome de su actitud arrogante—. Creía que odiabas Nueva York.

Me miró a la cara con sus ojos verde oscuro.

—Sí, odio Nueva York, pero te quiero a ti.

Una sensación de calor me invadió el pecho y un destello me recorrió el cuerpo. Las manos se me aflojaron alrededor de sus muñecas.

—¿Me quieres?

Sonreí como una tonta al oír esas palabras. Eran lavanda y miel. *Amor*.

Se incorporó y me cogió de la nuca, acercándome a él para besarme y darme la vuelta. Me acarició la oreja con la boca y yo arqueé la cadera hacia arriba, sintiendo el teléfono en la espalda. Dejé el móvil en la repisa de la ventana y, distraída, vi un mensaje de Garrett en la pantalla. Sus palabras, te echo de menos, me aceleraron el corazón.

10
TREINTA Y CINCO

NO ERA ASÍ COMO HABÍA IMAGINADO EL MOMENTO después de besar a Garrett Scholl en mi cumpleaños número treinta y cinco. Durante los últimos cinco años, lo había representado de forma muy distinta, más como el montaje de una comedia romántica. Suponía que nuestro romance, la mayor parte del cual transcurría en el momento «Todo está perdido» del tercer acto, nos llevaría directamente al «Felices para siempre» después de que nuestros labios se encontraran, después de que uno de los dos hubiera cumplido la promesa. Pero no fue así. Yo no era la Meg Ryan de «quería que fueras tú». Era una Meg Ryan que lloraba en su cama. Más específicamente, era Maggie Vine llorando en el metro. Aquí estaba, sin poder contener las lágrimas en el tren C, llorando con «Silver Springs» porque Garrett Scholl no era mío.

Was I just a fool?

«¿Solo fui una tonta?». Despegué los muslos desnudos y sudorosos del asiento, tratando de evitar las miradas compasivas que me llegaban. Agaché la cabeza tras el calor que despedía mi teléfono y una mujer mayor, de unos ochenta y tantos, se me acercó con dificultad.

Se detuvo, se aferró a la barra que estaba a mi lado y se asomó por encima de mi asiento.

—He pasado por lo mismo, cariño —me dijo, dándome un apretón fuerte en el hombro.

¿Sí? ¿Hiciste una promesa con tu mejor amigo de que os casaríais cuando cumplieras treinta y cinco, pero después de besarlo el día de tu cumpleaños treinta y cinco, te enteraste de que estaba comprometido con otra mujer? ¿HAS PASADO POR LO MISMO, SHIRLEY?

—Él no merece tus lágrimas. O ella. O elle. Mi nieto es elle. ¿No es maravilloso?

Me mordí la lengua y balbuceé:

—Sí. Gracias.

Las abuelas progresistas son tesoros nacionales, así que decidí protegerla de mi desolación a toda costa. Si al menos tuviera un coche, podría ir llorando en paz de un destino a otro, sin toda la puta ciudad de Nueva York como público.

Después de diez minutos de «All Too Well», subí a toda prisa por las escaleras de madera a mi apartamento de Union Square, haciendo crujir los peldaños, y a cada paso la devastación se

transformaba en un puñetazo de rabia. Cuando terminé de subir los cuatro pisos y crucé el umbral de la puerta de mi estudio, ya estaba furiosa. Encendí el aire acondicionado y empujé mi libreta de canciones de la cama al suelo, me dejé caer boca abajo sobre el edredón de flores, con los ojos hinchados y enrojecidos, y sintiendo el olor de la colonia de Garrett en el pelo, lo que me provocó más ganas de llorar.

Oí un zumbido en el suelo y estiré la parte superior del cuerpo para coger el móvil. *Mierda.* Era Summer. Había olvidado que había un puñado de humanos sentados todavía en Central Park por mi cumpleaños.

—Hola… —Casi no alcancé a terminar la palabra antes de que me interrumpiera.

—¿Es posible que me hayas dejado plantada en tu cumpleaños y me hayas abandonado a mi suerte con todos esos fanáticos de Dave Matthews?

Sonaba como si estuviera conduciendo, y ya no rodeada de pantalones cortos.

—Lo siento… estaba demasiado drogada para comportarme humanamente —mentí.

No podía soportar revivir la demoledora noticia de que una vez más había sentido el cuerpo de Garrett contra el mío, sus manos en mi pelo, su lengua dentro de mi boca. Por desgracia, la respuesta era: sigue estando buenísimo. Ya se lo contaría a Summer más tarde, después de haber dejado que me destrozara, como me había pasado con nuestro primer beso. Lo del compromiso, sin embargo, me estaba carcomiendo el alma. Me mordí una de mis uñas resquebrajadas, luchando contra las palabras con nerviosismo.

—¿Sabías que Garrett está comprometido? —le pregunté.

Al otro lado de la línea se hizo un silencio.

—¿Que está qué?

—Sí.

—No puede ser. Bah, no lo sé, supongo que no he sido tan buena amiga últimamente; no los he visto mucho.

—¿En las últimas seis semanas?

—Bueno, los vi en la inauguración de esa galería el mes pasado. No le vi ningún anillo; obviamente, te lo habría dicho.

—Lo sé —dije, con la voz entrecortada, mientras me quitaba el esmalte en gel del pulgar.

—Recuerda que te dije que verlos juntos esa noche fue como ver secarse papel mojado. Se los veía muy aburridos el uno del otro. Estaba segura de que Garrett iba a romper con ella, de verdad.

—Bueno, hizo lo contrario.

—Qué mierda.

La voz de Summer se volvió inusualmente delicada.

—¿Necesitas que vaya? ¿Estás bien?

—Estoy perfectamente. No me afecta —dijo una mujer totalmente indiferente mientras se enjugaba lágrimas de rabia de las mejillas.

—Maggie, voy para allá.

—No. Summer, no puedo hablar ahora, todavía no. Necesito… quedarme tranquila un momento —dije mientras las lágrimas me invadían las cuerdas vocales.

—Está bien, estoy aquí si me necesitas —dijo—. Ah, cierto. Me olvidé de mostrarte algo, lo vi ayer. Espera… Listo, mira tus mensajes.

Puse a Summer en el altavoz e hice clic en un artículo de *Deadline*.

—¿No es ese el libro que me hiciste leer en primero? —preguntó Summer.

Me quedé totalmente en blanco. Ni siquiera pude responderle.

Ahí estaba.

Una piel de color aceituna que no había tenido un poro obstruido en dos décadas, unos ojos cobrizos conmovedores, una mandíbula cincelada que escondía una sonrisa perfecta. Ahí estaba. No fue la foto del primer chico al que quise lo que me hizo tambalear: ya estaba acostumbrada a ver su imagen por todas partes. Fue el titular. Me acerqué al teléfono con los ojos fijos en el artículo: «Asher Reyes se prepara para la adaptación de *Al otro lado*».

El titular me golpeó el corazón como un puñetazo. Llevaba desde los diecisiete sin hablar con él, y sin embargo mi primer pensamiento fue: «¿Por qué no me lo ha contado? ¿Cómo ha podido no llamarme para contarme esto?».

De repente, me asaltó un recuerdo que había estado oculto, perdido en dieciocho años de navegar por un mar de hombres que nunca me habían abrazado como Asher Reyes. Años de primeras citas incómodas, relaciones de una noche olvidables, intensas relaciones efímeras y suspiros no correspondidos. Mucho antes de mi complicada relación con el amor, Asher Reyes me hizo una promesa. Sí, éramos adolescentes, pero la forma en que él y yo nos decíamos las cosas… Asher Reyes y Maggie Vine hacían que los juramentos de sangre parecieran superficiales.

Me lo prometió. Pero, en lugar de buscarme antes de la medianoche de mi cumpleaños, me ponía delante destellos de mi adolescencia.

—¿Maggie? ¿Estás? —me preguntó Summer al otro lado de la línea.

—Sí, dame un segundo.

Releí en silencio la última línea del artículo: «Tenemos a la protagonista, y el siguiente paso antes de la producción es contactar a distintos productores y compositores para la música, que obviamente es una de las partes más importantes de esta preciosa historia, dice Reyes».

Obviamente. Me incorporé un poco más y me acerqué a la torre de libros apilados al azar al lado de mi cama. Ignoré el folleto sobre fecundación in vitro que me acechaba en la mesita de noche, un recordatorio del bebé que no podía mantener y del tiempo que no me quedaba para

intentarlo. Mis dedos encontraron un ejemplar desgastado de un libro: *Al otro lado*. Vacilé, pero luego lo abrí con cuidado, parpadeando con los ojos humedecidos ante la dedicatoria, escrita en tinta negra: «Para Maggie, con amor, papá». Mi padre compró el libro en una librería independiente de Boston, por recomendación del librero cuya tía más querida había escrito la novela. Me lo regaló cuando cumplí once años únicamente porque la protagonista era cantante. Pero para mí se convirtió en algo más que eso. Se convirtió en la prueba ficticia de que puedes hacer lo que quieres y que te quieran.

Hojeé las páginas subrayadas y las notas escritas con bolígrafo de gel brillante en los márgenes.

La única persona para la que esta historia era «obvia» era yo, y tal vez seis personas más. Me encantaba que fuera así.

Cuando era niña, salió un artículo en *The New Yorker* sobre el restaurante de barrio favorito de mi madre. De la noche a la mañana, nuestro tranquilo restaurante se llenó de gente. La comida era la misma, pero el ambiente había cambiado. La idea de que Asher le hiciera lo mismo a mi libro favorito me llenó de furia. Me consideraba una guardiana del arte: creía que las cosas que me gustaban y que las masas aún no habían tocado habían sido hechas para mí. Era una falsa sensación de propiedad, un mecanismo de defensa, como decir con la barbilla alta que lloraste con «All Too Wel» en 2012 o que viste *Hamilton* fuera de Broadway.

El dolor que sentía en mi interior se transformó en energía en bruto. Era como si pudiera entrever la luz del sol bajo una puerta cerrada. Y como una mariposa que regresa una y otra vez al fuego y al dolor, le pedí un favor a Summer.

—¿Puedes ponerme en contacto con Asher Reyes?

Si Asher Reyes no venía a buscarme, iría a buscarlo yo.

11
CATORCE

ERA UNA ADULTA ATRAPADA EN EL CUERPO DE UNA niña, y todo parecía el fin del mundo. Solo me dedicaba con seriedad y energía a una cosa: la música. No me interesaban actividades frívolas como hacer amigos o tener una vida social activa. Mis compañeros eran seres anárquicos que solo buscaban satisfacer sus necesidades hormonales. Yo era una chica becada que iba por los pasillos de madera de roble de su instituto del Upper West Side conteniendo la respiración y con auriculares en las orejas. Solo conseguía exhalar cuando me encerraba en mi diminuto dormitorio de niña, con la guitarra colgada de mi cuello cubierto de pecas y los ojos cerrados en mi pequeño mundo de fantasía. No tenía amigos de verdad, a menos que contara a mi profesora de inglés, la señora Churchill, o a mi profesor de guitarra, el señor Cunningham. Con ellos pasaba la hora del almuerzo, en la que comía dulces de la máquina expendedora, y me desahogaba con los adultos que reconocían que yo no encajaba en el grupo de niños de mi edad con el que me obligaban a convivir. Era una incomprendida, y no quería hacer un esfuerzo para que me entendieran personas que no me importaban lo más mínimo.

El hecho de que mi padre hubiera decidido compensar su ausencia como padre desembolsando un dineral para que fuera a un campamento no ayudó mucho a que terminara bien el primer año. En lugar de pasar el verano en Boston con él, me envió a un campamento artístico en Connecticut, en medio de la nada, donde podría estar con otros bichos raros. Mi padre se había mudado de Queens a Boston cuando yo tenía nueve años, así que pasaba los veranos con él para compensar las otras tres estaciones. A diferencia de lo que ocurría entre mi madre y yo, con mi padre me llevaba de maravilla. Me enseñaba secretos con la guitarra, me dejaba tocar en la sala de estar hasta la una de la madrugada, me llevaba a conciertos y me hacía reír a carcajadas. Adoraba estar con él. Cuando no, sentía que tenía un hueco en el lugar del corazón donde debía estar un padre. Siempre estaba a un paso, pero nunca pasaba conmigo el tiempo suficiente para que pudiera aferrarme a él. Apenas subí al autobús que me llevaría al campamento, sentí nostalgia por el tiempo que no íbamos a pasar juntos, y me dolía el pecho al pensar que quizá él no sentía lo mismo.

Bajé del autobús y entré en el campamento Buck’s Rock con lágrimas en la garganta, pero al instante desaparecieron. Estaba lleno de chicos desgarbados con guitarras colgadas a la espalda, las uñas pintadas de muchos colores y cámaras fotográficas. Se me iluminó el corazón: había encontrado mi sitio. En vez de ponerme los auriculares y caminar con la cabeza gacha, sentí que mi cuerpo se estiraba: se abría de par en par al mundo. Así debía vivir Maggie Vine.

***

Mi consejero dijo que era una ola de calor poco habitual, pero era apenas mi segundo día de campamento, así que no tenía casi nada con qué compararlo. Lo único que sabía era que el aire de junio era tan sofocante que la más mínima brisa hacía más mal que bien, porque me metía en la garganta el aire cargado de hierba recién cortada y flores silvestres de los campos circundantes de Connecticut hasta que me hacían arder los ojos. El calor me empapaba la parte delantera del vestido rojo de flores y sin mucho esfuerzo echaba por tierra todos mis esfuerzos por domar mi cabello indomable, los rizos me envolvían el rostro. Estaba sentada en el escenario del anfiteatro abierto, con vistas a un campo de hierba rodeado de un prado de lupinos púrpura. Mis piernas huesudas se balanceaban de un lado a otro mientras tocaba la guitarra distraídamente. No podía dejar de cantar una canción que, maldita sea, no era mía. El tema de Train «Drops of Jupiter» se había apoderado de mi universo y me había paralizado. No me salía nada mejor. Envidiaba cada uno de sus versos melancólicos y su melodía arrasadora. Me moría por escribir una canción de amor como esa, con sabor a chocolate negro. Y entonces me enteré de que, en realidad, no era una canción de amor, lo que me hizo envidiar aún más la letra. Ese verano, antes de irme al campamento, escuché una entrevista en la radio con el cantante de Train, Pat Monahan. «Drops of Jupiter» hablaba de su madre, que había muerto de cáncer. Se la imaginaba dejando atrás los placeres del cielo para regresar y revelarnos que no debemos dar por sentadas las pequeñas cosas de la tierra. Quería con desesperación que apareciera alguien en mi vida que hiciera realidad esa premonición. Nada deseaba más que tener sentimientos tan profundos que hasta la idea del cielo me pareciera «sobrevalorada». Estaba cansada de pensar en las almas gemelas como algo hipotético.

Sí. A los catorce años era muy intensa.

Intenté tocar un verso confuso de una canción que no podía desentrañar, y enseguida me puse a tararear «Drops of Jupiter». De repente, oí una voz suave a lo lejos, una voz que flotaba en el aire como una pluma preciosa. Levanté las cejas, dispuesta a espantar a cualquier ser humano que se atreviera a invadir mi zona de escritura/procrastinación. Mi expresión se suavizó y puse unos ojos como platos.

Oh.

Estaba inmóvil, pero mi cuerpo iba en caída libre, sin poder mantener el control mientras absorbía la presencia de este desconocido. Era un chico alto, con una camiseta blanca y una camisa de franela a cuadros atada a la cintura. Era desgarbado, como si aún no se hubiera adaptado a su nueva estatura. Tenía auriculares en las orejas y los ojos fijos en un papel arrugado que tenía en la mano. Pude ver un iPod que le sobresalía de los vaqueros negros ajustados. Era la fantasía de cualquier emo hecha realidad: el chico más guapo que había visto en mi vida. La mandíbula marcada, piel de color oliva, un collar de conchas de puka, pelo negro y espeso, y unos pómulos que un hombre no tenía derecho a tener.

Este chico misterioso no tenía ni idea de que estaba entrando en mi territorio, ni de que estaba memorizando todo su ser, por si acaso necesitaba cerrar los ojos y recordarlo hasta el día de mi muerte. Pasó a mi lado y procuré respirar su aroma. Protector solar y un toque de cítricos, muy probablemente Woods de Abercrombie and Fitch.

—«Siéntate a mi lado y dejemos que el mundo siga dando vueltas. Jamás seremos más jóvenes que ahora» —murmuró en voz baja.

Conocía la cita. Era Shakespeare. Giró sobre las puntas de sus All Stars con una seguridad envidiable y volvió a pasar a mi lado, repitiendo las palabras:

—«Siéntate a mi lado y dejemos que el mundo siga dando vueltas. Jamás seremos más jóvenes que ahora» —pronunció la última frase con énfasis, con tanta convicción que se me erizó el vello de los brazos. Y entonces, sus ojos cobrizos se detuvieron en mí.

Me quedé helada, con todo el cuerpo inclinado hacia un lado y la guitarra floja entre las manos. Su mirada se suavizó al verme y se me formó un nudo en el estómago. Había vulnerabilidad en la forma en que me miraba, como si instintivamente actuara con compasión. Por fin, se quitó los auriculares y apretó las mejillas enrojecidas.

—No te había visto.

Esa forma en que las palabras le bailaban en la boca… Yo también quería bailar allí. Cruzó los brazos y los pómulos se le levantaron en una sonrisa cálida, que me deshizo el nudo que tenía en mi interior y me provocó una intensa descarga de calor en cada centímetro del cuerpo.

—Bueno, supongo que lo justo sería que me muestres lo que estás tocando —dijo, señalando mi guitarra con la cabeza.

Quería que cantara para él. *Joder, NO.* Sentí que me ardían las mejillas e intenté despegar la mandíbula, pero se me cerró de golpe.

«Abre la boca, Maggie. Úsala para formar una frase».

—No canto para otras personas —dije, tratando de no trabarme con ninguna palabra.

—¿Qué quiere decir eso? —Levantó las cejas con aire divertido, esperando mi respuesta.

Era una buena pregunta, con la que luchaba desde hacía años. La música era mi salvavidas, pero era solo para mí. No podía compartir mi voz. Me sentía mejor detrás de una puerta cerrada,

donde podía vivir en la fantasía de tener talento sin que nadie me dijera que quizá era solo del montón. La posibilidad de sufrir una decepción, de que me dijeran que no tenía talento para hacer lo único que quería en el mundo… era algo agobiante. «Ojalá sea buena» era más seguro que «dime si soy mala». «Ojalá mi padre venga a mi recital de guitarra» era más seguro que «sabes que nunca irá, Maggie». La realidad detrás de la esperanza me había defraudado la mayoría de las veces, pero la mínima posibilidad me empujaba a seguir adelante. La cabeza en las nubes, una falsa red de contención a mis pies.

Miré al chico que tenía delante, esperando a que cantara. Apreté la guitarra contra mi cuerpo. Tal vez no podría ver en mi interior si tenía un trozo de caoba tallada cubriéndome el pecho.

—No tiene nada de malo tener cosas que son solo para una —dije, casi sin dar crédito a mis palabras.

Se mordió el interior de la mejilla, claramente en desacuerdo, pero con la intención de ser amable.

—Creo que el arte debe compartirse —dijo.

Se sentó con las piernas cruzadas en el suelo bajo el escenario y me miró, retorciendo la hierba entre los dedos, durante lo que parecieron minutos. Era la primera vez que un chico tan atractivo me miraba como si quisiera conocerme, como si quisiera ver todas mis facetas. Sentí que el aire se espesaba y juro que los segundos empezaron a moverse más despacio.

De repente, oí el sonido de mi propia guitarra. Sentí mis callos rasgueando do, sol, fa, fa. Luego oí mi propia voz. Como si fuera la primera vez.

—*Now that she's back in the atmosphere with drops of Jupiter in her hair*.

La canción de Train resonó en el anfiteatro de madera que me rodeaba. El chico entreabrió la boca y sus ojos de color ámbar se ensancharon al oírme cantar. Estaba iluminándole el rostro a otra persona con mi voz. Nunca había sentido algo parecido.

Pensaba dejar de cantar al terminar el estribillo, pero se le dibujó una sonrisa estúpida en el rostro, y no pude hacer otra cosa que seguir, hasta terminar toda la canción.

Fue amor a primera vista.

Cuando la última nota salió de mis labios me di cuenta de que me estaba mirando fijamente, con sus ojos clavados en los míos, sin pestañear. Sentí calor en la espalda y, de repente, volví a estar en mi propio cuerpo, con el vestido húmedo y apretado contra mi pecho agitado, como si el miedo escénico hubiera sido simplemente un acceso de fiebre.

Abrió ligeramente la boca, pero no encontraba las palabras adecuadas. Algo en la forma en que las buscaba me hizo pensar que cuando este chico encontraba las palabras, tenían un significado.

—Podría escucharte cantar todos los días hasta que me muera. —Fue algo mucho mejor que «te quiero». Se sentó a mi lado en el borde del escenario y me tendió la mano—. Asher.

Abrí la boca, y de repente estaba seca.

—Maggie —dije, sin llegar a decirlo en realidad, porque no podía hablar.

Me soltó la mano, que parecía inerte, y dirigió su atención al libro desgastado que tenía en la funda de la guitarra. Lo cogió con cuidado, como si fuera una reliquia de museo.

Leyó el título: *Al otro lado*. Pasó la mano por encima de la ilustración de la portada: un óleo de una joven mirando la luna solitaria.

—Es mi libro favorito —le dije.

—¿Me lo prestas? —me preguntó.

Me quedé muda. ¿Para qué quería mi libro este chico tan atractivo?

—¿No quieres saber de qué trata primero? —le pregunté.

—Es tu libro favorito. ¿Qué más necesito saber?

Nos conocíamos desde hacía solo lo que dura una canción, pero, por algún motivo, Asher quería entender las cosas que me llenaban de vida.

Train tenía razón: el cielo estaba sobrevalorado.

12
TREINTA Y CINCO

LA MEJOR MANERA DE SUPERAR UNA CRISIS existencial es cantar «Hallelujah» en el funeral de un magnate del petróleo, en un velero de treinta metros frente a Sag Harbor. Canté el góspel de Leonard Cohen mientras la familia de un hombre rico, vestida de negro, esparcía sus cenizas en el mar y, por culpa del viento, en mi boca. «Hallelujah» era, sin duda, la canción que más me pedían. Era una de mis favoritas, pero no me atrevía a decirles a viudos afligidos y novias felices que me pedían que cantara una canción muy judía sobre el sexo.

She tied you to her kitchen chair.

«Morty era un marido devoto de su mujer, Sue Anne…».

But remember when I moved in you.

«No hay nada que Morty amara más que pasar tiempo pescando con sus nietos, Morty Tercero y Mason».

Después de honrar a Leonard Cohen, me retiré al otro lado del barco para dejar espacio a la familia mientras continuaba el servicio. Respiré hondo el aire de mar y entonces sentí que una mano diminuta y pegajosa se cerraba en torno a la mía. Miré hacia abajo y vi a una niña de no más de tres años que me sonreía.

—Eres como una princesa —me dijo.

Me incliné hacia sus grandes mejillas y le arreglé el lazo desatado de una de sus coletas.

—Tú también.

Me sonrió con todos los dientes.

—Ojalá pudiera cantar como tú y Ariel. ¿Sabías que las mejores princesas cantan?

Le toqué la naricita.

—¿Sabías que, si puedes hablar, puedes cantar?

—No como tú.

—¿Quieres intentar cantar conmigo?

—Me da miedo cantar delante de desconocidos. Solo le canto a Elsa, mi micrófono.

—Bueno, a mí también me daba miedo cantar en voz alta ante desconocidos. —Abrió la boca

y sus ojos azules se agrandaron en señal de incredulidad—. Es verdad. ¿Sabes qué me ayudó a cantar delante de la gente?

—¿Tu mami te prometió una chocolatina?

—No. Pero me encanta el chocolate. Lo que me ayudó fue buscar el rostro más amigable entre el público. Porque las primeras veces que cantas delante de otra gente, siempre hay una persona a la que quieres entre el público.

—Haré que mi mami me lleve a mi Barbie Ariel la próxima vez que cante. La adoro.

—Qué bonito que quieras a tu mamá.

—A mi Barbie Ariel la quiero más.

—Ah.

—¿De quién eres mamá? —preguntó.

Luché por mantener la sonrisa en mis mejillas azotadas por el viento.

—No soy la mamá de nadie.

—¿Por qué? —me preguntó, acariciándome los rizos.

Hace algunos años, empecé a ver a una terapeuta. Me dijo que la herida paterna que yo creía haber sorteado, en realidad había perforado profundamente la superficie. Por eso, cuando era adolescente, me daba miedo cantar en público; porque tenía una clase especial de ansiedad ante el rechazo. También me dijo que usaba el trauma de mi infancia para aplazar la idea de tener hijos. Era irónico, pero al hacer ese trabajo tan agotador emocionalmente, me di cuenta de lo que quería para mi vida. Me di cuenta de que quería tener hijos y de que acababan de decirme que era casi imposible que pudiera. Ojalá me hubiera quedado a la sombra de mi infancia, convencida de que el miedo a ser una madre negligente quería decir que no debía tener hijos; convencida de que los genes que heredé de mi padre le podían hacer daño a un niño algún día. Si me hubiera quedado congelada en el pasado, no me dolería tanto como ahora, mirando a esa niña que ni siquiera era mía. Quería poder decir que era la madre de alguien. Quería darle a un niño el apoyo emocional que rara vez recibí de mi madre y la atención que rara vez recibí de mi padre. Algún día, iba a hacer las dos cosas, pero no me quedaban muchos días para intentarlo.

—Algún día —le susurré a la niña, con la esperanza estrangulada en un mar de lágrimas en la garganta.

Le di una palmadita en la cabeza, y ella sonrió y corrió de vuelta al otro lado del barco, a los brazos de su madre.

Tal vez fuera porque tenía dentro las cenizas de un anciano exitoso, o porque una niña acababa de hacerme llorar, pero el funeral no hizo más que reafirmarme en la necesidad de crear un legado. Eché los hombros hacia atrás y saqué el teléfono del bolso para llamar a Summer.

—Hola. ¿Encontraste algo sobre Asher? —le pregunté.

—Buenos días a ti también. Solías ser mucho más tímida a la hora de pedir favores, ¿lo

sabías?

—¿Qué decirte? Se me ha pegado tu falta de afecto.

—Ya quisieras. Estaba a punto de llamarte —dijo—. Investigué un poco y mi colega es el mejor amigo del relaciones públicas de Reyes. Asher está aquí, en Nueva York.

Summer era un tiburón de las relaciones públicas con una agenda de contactos que se preciaba de tener un grado de separación con absolutamente todo el mundo. No me sorprendió lo más mínimo que solo tardara dos días en encontrar a Asher. Pero saber que caminaba por las mismas calles que yo me hizo dar un salto.

—Francamente, no tenía ni idea de que estuviéramos en la misma ciudad.

Y era la verdad. Claro, Asher Reyes era el hombre más *sexy* de la revista *People*, pero era muy reservado sobre su vida privada. Hacía todo el circo de las relaciones públicas que le exigían los estudios para cada uno de los Óscar que ganaba, y luego buscaba alguna isla remota donde esconderse. No respondía preguntas personales en las entrevistas, hablaba muy poco de su familia y nunca comentaba su situación sentimental. Era un enigma, y me gustaba que fuera así. Dejé de buscarlo en Google a los veinte años como forma de autopreservación. Me costó sobreponerme a nuestra ruptura y, durante los años siguientes, no dejaba de perseguirme una gran pregunta: «¿Y si Asher Reyes era la persona indicada, pero lo había conocido demasiado joven?». Mentiría si dijera que ese pensamiento no apareció también a mis treinta. Pero ya no sabíamos nada el uno del otro, y seguirle el ritmo a un exnovio famoso que no me seguía el ritmo a mí me hacía sentir insignificante.

—Va a estar en el evento de la DGA esta noche.

—¿El evento de qué?

—Del gremio de directores. Va a hablar en una mesa redonda y después habrá un cóctel. Es solo para miembros, pero como soy la mejor amiga del mundo, estás en la lista.

Me entró una sensación de vértigo y me aferré a la barandilla para no perder el equilibrio. Iba a ver a Asher. Esta noche. Habían pasado dieciocho años…

—Es todo un rito reincidir en el momento de un cumpleaños tan resonante —dijo Summer—. La confirmación del paso del tiempo y de que tus ovarios se están marchitando es una excusa perfecta para salir a buscar a ese novio superfamoso de aquel campamento de verano y acostarte con él. Francamente, me sorprende que hayas tardado tanto.

—No quiero acostarme con él, Summer.

—Claro, claro —dijo. Me la imaginaba en su oficina impecable de West Midtown, poniéndome los ojos en blanco.

—No es lo que quiero.

Y era cierto. Tener sexo con Asher Reyes era lo último que se me pasaba por la cabeza. Quería otra cosa de él.

13
QUINCE

LO QUE MÁS DESEABA EN EL MUNDO ERA ACOSTARME ese verano con Asher Reyes. No estaba tratando de apresurar las cosas, pero me había pasado todo el año pensando cómo sería desnudo mi novio a distancia y cómo sería sentir ese cuerpo contra el mío.

Esa idea me estremecía por dentro cuando el autobús cruzó las puertas del campamento Buck's Rock. Iba apretujada en un autobús lleno de chicos ruidosos de Nueva York, mientras que el vuelo de Asher desde San Diego ya había aterrizado. Saber que me estaba esperando al pie de la colina me aceleraba el corazón.

Me había pasado casi todas las noches del año escolar con el cable del teléfono entre los dedos, susurrando para que mi madre no me oyera, hablando de todo y de nada con Asher hasta que los párpados se me cerraban y las mejillas se me pegaban a la almohada. Y ahora podría hacer eso en persona. Todavía podía sentir en los labios el sabor de nuestro primer beso. Lilas y sal y fuegos artificiales y Mountain Dew… chispazos en el cielo sobre el lago. Podía saborear nuestras últimas lágrimas saladas, nuestras voces llorosas con promesas que sí cumplimos. Habíamos conseguido que nuestra relación a distancia funcionara después del campamento, aunque él estuviese en San Diego y yo en Nueva York.

Habíamos pasado juntos todos los ratos libres del verano pasado. Salíamos a escondidas de nuestras respectivas cabañas después de que los supervisores se durmieran y nos besábamos bajo la luz de la luna. Nos íbamos llevando el uno al otro hacia las afueras del campamento y hablábamos durante horas bajo las estrellas. Él me leía poesía, yo le cantaba alguna canción de amor nueva. Estábamos enamorados, embriagadora y ciegamente enamorados. Y ahora, tras pasar tres estaciones separados, íbamos a hacer algo con eso.

Salí del autobús disparada como una bala, directamente hacia su sonrisa radiante, con la mochila golpeándome la columna, el cuerpo en caída libre hasta que mis brazos rodearon tierra firme: su cuello. Tenía el mismo olor: crema solar y cítricos. Pero era más alto y tenía los hombros más anchos, lo que le permitió levantarme del suelo con facilidad. Cerré los ojos y solté un suspiro, como cuando entraba en mi habitación después de un día agotador. Estaba en casa.

Me bajó y me sujetó el rostro con las manos, colocándome el pelo alborotado detrás de las orejas. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Y el corazón me dio un salto al ver las suyas. Asher era muy parecido a mí: indiferente a nada. Veía el mundo con la misma intensidad que yo, y me despertaba el deseo de escarbar más hondo, de ver el fondo de todas las cosas. Era guapísimo, temperamental, creativo, y lo tenía delante de mí a todo color.

14
TREINTA Y CINCO

EL MIEDO ESCÉNICO DE LOS PRIMEROS AÑOS de mi adolescencia había vuelto y había decidido atacar hasta la última célula de mi cuerpo. Gracias a un fallo en el metro de camino al evento del DGA, mis nervios tuvieron una hora más para multiplicarse, así que, cuando llegué al edificio de ladrillo y cristal del Midtown, sentía el corazón como un martillo en los oídos. Me había perdido la mesa redonda y me condujeron a la pequeña recepción, donde, sin despegar los ojos del suelo y mordiéndome el labio inferior, me dirigí hacia la barra libre, tratando de no hacer contacto visual con nadie. Finalmente, el calor del tequila mezclado con la lima me inundó el pecho y mi corazón volvió a la normalidad.

Asher Reyes y yo estábamos en la misma habitación y necesitaría algo más que un trago fuerte para calmar mis entrañas: necesitaría un dardo tranquilizante. Me atreví a echar un vistazo a la concurrencia (profesionales vestidos con su estilo informal más creativo), mientras aferraba el vaso helado con la mano temblorosa. Me centré en mi móvil, fingiendo leer un correo electrónico importante, para no parecer totalmente fuera de lugar. En muchos sentidos, no estaba fuera de lugar. Estaba rodeada de personas creativas a las que les encantaba el sonido de su propia voz: no había nadie que hablara en voz baja en la sala, que es lo que ocurre cuando reúnes a personas apasionadas bajo un mismo techo. En circunstancias normales, participaría en esas conversaciones e igualaría su intensidad palabra por palabra. Pero estas no eran circunstancias normales.

Mientras hacía como que leía un fascinante correo electrónico de Lyft, una voz baja y suave irrumpió entre la multitud. Se me erizó el vello de los brazos y el corazón se me desbocó como un caballo de carreras.

La noche que conocí a Asher, me senté sola en la litera de arriba. Apenas iluminada por una pequeña luz portátil, garabateé «Tocar las estrellas» en mi cuaderno de canciones, con la mente acelerada y sin ningún bloqueo. No me esperaba que Asher Reyes le hiciera esto a mi cuerpo adulto. Pero habían pasado dieciocho años y lo que sentía era como tocar las estrellas.

15
TREINTA Y CINCO

PARECÍA IMPOSIBLE: ASHER ESTABA A unos metros de mí. Sentía que el cuerpo se me iba, salía flotando, mientras lo contemplaba como en una escena con sonido envolvente. Apenas podía moverme; lo único que podía hacer era mirarlo. Al otro lado de la sala, media docena de personas en apariencia importantes lo rodeaban, entre ellos, una famosa actriz de Broadway y un director taquillero. Mantenían una actitud segura, sin dejar que la celebridad de Asher los rebajara, pero se inclinaban hacia él cuando hablaba: eran conscientes de su importancia. Asher usaba las manos para retratar algo, para contar la historia de algo que solo él era capaz de hacer que cobrara vida. Me rozó con la mirada durante medio segundo. Volvió a centrar la atención en la actriz a la que estaba impresionando, pero entonces se quedó con la mandíbula abierta, en medio de la frase. Puso unos ojos como platos y volvió a dirigirlos hacia mí, y le sonreí al verlo estirar el cuello hacia delante, sorprendido. Los cuerpos que lo rodeaban se giraron en mi dirección, miradas indiscretas que intentaban ver la razón por la que Asher Reyes había perdido la concentración. Inclinó apenas la cabeza hacia la solapa de su chaqueta de cuero, con gesto de incredulidad.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, me di cuenta de que caminaba hacia mí. Las lámparas de araña del techo existían solo para seguir los movimientos angulares de su cuerpo, hasta que, de repente, dejó de dar a los cristales una razón para brillar. Asher Reyes estaba justo delante de mí.

Admiré las pecas de sus iris almendrados y la barba de dos días que asomaba en sus mejillas. Se había convertido en un hombre al que ninguna foto podía hacer justicia. Un *hombre*. Una *belleza* de hombre. Abrió la boca, pero entre nosotros solo flotaba el silencio. Su expresión de sorpresa se tornó en una media sonrisa suave y perpleja, dio un paso más hacia delante y dejé que los brazos del primer hombre al que había querido me rodearan con una ternura desconocida. Nunca nos habíamos abrazado sin que significara algo más. *Jamás*. Nuestros corazones nunca habían latido el uno contra el otro de forma platónica. Pero aquí estábamos, fingiendo. Me aparté y rocé su cuello barbudo con la mejilla, inhalando el aroma de las flores silvestres después de

una tormenta, el olor de un vaquero rebelde refugiado en un campo de lilas de Connecticut. Dejó las manos en la espalda abierta de mi vestido. Se me secó la garganta ante la sensación surrealista de su piel sobre la mía. Me pregunté si aún recordaría la forma en que nos tocábamos.

—¿Qué… estás haciendo aquí? —preguntó con una sonrisa atónita dibujada en el rostro.

Quitó la mano de mi espalda. Abrí la boca con intención, pero me resultó imposible recordar cómo unir vocales y consonantes para formar oraciones con sus ojos desprendiendo la capa protectora de mi piel.

—Vi el artículo de *Deadline*.

—¿Ah, sí?

Quería que la culpa le cubriera ese rostro famoso, pero no había ni la menor pizca de «perdón por robarte eso que tanto te gustaba sin decírtelo» en sus ojos. En cambio, contuvo una sonrisa, y una parte de mí se sintió agradecida de que las estrellas de mi pecho se volvieran un puñetazo de rabia.

—Conseguiste los derechos de mi libro favorito —le dije, tratando de mantener la calma mientras empezaba a hervir.

—Sí… —respondió.

De pronto, sonreía de oreja a oreja, lo cual me permitía hacer aflorar mi rencor. Me crucé de brazos.

—Te imaginarás que no voy a permitir que otra persona escriba la música de *Al otro lado* sin luchar.

Abrió los ojos, sorprendido por el trasfondo de enfado en mi voz. Pareció apenarse.

—No me imaginaba que quisieras participar.

—Hubiera estado bien que me avisaras. Si no fuera por mí, no sabrías que existe *Al otro lado*. Al leer el artículo tuve la sensación de que estabas cogiendo algo que era mío y arrojándolo a los lobos. Me pareció un descuido.

Apretó la mandíbula, dejando traslucir dolor detrás de sus ojos.

—Un descuido —repitió.

Una punzada en el pecho sustituyó al fuego. Acababa de decirle a un hombre que por naturaleza era demasiado cuidadoso que había cometido un descuido. Abrí la boca para intentar suavizar mis palabras, pero él se adelantó.

—Tengo los derechos del libro desde hace una década. Los he ido renovando cada dieciocho meses. ¿Crees que es una coincidencia que se anunciara antes de la medianoche del día de tu cumpleaños? —me preguntó.

Me quedé sin aliento. El artículo sobre mi libro favorito se publicó antes de la medianoche de mi cumpleaños número treinta y cinco. El mismísimo día en que se suponía que teníamos que encontrarnos.

—Antes de la medianoche… ¿Te acordaste…? —fue todo lo que logré decir.

—Por supuesto —afirmó, como si cualquier otra opción fuera imposible.

Por supuesto que se acordó.

—¿Dónde está mi anillo? —le pregunté, en broma.

Se enroscó una servilleta de cóctel en los dedos, con las mejillas enrojecidas.

—Estoy en ello —dijo.

Cuando nuestros ojos se encontraron, dejó salir una sonrisa breve y sentí un murmullo en mi interior.

—Podrías haberme… enviado un mensaje.

Negó con la cabeza, aparentando ofenderse por la sugerencia.

—Eso no tiene nada de romántico —se burló, y una media sonrisa le iluminó la mandíbula.

El brillo de sus ojos era como un interruptor que encendía una galaxia en mi pecho. Me quedé mirándolo… mirando de verdad a Asher Reyes. Era increíble hasta el extremo.

—Es realmente injusto para el resto del mundo que tengas este aspecto —dije sin pensar.

No me quitaba los ojos de encima, lo que indicaba que no había oído mis palabras y que podía estar pensando lo mismo de mí.

Mierda. MIERDA.

—Hola —dijo en voz baja.

—Hola —solté, intentando no derretirme bajo su mirada. Me erguí un poco, como queriendo recordarme que no tenía catorce años otra vez, que no había venido aquí para dejarme llevar por las emociones.

Asher soltó una risita y la misma sonrisa pensativa que me había enamorado dos décadas antes apareció en su rostro. Seguía habiendo un hilo de tristeza entretejido en sus muestras de felicidad; la adultez no había cambiado eso. Me reconfortaba y me destrozaba a la vez. La sonrisa se desvaneció y apretó los labios.

—Siento que estés molesta. No era mi intención. Siempre me encantó la historia, y realmente significaba algo para mí… —Cerró la boca, como si temiera decir algo de más—. Teníamos a alguien muy conocido para hacer la música y la letra, pero tuvo que renunciar por motivos personales. Así que estamos buscando a alguien.

—Sí. Lo leí en el artículo.

—Tengo un coproductor en el proyecto, y no es una persona fácil de seducir. Lo que estoy tratando de decir es que la decisión no es solo mía. No puedo regalarte un trabajo.

—Y no me gustaría que me regalaras nada.

—Sé que no —dijo con una sonrisa, haciendo memoria.

Di un paso adelante, mirándolo a los ojos.

—Nadie puede hacer esto mejor que yo. Conozco ese libro a fondo. Lo único que te pido es

una oportunidad para demostrártelo a ti y a tu productor.

—Total transparencia: la semana que viene salimos con otro compositor en exclusiva. Así que, si quieres que te tengamos en cuenta, tendrías que traerme una canción en dos días.

No me inmuté.

—No hay problema.

Dolly Parton escribió «I Will Always Love You» y «Jolene» el mismo día. Podía hacerle a mi exnovio una canción basada en mi libro favorito en dos. Pan comido.

Sacó el móvil del bolsillo trasero.

—¿El mismo correo electrónico?

Asentí con la cabeza, conteniendo una sonrisa. Nunca se me había ocurrido que Asher siguiera teniendo la misma dirección de correo electrónico. En lugar de escribirle, llevé la situación al extremo, al más puro estilo Maggie, y me aparecí en un evento al que no estaba invitada. Para ser justos, su batiseñal para Maggie Vine fue un anuncio de una película.

—Respóndeme con la dirección de tu casa y haré que te envíen el guion por mensajería esta noche. —Guardó el teléfono en el bolsillo—. Vas a ver las marcas en el guion para las canciones: yo trabajaría en el número de la ruptura del primer acto. Es el mayor bloqueo emocional.

—Me parece bien.

—Te enviaré los tiempos que maneja Amos, mi coproductor. Prepárate para venir a tocar la canción… Si no me falla la memoria, eres bastante convincente en persona —dijo con una sonrisa cálida.

Un chispazo familiar me invadió el pecho y se extendió hasta los dedos de las manos y los pies. La esperanza se agitaba otra vez en mi interior y me dejaba olvidar la sensación de tocar fondo. Asher debió de notar el optimismo en mis mejillas porque cambió de posición, incómodo. No sabía que ese optimismo radiante que alimentaba mi juventud había encontrado la horma de su zapato cinco años atrás.

—Escucha, ojalá pudiera, pero no puedo prometerte nada —me advirtió.

Seguí sonriendo.

—No he venido aquí para que me hagas promesas.

Sonrió con la vista hacia el suelo, vaciló y luego sus ojos castaños se posaron en los míos.

—En el fondo esperaba que sí —dijo.

La forma en que mi corazón amenazaba con desbordarse delante de él me estremecía. La forma en que su dedo rozaba la tenue cicatriz de su barbilla me hacía desear abrazarlo. La forma en que anhelaba borrar nuestro último beso de mi memoria dando un paso adelante. Era peligrosa la forma en que sus ojos me miraban, como a cámara lenta. Era una mujer borracha de esperanza y de algo más.

Ninguno de los dos se movió, solo nos contemplamos, como si volviéramos a grabarnos en la memoria.

—Caroline quiere hablar contigo —dijo una voz detrás de Asher.

Asher cerró los ojos y se volvió hacia un hombre bajito vestido de traje.

—Voy en un segundo —dijo, con una voz inusualmente baja.

Tenía que irme. Tenía que echarme un cubo de agua helada por encima.

—Está bien. Ya te he robado bastante tiempo. Te veo dentro de dos días —le dije, apoyando una mano en su brazo. Di un paso para alejarme y me cogió la mano antes de que alcanzara a quitarla de su cuerpo. Me apretó los dedos y me soltó.

Le sonreí con un gesto amable y me dirigí a la salida con las mejillas sonrojadas y el corazón a mil. Había un espejo de pared gigante junto a las puertas, y en el reflejo podía ver los ojos de Asher clavados en mí, mirándome salir. El reflejo de su sonrisa pura y juvenil al bajar la vista hacia sus zapatos hizo que casi se me doblaran las rodillas.

Llegué a los ascensores y apoyé la espalda en la fría pared de ladrillo. Me corría sudor por la nuca y sentía golpear el corazón contra las costillas. Una parte de mí se había hecho pedazos. Una parte de mí había vuelto a la vida. Quizá fuera la mejor parte de mí. Me lo merecía. Lo más importante era esa sonrisa.

Mierda. Volvía a tener quince años.

16
QUINCE

ME AFERRÉ A LA FINA CADENA DE PLATA que llevaba al cuello y froté el colgante metálico en forma de púa de guitarra, un regalo de mi padre. Era preciosa, y me había llegado hacía unos meses por correo, no en persona. Ahora mi padre era profesor de solfeo en una universidad de Boston, y con ese trabajo a tiempo completo le resultaba aún más difícil desplazarse a la ciudad. Aunque debería haber estado acostumbrada a que nunca apareciera, siempre me dolía. Y esa sensación (la ansiedad causada por el rechazo de mi padre) era lo que en ese momento me invadía el cuerpo. Por desgracia, esto no tenía nada que ver con mi padre. Esta circunstancia era nueva, pero tenía la boca seca, el estómago revuelto y un nudo en la garganta.

Pasé la mano por el mástil de la guitarra; el sudor me chorreaba por las sienes, y parpadeaba ante el sol que me daba de lleno y ante los rostros borrosos del público. El pequeño anfiteatro de hormigón estaba en medio de un campo abierto junto a la granja de animales, y se usaba sobre todo para que el campamento de teatro ensayara sus diálogos o probara material nuevo. Este mini-Coliseo e imán solar servía ahora para que la novia de Asher Reyes superara su miedo escénico. Había una decena de chicos de teatro esparcidos por los escalones de cemento, esperando a que los decepcionara.

Habían transcurrido tres semanas del verano y el objetivo de dar el siguiente paso en mi relación con Asher había sido reemplazado por el de mandar a la mierda mi miedo escénico para siempre. Me había inscrito en la Noche de los Talentos con la intención de arrancarme la tirita. Actuar en la Noche de Talentos implicaba tocar delante de la mayor audiencia que había tenido, o sea, todo el campamento: unas trescientas personas. Le había pedido a Asher que me ayudara a superar mi miedo escénico, ya que él había nacido para estar en el escenario. Como todo lo que se le pide a Asher, se tomó en serio mi petición. Algunos (yo) dirían que demasiado en serio.

Bajó de un salto los escalones de cemento y se acercó. Sus ojos amables intentaban ofrecerme alivio en ese mar de nervios.

—Esto es culpa tuya —le dije, apretando los dientes. Empuñé la guitarra temblando—. No puedo creer que me hayas bombardeado con todo este público.

—¿Estás enfadada porque no te dije que vendrían? —dijo, buscando en mi rostro la sonrisa que su cercanía siempre me arrancaba.

Estar con Asher era mi refugio, y él mismo me había quitado la red de seguridad con sus propias manos, sin previo aviso, lo que sentí como una traición bastante particular. Les había pedido a unos cuantos chicos de teatro que vinieran para que yo cantara por primera vez ante un público.

La rabia se me agolpó en el pecho cuando vi que contenía una sonrisa. La verdad es que había estado todo el día respirándome en la nuca. Yo sabía que solo me quedaba un día para superar mi miedo escénico antes de la Noche de Talentos, pero Asher casi no me había dejado pensar en otra cosa desde la mañana. Necesitaba un respiro y él se negaba a dármelo. Y no solo eso, sino que una parte de él disfrutaba empujándome fuera de mi zona de confort. Tal vez fuera porque ese era mi papel. Fui la primera en besarlo; fui la primera en sugerir que nos escapáramos de nuestras cabañas de noche; fui la única que lo alentó a entregarse a su naturaleza más desenfrenada. A tener fuego en el estómago en lugar de ser tan cuidadoso. Y aquí estaba él, prendiéndome fuego a mí.

—¿Qué es tan gracioso? —le pregunté, admirando su sonrisa. Me apreté la garganta, que estaba tan seca como el cemento caliente bajo mis pies.

—¿Habrías venido si te hubiera dicho que había reunido público para ti? —Lo miré con ojos de piedra, confirmando lo que intentaba demostrarme. Me puso una mano en la barbilla y la levantó hacia él—. Mírame —me pidió.

Tenía el sol en los ojos y lo vi inhalar y exhalar profundamente. Me hice eco de su respiración, todavía enfadada con él, pero menos porque, cuando me miraba así, sin ceder, me daban ganas de lanzarme a sus labios.

Me había pasado el verano anterior trabajando con diferentes directores del campamento para pulir mis habilidades como compositora y mis técnicas vocales. Aprendí los fundamentos, desde desarrollar mis sonidos vocales hasta entender diferentes patrones de rima. Me relajé al cantar y tocar la guitarra delante de un profesional remunerado, porque sabía que no me haría pedazos. Cantar delante de mis compañeros era otra historia. Estaba en un campamento de artes liberales en el que todos los participantes se creían «la próxima gran revelación». Tampoco ayudaba que mi madre creyera que cantar y componer canciones era un pasatiempo bonito que algún día dejaría atrás. ¿Y si era mediocre y cantar delante de todos le daba la razón?

—No estoy preparada.

—Te sabes la canción al derecho y al revés. Mags, eres tan increíble que no tienes nada que temer. —Me puso las manos en los hombros y los echó hacia atrás—. Tu seguridad va por el camino de tu columna vertebral. —Dejé que mis hombros volvieran a su lugar.

—¿Eso te lo enseñó Greenway? —le pregunté, poniendo los ojos en blanco.

Greenway era su profesor de teatro, un hombre que, por lo que pude ver, era más importante para Asher que sus padres. Asher hablaba más de él que de su madre o de su padre, lo cual era extraño, porque, cuando describía a sus padres, siempre lo hacía con mucha calidez. Una esperaría que tuviera más historias para compartir sobre su familia, pero siempre era Greenway ESTO y Greenway LO OTRO.

—¿Quieres saber mi secreto?

—Si me dices «imagínate a todo el mundo en ropa interior», te pego.

—Encuentra a una persona del público que te quiera sin que importe nada. No importa si eres genial, buena o solo aceptable. —Se señaló a sí mismo—. Cántale a la persona que sientas más cercana. Todos los demás desaparecerán.

—Se ve que tienes muy buena opinión de ti mismo.

Se echó hacia atrás.

—«Tus ojos son las estrellas que no pude ver por la ventana de mi infancia» me subió bastante el ego —dijo, citando la letra de mi canción.

—Puede que sea la última cosa bonita que escriba sobre ti —le solté.

—Lo dudo mucho.

Sonrió y se alejó, sin quitarme los ojos de encima. Se sentó a la derecha de los escalones, junto a un chico desgarbado llamado Peter, que tenía los dedos enroscados en la cuerda de un yoyó gastado. Me ablandé al ver a Peter sonreír a Asher. Asher se había convertido en un dios del teatro en cuanto abrió la boca en el escenario el año pasado. Tenía eso que no se puede enseñar y, aunque el teatro era competitivo, se le daba tan bien que todo el mundo quería aprender de él, en lugar de regodearse en el hecho de que no podían estar a su altura. Asher reparó en Peter por primera vez el verano pasado: era la clase de chico que caminaba por el campamento como si tuviera un amigo invisible. Después de que Peter fracasara en una audición para *Mi bella dama* y llorara en el escenario, Asher salió tras él y le preguntó si quería ser su suplente. Asher usaba su celebridad en el campamento no para mejorar su propia imagen, sino para llenar el espacio de soledad de un chico sin amigos.

Al ver a Asher intercambiar sonrisas con Peter, mi ira dio paso al agradecimiento. Centré la mirada en el chico que quería (la clase de chico que se desvivía para que los demás progresaran), el chico que me estaba sacando de mi zona de confort para que triunfara. Inspiré hondo desde el diafragma, abrí la boca temblorosa y dejé que mi primera canción de amor, «Cielos invisibles», encontrara oídos nuevos.

Era la canción que había empezado a escribir la misma noche en que conocí a Asher. La adrenalina me recorrió el pecho al oír el eco de mi dulce canción de amor *folk* contra la pared que tenía a mis espaldas.

Nunca había visto a Asher tan sonriente. Sentía el calor del sol en los pómulos mientras mis

ojos pasaban de Asher a los demás rostros, que no me quitaban la vista de encima. Vi cuando el potente puente de mi canción les aflojó la mandíbula. Cuando la última nota salió de mis labios, le siguió el segundo más largo de mi vida: un silencio sepulcral. Todos se levantaron a la vez de los escalones de cemento y empezaron a aplaudir y silbar con entusiasmo. Apreté los labios, procurando no gritar. Esta adrenalina era nueva. Era mucha. Me había enderezado la columna para poder tocar el sol. Mi voz hacía que unos desconocidos cobraran vida. Nunca dejaría que otra persona me convenciera de que estaba destinada a hacer otra cosa que no fuera esto. No dejaría que otro escenario me intimidara.

—Te lo dije —bromeó Asher, mirándome con una sonrisa orgullosa dibujada en la cara.

El grupo de teatro bajó rápidamente los escalones y se lanzó al campo, felicitándome a su paso con palabras efusivas. Llena de asombro, los vi desaparecer por la cuesta cubierta de hierba. Sentía los latidos del corazón en los tímpanos y todo el cuerpo me temblaba mientras guardaba la guitarra en su funda rígida.

Asher se acercó con una sonrisa radiante.

—Así que ¿voy a volver a ser el tema de otro original de Maggie Vine, o ya te has cansado de mí?

Me puse frente a él y le rodeé el cuello con las manos, apretando mi nariz contra la suya.

—Para ti, eh… todas mis canciones, para siempre.

—Para siempre, ¿eh?

Asentí con la cabeza.

—Gracias por esto —dije.

—De nada.

Sonreí y lo atraje hacia mi boca. Lo cogí de la nuca, él metió la mano por debajo de mi camiseta y sentí cómo se endurecía contra mí, lo que me produjo un escalofrío en todo el cuerpo. Bajé lentamente los dedos desde su cuello hasta su cálido torso y me detuve en el elástico de sus pantalones cortos deportivos, justo cuando sonó un fuerte gong por los altavoces.

Subí la mano hasta su abdomen duro y me puse de puntillas.

—La cena —susurré con la frente pegada a la suya.

Me estrechó contra su cuerpo.

—Saltémonos la cena y veamos la puesta de sol en algún lado.

—¿Saltarnos la cena?

—Tengo los bocadillos de la cantina —dijo, palmeando la mochila JanSport que llevaba colgada al hombro.

Bajé los talones y di un paso atrás para coger la funda de mi guitarra.

—Estoy segura de que mi consejero irá a buscarme.

—Vale. —Se acomodó los pantalones y se pasó una mano por el pelo despeinado.

—¿Vamos? —dije.

Esbozó una sonrisa rápida y me cogió de la mano. El sol empezaba a ocultarse entre los árboles.

Caminamos en silencio, cogidos de la mano; sentía que mi cuerpo palpitaba de energía. Cuando el comedor apareció a la vista, la gente empezaba a llegar desde todos lados del campamento. Me di cuenta de que Asher se movía más despacio, atrayéndome hacia él mientras los cuerpos hambrientos se agolpaban a nuestro alrededor para entrar por la puerta.

—¿Quedamos esta noche en el lago? —me preguntó, con un tono inusualmente nervioso.

Me sorprendió su expresión interrogante, como si mi respuesta fuera decisiva para él. Quedábamos en el cenador o en el lago todas las noches después del toque de queda.

—Sí, claro.

—Genial —dijo, y suspiró observando el camino de grava bajo nuestros pies.

Apreté su mano entre las mías y, con un gesto juguetón, me la llevé a la boca y le mordí un nudillo.

Apenas pudo esbozar una sonrisa, con la mirada fija en la goma desgastada de sus zapatos. Me invadió una sensación de malestar. Asher era de los que te miraban de frente o miraban el camino que tenían delante. Inventaba historias sobre la gente que pasaba o sobre las estrellas del cielo. Rara vez miraba hacia abajo.

—Ey —dije, soltándole la mano con suavidad—. ¿Estás bien?

Buscó mis ojos, me lanzó una sonrisa rápida y echó los hombros hacia atrás.

—Sí. ¿Por qué no iba a estar bien?

Era una buena pregunta. Y quería saber la respuesta.

—No lo sé. Has estado actuando raro todo el día.

Y era verdad. Desde el desayuno, le había costado mucho separarse de mí. Supuse que estaba haciendo todo lo posible para asegurarse de que estuviera preparada para la Noche de los Talentos, pero ahora estaba totalmente preparada y, sin embargo, le seguía costando dejarme hacer mis cosas. Lo había visto así una vez antes. Asher solía ser muy independiente, como yo, y disfrutaba del tiempo creativo a solas, así que, cuando ocurrió lo mismo el verano pasado, me sorprendió. Apenas se separó de mí en todo el día, contándome historias interminables e insistiendo en que exploráramos cada rincón desconocido del campamento. Cuando me acompañó de vuelta a mi cabaña, me dijo que me quería. Estaba claro que decírmelo lo aterraba, pero sabía que necesitaba sacarlo, así que me siguió a todas partes hasta que encontró el valor para decir su verdad. Pero, un año después, Asher sabía que yo también lo quería: no tenía por qué seguirme a las clases de canto y a los ensayos de guitarra, no tenía por qué saltarse sus ensayos y esperarme en la puerta del estudio de grabación del campamento. Me di cuenta de que había renunciado a todo su día por mí.

Me puso las manos a ambos lados de las mejillas.

—Estoy bien —dijo, mirándome con sus ojos de color ámbar. Conocía a Asher Reyes lo suficiente como para saber que no estaba bien. Aflojó la mandíbula con nerviosismo y la cerró con la misma rapidez. Quería decirme algo, pero no sabía cómo.

Sonó el segundo gong y los que quedaban fuera pasaron volando hacia el comedor. Asher abrió la puerta con el pie, aguardando a que yo entrara. Dudé y él asintió con la cabeza, como diciéndome que avanzara. De repente, un brazo me aferró y me empujó hacia dentro. Levanté la vista y vi a mi compañera de litera, Gracie, con una enorme sonrisa.

—¿A que no sabes lo que ha hecho Conner Lee en soplado de vidrio? —gritó. Enseguida, arrugó la nariz—. ¿Por qué nos hacen esto? Los *sloppy joes* son un ataque al aparato digestivo.

Me empujó hacia la cola del mostrador, donde una ráfaga caliente de olor a carne mixta hizo que se me revolviera aún más el estómago. Miré hacia atrás y vi el cuerpo espigado de Asher en la puerta. Echó un vistazo rápido al comedor y luego se giró y desapareció tras la puerta que se cerraba. Fue la primera vez que sentí una punzada de angustia por amor.

Diez minutos después, estaba sentada al lado de mi cabaña en el borde de una larga mesa de madera, comiendo patatas fritas con ansiedad. Acababa de contarles a mis compañeras de litera el extraño comportamiento de Asher y esperaba que me dijeran algo esperanzador, lo que fuera que hiciera desaparecer el creciente nudo en mi pecho.

Gracie se clavó una horquilla en su desordenado cabello color magenta y se echó hacia atrás con una carcajada estruendosa.

—Quiere acostarse contigo esta noche —dijo, mordiéndose el labio perforado para conseguir un efecto más cargado. A nadie le gustaba tanto una buena historia como a Gracie. Estaba aquí para mejorar su escritura teatral y todas éramos objeto de sus teorías descabelladas. Sacudí la cabeza y puse los ojos en blanco.

—No, no es eso. Es… —Se me cerró la garganta al recordar mi mano tirando del elástico de los pantalones de Asher hacía unos instantes. Sus dedos bajo mi camiseta. Su cuerpo duro contra mí—. Ay, por Dios. ¿Sí? —Busqué confirmación por toda la mesa, escrutando las sonrisas idiotizadas. Me detuve en la experta en sexo de nuestra cabaña, Pria, que había perdido la virginidad dos semanas antes del campamento—. ¿Pria?

Pria apoyó el mentón en la mano y se inclinó hacia delante. Tenía pintura al óleo en una mejilla y debajo de las uñas.

—Al cien por cien —dijo—. Será mejor que te depiles. Puedo ayudarte a prepararte si quieres. ¿Quieres que te haga algo de diseño? Puedo hacer un corazón o algo así, según con qué lienzo esté trabajando.

Dudé, imaginando a Pria usando mi vello púbico como su último proyecto artístico.

—Estoy bien, gracias —dije.

Pero no estaba bien. Las patatas fritas de mi estómago estaban saliendo a la superficie. Vine al campamento Preparada con P mayúscula. Me había pasado los nueve meses fantaseando con Hacerlo con Asher. Tenía un diario lleno de extraños consejos sexuales que había arrancado de *Cosmopolitan*. ¡Tenía una pista y estaba lista para aterrizar! Entonces, ¿por qué una sensación de terror se propagaba de pronto por mis extremidades? Me crucé de brazos e inspiré hondo, intentando echar los hombros hacia atrás, pero no sirvió de nada. Había encontrado mi voz con total confianza, pero una nueva clase de miedo escénico se había apoderado de mí.

17
QUINCE

COGÍ LA LINTERNA Y BAJÉ DE LA LITERA DE ARRIBA sin hacer ruido. La mayoría de las noches salía de la cabaña de puntillas, como una espía, y echaba a correr entre las filas de literas de color rojo cereza, atravesaba los campos para llegar al muelle del lago, ansiosa por llegar a los brazos de Asher. Pero, a medida que avanzaba hacia el lago, mis pies se movían más despacio y cada paso que daba hacía que mi corazón latiera más rápido contra mi caja torácica y más fuerte en mis oídos.

Contemplé la luna llena sobre el pequeño lago, con kilómetros de árboles frondosos detrás de la orilla. Las luciérnagas bailaban y era la noche perfecta para sellar el trato con el chico perfecto bajo un cielo lleno de estrellas, excepto por el hecho de que me sentía como si me estuviera muriendo.

Se me cerraba la garganta del pánico. Me coloqué la mano bajo la camisa, me presioné el ombligo con los dedos e inspiré profundamente. Exhalé despacio por la boca, un ejercicio de «cantar con el diafragma» que me había enseñado mi profesor de canto. No estoy segura de qué clase de resultado esperaba de un ejercicio básico de canto, pero a medida que el aire espeso y húmedo se arremolinaba en mis pulmones, más sentía que no estaba preparada para cantar ni para desnudarme.

La silueta de Asher en el borde del muelle cobró vida cuando me acerqué a su cuerpo. Apareció dando patadas a un saco de arena, mientras murmuraba un monólogo para sí mismo.

—Ey —dije, golpeando el muelle con mis chanclas.

Se giró y atrapó el saco en el aire. Dejó caer los hombros al verme y una sonrisa de alivio se dibujó en su rostro.

—Has llegado —dijo.

Esbocé una sonrisa y me acerqué a él, apretando los puños para que dejaran de temblarme los dedos mientras me abrazaba. Sentí su cuerpo fresco contra mi piel sofocante, y la sensación de su pecho subiendo y bajando contra el mío me aceleró el corazón. Aspiré el aroma a flores silvestres y cítricos almizclados de su pelo húmedo, arqueé la espalda y me hice un moño con los rizos,

evitando el contacto visual con la única persona cuyos ojos me hacían sentir en el lugar más seguro del mundo.

—¿El campamento de circo? —dijo, alzando las cejas de forma sugerente y tomándome la mano entre las suyas.

El campamento de circo era el lugar ideal para ir a besarse, una vez superado el terror de las enormes pinturas de payasos en la pared. Dos tercios de la habitación estaban cubiertos por mullidas colchonetas de gimnasia. Era el lugar más probable para perder la virginidad, y había llegado al campamento dispuesta a hacer precisamente eso. Entonces, ¿por qué no estaba tirando del cuerpo de Asher hacia allí? ¿Por qué le soltaba la mano? ¿Por qué me alejaba de sus palmas extendidas? ¿Por qué me quitaba las sandalias? ¿Por qué tenía los dedos de los pies enroscados en el borde del muelle? Sentí que la sangre se me subía a la cabeza y el calor me cegaba la vista con manchas blancas al tiempo que se me cerraba la garganta. No tenía ninguna respuesta. Lo único que sabía era que para respirar tenía que saltar.

El agua fría del lago me golpeó el cuerpo como un acceso de fiebre y se abrió en dos contra mi piel bronceada. Salí a tomar aire, atravesando la superficie con una inhalación desesperada, aspirando el olor familiar de una tormenta de barro.

Asher estaba de pie en el muelle, con la cabeza inclinada en señal de confusión.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—¿Nadar?

—Está oscuro como la boca de un lobo.

—Es un lago artificial. No hay criaturas monstruosas.

Me miró fijamente, esperando una respuesta mejor.

—Te has tirado así como así —dijo con incredulidad.

—Qué decirte, soy un enigma.

No era cierto. Era un libro abierto que rogaba que alguien lo leyera. Asher era el misterioso. Pero supongo que esta noche no era consciente de que me había metido en el agua oscura porque me parecía una alternativa menos aterradora que desnudarme delante de él.

Se quitó la camiseta y se sentó en el borde del muelle, bajando sus abdominales perfectos al agua por la escalera lateral. Siempre era tan cauto, tanteando el terreno antes de zambullirse. Puse los ojos en blanco cuando su torso entró delicadamente en contacto con el lago. Se giró hacia mí y, por instinto, salpiqué con la mano, como si actuar como una niña pudiera retrasar el momento de convertirme en mujer.

Parpadeó apartando el agua de sus pestañas tupidas y me fulminó con la mirada mientras le caía agua por la mandíbula, de líneas marcadas.

—Ven aquí —me ordenó, tirándome del dobladillo de la camiseta y atrayéndome contra su cuerpo.

Metió los dedos en mis rizos empapados y me acercó a su rostro. Teníamos los labios fríos y la lengua caliente, y me perdí en su beso hasta que sentí que su boca se separaba de la mía. Ahora sentía el calor de su aliento en el cuello y su mano me rozaba el torso.

—Espera —le dije. Me chupé el labio inferior y me separé de él, dejándolo con la boca abierta frente a mí—. No estoy lista.

Abrí la boca al sentir que cada articulación de mi cuerpo expulsaba la verdad: no estaba lista para tener sexo. El aire a mi alrededor se agitó y me erguí hacia la luna. No estaba lista para algo que creía que quería y no sentía vergüenza. Esto no era miedo escénico.

—¿No estás lista para qué? —preguntó Asher, interrumpiendo mi epifanía de virginidad.

—No estoy lista para el sexo —afirmé, como si fuera obvio.

Asher juntó las cejas y repitió mis palabras.

—Eh… Vale. —Inclinó la cabeza—. ¿Sentiste… que te estaba presionando?

—No, no sentí que me estuvieras presionando.

—Mags, estoy un poco perdido.

Reparó en mis ojos sorprendidos y se dio cuenta de que estábamos viviendo dos realidades muy diferentes, lo que me hizo sentir otra clase de calor, una vergüenza que ni siquiera el lago frío que me rodeaba podía mitigar.

—No querías acostarte conmigo —dije muy despacio, cayendo en la cuenta.

Inclinó la cabeza y apretó los labios.

—No lo tenía planeado. No quiero precipitar las cosas. Ni siquiera hemos hablado de sexo.

Me puso la mano en la barbilla y me miró con los ojos muy grandes. Por supuesto que no quería precipitar las cosas. Asher Reyes era un romántico empedernido. De la misma forma en que sostenía una piedra en la mano, mirándola desde todos los ángulos, sostenía mi rostro en su palma.

—Entonces, ¿qué pasa? —le pregunté—. ¿Por qué has estado raro todo el día? Pensé que era porque estabas nervioso por… esto. —Entrecerró los ojos y negó levemente con la cabeza, como diciéndome que no me entendía—. No te has separado de mí en todo el día. Te llevó diez minutos llegar al almuerzo porque te quedaste admirando la carpintería del cenador; prácticamente tuve que arrastrarte hasta el comedor antes de que sonara el último gong —continué—. Querías que me saltara la cena y… —me interrumpí al ver cómo se le tensaba la mandíbula.

Asher llevó la vista al reflejo de la luna en el agua. El sonido del agua golpeando el muelle detrás de nosotros se hizo más fuerte en los segundos siguientes y sentí que me soltaba. Nadó un par de metros hacia la escalera del muelle y salió del agua.

Quise ir tras él, pero me quedé paralizada por la confusión, caminando sola por el agua, viendo a mi novio de pie encima de mí, inmóvil, con los ojos como el bronce mirando fijamente

a la luna.

—¿Asher?

Su mirada flotó hacia mí, inundada de lágrimas. De repente, se le hundió el pecho y dobló el cuerpo sobre los listones de madera, escondiendo la cabeza entre las piernas. Asher era un chico sensible, pero solo lo había visto llorar dos veces: en el escenario y cuando nos despedimos el verano pasado. Pero este no era un llanto suave; era doloroso y fuerte, como un chico partiéndose por la mitad. Se me desgarró el corazón y subí al muelle, rodeé su cuerpo tembloroso con mis brazos mojados y lo abracé con fuerza. Se aferró a mis manos con el cuerpo crispado por la angustia.

Permanecimos así diez minutos, sin movernos, hasta que por fin levantó la vista y me miró con los ojos hinchados y enrojecidos. Había angustia en cada línea de su rostro mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano. Cambié de posición para sentarme frente a él, con las rodillas apoyadas en las suyas y su mano apretada dentro de la mía.

—Hoy… —empezó a decir e inhaló con fuerza, tratando de encontrar la voz entre las lágrimas — es el cumpleaños de mi hermano.

Me quedé helada. Nos habíamos pasado un año hablando durante horas, noche tras noche, y nunca había mencionado que tenía un hermano. Era la única persona, además de mi madre, que sabía que tenía un padre ausente. Y yo ni siquiera sabía que tenía un hermano. Al instante, sentí una punzada de dolor. Un dolor que me susurraba: «tal vez Asher signifique más para ti que tú para él».

—No sabía que tienes un hermano —susurré.

—Tenía —me corrigió. Trató de calmar la respiración, como si temiera dejar salir las palabras que estaba a punto de pronunciar—. Murió. Hace cuatro años. Se… —La realidad de las palabras le estranguló la garganta y tragó con fuerza—. Se suicidó. —Las lágrimas le caían sin esfuerzo y sus ojos marrones se clavaron en los míos—. Odio este día. El año pasado fue la primera vez que no lo odié tanto. Porque pude pasarlo contigo. No tuve que escuchar a mis padres hablar sobre la edad que debería tener. No tuve que escucharlos hablar de la persona en la que no llegó a convertirse. Solo estuve contigo, y eso me hizo feliz. Debería habértelo dicho el verano pasado. Disculpa.

De pronto me di cuenta de que me estaba secando mis propias lágrimas, de que la sola idea de que Asher hubiera perdido a alguien me hacía llorar. Puse los dedos sobre su mandíbula húmeda y temblorosa y le enjugué las lágrimas con el pulgar.

—No tienes nada de que disculparte. Está bien —dije en voz baja contra su mejilla.

—Quería decírtelo, pero… —Se apretó el pecho con la mano—. Cuando hablo de él, me duele tanto.

Asentí, como si pudiera comprenderlo, pero no conocía ese tipo de dolor. Asher vivía con un

dolor que la esperanza no podía curar. La ausencia de mi padre era diferente, y el dolor me marcaba. Era muy consciente de la brecha entre lo que mi padre me daba y lo que una hija merecía. Así que dejaba que la esperanza llenara el vacío. La esperanza era mi droga preferida. Atenuaba una realidad dolorosa en la que era huérfana de padre. Buscaba luces brillantes a pesar del viento que me azotaba las mejillas. Pero aquí no había luces brillantes.

—Lo entiendo —dije, apretando los labios fríos contra su frente.

No era exactamente una mentira, porque, si bien no podía entender su dolor, ahora comprendía plenamente a Asher Reyes. Entendía por qué actuaba con cautela. Entendía por qué anhelaba adoptar otros personajes. Entendía por qué hacía que los chicos solitarios se sintieran queridos. Entendía la razón del dolor detrás de sus ojos. Entendía por qué me miraba como si yo fuera importante y por qué se aseguraba de decírmelo todos los días. El lado misterioso de Asher ya no era un misterio para mí, y lo quería aún más. Le pasé las manos por el pelo y le besé las lágrimas de las mejillas.

—No quiero estar solo hoy —me susurró en el hueco del cuello.

No me separé de él hasta que la luna intercambió su lugar con el sol.

18
TREINTA Y CINCO

ERA MEDIANOCHE PASADA, PERO SABÍA QUE MIS párpados no encontrarían reposo hasta después de que saliera el sol. Mi cuerpo seguía flotando en el espacio tras el encuentro con Asher, y la adrenalina de la esperanza se acumulaba más y más cada vez que daba vuelta a las páginas del guion que tenía en las manos. Llegué al final, y el alcance de la adaptación de mi libro favorito me dejó atónita, con la mano abierta sobre el pecho estremecido. Era el segundo largometraje que Asher iba a dirigir, pero este era su primer guion (coescrito, para ser justos), pero no había destacado demasiado lo que había hecho. Cogió una historia que me había hecho sentir vista en la infancia y la transformó en algo más adulto, manteniendo intactas las partes reflexivas y tiernas. Era el mismo estudio de personajes del que me había enamorado, pero no parecía una pequeña película independiente, sino una historia cinematográfica; como si necesitara existir en la pantalla grande y escucharse con sonido envolvente. No era mi restaurante favorito de salsas rojas del Lower East Side: no podía pretender preservar algo tan épico y, con una sonrisa enorme, me di cuenta de que no quería hacerlo.

Dejé el guion a un lado y empecé a hojear mi cuaderno de canciones, buscando versos y frases ya escritos que funcionaran a la perfección, que pudieran convertirse en canciones completas y ayudar a que el personaje principal cobrara vida. Era una cantautora atrapada entre dos mundos, y solo la música podía guiarla de vuelta a casa. Se parecía mucho a mí: deseaba dejar una huella en su mundo, pero no sabía qué pasos dar para hacer realidad sus deseos.

Solo necesitaba un verso para empezar. Un verso perfecto para dar vida a ese número de ruptura que corona la historia. Examiné un par de líneas, pero me detuve. Primero tenía que entender cómo cantaba la actriz principal. Si no podía hacerle justicia, no conseguiría el trabajo.

Levanté el portátil del suelo de madera cubierto de polvo y busqué en YouTube a Raini Parish, una actriz de la que nunca había oído hablar, la joven que interpretaría el papel principal.

Le di al *play* en un vídeo de una joven de veintiún años con un delicado vestido de verano. Estaba sentada en la encimera de una cocina desordenada, con los ojos cerrados y un rostro en forma de corazón que asentía con indiferencia mientras cantaba «Drivers License» de Olivia

Rodrigo. La cantaba a capella. Encaró el puente descomunal de esa canción como si no fuera nada y el resultado me dejó sin palabras. Raini parecía albergar toda la angustia del mundo tras sus grandes ojos marrones, un don que compartíamos. La adoré al instante. Una sonrisa de satisfacción me salpicó los labios y, de repente, se me desencajó la cara. Debía de haberlo visto mal. Cerré los ojos para ahuyentar las manchas blancas aterradoras y confirmar que no estaba alucinando.

La notificación del correo electrónico saltó en la esquina derecha de la pantalla, una advertencia a la esperanza que me recorría el cuerpo de que no iba a librarme tan fácilmente.

Para: Maggie Vine
De: Sr. y Sra. Robert Scholl
Asunto: Fiesta de compromiso de Garrett y Cecily

Se me estrujó el corazón cuando, sin poder dejar de temblar, hice clic en la invitación de Paperless Post.

¿Por qué me habían invitado? ¿Qué clase de masoquista invita a la otra mujer que quiere a su fiesta de compromiso?

La invitación era una oda a los estampados floreados de color pastel, que me recordaron a Cecily: elegante, sin estridencias, con todo bajo control, el tipo de escaparate que te hacía suspirar y decir: «Qué belleza». A diferencia de Maggie Vine, a quien le gustaba combinar estampados sin la menor armonía y andar dando saltos de un lado a otro en ambientes silenciosos. Ojeé la invitación: cena y baile en Wölffer Estate Vineyard, en los Hamptons. En dos semanas. ¡¿EN DOS PUTAS SEMANAS?!

¿Por qué estaba pulsando «acepta con gusto»? ¿Qué clase de masoquista va a la fiesta de compromiso del hombre al que quiere?

No acepté con gusto. Acepté con la más profunda y melancólica nostalgia. Pero acepté de todos modos, y no tenía ninguna razón filosóficamente sólida para aceptar. Fui a enviar un mensaje de texto a mi terapeuta para pedirle una cita urgente, pero me encontré con el recordatorio de que estaba de baja por maternidad. Maldije y luego perdoné en silencio a mi heroína por traer un ser humano a este mundo justo cuando mi vida estaba a punto de estallar, porque el hecho de que formara una familia no tenía nada que ver conmigo, ¡aunque, ahora mismo, su decisión de expulsar a un bebé de su cuerpo me parecía tremendamente personal! *¡Vete a la mierda, Wendy!*

Repasé mentalmente las posibles situaciones. La primera hipótesis me pareció la más madura: acepté la invitación por el mismo motivo por el que Garrett me la había enviado: para seguir adelante, para reconocer que de algún modo podíamos superar esto y estar en la vida del otro

como amigos. La segunda hipótesis: mi nombre estaba en la lista original de invitados, y Garrett pensó que tendría que dar explicaciones si me eliminaba, sobre todo porque Cecily sabía lo unidos que habíamos estado. La tercera hipótesis era el diablo susurrándome al oído: Garrett me envió la invitación porque, cuando eliges mal, quieres que tu alma gemela esté presente para poder dinamitar tu vida como en las películas. Al monstruo egoísta que habitaba en mi mente le gustaba más este escenario inverosímil, lo que significaba que probablemente era la razón por la que confirmé mi asistencia sin pensar en las brutales consecuencias.

Me alejé del ordenador como si fuera una mina, tragándome las lágrimas de rabia que afloraban a la superficie.

¿Por qué Garrett y yo nos hacíamos esto? ¿No habíamos hecho ya bastante? Se me hundió el pecho y me hice un ovillo en la cama, abrazándome los hombros y dejando que el rímel manchara la almohada. Todas mis relaciones habían terminado así: en posición fetal. Me había pasado la última década intentando demostrarme que podía querer a alguien como quería a Garrett Scholl. Entonces, me enamoraba al instante con locura y desesperación, de modo que, cuando la «relación» se terminaba, yo ya había tocado fondo. No lo había hecho público, pero, cuando mejor componía era cuando peor estaba, cuando intentaba aprender a levantarme otra vez. La angustia alimentaba mi arte y casi siempre valía la pena. *Casi siempre.*

Me limpié con rabia las lágrimas calientes, cogí aire con furia y me incorporé. Estaba lista para arrancarme el puñal del pecho y convertir el dolor en palabras que dolieran como cortes profundos.

Mi profesor de composición preferido del campamento me enseñó que debía ser capaz de resumir la premisa de una canción (el estribillo) en una idea principal. Para eso, tenía que saber tres cosas: qué historia estoy contando, desde el punto de vista de quién la estoy contando y qué emoción expresa. *Al otro lado* cuenta la historia de Yael, una adolescente desesperada por escapar de una infancia difícil. La idea principal era que a veces tenemos que dejar atrás lo mejor de nosotros para dejar atrás lo peor. Yael era una adolescente que soñaba con viajar a otro planeta y dejar atrás su infancia llena de restricciones, pero para huir tendría que dejar en la Tierra al amor de su vida. Se iría sin nada más que la esperanza de volver a encontrarse algún día con su alma gemela. En esa escena, ella imagina cómo será su futuro mientras observa la galaxia desde el tejado de la casa de su infancia. Sueña que ha crecido, que flota en la atmósfera en un lugar donde todos sus sueños se han hecho realidad, todos menos uno. La emoción era compleja: aferrarse a una esperanza ciega en un momento de soledad. Quería que la canción fuera como una explosión de rayos dorados sobre el carbón.

Podía sentir el final desolador de Garrett y Maggie en mis adentros al abrir mi cuaderno de canciones. Mis dedos sabían exactamente adónde ir. Era una línea que había escrito cuando estaba cerca de los treinta, después de presentarle a Garrett a un chico con el que salía, Drew

Reddy. Durante años, había intentado encajarla en alguna parte, pero nunca me pareció que funcionara en ninguna canción. Era un verso que sabía, sin dudarlo, que me cambiaría la vida. Y ahí estaba, en tinta azul brillante, esperándome.

La esperanza es siempre la última amiga que se va.

19
VEINTISIETE

—¿CUÁNTOS PARES DE ZAPATOS PUEDE TENER UNA mujer? —me preguntó Drew, con ojos sorprendidos. Negó con la cabeza, viéndome calzarme unas Vans blancas.

—Nunca los suficientes.

Me incliné hacia el espejo de cuerpo entero y entrecerré los ojos al verme reflejada. La parte inferior de mis vaqueros gastados (diseñados para un ser humano de estatura normal) se amontonaba sobre el calzado. Me puse de puntillas para confirmar que los vaqueros que me había prestado Summer (y que había olvidado devolver) eran para sus piernas largas. Cambié las zapatillas por botines de tacón y examiné todos mis ángulos en el espejo. Mejor.

Drew se levantó de la cama y me rodeó con sus brazos fornidos; acercó los labios a mi oreja y me dio un mordisquito juguetón. Habíamos pasado dos días maravillosos tras volver de la gira, encerrados en nuestro capullo, con nuestros cuerpos intentando recordar lo que era dormir en una habitación que no se balanceaba y disfrutando de nuestros mimos sin inhibiciones en mi cama matrimonial. Pero había llegado el momento de abandonar nuestro nido de amor, lo que significaba que era el momento de presentarle a las dos personas más importantes de mi vida.

Me daba vértigo pensar en el potencial desastre de tener a Drew y Summer bajo el mismo techo. Drew podía ser un poco arrogante si se encontraba con otro alfa, y Summer no tenía reparos en hacerte saber que era la persona más inteligente de los presentes. Sabía que Summer no tendría ningún problema en poner a prueba los límites del ego masculino, y sabía que Drew podía asumir el reto con creces. Esta noche, la gran incógnita que me rondaba era la ecuación de Drew más Garrett… más yo. No era la idea de que Drew me viera interactuar con Garrett lo que me inquietaba. Más bien, era la idea de que Garrett me viera con otro hombre. Nunca le había presentado a Garrett a un chico con el que salía. *Nunca*. Y no podía entender por qué esa situación me daba ganas de vomitar. Ya no estaba enamorada de él, ya había conocido a muchas de sus novias. Éramos amigos. Los amigos conocen a la gente con la que tienes sexo, así que ¿por qué estaba a punto de quitarme el top y probarme una cuarta blusa para retrasar lo inevitable?

Al verme en el espejo, entorné los ojos y giré el lazo de la parte inferior de la camisa rosa de botones que me había puesto.

—Parezco una madre que recibe a los amiguitos de su hijo que han venido a jugar, ¿no? Parezco una madre *chic* de los suburbios.

Drew me pasó un dedo por las costillas, rozando el pequeño tatuaje de la luna, un tatuaje de una sola aguja que me había hecho a los diecisiete años y por el que mi madre se había puesto como loca.

—Nadie tiene una madre con este aspecto —me susurró al oído.

—Ese es un comentario sexista y también discriminatorio por edad. Mi madre tenía este aspecto, incluso cuando era más joven.

Me solté y me quité la camiseta, tirándola a la caótica pila de ropa que había encima de la cama. Drew me tiró del broche del sujetador, me hizo girar para que quedara frente a él e inclinó la cabeza, mirándome.

—¿Qué está pasando aquí?

—Eh. Me estoy vistiendo —le expliqué—. Siempre es toda una producción. Acostúmbrate.

—Nunca te pusiste así en la gira.

—Eso es porque Summer me obligó a salir de gira con cinco vestidos nada más, que iba rotando. No había margen para tomar decisiones.

Me observó y se le abrió la boca en una sonrisa.

—Estás nerviosa.

—No soy de ponerme nerviosa —dije, dándole un codazo en el estómago. Nunca me había visto nerviosa, porque en la gira estaba en mi mejor forma. Era la Maggie Vine segura de sí misma, como Dios me había querido. Ahora, al mirar la hora en el teléfono y darme cuenta de que íbamos a llegar tarde, sentí palpitaciones en el pecho.

Drew se cruzó de brazos y se rio.

—Te da miedo presentarme a tu gente, ¿verdad?

—No.

Sí.

Me tiró hacia él por los vaqueros y se inclinó hacia mi oído.

—Maggie Vine, les voy a caer bien a tus amigos —me aseguró, con su leve acento sureño, mientras el calor de su boca me hacía saltar chispas en la piel.

Maldición, ¿por qué todo lo que hacía era tan sensual?

Llevó los labios a mi cuello y bajó los dedos para desabrocharme los vaqueros.

—Me los acabo de poner.

—Confío en que podrás volver a ponértelos.

Con el pulgar frío me rozó el hueso de la cadera, trazando juguetonamente la línea de mi ropa

interior. Se me aceleró la respiración a medida que su mano bajaba.

—Summer te va a odiar, pero no te lo tomes como algo personal —dije, tragando saliva mientras me presionaba con suavidad el clítoris a través del tanga de encaje. Cerré los ojos y me relajé.

—Intentaré no tomarme como algo personal no caerle bien a alguien.

Sentí que sus manos se separaban de mi cuerpo y, al abrir los ojos, las encontré en mi cintura, empujándome hacia la cama. Me quitó los botines y tiró los vaqueros al suelo. Me mordió el interior del muslo, luego enganchó un dedo en mi ropa interior y me metió la lengua, mientras me apretaba el culo con la mano, y yo enredaba los dedos en su pelo sedoso, mientras mi cuerpo se retorcía y el pecho me latía con fuerza.

—Vamos… a llegar… tardísimo —gemí con la respiración agitada. Apartó la vista de mis piernas y me miró, con los labios húmedos y la mirada encendida.

—Me importa una mierda —gruñó.

—Entonces vuelve a poner la lengua donde debe estar —repliqué.

—Eres de lo que no hay, Vine.

Cuando nos quitamos la ropa, nos volvimos provocadores y osados el uno con el otro. Nunca me había pasado nada parecido. Yo era muy romántica cuando se trataba de sexo, bueno, cuando se trataba de todo. Para mí, un sueño erótico era un hombre besándome el pecho desnudo mientras yo le leía poesía a la luz de las velas. Pero con Drew y sus manos grandes en mis muñecas y sus groserías del tipo «¡Cierra la boca para que pueda metértela como si fuera la última vez que mi pito se encuentra con tu coño!», me mojaba más rápido que con «¿Qué debo compararte un día de verano?».

***

Me puse bien el sujetador bajo el escote en V al entrar con Drew en el Biergarten, un coqueto local al aire libre escondido bajo el Highline, con mesas de ping pong y un par de barras repartidas por el lugar. Me sorprendió y me hizo gracia ver a Summer riéndose a carcajadas de Garrett. Estaban en extremos opuestos de una mesa de ping pong, y Garrett sacaba una bola de la cerveza que tenía en la mano.

—Eres horrible en este juego —le dijo, lanzándole la bola mojada a la cara de forma juguetona.

Summer se inclinó y la pelota le dio a un *hipster* que estaba detrás de ella. Se quedó mirando a Garrett, con los ojos como platos, sin asumir la responsabilidad. Solté una carcajada al ver cómo Garrett y Summer se hacían caras graciosas. Summer me dijo que habían salido «un par de veces» mientras yo estaba de gira, pero no me imaginaba que se sintieran tan a gusto juntos.

Summer asumía el papel de hermana mayor más inteligente con la mayoría de las personas de su entorno, incluso con las que eran mayores que ella, como Garrett. Garrett necesitaba a alguien que le pusiera las cosas difíciles, porque era un hombre blanco, apuesto, alto y privilegiado. Ella no le dejaba pasar ninguna tontería y, cuando él empezó a tenerle menos miedo, supo apreciar su franqueza.

Vi cómo la novia de Garrett, una chica alta y despampanante de pelo rubio ondulado, le frotaba los hombros. Al parecer, empezaron a salir después de que yo me fuera de gira, y toda la información que recibí de Summer era que Blaire era «muy *sexy* y muy pasajera».

Sentí que Drew me aferraba la mano y, al acercarnos a la mesa, lo atraje hacia mí. Summer arrojó su pala al suelo cuando me vio.

—¡Has vuelto! —gritó.

Abrió los brazos y me dejó abrazarla tan fuerte como quise, y me devolvió el abrazo, lo que, para Summer, y en público, no era poca cosa.

—Me has echado de menos —le dije—. ¡Mira este abrazo! ¡Que alguien lo grabe! ¿Veis cómo me aprieta con los brazos? Me ha echado de menos, joder.

Summer se apartó y me miró con odio.

—¿Qué quieres que te diga? Mi ropa y yo hemos estado muy solas sin tu menesterosa presencia.

Summer miró por encima de mí, midiendo a Drew con un movimiento de cabeza. Él le sonrió con amabilidad.

—Summer, Drew.

—El fotógrafo.

—La mejor amiga.

—Entre otros —dijo Summer sonriendo y señalando con la cabeza a Garrett, que se acercaba. Inspiré su aroma familiar, una combinación que deseaba que no me acelerara tanto el corazón. Pero fue inevitable.

Tragué saliva y me giré, para encontrarme con la sonrisa radiante de Garrett. Era el Garrett de estilo informal, una imagen que me encantaba. Y estaba más moreno que de costumbre, lo que hacía que sus ojos azules parecieran aún más brillantes, y su sonrisa aún más ridículamente perfecta. Me cogió entre sus brazos y me levantó en un fuerte abrazo. Me resultaba extraño que Garrett estuviera haciendo esto en público, mientras la gente con la que estábamos teniendo sexo nos miraba justo por debajo de mi cabeza. Drew cambió de posición frunciendo los labios y haciendo todo lo posible para actuar con calma, a pesar de que ver los brazos de otro hombre alrededor de mi cintura claramente le hacía perder la calma. Garrett me dejó en el suelo y me sonrió con picardía. Miró por encima de mi hombro, examinando a Drew.

—Hola —lo saludó, no con frialdad, pero tampoco con calidez. Más bien como si fuera una

obligación. Extendió la mano y Drew se la estrechó.

—Garrett.

—Drew.

—¡Yo soy Blaire! —dijo la chica increíblemente *sexy*, interponiendo su cuerpo entre Garrett y yo—. Tú debes ser Maggie.

—Así es. —Le sonreí mirándola a los ojos.

—Cariño, voy a buscarnos unos *pretzels*. Tienen tan buena pinta —dijo Blaire con voz dulce.

No me molestaba que tuviera ese cuerpo y pudiera comer carbohidratos. No, para nada. Sentir eso me convertiría en una persona de mierda. Y no lo era. ¡Era feminista! Feminista con un asterisco, por lo visto.

Drew se tensaba con cada cuerpo y cada cerveza que pasaba a su lado esquivando sus anchos hombros.

—Cuánta gente —murmuró.

Levanté la vista y vi que Garrett tenía los ojos clavados en mí, con una mirada que decía que él también había oído el comentario de Drew. Me mordí el interior de las mejillas.

—¿No te gusta Nueva York? —le preguntó Garrett a Drew.

Summer me miró con extrañeza. Contuvo una sonrisa mientras sus ojos iban y venían entre Drew y Garrett, como si estuviera deseando coger una bolsa de palomitas y sentarse a ver el espectáculo.

—Aquí todo el mundo siempre tiene prisa para no ir a ningún lado —dijo Drew con el ceño fruncido. Garrett asintió en silencio, pero volvió a dirigir la mirada hacia mí. Sentí que se me enrojecían las puntas de las orejas. Me estaban juzgando por la opinión de otra persona. Supongo que es lo que pasa cuando decides salir con otra persona. Drew me apretó la cintura—. Pero soy su mayor fan —dijo, estrechándome contra su cuerpo robusto—. ¿Te traigo una copa? —me preguntó al oído, pero sin mirarme a mí. Estaba segura de que tenía la vista fija en Garrett, pero el pecho me latía demasiado fuerte como para girarme y confirmarlo.

Asentí con la cabeza y sonreí con entusiasmo, decidida, como para demostrarle a Garrett que estaba contenta.

—Sí, por favor.

Drew se giró y me acercó la barbilla hacia él, besándome con fuerza. Cuando se marchó, miré disimuladamente a Garrett, que apartó la vista al instante y cogió una pala de ping pong para evitar mi mirada.

Summer se me acercó con una sonrisa descomunal.

—No digas nada —le advertí con los dientes apretados.

—Ojalá lo hubiera grabado para repetirlo cada vez que esté triste —susurró.

—¿Vamos a jugar o qué? —le preguntó Garrett a Summer, haciendo girar la pala en la mano y

sin mirarme.

—Primero, mientras no está, tenemos que hablar de tu novia. —Garrett dejó la pala en el suelo, con la atención puesta en Summer—. No sé cómo decírtelo, pero a tu novia le gustan las chicas —le anunció.

—¡Summer! —exclamé, a punto de ahogarme con mi propia saliva.

Incliné el cuello un poco más hacia atrás, al darme cuenta de que Garrett no se inmutaba. De hecho, estaba sonriendo.

—Podrías haberte esmerado un poco más para decírmelo de otra manera —sugirió.

—No creo. No está en mi naturaleza. Pero he tratado de matizarlo. —Summer miró hacia el otro lado del bar, donde Blaire estaba enfrascada en una conversación con el nuevo ligue de Summer, Shira. Summer me había enviado numerosas capturas de pantalla llenas de elogios del perfil de citas de Shira mientras estaba de gira, así que podía distinguir su larga melena azul en cualquier fila. Blaire tenía los labios entreabiertos y el cuerpo atento a cada palabra de Shira—. Blaire me ha dicho que es una «lesbiana de la cintura para arriba», pero dale tiempo.

Garrett sonrió divertido.

—Es bueno saberlo.

—Unas piernas estupendas —añadió Summer, mientras observaba las piernas de Blaire en minifalda. En cualquier momento se le iba a salir algo, no había duda.

—¿Me estás pidiendo mi bendición para robarme a mi novia?

—Qué horror. El compromiso no es lo mío. No quiero robártela, solo acostarme con ella.

Garrett se encogió de hombros sin mucho entusiasmo.

—¿Sabes qué? Si ella quiere hacer cosas de la cintura para abajo contigo, las dos tenéis mi bendición.

Summer fulminó a Garrett con sus grandes ojos azules.

—No puedo creer que alguna vez pensara que solo eras un cabeza de chorlito.

—Siguen los cumplidos.

Summer palmeó a Garrett en la cabeza y atravesó el bar en dirección a Blaire. Mis ojos iban de Summer a Blair a Garrett al mismo tiempo que fruncía el ceño.

—¿En serio? ¿Te parece bien? —le pregunté.

—Me busco otra novia.

—Garrett. Las mujeres no somos cosas desechables. Tenemos corazón y sentimientos, y deberíamos ser tratadas con humanidad.

—Anoche, en pleno acto sexual, Blaire me preguntó si me gustaban los tríos… Llevamos saliendo solo dos meses y ya se está aburriendo… No es precisamente un final que me quite el sueño.

Le arrebaté la cerveza y di un trago, esperando que me quitara la bilis que me subía a la

garganta ante la imagen del cuerpo desnudo de Blaire abrazado a Garrett. Sabía que esa era la clase de información que se contaban los mejores amigos, pero en mi cerebro se estaba reproduciendo como una película de terror.

—Bueno… una gran relación, Garrett.

—No tengo grandes sentimientos por ella, Maggie. No todo el mundo puede sentir todo, todo el tiempo. —Tenía los brazos caídos a los lados. Nunca lo había visto tan arrogante.

—¿Qué te pasa? —Se encogió de hombros sin mirarme. Le di un puñetazo en el brazo para que me prestara atención—. ¡Deja de hacer eso! —le dije.

—¿Hacer qué?

—Encogerte de hombros. Actuar como si la vida no fuera más que una sucesión de acontecimientos.

—¿No es eso?

Lo miré con los ojos entornados y lo cogí de la mano. Me dejó arrastrarlo con paso lento hacia un arco oculto al otro lado de las mesas de ping pong, libre de miradas indiscretas.

—Habla. Ya.

Desvió la mirada y se frotó un momento el cuello, una vena le palpitaba de emoción bajo la piel. Vaciló y volvió a mirarme.

—Tuve que dejar de tocar en la banda.

Descrucé los brazos y recorrí con la mirada su rostro triste. La banda era su salvavidas.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—El mes pasado. Y estoy… —Se pellizcó la frente y deslizó la mano por su mandíbula recién afeitada—. El trabajo me consume por completo. Mi padre está pensando en jubilarse antes de tiempo, así que estoy en camino de convertirme en él. Pensé que tenía más tiempo. Es como si me hubieran condenado a cadena perpetua.

Le cogí la mano y me adelanté hasta quedar muy cerca, obligándolo a mirarme a los ojos.

—Todo va a salir bien. Sé que ahora te parece demasiado, pero yo te ayudo a resolverlo. No vas a vivir en un mundo en el que no puedas hacer lo que te gusta. Incluso si eso implica que subas a cantar conmigo a medianoche, después de terminar el papeleo. Me voy a encargar de que subas al escenario.

Tragó saliva con dificultad, pero enseguida forzó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Es una estupidez. Sé lo afortunado que soy por tener la oportunidad y el trabajo…

—Ey. —Le toqué una mejilla, lo que hizo que me mirara y se callara—. Basta. No tienes que hacer eso conmigo. Puedes ser sincero sobre lo que sientes.

Puso su mano sobre la mía y la retiró de su mejilla.

—Ya lo he intentado antes, Maggie.

Negó con la cabeza y una sonrisita socarrona se dibujó en su rostro. Hice una mueca de dolor

y aparté la mano. Era la primera sonrisa que recibía de Garrett y retumbó en mi interior como una tormenta.

—¿De qué estás hablando?

—No quiero hacer esto ahora.

—¿Hacer qué?

—Sacar temas de antes mientras el tío con el que te estás acostando te espera en la otra punta del bar.

Me miró fijamente y se encogió de hombros, otra vez.

Me quedé con la boca abierta, como si un trueno acabara de estallar contra la tierra. Me llevé la mano al pecho. Tenía el descaro de enfadarse conmigo porque yo era feliz con otra persona.

—No es justo. Te he visto con una mujer tras otra. Crees que ha sido fácil… —Me detuve. Era lo más cerca que había estado de decirle a Garrett lo que sentía por él y podía sentir la verdad volando demasiado cerca del sol. Se me oscurecieron los ojos y regresé a un lugar donde no podía quemarme: la tormenta—. ¿No puedes poner buena cara la única vez que te presento a alguien que me gusta?

No reaccionó. Tenía los ojos clavados en los míos.

—Ese tío no es para ti.

—No te corresponde a ti decidir eso —dije con firmeza, a un centímetro de su rostro.

Garrett observó mi expresión, las lágrimas en mis ojos y, de repente, bajó los hombros. Inspiró y sacudió levemente la cabeza, como horrorizado por cómo habíamos llegado hasta allí.

—Tienes razón. Tienes razón, perdona.

—Nosotros somos amigos. Buenos amigos.

—Lo sé —dijo.

—Así que no hagas esto. No lo hagas cuando te convenga a ti y no a mí. No es justo.

Los dos sabíamos bien qué era esto. *Esto* era decirle al otro lo que sentíamos.

Esto era el melón a abrir de nuestra amistad.

—Tienes razón. Disculpa. Estoy siendo un imbécil. No es una excusa, estoy pasando un par de meses difíciles. Es como si estuviera perdiendo el control sobre las cosas que pensé que siempre iban a estar. La música y… —se interrumpió, con la mano abierta hacia mí—. Es una estupidez. Es que… —Se le rompió la voz y miró al techo, rogándole a la vulnerabilidad que se quedara en su garganta. Se tragó las emociones y se volvió hacia mí con una sonrisa—. Estoy bien. Ve a divertirte.

—Ven aquí, grandísimo idiota.

Rodeé con mis brazos el cuerpo largo de Garrett. No se movió durante un buen rato, lo que me hizo apretarlo más fuerte. Finalmente, sentí su cuerpo exhalar dentro de mi abrazo y sus brazos se cerraron a mi alrededor, devolviéndome el abrazo.

—Me alegro de que seas feliz —dijo con sinceridad.

—Sé que te cae mal.

—No me cae mal —mintió.

—No va a ser para siempre, Garrett.

—Lo sé —me susurró al oído. Incliné la cabeza, sorprendida y un poco horrorizada. Acababa de admitir ante el mundo exterior, y ante mí misma, que no estaba profundamente enamorada de mi novio, y que nunca lo estaría. ¿Y lo peor? Garrett ya lo sabía. Sonrió, leyendo mi expresión y llevándome un rizo detrás de la oreja—. Lo sé porque te conozco —me soltó—. Ve a divertirte, Maggie May.

Me aparté con suavidad.

—Solo si vienes a divertirte conmigo.

—Por supuesto. Soy el alma de tu diversión.

Se echó a reír y le di un codazo en el estómago. Volvimos a la sala principal del bar.

—¿Vamos a TJ's el lunes? —le pregunté.

—Estaba pensando que hacía cuatro meses que no me reía de tus elecciones de cerveza.

—¿Misma hora de siempre?

—¿Puede ser a las ocho y media? Salgo de la oficina a las…

—No se hable más. Por ti, soy capaz de perderme *The Bachelor*.

—Qué sacrificio.

—Soy casi la Madre Teresa. —Me sonrió (de verdad) y entramos en la sala principal donde, en un rincón de la barra, Blaire, Summer y Shira se reían a carcajadas. Las observé con la cabeza inclinada—. ¿De verdad vas a hacer un trío?

—Por favor —respondió, desestimando la idea con un ademán—. No voy a hacer un trío. ¿Dos mujeres? ¿Desnudas? Me correría en cinco segundos.

Respondí con una sonrisa cómplice.

—Por supuesto que harías un trío si se te presentara la oportunidad.

En su rostro espléndido se dibujó una sonrisa.

—Por supuesto —admitió.

Puse los ojos en blanco y seguí caminando. A los pocos pasos me quedé inmóvil y me di la vuelta.

—Garrett.

—¿Sí?

—Si pasa, no quiero enterarme.

Ahogó una sonrisa y me miró durante un buen rato, como si mi petición fuera un alivio.

Vi a Drew abrirse paso entre la gente con mi cerveza en la mano, frunciendo el ceño mientras sorteaba un mar de personas que se negaban a considerar el espacio personal como una virtud.

Garrett se giró para ver adónde había ido a parar mi atención.

Me miró con el ceño fruncido: sus ojos azul océano y su media sonrisa me gritaban lo que yo ya sabía: que merecía algo mejor. Y un hombro chocó con el mío en broma y, de repente, los dorsos de nuestras manos se tocaron en una sala oscura. Ninguno de los dos se movió. Desvié los ojos y miré hacia delante, con el pecho palpitante y los brazos flojos a los lados. Se me secó la garganta al sentir sus dedos enroscarse con los míos. Nos quedamos así, tal vez cogidos de la mano, hasta el instante en que Drew me tendió una cerveza.

Fue solo el dorso de su mano. Nadie debería depositar tanta esperanza en algo tan pequeño. Pero yo sí. No podía no sentir lo que había sentido.

Esa noche, en el metro de vuelta a casa, la piel de Garrett vibrando contra la mía sonaba como una película en el fondo de mis ojos, con un verso que resonaba en mi cabeza una y otra vez. Era dulce como una cerveza de miel, y me aparté de Drew para poder escribírmela en un mensaje de texto.

La esperanza es siempre la última amiga que se va.

Garrett había vuelto a mi corazón. ¿A quién quería engañar? Nunca se había ido.

20
TREINTA Y CINCO

IBA DENTRO DEL ASCENSOR VIENDO PASAR LOS números de los pisos aferrada a la guitarra que llevaba colgada al cuello como si fuera una balsa salvavidas, hasta que las siglas del ático se iluminaron de un rojo intenso. No era solo la posibilidad de que mi vida cambiara por completo lo que hacía que mis manos sudorosas buscaran tierra firme, sino el hecho de que el ascensor iba a abrirse, Asher Reyes me iba a sonreír y yo me iba a olvidar de cómo respirar, lo cual no era lo ideal cuando lo que necesitaba era hacer un esfuerzo con el diafragma para interpretar una balada de amor.

Sonó la campanilla del ascensor y me aclaré la garganta, recordándome que la presencia de Asher no podía hacer que me derritiera, porque estaba allí para convertirme en un fenómeno de la naturaleza: un huracán del que él y su productor no pudieran apartar la vista, no un charco en el suelo. Entré en el amplio *loft* de estilo industrial y el olor a rosas frescas y lavanda recién cortada me invadió los pulmones, gracias al enorme jarrón posado sobre la isla de mármol de la cocina. De repente, apareció Asher a mi lado, cruzando la sala con una taza de té humeante en la mano.

—Hola —le dije.

Se sobresaltó y se le derramó la mitad de la taza en la parte delantera de la camisa blanca de lino.

—Mierda.

Hice una mueca y corrí a buscar un trapo que colgaba de la puerta del horno.

No sé qué me llevó a presionar el trapo sobre su pecho duro y palpitante, sin pensar en las consecuencias. Pero eso fue lo que hice. Podía sentir su corazón palpitando bajo mi mano, y mi respiración se volvió más lenta al atreverme a mirar hacia arriba.

Era más terrible de lo que había imaginado. Me miraba sin apartar la vista de mí, y lo vi tragar saliva, con sus ojos dorados clavados en los míos. Arrugué las mejillas, totalmente ruborizada, retiré despacio mis dedos temblorosos de su cuerpo, le entregué la toalla y di un paso atrás.

—Perdón.

Seguía mirándome, sin pestañear, con el trapo sobre la camisa.

—No pasa nada. Se seca.

Dejó el trapo en la encimera con una sonrisa y se apoyó en el mármol. Sujeté la guitarra con más fuerza, levantando la mano en el aire. *Sí.* Saludé con la mano, como una niña pequeña que saluda a un desconocido en el supermercado. Levantó la mano con suavidad para devolverme el saludo, y luego se la llevó al pecho empapado sin dejar de mirarme. La última vez que nos vimos, le hizo sentir todas esas cosas a mi cuerpo, pero no sabía si el encuentro había sido igual de intenso para él. Ahora no había duda. Ni siquiera hacía falta preguntarle por qué parecía a punto de estirar la mano y estrecharme contra su pecho húmedo. Era la misma razón por la que yo quería que lo hiciera. La adolescente Maggie Vine estaba frente al adolescente Asher Reyes. ¿Había pasado el tiempo? ¿Las personas racionales no suelen completar los espacios en blanco propios de la adultez antes de retomar las cosas donde las dejaron? ¿Acaso importaban esos espacios en blanco? Darnos cuenta de lo absolutamente surrealista y absurdo que era que la presencia del otro nos causara esto me encendió el alma. Sentí flaquear mis piernas huesudas. Asher Reyes estaba, como diría Train, de vuelta en mi atmósfera.

Miré por encima de sus líneas angulosas, intentando concentrarme en otra cosa que no fuera su magnetismo. La sala de estar se abría a la cocina, y el sol brillaba a través de unas cortinas de seda que proyectaban unas preciosas vigas de color crema sobre el ladrillo blanco. Era un lienzo en blanco, a diferencia de mi apartamento, que era una montaña caótica de diseños desordenados. Volví la vista hacia Asher y noté que miraba con atención la Gibson que tenía en la mano. Inclinó el cuello hacia mí, sorprendido.

—Es la guitarra de tu padre.

Lo único que pude hacer fue asentir. *¿Cómo se acordaba de…?* No. NO. NO. Sacudí la cabeza y me enderecé. No iba a llorar sobre su torso musculoso contándole que mi padre había muerto dos semanas después de nuestra ruptura. Quería contárselo. Me moría por saber si aún podía abrazarme de la misma manera. Apreté la guitarra contra mi pecho, un recordatorio de que mi carrera estaba en manos de los dos. No había venido aquí para darle *play* a una cinta que llevaba dieciocho años en pausa. Había venido por mi carrera. Si al menos dejara de mirarme como si quisiera darle al *play*, porque yo quería darle al *play* y, Dios mío, qué película sería esa: la vería todos los días una y otra vez… No. NO. NO.

—No se te… —Dejé la boca abierta, sin saber cómo acabar la frase. Dio un paso adelante y me miró con más atención, esperando—. No se te ocurra hablar hasta que acabe de cantar —concluí.

—¿Cómo? —dijo riendo, desconcertado.

—Eso es hablar —dije, con los ojos oscurecidos.

Asher trató de contener una sonrisa, haciendo la mímica de cerrarse la boca y tirar la llave.

Señaló con la cabeza una puerta en una punta del *loft*, que daba a un amplio patio con vistas panorámicas.

Por suerte, la brisa del exterior me enfrió la lujuria. Me recogí el pelo detrás de las orejas y contemplé con ojos desencajados el patio privado de Asher.

Nadie debería tener tantos metros cuadrados para él solo en Manhattan. Era el típico espacio que te hacía pensar que lo imposible era posible. Era el lado romántico de la realidad, y me encantó. Había un comedor precioso con luces parpadeantes y, al otro lado, un moderno espacio de meditación con hierba artificial, lleno de cojines de colores, velas y sofás bajos. Sin abrir la boca, Asher extendió la mano para señalar a un hombre alto y desgarbado que estaba en un extremo del patio. El coproductor de Asher se volvió hacia nosotros, se guardó el teléfono en los vaqueros y se puso bien las gruesas gafas de montura metálica. Esbozó una sonrisa rápida, como si ser educado no fuera lo suyo.

—Maggie —dije, tendiéndole la mano.

—Amos.

Me estrechó la mano y miró el reloj. Asentí, no tenía ningún problema con la falta de interacción personal. Yo tampoco estaba aquí para amabilidades. Maggie Vine estaba aquí para dejarlo con la boca abierta.

Me senté con las piernas cruzadas sobre un enorme puf marroquí y pulsé las cuerdas de mi guitarra hasta que sentí la música en los oídos.

Miré a Amos y Asher, sentados frente a mí en un sofá de color granate, y noté que Asher no apartaba la vista de mi guitarra. Amos se quitaba la pelusa de los vaqueros, ya aburrido, esperando a que lo decepcionara. Inspiré hondo desde el diafragma, aparté la vista del escéptico productor y fijé la atención en Asher.

Una sonrisa le iluminó las mejillas, lo que me provocó un chispazo de adrenalina en los huesos haciendo que mi canción «Al norte» brotara de todo mi cuerpo. La canción empezaba en un tono oscuro, con palabras con sabor a metal: *Un rayo de esperanza en una atmósfera estéril.* Luego se lanzaba a algo más sabroso y optimista, como una barrita de limón, rayos de sol cegadores: *Trae tu corona, yo me pondré ese vestido*. Podía identificarme con Yael, la protagonista. Tenía un alma indómita y no podía evitar verme arrastrada a una órbita aterradora, preciosa, abrasadora y fluorescente. Cuando la canción se volvió dorada, aparté los ojos de Asher para centrarme en Amos. Amos mordisqueaba la punta de un palito de plástico para revolver el café y, aunque tenía la impresión de que no se ganaba la vida mostrando sus cartas, canté fuerte y con voz profunda, con los ojos como el bronce, hasta que logré que la expresión de Amos se iluminara al cambiar de tono en el puente, un momento estremecedor de la canción.

Aferrarme a ti es pedirle un deseo a una estrella invisible,

pero la esperanza es siempre la última amiga que se va.
Ven, sé mi refugio aquí en este norte.
Es un sueño, lo sé.
Pon tu brazo sobre mis hombros.
Podríamos ser algo sin igual.

Dejé que el final flotara en el aire hasta que se hizo silencio y me di cuenta de que Asher tenía todo el cuerpo inclinado hacia delante y una sonrisa en los labios. Se parecía tanto a mí: se le daba fatal ocultar sus emociones. A diferencia de Amos, que se levantó y me saludó con la cabeza. Me levanté de un salto y me colgué la guitarra a la espalda. Mi ego se fortalecía cada vez que cantaba delante de un público, lo que me dio el valor para sonreírle, una sonrisa que le decía que sabía que ya me adoraba.

Finalmente, una sonrisa pasajera lo delató.

—Nos pondremos en contacto contigo —dijo.

—Estupendo —respondí, con total tranquilidad.

Asher me acompañó a la puerta en silencio y entramos en la sala de estar. Cruzamos la habitación, mirándonos con una sonrisa enorme. Dudé un instante y luego pulsé el botón del ascensor, aunque todo mi ser deseaba sentarse en el sofá de lino y no marcharse nunca.

Asher se adelantó y me miró con sus ojos de ámbar.

—¿Podemos hablar ahora?

Levanté el mentón y me crucé de brazos.

—De acuerdo.

Me miró con ojos serios como si estuviera a punto de recitar a Shakespeare.

—Tu nombre debería estar en los carteles luminosos.

Me llevé la mano a la mejilla enrojecida y sonreí. Era raro, pero casi nunca sufría el síndrome del impostor. Cuando las cosas me iban bien, sabía que estaba exactamente donde tenía que estar en el momento preciso. Pero las cosas no me habían ido bien desde hacía mucho tiempo, y su tono efusivo envolvió mi ego golpeado con una venda de papel dorado.

—Gracias —dije al fin, y me atreví a corresponder a su sonrisa amable.

—¿Por qué no has llegado a más? —Lo dijo con un tono relajado, como si la respuesta debiera ser sencilla. Me ahogué en una carcajada.

—¿Por qué no he llegado a más…?

Traté de dar con las palabras. Había demasiado que decir, y aunque él era el chico al que siempre se lo había contado todo, en ese momento, callar era lo más fácil. Así que negué con la cabeza. Sin apartar la vista de mí, Asher dio un paso adelante, alcanzando las puertas del ascensor que ya se cerraban. Ni siquiera las había oído abrirse. Apoyó la espalda contra la puerta

del ascensor para mantenerla entreabierta. Siguió la dirección de mis ojos hasta el delicado tatuaje de una luna creciente en la parte inferior de sus duros bíceps.

—Sigue siendo el único que tengo —dijo en voz baja.

Me puse el dedo en las costillas.

—Yo también.

Observó mis dedos, apoyados contra mi vientre, y dejó la vista allí un momento más de lo debido, hasta que volvió a mirarme.

Con la espalda mantenía la puerta del ascensor abierta, y miré el hueco de la puerta, preguntándome cómo pasar a su lado con mi guitarra sin invadir su espacio personal. Tenía que haber alguna forma de entrar en el ascensor sin que mi cuerpo quedara pegado al suyo, pero sería un crimen. Avancé dos pasos. Los ojos se le encendieron cuando levanté el mentón hacia su rostro, mientras que mi brazo pasaba rozando su torso. Vacilé un momento, absorta en la forma en que su rostro parecía acercarse al mío, luego exhalé y entré en el ascensor. Me di la vuelta y apoyé la espalda contra la pared. Él se quedó allí, mirándome con ojos ardientes y, de repente, dio un paso adelante, pulsó con un dedo el botón de abrir la puerta y colocó la otra mano justo al lado de mi cara. Tenía los labios a escasos centímetros de los míos.

—Maggie Vine, podría escucharte cantar todos los días hasta que me muera —susurró, muy bajito.

Presionó la mano contra la pared y se empujó para alejarse del ascensor, pero sus ojos no se apartaron de los míos hasta que las puertas se cerraron.

Me llevó cinco minutos recordar cómo usar las piernas.

21
TREINTA Y CINCO

SI ERES LO SUFICIENTEMENTE VULNERABLE COMO PARA exponer tu corazón ante un público, nada puede ser más estridente que el silencio posterior: el momento previo al aplauso. El momento antes de recibir un sí o un no. El momento en que alguien examina tu obra (el arte por el que te has desangrado) y decide si lo que has entregado vale la pena. La mayoría nacemos con el instinto de protegernos contra el fracaso y el rechazo, de ponernos en situaciones ventajosas. No nos lanzamos de cabeza a situaciones que podrían rompernos el corazón. Los artistas hacemos lo contrario, todos los días. Derribamos nuestros propios muros para excavar hasta el centro de nuestras almas luminosas y crear algo que sea exclusivamente nuestro, algo que nadie más pueda crear. Le presentamos al mundo una porción de nuestra humanidad y, nueve de cada diez veces, el mundo nos dice que no les interesa.

Asher Reyes siempre ha sabido llenar el silencio con ruido y hacer que el rechazo parezca imposible. Hace una semana, cuando me marchaba de su *loft*, disipó cualquier atisbo de duda, pero ahora, en el silencio que se produjo después, el rechazo parecía inevitable. No había sabido nada de Asher en seis días. Ni una jodida palabra.

Iba de una punta a otra de mi apartamento, con el teléfono en la mano y su dirección de correo electrónico a la vista. Había una delgada línea entre la desesperación y la asertividad, y, como mi carrera estaba en sus manos, tenía miedo de cruzarla. Me dejé caer en la cama, retorciéndome ante la probabilidad de que su respuesta fuera un no. Seguramente Asher estaba tratando de encontrar la manera perfecta de fallarme, porque era la clase de persona que tomaba el camino más largo para llegar a casa si eso significaba esquivar un bache. A menudo consideramos la vulnerabilidad como un valor, pero me preguntaba cuántas cicatrices más podría soportar antes de decidirme a suturar mis heridas para siempre y dejar la música a salvo en el centro de mi alma, donde nunca podría volver a hacerme daño. Lo había intentado cuatro años antes, pero la decisión me había robado la vida.

Me bajé de la cama bufando, me puse un vestido negro corto de tirantes y me calcé las Converse negras. Inspiré hondo con los ojos cerrados y los abrí mirando el espejo de mi

apartamento, tratando de olvidarme de las probables malas noticias. No era el momento de estar hundiéndome en el barro de «el peor de los casos», y menos cuando tenía que cantar ante el público más numeroso de los últimos cinco años. Esta noche tocaba en el Bowery Electric. Y aunque había trabajado mucho en los últimos años para prepararme para ese momento, las manos se me ponían pegajosas y me sudaban de solo pensarlo.

El Bowery Electric era un escenario históricamente importante para los artistas *indie* y estaba un escalón nominal por encima de los otros locales en los que tocaba; o sea, tres o cuatro escalones por encima. También había sido un lugar decisivo para mí, el lugar donde podría decirse que me habían descubierto cinco años atrás. En la sala principal cabían doscientas personas de pie, lo que sería mi mayor afluencia de público en los últimos cinco años.

Hace cinco años, iba a tocar en el Bowery Electric, pero me eché atrás en el último momento, hundida en un ataque de pánico treinta minutos antes de subir al escenario. El pánico parecía agolparse en el fondo de mi garganta, y el recuerdo se me posó en los hombros como una pesa. Respiré hondo y apreté los puños recordándome que había llegado a un punto en el que creía que podía mirar a una multitud sin buscar su rostro.

Fui hacia la ventana a buscar mi guitarra, justo cuando el sol anaranjado proyectaba una sombra al ocultarse sobre el viejo estuche rígido de mi padre. El estuche de la Gibson estaba apoyado contra la pared, cubierto de pegatinas descoloridas. Pasé los dedos por los bordes levantados de las pegatinas, como si estuviera memorizando la forma del rostro de alguien que daba su último suspiro. I LOVE NEW YORK, Stevie Nicks, la ilustración de «Imagine» de John Lennon, la cara sonriente del *acid house*, los Boston Celtics, el *Village Voice*… Cada pegatina era un recordatorio de su juventud, sus esperanzas, sus preguntas… un recordatorio de que nunca obtuvo esas respuestas. Sentí todo ese peso sobre mis hombros, mientras un monstruo escalofriante echaba raíces en mi pecho, retorciéndose dentro de mí, sobrepasando las plantas de mis pies descalzos, hasta dejarme paralizada, anclada al suelo de madera.

El sueño inconcluso de mi padre era mi carga. Me envolvía los huesos, se me subía a los hombros y me pinchaba los ojos. Mi padre nunca llegó a ser músico, no como él quería. Tenía un talento inmenso, pero cuando llegó a la edad en que podía morirse de hambre para dedicarse por completo a su sueño, tenía otra boca que alimentar. Mis padres se separaron cuando yo tenía un año; él se hizo profesor de música para ayudar a pagar la manutención, dejó de tocar por las noches con su banda y se negó a dedicarse a cualquier cosa, incluido ser padre. Incluso hoy, una parte de mí siente que yo impedí que se convirtiera en lo que estaba destinado a ser. Tenía tantas ganas de lograrlo por los dos. Quería ser el ave fénix que resurgía de las cenizas de sus sueños incumplidos. Me aterrorizaba cualquier otra posibilidad: ¿y si no era más que una niña cubierta por las cenizas de su padre?

Una vibración entre los dedos me liberó del peso de mis raíces. Miré el móvil y vi que

Summer me había enviado cuatro mensajes.

Nos vemos al lado del escenario.

¡Contesta al teléfono!

¿Por qué no te tengo delante ahora mismo?

Ven aquí o te saco de los pelos de tu apartamento.

Miré por la ventana, observando la penumbra gris. La oscuridad violeta de la noche me iluminó y cogí la funda de mi padre, para dejar que las piernas me guiaran hacia la puerta.

***

Miré el teléfono una vez más antes de subir al escenario. Oía al público subir el volumen tras el telón, y sentí un torbellino de nervios y coraje en el pecho. Cerré los ojos recordando la imagen de la sonrisa de Asher viéndome cantar hacía apenas seis días.

Que sea lo que Dios quiera.

Escribí un correo electrónico a toda prisa en el móvil.

¿Cuándo vas a decirme que conseguí el trabajo?

Le di a enviar antes de que mi inconsciente llegara a mis dedos. Y antes de que tuviera tiempo de arrepentirme, dijeron mi nombre por los altavoces, seguido de aplausos dispersos tras el telón.

Segundos después, subí al escenario frente a un público considerable. Los focos azules me iluminaban de una forma distinta a la que había imaginado cuando recibí la notificación de reserva. No lo sentí como el comienzo de algo, sino como un Ave María hacia la meta. Cogí el micrófono frío y busqué a Summer, que gritaba exageradamente.

Bajé la vista hacia mi guitarra y dejé que los focos la iluminaran como se merecía. La primera canción iba a ser sobre mi padre. Después de su funeral, no sabía cómo canalizar mi rabia y todas las cosas que no le había dicho. Así que le escribí una canción.

Unos ojos grandes ante un reloj detenido
esperándote en lugares a los que nunca llegabas.
Manos diminutas dobladas en el regazo

Mientras soñaba verlas en tus brazos

Hiciste tu vida en otro lugar
y esa niña no lo pudo superar.
Si tener un lugar es aprender a amar,
dime ¿qué lugar tuve yo en ti?

Sentí lágrimas calientes en los ojos. Esas palabras eran más difíciles de cantar que de escribir. Esa canción era como abrir una página de mi diario y compartirla con desconocidos.

Decidí pasar a la siguiente canción rápido, sin pausa, sabiendo que incluso tomar un sorbo de la botella de agua que tenía bajo los pies, suspendidos en el aire, me daría tiempo para pensar en la pérdida que tenía atascada en la garganta. Así que pasé de «mi padre me hizo daño» a «mi primer amor me dejó destrozada». Claramente, el tema de esta noche era el dolor.

Escribí «Bajo otro cielo» la noche después de que Asher y yo tuviéramos esa agonizante conversación telefónica final. Yo estaba sentada en mi cama, conteniendo las lágrimas, pensando que la vida no podía ser peor. No tenía ni idea de que mi padre moriría dos semanas después. Así que la moraleja de esa historia es: niña, es mucho más fácil llorar por un niño que por un hombre.

Canté el estribillo y me tomé un momento para observar al público y contemplar sus rostros sonrientes, dejando que sus expresiones me dibujaran una sonrisa en los labios, incluso mientras soltaba la canción de ruptura más triste que había escrito en la vida. Abrí la boca para entonar el puente, pero de pronto sentí un ardor en el pecho, un zumbido en los oídos, un calor abrasador que me impedía pronunciar palabra. Había visto a Asher abriéndose paso desde el fondo de la sala hacia el escenario, con la cabeza gacha y los ojos cubiertos por el ala de una gorra de béisbol. La memoria muscular hizo que mis dedos siguieran los acordes mientras el corazón me latía cada vez más deprisa, como una niña que sigue un rastro de migas de pan en la oscuridad del bosque. Se detuvo bajo el escenario y me miró mientras los focos se proyectaban sobre nosotros.

22
TREINTA Y CINCO

NO PODÍA NI RESPIRAR, PERO, DE ALGUNA forma, canté otras cinco canciones de mi repertorio *indie-folk*. El público se entusiasmó con mi última canción, y una mujer chilló, lo que hizo que Asher levantara la vista hacia ella. El hombre más *sexy* según la revista *People* me estaba mirando como si yo fuera la persona más importante del mundo. Juro que me miraba cantar con los ojos llenos de lágrimas. La gente apuntaba sus teléfonos en ambas direcciones y un grupo de chicas en edad universitaria se abalanzaron sobre él para tomarse selfis. Nunca había visto tantas linternitas ni había visto a tanta gente interesarse por lo que salía de mi boca. A Asher no parecía gustarle tanto la atención y no me quitaba los ojos de encima, incluso cuando los *flashes* lo cegaban.

Cuando terminé mi actuación, traté de despegar mis ojos desencajados de los de Asher y desaparecí tras el telón del escenario, hiperventilando mientras le enviaba un mensaje a Summer para que fuera allí de inmediato. Apoyé la espalda contra la pared de ladrillo respirando hondo y sintiendo los latidos frenéticos de mi corazón.

Summer pasó por delante de la cortina y me sujetó las muñecas.

—Bueno, bueno, ¿qué cojones está…?

—¡No lo sé! —dije sin dejarla terminar. Me encogí de hombros, desconcertada, con los ojos desencajados.

—¿Lo has invitado? —preguntó.

—No. ¿Cómo sabía que iba a estar aquí?

—Internet, tonta. —Summer se echó hacia atrás—. ¡No lo puedo creer! —dijo, con ese tono malicioso que tanto la caracterizaba.

—Basta. Esa sonrisa tuya me pone los pelos de punta.

—No puedo creer que no me dijeras que te acostaste con él cuando fuiste a tocarle la canción. Qué zorra mentirosa. —Summer me dio un manotazo en el hombro.

—¡No nos acostamos! Ni siquiera lo toqué. —Incliné la cabeza—. Bueno, tal vez con el brazo le toqué el pecho, y la mano, pero solo fueron… Solo lo toqué… dos veces.

Dos veces que me hicieron ver las estrellas.

—Entonces, ¿os miráis así porque sí?

Me encogí de hombros, aunque no era algo para encogerse de hombros.

—Es como somos… *éramos*. Como *éramos*.

—Te vas a volver viral. Lo sabes, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Eres una chica común y corriente que acaba de tener sexo con los ojos con Asher Reyes en público. ¡Es una estrella mundialmente famosa por resguardar su vida privada, y si no crees que estás a punto de ser la historia de portada de *E! News*, replantéate todo lo que piensas!

—No fue sexo con los ojos… —Me callé, volviendo a la crisis que me ocupaba—. Summer, creo que ha venido para rechazarme personalmente. —Me apreté el pecho, sintiendo que mi cuerpo se hundía en el suelo—. No puedo salir. No puedo escuchar otro no. No creo tener la fuerza para seguir haciendo esto, para seguir intentándolo.

De repente, Summer me cogió del codo y me levantó, tirando hacia el telón del escenario.

—Cállate y ve a saludar a ese hombre guapísimo y que te parta la cara con la mandíbula —me ordenó, apoyando la mano en mi espalda y empujándome para atravesar las cortinas.

Me volví hacia ella y le dije:

—Ven conmigo.

Pero respondió a mi petición de que fuera mi balsa salvavidas con una sonrisa de complicidad y volvió a correr las cortinas.

Cuando salí del escenario y entré en la sala principal, sentía que el corazón me latía a mil por hora. A unos metros, un grupo de chicas rodeaban a Asher y se reían como un club de admiradoras mientras él les hablaba. Vi que Asher se movía incómodo, pero mantenía una sonrisa amable hacia las mujeres, haciendo caso omiso de su malestar para que todas se sintieran apreciadas. Asher Reyes podría haberse convertido en un imbécil de primera, pero no fue así, en lo más mínimo. Se giró hacia mí y noté que su cuerpo se iluminaba en el instante en que nos miramos. Levanté la mano en un gesto lento.

Pasó entre sus admiradoras sin dejar de mirarme, hasta que estuvimos a pocos centímetros. Echó un vistazo a su alrededor, cada vez más incómodo con los ojos que nos observaban. Se inclinó hacia mí y me susurró al oído.

—¿Podemos irnos de aquí?

Contigo iría a cualquier parte.

Lo único que pude hacer fue asentir con la cabeza. Me apretó la mano y sentí como si me atravesara un rayo; volvía a ser una chica de diecisiete años con todo un mundo de oportunidades brillando ante sus ojos. Un momento después, me di cuenta de que seguía cogida de la mano de la mayor estrella de cine del planeta, mi exnovio, que me llevaba entre la multitud hasta un

Escalade reluciente.

Me senté a su lado en el coche, sin entender lo que estaba pasando, mientras su chófer nos alejaba del Bowery Electric a toda velocidad. Sonreía mirando por la ventanilla, sus ojos marrones observaban las luces y la gente que pasaba a nuestro lado, admirando el mundo como siempre lo había hecho. Solía ahogarme en su mirada, derrumbarme ante su forma de ver el mundo. Cuando me miró, sentí que el cuerpo se me deshacía sobre el asiento de cuero.

—Ahora —dijo.

Fruncí las cejas, confusa.

—Ahora… ¿qué?

Sonrió y levantó el teléfono mostrándome el correo electrónico que le había enviado y había olvidado por completo.

—Ahora es cuando voy a decirte que has conseguido el trabajo.

Puse unos ojos como platos y sentí un zumbido en los oídos.

—¿El trabajo es mío? ¿Me estás tomando el pelo? —Sonrió aún más. Parpadeé para apartar las manchas blancas que aparecían delante de mis ojos y sentí calor en todo el cuerpo. Se me desencajó la mandíbula—. No puedo creer que estés hablando en serio.

—¿Cuándo no he hablado en serio? —preguntó. La respuesta era nunca—. A Amos le encantaste. Vio algunas de tus canciones en YouTube después de que te fueras y acabó de convencerse. —Asher sonrió para sí—. Yo no necesitaba que me convencieran.

—Joder.

—Perdona por sacarte de allí. No quería decírtelo delante de toda esa gente. Estás en Union Square, ¿verdad? —Asentí—. Mañana tengo un rodaje para Rolex tempranísimo, así que te llevamos a casa primero. ¿No te importa? —Volví a asentir, todavía en estado de shock—. ¿Puedo invitarte a cenar el miércoles en la noche? Podemos hablar de trabajo y… ¿ponernos al día?

Esperó mi respuesta, mirándome con los ojos llenos de esperanza mientras jugueteaba con la fina cadena que llevaba en el cuello.

—Me parece bien —dije finalmente, arrancándole una sonrisa.

—Y vas a necesitar un abogado especializado en espectáculos para el acuerdo —señaló—. ¿Quieres que te envíe algunos nombres? —Me quedé mirándolo, una vez más sin palabras por la sorpresa. Me observó con atención—. ¿Maggie…? —Se me escapó una sonrisa—. ¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó.

—Es raro que me llames Maggie.

Se inclinó hacia mí, las luces de la ciudad brillaban en sus ojos bondadosos.

—Ey, *Mags*. Me muero por ver lo que puedes lograr con esta música. Nos vas a dejar alucinados.

Le devolví la sonrisa, porque creía que era verdad.

Esa noche, después de dejar que su mejilla rozara la mía, bajé del Escalade con la funda de la guitarra en la mano y una sonrisa enorme. Había ido a mi propio funeral y había resucitado, lo cual era complicado para una chica judía.

Llegué a mi estudio, ignoré el desorden de platos amontonados en la encimera de la cocina, me dejé caer en la cama y sonreí mirando al techo como una idiota. Antes de que pudiera asimilar la sensación tangible de éxito, recibí un correo electrónico de Asher: la información de contacto de cuatro abogados especializados en espectáculos. Se aseguró de aclarar que eran «lo mejor de lo mejor», pero también me explicó que ninguno de ellos lo representaba, por lo que no habría ningún «conflicto de intereses».

Con el camino despejado, busqué en Google a la única abogada mujer de la lista de Asher y vi que figuraba en *Variety* como una de las mejores abogadas del mundo del espectáculo. Con una sonrisa cada vez más grande, y con la impresión de que las heridas de mi alma se estaban curando, le envié un correo electrónico.

23
TREINTA Y CINCO

METÍ LOS BRAZOS EN UNOS LARGOS GUANTES AZULES, sudando mientras miraba la hora en el microondas roto de mi apartamento. Como era un genio, puse la alarma a las 8:30 p. m., lo que no me ayudó a despertarme a las 8:30 a. m. Estaba a punto de llegar tarde a mi trabajo de hoy: cantar «Hazme un muñeco de nieve» en la fiesta de cumpleaños de una niña de tres años en el elegante espacio para eventos neoyorquino Rainbow Room. Me puse de pie en la cama, que era la mejor forma de verme bien en el espejo de cuerpo entero, y me puse la peluca rubia de Elsa. La capa, las botas azules, el vestido… Era el sueño de una niña de tres años.

Bajé las escaleras corriendo y abrí la puerta principal de mi edificio, cuando, de repente, los *flashes* de las cámaras me cegaron los ojos. Hombres sudorosos y de conducta agresiva, con voces fuertes y lentes grandes, se me tiraron encima.

—Maggie, ¿cuánto tiempo llevas con Asher Reyes?

—¿Cómo conociste a Asher?

—Maggie, ¿está en tu apartamento en este momento? ¿Se quedó a pasar la noche?

—MAGGIE…

Crecí imaginando cómo sería la fama, pasando por todos los momentos típicos: oír una canción mía en la radio por primera vez, sostener un Grammy mientras le daba las gracias a mi padre muerto, agotar las entradas en el Madison Square Garden. Cuando imaginé cómo sería la primera vez que me perseguían los paparazis, no llevaba un disfraz de Elsa alquilado en Party City.

Me abrí paso a empujones entre la fila de fotógrafos y me lancé al tráfico. Un taxi se detuvo con ruido de neumáticos detrás de mí, y volví la cabeza cuando el conductor tocó la bocina con violencia haciéndome señas obscenas. Me di la vuelta y corrí hacia el otro lado de la calle, con la capa azul ondeando contra un montón de gente, la peluca hacia atrás y una trenza rubia meciéndose delante de mi rostro horrorizado.

A poca distancia podía ver la boca del metro de la calle Catorce. Sentí alivio en el momento en que mis botas azules llegaron a las escaleras y condujeron mi tembloroso cuerpo bajo tierra,

hasta que un hombre se abalanzó con una cámara. Como no nací con la capacidad de abrazar con naturalidad la fama repentina, dejé escapar un chillido directamente al objetivo. El *flash* de la cámara me iluminó y me retrató en todo mi esplendor: la mandíbula abierta en pleno grito, los ojos desorbitados de terror y una trenza de Elsa cayendo en cascada por el lado incorrecto de la cabeza. Bajé las escaleras a tropezones, con un zumbido en los oídos y oyendo mi nombre cada vez más fuerte a mis espaldas.

Tenía la tarjeta del metro en la cartera y no había tiempo para buscarla. Tomé carrerilla y salté, dejando para siempre una herida en una niña pequeña que me señaló y le gritó a su madre: «¡Elsa no ha pagado, mamá!».

El tren R llegó mientras yo corría por el andén y entraba en el vagón justo cuando se abrían las puertas, como un héroe de acción.

Con el cuerpo tembloroso, me recosté en el asiento helado. Dejé caer la cabeza entre las piernas, tratando de recuperar el aliento y, antes de que tuviera tiempo de secarme el sudor de la peluca, me di cuenta de que las piernas me temblaban sin cesar. Sin poder contener el temblor de mis manos enguantadas, me recogí la trenza y busqué el móvil.

Me eché hacia atrás, alarmada, mientras examinaba el teléfono, que no paraba de vibrar. No lo había mirado en toda la mañana porque me había quedado dormida y solo había tenido quince minutos para salir hecha toda una princesa. Las llamadas perdidas y los mensajes de texto de todas y cada una de las personas que conocía aparecían en cascada en mi pantalla de bloqueo, con enlaces y signos de interrogación.

> E! News: ¿Asher Reyes tiene una nueva protagonista?
> Page Six: Reyes pone los ojos en una cantante desconocida
> Just Jared: Quédate con quien te mire como Asher Reyes mira a esta mujer

Con el pecho latiéndome cada vez más deprisa, me bajé del metro en la calle Cincuenta y salí una parada antes para tener mejor acceso a la cobertura. Me abrí paso a través del atestado West Midtown mirando con la boca abierta las noticias.

Sabía que iba a añorar las fotos etéreas y halagadoras de cada artículo en las que aparecía en el escenario del Bowery Electric, con Asher mirándome. La cantante y compositora Maggie pronto sería sustituida por las fotos de Elsa. Me dispuse a hacer clic en el artículo de *The Cut*, «Asher Reyes elige a una chica común: ¡tenemos esperanza, chicas!», pero una llamada de Summer apareció en la pantalla. Me acerqué el teléfono a la oreja.

—Estás en todas partes —dijo Summer.

Apenas la dejé terminar.

—En todas partes, joder.

—Por favor, dime que te acostaste con él.

—¿Qué? No tuve sexo con él.

—¿Te contuviste? No es típico de ti.

—¿De qué estás hablando? Siempre le doy demasiadas vueltas a todo.

—Es cierto, pero también te gustan las aventuras de una noche.

—¡No puedo tener una aventura de una noche con un hombre con el que comparto un tatuaje!

—Tienes razón. Ey, ¿has mirado tu Insta? —preguntó, con la voz rebosante de una cantidad desproporcionada de entusiasmo.

—¿Qué has hecho? —dije con recelo.

Summer tenía acceso a mi Instagram, donde usaba su experiencia en relaciones públicas y *marketing* para amplificar mis publicaciones con los *hashtags* apropiados. Abrí mi Instagram y con ojos desorbitados vi que había subido el vídeo de mi presentación en el Bowery, cantándole a Asher la canción que había escrito sobre él.

—Mira las visualizaciones, nena.

Miré atónita el número de visualizaciones bajo el vídeo: 53 680. Las manos me empezaron a temblar cuando subí la vista hasta el recuento de seguidores: tenía 22 000 seguidores nuevos. Tenía *fans*. Bueno, fans del cotilleo y de Asher Reyes, pero fans de todos modos.

—¿Dónde estás? Tenemos que llevar esto en la dirección correcta —dijo Summer.

—Estoy a una manzana de Thirty Rock. Tengo que cantar en el cumpleaños de una niña.

—Ay. ¿Por qué?

—No puedo defraudar a una niña inocente de tres años. Es el canto del cisne de mis actuaciones de princesa, ¿te parece? Además, podría ser un poco tarde para llevar esto en la dirección correcta.

—¿Qué has hecho? —preguntó Summer, con un tono que ameritaba ser premonitorio.

—¿Recuerdas la parte de *Frozen* en la que Elsa envía sin querer a su precioso pueblecito al invierno eterno?

—Sí, ¿y?

—Entonces, la buena noticia es que yo no he hecho eso.

—Mierda, tengo una cosa a las nueve de la mañana. Ven a verme esta tarde, no te atrevas a volver a tu casa. Paso por tu apartamento después del trabajo y cojo todas tus cosas.

—Eres la mejor amiga del mundo.

—Y algo más: no hagas *stories* de todos los memes estúpidos que encuentres hoy, ¿puede ser?

—¡Los memes que encuentro no son estúpidos!

—Y deja de hacer capturas de pantalla y de compartir tuits en tu Instagram. Los tuits deben quedarse en Twitter. Además, tenemos que empezar a crearte una marca. ¡Ah! Casi me olvido. Supongo que vendrás conmigo a la fiesta de compromiso de Garrett este fin de semana. Valeria

está de viaje —dijo Summer, antes de colgar de repente.

A Summer no se le daba bien despedirse. Era un hábito de las relaciones públicas: una crisis se superponía a otra a la velocidad del rayo, de modo que vomitaba todo lo que tenía que decir y cortaba. Terminaba las conversaciones sin cortesías, y acababa de terminar esta con un recordatorio de que, como buena masoquista, yo misma había escrito mi nombre en la línea de «acepta con gusto».

Levanté el mentón hacia el rascacielos que se alzaba sobre mí, el 30 de Rockefeller Plaza, cerré los ojos e inhalé el aire cálido, el eterno hedor a alcantarilla de cada mañana y a carne de los puestos callejeros.

No había pensado en Garrett ni un segundo desde que Asher entró en el Bowery Electric. Miré el teléfono y vi una foto mía y de Asher después del concierto (el cuerpo de Asher inclinado y yo contemplando cada milímetro de su rostro) en *E! News*. Me pregunté si Garrett se habría despertado con esas fotos. Me pregunté si le molestarían tanto como me molestó a mí ver una foto suya en el Instagram de Cecily la noche después de que Garrett me besara. Me hacía daño admitirlo, pero esperaba que la idea de verme con otro hombre le retorciera las entrañas.

No sabía cómo iba a hacer para estar en la misma habitación que Garrett sin derrumbarme. ¿Cómo iba a fingir que no sabía que le gustaba morderme el labio inferior? Ahuyenté ese recordatorio cruel y opté por la actitud heroica de levantar los hombros de mi capa azul hacia el cielo, como una princesa con problemas con un chico que tuviera que salvarse a sí misma.

***

Pasé las dos horas siguientes en la Rainbow Room cantando los grandes éxitos de Elsa, Anna y Olaf mientras el Empire State Building me miraba con frialdad a través de las ventanas. Se había invertido más dinero en esta fiesta que en el estreno de *Frozen*. Había helados de chocolate con leche para los niños y caviar de beluga servido en cubos de hielo para los adultos. Después de mi último bis (una interpretación *indie-folk* tremendamente preciosa de «¡Suéltalo!») me abrí paso entre un grupo de cochecitos en la calle Cuarenta y Nueve Oeste con mi disfraz de Elsa, sin la peluca, conteniendo la respiración mientras me aventuraba a volver a conectarme a la red. No sabía cómo prepararme para enfrentarme a Elsa como Elsa en las fotos de los paparazis de esa mañana, sobre todo la del metro, en la que había gritado a la cámara. Justo cuando iba a teclear *Enews* en Safari, apareció un mensaje de un número 917 en la pantalla.

> Estás a punto de recibir una llamada de un número desconocido. Soy yo, Asher

Me adjuntó la foto que tanto temía. Elsa en su peor momento: mis fosas nasales apuntaban a la cámara y la peluca se bamboleaba hacia atrás sobre mi rostro enardecido. No me favorecía para

nada. Si un amigo te etiquetara en esa foto, no solo te desetiquetarías, sino que le pedirías que la eliminara. Era la clase de foto que quieres hacer desaparecer hasta de las fotos que enviaste a la papelera.

Me empezaron a temblar las manos y entonces me sonó el teléfono. NÚMERO DESCONOCIDO apareció en la pantalla.

—Hola —dije.

—Hola, ¡¿qué tal?! —Seguí mirando la foto mientras sentía que se me encendían las mejillas —. La cosa es que mi RR. PP. se encarga de interceptar todo lo relacionado con Asher Reyes, y tengo que decir que me encantó recibir esa foto esta mañana —dijo.

—He salido mejor.

—Me parece… adorable. —Lo oí soltar una leve carcajada—. ¿Querrías que esa foto desapareciera para siempre?

—Muchísimo.

—Bien. Porque acordé tomarme una copa junto a una ventana contigo mañana a la noche en Marea, para que ese fotógrafo de mierda nos saque una foto y destruya esta.

Me puse la mano en el pecho, dejando salir la mortificación del cuerpo.

—¿En serio?

—Las operaciones fotográficas de relaciones públicas no son lo mío, pero… por ti…

—Gracias, de verdad —dije.

—Es una cita.

Una cita. Me empezaron a temblar las manos. Pero no estaba segura de que fueran nervios. Creo que era anticipación. Era como si tuviera ganas de enroscar los dedos en su nuca.

—Una cita —repetí.

Una cita. Nunca había visto una foto de Asher en una cita. Lo más cerca que había estado de verlo en una relación amorosa era una foto de Asher de la mano con Penelope Lynn (su despampanante coprotagonista) saliendo de una fiesta después de *SNL* hacía dos años. La única vez. El resto de las fotos eran apariciones en la alfombra roja con diferentes estrellas del brazo. Estaba dispuesto a someterse a una avalancha de miradas, a tener una cita con una don nadie, solo para salvar a esa don nadie de una vida de vergüenza.

—Te veo el miércoles. Y algo más, lo siento, pero en tu lugar no iría a casa —me advirtió—. Los paparazis van a acampar en tu casa uno o dos días, es su estilo. ¿Puedes quedarte en casa de algún amigo?

—De hecho, estoy yendo a casa de una amiga.

—Lo siento —dijo, en tono apenado.

—No es culpa tuya.

—Sí, es mi culpa. No lo pensé bien, presentarme así en tu concierto. Recibí la noticia

definitiva de Amos y el estudio, y estaba tan emocionado por ti que… Mags, nunca me expongo así. Jamás. Lo siento, de verdad. No sé qué me pasó.

—Sí que lo sabes.

No fue mi intención decirlo en voz alta, pero las palabras se me escaparon de golpe. Se hizo un silencio en el que doblé las piernas y me incliné hacia el suelo en medio de la acera, murmurando para mí «idiota» con los ojos cerrados. Lo oí exhalar.

—Sí, sí que lo sé —asintió.

Abrí los ojos al cielo azul, con el pecho aún más desbocado.

—Adiós, Asher —dije en voz baja.

24
TREINTA Y CINCO

TENÍA REPRESENTANTE. YO, MAGGIE VINE, tenía una profesional que llevaba oficialmente mis asuntos. Yo, Maggie Vine, tenía un contrato.

Sonreí como una tonta ante las pilas de papeles que tenía delante en la habitación decorada en blanco sobre blanco, con el perfil de la ciudad a la vista a través de los ventanales panorámicos. El dinero que me garantizaba este acuerdo (dinero que obtendría una vez que entregara los siete temas) era suficiente para labrarme un futuro. El dinero que recibiría una vez que se terminara la película bastaba para que ese futuro siguiera siendo una realidad. Podía crear un embrión, podía convertirme en una cantautora geriátrica y luego tener un embarazo geriátrico. La vida estaba oficialmente llena de opciones, opciones raras, de geriátrica joven, pero buenas opciones, al fin y al cabo. La alegría que me embargaba era tan grande que quería gritar, pero tenía que aparentar profesionalismo, así que tragué saliva y miré hacia delante.

Mi flamante representante, Shelly Pier, estaba sentada en la enorme mesa de conferencias ovalada, solo nosotras dos en una sala para veinte personas. Shelly daba la impresión de ser una persona espiritual. Un flequillo sobre gafas de color púrpura, anillos gruesos de distintos metales en los dedos y un vestido estampado gigantesco que la envolvía por completo. Según el amigo músico de Asher, ganador de un Grammy, Shelly era de esas representantes divertidas y afectuosas, pero, si alguien intentaba embaucar a uno de sus clientes, se convertía en un monstruo aterrador.

Me sonrió con alegría y extendió la mano por encima de la mesa para acercarse los papeles.

—Todo listo —dijo. Se colocó los papeles bajo el brazo y se puso de pie al instante. La imité, sorprendida de que, al parecer, no hacían falta cortesías. Guardé enseguida el bolígrafo y las copias en la mochila y me quedé de pie frente a ella. Sonrió y me dio un apretón de manos—. Este es el comienzo del resto de tu carrera, ¿lo entiendes? —Me erguí un poco más e imité su apretón, tratando de parecer igual de profesional, aunque en mi mente se estaba celebrando una fiesta—. La idea es que esto pueda ser una carrera de fondo, que no quede definida por un único éxito antes de llegar siquiera a la pubertad. ¿Qué te parece? —dijo, como si acabara de

preguntarme si quería un café helado.

—Una carrera de fondo. Es mi sueño —dije, asintiendo con una sonrisa idiota.

Me soltó la mano y se cruzó de brazos, haciendo desaparecer su sonrisa. Al instante, obligué a las comisuras de mis labios a que se cerraran.

—Vine, no eres tan importante como para tener un representante de relaciones públicas, así que tengo que ser tu persona para todo. Eso significa que tengo que ser la persona que te pregunte si te estás acostando con Asher Reyes.

Cuando abrí la boca para responder, sentí que se me enrojecían las orejas.

—No.

—Bien, porque estoy un poco dividida —añadió—. Por un lado, no quiero que a tu carrera la defina un hombre famoso, ningún hombre, en realidad. Por otro, sé cómo funciona esta máquina: te tengo delante porque un hombre muy famoso te puso aquí, y es un buen chico. Es una historia bonita: «De la nada, Asher Reyes vio cantar a Maggie Vine y se enamoró de su voz. La contrató para escribir la música original de su película, para la que era perfecta. Y luego, mucho después, se enamoró de ella.

—Bueno, eso no es exactamente lo que pasó…

—O tenemos la opción B: «Asher Reyes se enamoró de una cantante desconocida, Maggie Vine. La contrató para escribir la música original de su película porque se acostaba con ella, no porque fuera la adecuada para el trabajo».

Moví el peso del cuerpo de una de mis Converse a la otra, desconcertada por su brusquedad.

—Ninguna de las dos es verdad —le dije.

—Entonces, cuéntame tu verdad antes de que la lea en otra parte.

—Asher y yo nos enamoramos cuando éramos adolescentes en un campamento de verano.

—No hablas en serio —dijo, frunciendo el ceño.

—Fuimos novios durante unos años. Y luego nos separamos. Me enteré de que había conseguido los derechos de mi libro favorito, y yo sabía que podía hacer algo estupendo con la música. Me presenté a una audición en la que estaban él y Amos, y me contrataron. No me acuesto con Asher Reyes. Hasta hace un par de semanas, llevaba casi quince años sin verlo.

Shelly inclinó la cabeza hacia mí. Una sonrisa se asomó con lentitud a sus labios rojos.

—Me gusta más tu historia.

—Es la verdad.

—Maggie, tienes talento, un talento real en el que creo. He visto todas las actuaciones que mi becario ha podido encontrar. No estarías aquí si no viera proyección. Y podrías alargar tus quince minutos de fama con facilidad. Pero debo advertirte que al mundo nada le gusta más que formarse una opinión firme sobre un titular sin leer el artículo. Cada vez es más difícil ganarse el respeto de la gente. Mi primera advertencia, y no es probable que pase, pero deberías saberlo, es

que, si primero eres la novia de Asher Reyes, es posible que, si a la película no le va bien, hasta ahí llegue tu fama. Ahora, si resulta que la película y la música tienen tanto éxito como esperamos, te va a ir muy bien. Pero también existe la posibilidad de que le rompas el corazón a este chico antes de que tus canciones estén listas, y se le arrugue el pito y rompa el contrato, alegando «diferencias creativas». Te aseguro que lo he visto todo, y no quiero que tu carrera termine antes de empezar, ni me interesa saber lo que puede durar el juicio contra el hombre más famoso del país.

La escuché con atención. El peor momento de mi pasado resonaba como una campana en mis oídos.

—Lo entiendo. Entonces, si, digamos, decidimos…

—Termina el trabajo primero. Deja que pase un mes de rodaje, cuando ya hayan grabado tus canciones y no puedan dar marcha atrás. Después, adelante. Tómate esa foto besándote con Asher Reyes en un yate en St. Barts. Que te desnude en la cubierta, por lo que a mí respecta.

—Parece un buen plan —dije en voz baja, tratando de evitar que mi imaginación me pintara el vívido retrato de Asher quitándome el bikini con los dientes en la cubierta de popa. *Una imagen nada específica.*

—Una cosa más: mi equipo hizo una búsqueda profunda en tus redes sociales. *Mazel tov*: impecable. Pero no tengo acceso a tus mensajes privados. ¿Hay algo que puedas lamentar allí, o en algún otro lugar? —Se cruzó de brazos, muy seria—. Lo que te estoy preguntando es: ¿hay algo de tu pasado que necesito saber? ¿Alguna demo dando vueltas por ahí? ¿Alguna historia horrible? ¿Gente importante a la que hayas hecho enfadar?

Iba a negar con la cabeza, pero el nombre de Cole Wyan se me quedó atascado en el fondo de la garganta, agarrotándome el cuerpo. Tenía una demo que técnicamente estaba dando vueltas por ahí, en alguna parte. Pero ahora ya era intrascendente, así que guardé su existencia donde debía estar: en el rincón más oscuro y horrible de mi mente. Ese hombre ya se había llevado suficiente de mi pasado, y me negaba a dejar que se acercara a mi futuro.

Bajé los hombros, negué con la cabeza y sonreí.

—Estamos bien —dije.

Me sentí tan bien que casi me creí la mentira.

25
TREINTA Y CINCO

EL SOL SE OCULTABA SOBRE Central Park y su resplandor entraba por las ventanas de Marea y la larga barra de mármol amarillo y naranja parecía reproducir la puesta de sol. Me senté en la esquina más alejada y me dediqué a repasar mis notas, fingiendo ser una persona importante digna de ocupar un espacio tan elegante sin babear para todos lados.

De pronto, la charla de fondo se acalló, como si hubieran aspirado el aire. Levanté la vista y vi que todas las miradas se dirigían a la puerta principal. Asher entró con su pelo negro azabache perfectamente peinado. Caminaba con la espalda recta, pero recorría el salón con la vista y entrelazaba los dedos con nerviosismo. Tantos años y aún no se había acostumbrado a que lo miraran. Dejó caer las manos a los costados cuando encontró mis ojos y se acercó con una sonrisa cálida. Intenté no quedarme mirando su torso firme, que asomaba por debajo de una camisa blanca con escote en V que, de alguna manera, combinaba muy bien con la chaqueta oscura que llevaba encima.

Jugueteé con los tirantes del top blanco de seda de Row que me había prestado Summer, y me pasé la mano por la clavícula para no estirar un brazo y agarrarlo. Debería haber llevado los guantes azules de Elsa. Debería haberme echado gasolina en los ojos. Debería haber hecho cualquier cosa para que el hecho de estar en el mismo lugar que Asher Reyes (ahora dos adultos vestidos con elegancia) no me hiciera desfallecer. Necesitaba actuar como Elsa para superar esto: «Ocúltalo, no sientas nada».

Salté del taburete cuando me abrazó y me dejé envolver por el olor a lavanda de su pelo.

—Así que has tenido un par de días muy movidos —dijo, apartándose con una sonrisa.

Ojos indiscretos ocultos tras copas de cristal nos miraban: extraños que fingían que no les importaba una mierda, cuando en realidad ocurría exactamente lo contrario. Yo era demasiado insignificante para que me miraran así.

—Bueno, estar en tu órbita siempre fue entretenido, ¿por qué ahora iba a ser diferente? —le dije.

Levantó una ceja y me lanzó una sonrisa maliciosa.

—Podría decir lo mismo de ti.

Sentí calor en las mejillas y le di un codazo en el costado, para indicarle que dejara de flirtear conmigo, que dejara de recordarme las veces que me desnudé y lo hice entrar conmigo en un lago iluminado por la luna. Pero me miré las manos con una sonrisa tímida, dándole a entender que quería que siguiera flirteando conmigo. Y sí que quería. No quería limitarme a darle un codazo en las costillas. Quería que mis manos le quitaran la chaqueta. Y los pantalones.

Miró el reloj y puso los ojos en blanco, interrumpiendo mi fantasía potencialmente alcanzable. Se inclinó hacia mí y sentí el calor de su aliento en la oreja.

—¿Te parece bien que vayamos allí, nos sonriamos y dejemos que ese paparazi nos saque la foto? —me preguntó, señalando con la cabeza la otra punta del bar, donde el hombre del metro estaba de pie junto a la ventana, meciéndose de un lado a otro y esperando.

Asher atrajo la atención del camarero sin ni siquiera proponérselo, pedimos nuestras bebidas y nos dirigimos al otro lado del salón, donde el paparazi sacó su foto y se escabulló como la rata que era.

Después de unas copas de *pinot*, ya estábamos sentados uno al lado del otro en una discreta mesa en un rincón. Habíamos terminado de desgranar los temas de cada una de las canciones de la película y ya habíamos pasamos a reírnos de nuestros recuerdos compartidos. En particular, la vez que fui a visitarlo a San Diego y el perro salchicha de sus padres se cagó en los tacones Valentino de su madre. Asher se secó una lágrima, sujetándose las costillas para calmar la carcajada.

—Hacía tiempo que no me reía tanto —dijo, apoyando la mandíbula en el dorso de la mano y sosteniéndome la mirada.

Raras veces Asher y yo nos habíamos reído así. Eso era lo realmente gracioso; gracioso por lo desconcertante. Éramos dos personas muy intensas. No hacíamos aflorar el humor en el otro. De niños, pasábamos más tiempo indagando en cuál era nuestro lugar en el universo, en nuestras emociones, en nuestras creaciones y en lo que significábamos el uno para el otro, que tratando de hacernos reír. «Encuentra a alguien que te haga reír» era una frase que siempre escuchaba. Pero encontrar a alguien que me hiciera ver el mundo en colores psicodélicos era igual de embriagador. Era otra clase de idioma del amor. Asher Reyes me cautivaba como nunca me había cautivado una broma o una comedia romántica.

Me recosté en el asiento de cuero, sujetándome el estómago, con el cuerpo rebosante de vino tinto y *agnolotti* caseros, y desvié los ojos de su mirada intensa.

—Bueno… —Se pasó la mano por la barbilla y repiqueteó con los dedos sobre la mesa—. ¿Cómo va tu vida amorosa? —preguntó, sin demasiada naturalidad. La boca de Garrett se me apareció en la mente como un fogonazo, muy brevemente, pero lo suficiente como para hacerme ver que mi vida amorosa era un desastre—. Así de bien, ¿eh? —dijo, captando mi expresión.

—¿La tuya?

Sacudió la cabeza, indicando que era nula.

—Mi relación más larga terminó cuando era adolescente —reflexionó con una sonrisa tímida.

—Ya somos dos —dije.

Cogí el guion y empecé a hacer girar uno de los pasadores dorados con los dedos. Entornó los ojos tratando de entender mi letra descuidada en el reverso del guion.

—«Estarás allí cuando vuelva».

—Solo una idea para el primer tema.

—Un título impactante —dijo sonriendo—. Hablando del tema, ¿se comunicó tu abogada con el mío?

—Sí, me ha enviado el contrato y está revisando algunos puntos, pero por lo demás ha dicho que podemos cerrar a términos generales. Creo que iba a hablar con tu abogado hoy mismo. Shelly dijo que el contrato era «sorprendentemente justo».

—Bueno, gracias —dijo, haciendo una reverencia con la mano—. Pero no te acostumbres. Los contratos, todos esos asuntos de negocios, abogados, negociaciones… suelen llevar meses.

—Entonces, ¿por qué ahora no?

—Porque no tenemos tiempo para idas y vueltas. Me gustaría tener este rodaje listo en dos meses. En cuanto estés lista, grabemos tu demo para «Rumbo al norte».

—Puedo grabarla en el armario de mi madre.

Frunció el ceño.

—No seas ridícula. Tengo un amigo que tiene un estudio. Nos dejará grabar allí.

—No es necesario.

—Sí es necesario, Mags —dijo y se inclinó hacia mí, mirándome con intensidad—. Vamos a hacer esto lo más precioso y de la mejor calidad posible. Quiero que la demo deje a todo el mundo con la boca abierta, aunque después se grabe con otra voz. Quiero que el estudio sepa lo valiosa que eres, y quiero mostrarle a nuestra actriz lo alta que está la vara.

—De acuerdo —dije, tartamudeando.

Inclinó el cuello hacia mí.

—¿Estás bien?

Tragué saliva, al darme cuenta de que había agachado la cabeza. Alcé la vista y sonreí. La verdad era que no había pisado un estudio en cinco años y me preocupaba. No sabía qué me iba a pasar cuando entrara en un estudio, pero, a juzgar por las palpitaciones que sentía, no sería un trabajo fácil.

—Sí, estoy bien. Es solo que —me señalé la cabeza— todo esto es un montón.

—Me alegra ver que algunas cosas no han cambiado —dijo con una sonrisa. Cambió de posición y me miró mientras retorcía la servilleta en su regazo—. Mags, ¿por qué tienes la

guitarra de tu padre?

Esperó la respuesta, sin pestañear, como si ya lo supiera. Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas y miré hacia el techo, deseando que desaparecieran. Rara vez había moderado mis emociones delante de Asher, pero estábamos en un lugar público y me preocupaba que, si me desmoronaba delante de él, no pudiera parar.

—Tuvo un infarto. —Volví a mirar a Asher.

—¿Cuándo? —preguntó, en voz tan baja que apenas lo escuché pronunciar la palabra.

—Dos semanas después de que rompiéramos.

No llegó a decir «lo siento». Las palabras se le quedaron en los labios. Vi las lágrimas en sus ojos y aparté la mirada, sintiendo un dolor en el pecho.

—Ojalá hubiera podido estar a tu lado. —Me cogió una mano y al instante las lágrimas brotaron por mis mejillas—. Debería haber estado contigo —susurró.

Lo miré, las lágrimas le inundaban los ojos.

Tras unos instantes, me di cuenta de que seguíamos cogidos de la mano, y Asher bajó la vista cuando nuestros dedos se separaron.

Me concentré en respirar hondo, inhalando y exhalando, una técnica que me había enseñado mi terapeuta, y fijé la atención en un hombre y una mujer que estaban unas mesas delante de nosotros. La mujer doblaba una servilleta de tela en el regazo, con la vista en la ventana, mirando pasar los coches. Su acompañante le puso un bocado de pastel de chocolate delante de la boca con una sonrisa. Ella apartó los ojos de los coches para dar un mordisco al pastel y esbozó una sonrisa.

—¿Qué crees que está pasando ahí? —pregunté.

Asher ladeó la cabeza, estudiando a la pareja.

—Ella está a punto de romperle el corazón —dijo.

Tragué saliva con la garganta llena de lágrimas, agradecida de poder contemplar la desdicha de otra persona.

—¿Eso crees?

—Le está dando vueltas al asunto muy despacio —concluyó, y se volvió hacia mí con una sonrisa amable.

Siempre me había gustado la forma en que Asher miraba el mundo. Una vez recogió una geoda junto al lago, la apretó en el puño e imaginó toda una historia sobre la roca. Me acordé de la vez que fui a visitarlo a San Diego después de nuestro segundo verano en el campamento. Acababa de sacarse el permiso de conducir y recordé cómo lo observaba mientras conducía: el modo en que sus dedos aferraban con cuidado el volante, el modo en que sus ojos de color ámbar se detenían para admirar el acantilado rocoso, el modo en que sonreía con nostalgia a una pareja de ancianos que compartían un bocadillo en un banco, el modo en que me miraba para

asegurarse de que yo también los veía: la promesa de envejecer juntos.

Me quedé mirando a la pareja, observando la mandíbula apretada de la mujer, como si su felicidad pendiera de un hilo.

—Me rompiste el corazón, ¿lo sabías? —le dije en voz baja, con los ojos clavados en aquella pareja infeliz.

Me quedé con la boca abierta, iluminada por la luz de las velas, y volví a mirar a Asher. Él echó los hombros hacia atrás, como si mi confesión lo hubiera impactado como un rayo, sacudiéndole el cuerpo. Arrugó las cejas y me miró fijamente.

—Creía que los dos nos rompimos el corazón.

Sonríe y asiente. Cambia de tema.

—¿Sí?

—¿Me estás preguntando si nuestra ruptura me destrozó? —Estaba desconcertado.

—Me gustaría saberlo —dije, sonriendo e inclinándome hacia él. Dejé descansar mi barbilla sobre una mano. Intentaba restarle importancia a algo que en realidad tenía la mayor importancia del mundo.

Me imitó, apoyando la mano en la barbilla, a pocos centímetros de mi rostro, pero su expresión era de dolor. Me miró un momento.

—Mags, hay noches en las que me quedo solo y pienso… —Hizo una pausa, sin dejar de mirarme, con el resto de la frase en la garganta. Sentía un hormigueo en mi interior, mientras esperaba a que llenara ese espacio en blanco. Acercó todo el cuerpo, y sus labios quedaron a escasos centímetros de los míos—. Fuiste el mayor desamor de mi vida.

Parpadeé, sintiendo un pinchazo en el pecho. Durante años había pensado que estaba loca, que era histriónica e insegura, pero no había sido solo yo. Incluso de adulta, una parte de mí se preguntaba si había perdido a mi alma gemela en la adolescencia, y ese pensamiento era humillante. Era como admitir que no sabía crecer, que sabía cómo seguir adelante. Vivía con esa carga. Y aquí estaba él, diciéndome que él también vivía con eso. Sentí que se me rompía el corazón por lo que podría haber sido.

—No deberías haberme perdido —le dije, con lágrimas en los ojos.

—Tú tampoco tendrías que haberme perdido a mí —replicó, sin disimular la emoción en la voz.

Nos miramos. Había nostalgia y tristeza en nuestros ojos, y algo mucho más grande. Acercó lentamente su boca a la mía. Puso un dedo bajo mi barbilla y me la levantó hacia él.

Abrí los labios, a un centímetro de los suyos.

—No puedo besarte. No hasta que terminemos el trabajo. Pero después… realmente me encantaría besarte.

Mis palabras lo dejaron perplejo. Oía el consejo de mi representante en mi mente,

recordándome que no debía acercarme a Asher antes de terminar el trabajo. No se movió ni retrocedió, porque yo tampoco lo hice. Nos quedamos inmóviles, a centímetros el uno del otro, sosteniéndonos la mirada mientras una hoguera se encendía entre nosotros.

—Uno de los dos debería mover los labios —susurró y su aliento cálido llegó hasta mis labios. Tenía los ojos clavados en los míos y no podía moverme—. ¿Necesitas que sea yo? —preguntó finalmente.

—Sí, por favor… —dije con pesar, desesperada por llenar el vacío entre nuestras bocas.

Se echó hacia atrás y soltó un suspiro, ajustándose los vaqueros y bebiendo un largo trago de agua. Se volvió hacia mí y vio que yo seguía inmóvil.

—¿Quieres oír la canción? Esta tarde estuve trabajando en «Estarás allí cuando vuelva» y ya está casi terminada —dije para mi sorpresa.

—¿Ahora?

—¿Esta noche? ¿Más tarde? Mi amiga, Summer, se llevó mi guitarra de mi apartamento, así que tengo que volver a su casa para recuperarla, pero…

Me sonrió con ternura.

—Mags, no voy a ser ese tío.

—¿Qué tío?

—No quiero que sientas que me estoy aprovechando de ti, de ninguna manera, nunca.

Siempre habíamos tenido una relación de igual a igual. Pero Asher y yo estábamos en dos galaxias diferentes ahora; él tenía un Óscar y yo no tenía ni seguro médico. Cuando estábamos junto, tantos años atrás, lo único que hacía era alentarme, animarme y desear que triunfara. Esta vez no parecía ser diferente. No era una mujer que se sentía presionada por una gran estrella de cine que podía hacer o deshacer su carrera. Era una mujer coqueteando abiertamente con su exnovio, una gran estrella de cine que podía hacer o deshacer su carrera.

—Quiero tocarte la canción. Nada más.

Quiero tocarte la canción y pasar mis uñas por tu espalda desnuda.

—Estoy tratando de encontrar la manera de decir esto sin sonar como un auténtico imbécil —dijo, sosteniéndome la mirada. Se inclinó hacia delante, hablando en voz baja para que solo yo pudiera oírlo, mientras nuestros brazos se rozaban—. No sé cómo podría ir a mi casa contigo y estar lejos de tus labios si tú no te alejas primero.

Pasé un dedo por el borde de mi copa de vino, observando cómo su pecho subía y bajaba bajo la camiseta. Llevé la mano al tallo de la copa y la sujeté con fuerza para no estirarla y atraerlo hacia mí.

—¿De verdad se nos da tan mal controlarnos? —pregunté, con la voz entrecortada.

—Para ser justos, nunca tuvimos que practicar el autocontrol —dijo.

—Es bastante cierto —dije.

Tomé un sorbo de vino para ocultar mi cara enrojecida mientras él alzaba las cejas.

—¿Bastante?

—En realidad… —Cerré la boca.

Asher se inclinó más, con los ojos muy abiertos y una sonrisa en el rostro.

—¿En realidad qué?

—El último día de campamento, el segundo año. Después de la guerra de colores, realmente quería… ya sabes.

Negó con la cabeza riendo.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque sabía que aún no estabas listo para tener sexo.

Sonrió complacido mirando su copa.

—Yo estaba más que listo.

—Mentira —dije, sorprendida, dándole un manotazo en el brazo. Negué con la cabeza al ver su sonrisa radiante—. ¿Sabes qué? Me alegro de que no lo hiciéramos esa noche.

—Creo que hicimos muchas cosas bien —dijo, mirándome a los ojos con cautela. Asentí con la cabeza, sintiendo que el pecho me latía con fuerza, y él se movió en el asiento, incorporándose —. Mira, Mags, no quiero que tengas que lamentar nada. Lo único que yo podría lamentar sería que tú te lamentaras de algo.

Lo miré aún con más fuerza, tratando de ver la orilla detrás de sus ojos, que parecían mover la marea. Quería perderme en él y, sin embargo, volví a reclinarme en el asiento.

—Es raro —suspiré, negando con la cabeza.

—¿El qué?

Volví la vista a su rostro, fascinada por la forma en que el ámbar de sus ojos se reflejaba en la curva de su labio superior.

—Te has convertido en el hombre que sabía que llegarías a ser —dije.

Inclinó la cabeza.

—¿Es un halago?

—Asher, es el mejor halago que le he hecho a alguien.

Me sostuvo la mirada durante un buen rato y luego bajó la vista a la mesa con una sonrisa enorme. Evitar que mi boca se encontrara con la suya no era una apuesta segura. Al mismo tiempo, estar con Asher en la misma habitación me envolvía el corazón con algo que no había sentido en años: una red de seguridad.

26
CASI DIECISÉIS

MIRÉ LA SALA MÁS IMPECABLE QUE HABÍA VISTO en la vida. Todo estaba limpio y había olor a Windex y a aire de mar. Todo en el interior de la casa de los Reyes, una casa de estilo ranchero de mediados de siglo en San Diego, era blanco y de cristal, inmaculado, y la única pincelada de color provenía del exterior: el horizonte del océano se encontraba con la costa de La Jolla a través de los enormes ventanales. Incluso el perro salchicha de pelo largo de Asher que me olfateaba los zapatos olía a nuevo.

—¿Vives en esta casa desde los siete años?

Asher hizo rodar mi maleta con una mano y me condujo por un estrecho pasillo. Miró hacia atrás y vio mi rostro desencajado.

—Sí…, ¿por qué?

Se había mudado a California desde Filipinas cuando tenía siete años, y parecía como si hubieran sacado todos los objetos de las cajas, los hubieran puesto en su lugar y no los hubieran vuelto a tocar. Todo parecía estar a la espera de que alguien le diera uso: era inquietante.

—Parece… muy nuevo —dije, con los ojos puestos en una pared blanca y vacía, en la que había un único agujero diminuto a la altura de los ojos.

Antes había un clavo allí, que seguramente sostenía algo demasiado colorido. Tal vez arte. Tal vez una foto familiar.

—A mi madre le gustan las cosas de cierta manera —señaló Asher.

—¿Siempre ha sido así?

Se detuvo frente a una puerta cerrada al final del pasillo, negando con la cabeza sin decir nada.

—Claro —dijo en voz baja.

Supongo que rodearse de objetos impersonales era una forma más fácil de vivir después de un dolor tan grande. No sabía lo que era sufrir una tragedia, pero supuse que, en mi caso, sería de esas personas que hacen de los recuerdos un santuario, que se ponen la ropa de la persona muerta, que se aferran a su presencia mucho después de que se haya ido. Yo era un extremo, y esto era otro. No me parecía que ninguno de los dos fuera saludable.

Asher abrió la puerta de su habitación y se me aflojaron los hombros. Solté un suspiro, fascinada al instante, igual que él me había fascinado al instante. Entré y enseguida me puse a recorrer con las manos y los ojos los lomos gastados de las novelas apiladas, una colección de caracolas y geodas, carteles de películas clásicas enmarcados en la pared: *Casablanca*, *El graduado*. Su olor estaba en la habitación: almizcle y cítricos, madera y flores silvestres.

—No puedo creer que esté en tu dormitorio —dije, de pie en el centro de la habitación, como mareada. Nuestras miradas se cruzaron y desvié la vista hacia la cama doble.

Había tardado siete meses en llegar hasta aquí. En septiembre, empecé a trabajar después de clase en una cafetería del Upper West Side. Todos los jueves había noche de micrófono abierto, con cantantes desconocidos. Al mismo tiempo que ganaba el salario mínimo para poder permitirme un vuelo a California, seguía estudiando. Mientras intentaba no tropezar con las Birkenstocks de la clientela con mi bandeja llena de bebidas calientes, observaba cómo los cantantes que más me gustaban se sentaban frente al micrófono como si fueran a contar la historia más importante de su vida, y luego cerraban los ojos y hacían precisamente eso. Lograban que los clientes dejaran de hablar de sus propias estupideces y los obligaban a mirarlos. Esa experiencia me dejó con una inclinación por el relato personal. Y pude reunir el dinero suficiente para ir a ver a Asher en las vacaciones de invierno. Mi madre se opuso de inmediato: «de ninguna manera» iba a dejar que su hija de quince años «fuera a embarazarse a California». Los meses siguientes fueron fríos como el hielo entre nosotras: muchos portazos y respuestas cortantes. El caso es que a mi madre le salió el tiro por la culata, porque me fui con mi padre a pasar las vacaciones de primavera y, cuando le pregunté si podía ir a visitar a un «amigo» a California durante la segunda mitad de las vacaciones, ni siquiera llamó a los padres de ese «amigo» para ver si estaban de acuerdo. Accedió sin más. Confiaba en mí explícitamente. Por supuesto que yo reconocía que algo así lo convertía en un padre poco serio. Pero, en ese momento, de pie frente a Asher Reyes en un dormitorio para nosotros solos, estaba agradecida por tener un padre poco serio.

—¿Seguro que a tus padre les parece bien que me quede en tu habitación? —le pregunté sin apartar la vista de la cama.

Asher se me acercó y me estrechó contra su cuerpo tibio.

—No les importa. Los dos tienen juicios en estos momentos. Ni siquiera se van a dar cuenta. Dudo que vuelvan a casa antes de medianoche.

—Eres más alto —dije, midiendo la parte superior de mi cabeza con la base de su mandíbula maciza.

Me quitó la mano de su mandíbula y entrelazó los dedos con los míos, observando mi rostro desde todos los ángulos.

—Hola —me dijo en voz baja.

Entreabrí la boca. Sentía que el corazón me rugía en el pecho y, de repente, mi boca estaba en la suya, su lengua en la mía, nuestros pechos latían con fuerza y nuestras manos se enredaban en el pelo del otro. Me ayudó a quitarle la camiseta de algodón y yo me deshice de la camiseta de tirantes que llevaba puesta. Volvió a besarme y con los dedos tanteó el broche de mi sujetador, hasta que finalmente me lo quitó, y mis pechos quedaron pegados a su torso macizo. Su piel sobre la mía era como montar una ola al atardecer: me sentía sin ataduras. Sentí el poste de madera de la cama contra la espalda y él se apartó de mis labios con suavidad, mirándome el rostro enrojecido y respirando agitadamente.

Me aparté para evitar su mirada cautivadora y con dedos temblorosos revisé la pila de CD. Él me observaba, sin camiseta, desde el borde de la cama, con una sonrisa suave.

—Tu mix está en el reproductor de CD —dijo.

Asher no era un gran aficionado a la música, así que, empeñada en moldear su gusto musical, una vez al mes le enviaba por correo un CD de canciones variadas. Encendí el reproductor y el mix que le había enviado hacía dos meses, titulado «Cómo te echo de menos», empezó a sonar. Sentí que se me enrojecían las mejillas al oír la voz de Deana Carter. Era un poco cursi, pero me encantaba. Sin embargo, no estaba segura de que fuera la canción más adecuada para que un chico se desnudara, así que fui a cambiarla, pero sentí la mano de Asher en mi muñeca, tirando hacia atrás. «Strawberry Wine» espesó el aire mientras el calor de su boca se acercaba a la curva de mi cuello, el cálido aroma de su piel color aceituna penetraba en mis pulmones, sus dedos rozaban lentamente el costado de mi pecho y me hacían palpitar todo el cuerpo. Me agarró de la cadera y me hizo girar para que nuestras bocas se encontraran, para que lo sintiera endurecerse contra mí, para que nuestros cuerpos se abandonaran.

Me besó el cuello mientras sus manos subían por mis costillas. Enredé los dedos en su pelo espeso y apreté los nudillos mientras su boca me recorría el hombro y bajaba hasta mis pechos. Arqueé el cuello y cerré los ojos con el corazón desbocado. Ya habíamos pasado por esto muchas veces el verano pasado, pero no habíamos tenido sexo.

Lo sentía palpitante contra mí, y bajé la mano por su abdomen cincelado hasta posarla en la hebilla de su cinturón. Se colocó encima de mí, con los brazos extendidos a ambos lados de mi rostro, mientras yo le rozaba el cinturón con el dedo, como si se tratara de una pregunta.

—Ey. No tenemos que hacer nada que no quieras hacer —dijo en voz baja.

Sentía el frío del colgante de su hermano en mi pecho: un antiguo medallón de oro con un león grabado. Asher lo llevaba como una cicatriz, para que la cicatriz de su corazón no quedara enterrada bajo la piel. Lo sabía casi todo sobre este hombre al que quería. Quería saberlo absolutamente todo. Abrí la boca para decir dos palabras, pero sus ojos dorados me atravesaron, y las palabras se me quedaron anudadas en la garganta. Estaba demasiado enamorada para hablar. No estaba segura de qué hacía que alguien estuviera preparado, pero quería que cada

centímetro de su cuerpo comprendiera el mío, del mismo modo que nuestras almas ya parecían extensiones la una de la otra, y si eso no era estar preparada, entonces nunca llegaría a estarlo.

—Quiero hacerlo —susurré al fin.

Soltó el aire con una sonrisa.

—Yo también.

Poco después, el sol del atardecer entraba por su ventana, pintando nuestros cuerpos salados de un naranja rojizo. Apoyé una mejilla sonrosada en su corazón acelerado y me sentí bañada por una paz que no sabía que mi cuerpo podía experimentar. Sentí que los ojos se me hacían más pesados, mientras él me estrechaba más contra su cuerpo desnudo.

—¿Qué va a hacer tu madre cuando se entere que tu padre te dejó venir a California? —preguntó Asher, mientras trazaba líneas con los dedos sobre mi espalda.

—Viven en dos estados diferentes y ella ya no puede decirle lo que tiene que hacer, así que seguramente se ensañará conmigo.

—Lamento que no te entienda —dijo, y me besó el pelo.

—Ella sabe muy bien quién soy. El problema es que no soy ella. Creo que le molesta que me parezca tanto a mi padre.

Me moví para apoyar la barbilla en su pecho. Me pasó las manos por el pelo, buscando las palabras.

—¿Crees que es posible que esperes que tu madre se parezca un poco más a ti, y ella espera que tú te parezcas mucho más a ella, y ninguna de las dos consigue lo que quiere? —preguntó.

Me encogí de hombros, aunque la pregunta me pesaba. Asher Reyes siempre poniéndose en el lugar del otro. Mi madre tenía diecinueve años cuando se enamoró de mi padre. Apenas un par de años después cerró su corazón para no dejar entrar a otro hombre. Se dejó llevar por el encanto de mi padre y el resultado la devastó. A eso se sumaba el peso de saber que mi padre también me había hecho sufrir a mí. Pero yo nunca dejaba de insistir, con la esperanza de que la próxima vez fuera diferente. Tenía esperanza, porque lo contrario era demasiado oscuro y solitario. No es el desengaño lo que nos define, sino cómo reaccionamos ante él. Mi padre le había dejado cicatrices en el corazón a mi madre, pero mi madre había dejado que el dolor le impidiera que se formaran nuevas. Norah había levantado muros gruesos, muros que la hacían parecer fuerte como la torre de una fortaleza, cuando en realidad era tan débil que no se atrevía a ceder ni un milímetro de control.

El amor era su kriptonita. El amor era la guinda de mi pastel.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Asher, escrutando mis ojos ausentes.

Tracé con el dedo la pequeña cicatriz blanca que tenía en la barbilla, sintiendo su abrazo apretado contra mi cuerpo. Cerré los ojos, como si la omisión me avergonzara.

—Nunca he visto a un hombre abrazar a mi madre. O besarla. En toda mi vida, nunca he visto

a nadie querer a mi madre. Tiene treinta y cinco años, es la madre más joven que conozco y ha tomado una decisión: su futuro está escrito en piedra. Está mejor sola. No quiere esto. Y yo… —Me quedé callada, con los pensamientos oprimidos en la garganta. Mi madre supo amar una vez. Mi padre me contó historias conmovedoras sobre el amor que se tenían. Mucho amor. Un gran amor. Por la forma en que mi madre lo miraba cada vez que él iba a verme, por la rapidez con que apartaba la mirada, me daba cuenta de que tenía miedo de volver a amarlo. ¿Cómo es posible que una mujer joven disfrute de la plenitud del sol y a los treinta y cinco años se contente con un cielo parcialmente nublado para el resto de sus días?

Asher se sentó debajo de mí y me levantó con él. Sujeté la limpia sábana azul por encima de mis pechos y desvié la mirada. Me giró el rostro hacia él.

—¿Qué pasa? —me preguntó con los ojos muy abiertos.

—Tengo miedo —confesé—. Te quiero mucho y me aterra tanto que me rompas el corazón, que entonces ya no quiera volver a hacer esto. No quiero convertirme en ella. No quiero tener treinta y cinco y que el amor verdadero exista solo en el espejo retrovisor.

Sentí que las lágrimas me corrían por las mejillas. Me las secó al instante.

—Ven aquí. —Me cogió por la nuca y me acercó a su pecho. Exhalé las lágrimas en su cuello, aferrándome a su nuca, como si me aferrara a algo que algún día iba a extrañar.

—En tu vida el amor nunca va a estar en el retrovisor —susurró—. Siempre voy a estar sentado a tu lado.

—No puedes prometerme eso —dije, muy bajito, como si me asustara desafiar el futuro más esperanzador que me hubieran presentado en la vida.

Asher me movió para que nuestros ojos quedaran frente a frente, y puso las manos en mis mejillas.

—¿Planeas romperme el corazón? —me preguntó.

Negué con la cabeza con un movimiento efusivo.

—No podría.

—Yo tampoco podría —dijo.

Respiré hondo, secándome las lágrimas y sacudiéndome el pánico. Apreté la frente contra la suya y dejé que una sonrisa se me dibujara en el rostro, como un suspiro.

—¿Me lo prometes otra vez?

Me puso la mano en la nuca y nos abrazamos con fuerza.

—Maggie Vine, cuando llegues a los treinta y cinco años, no estarás sola. La medianoche antes de tu cumpleaños treinta y cinco, voy a estar a tu lado.

—Y yo a tu lado —dije, con una exhalación de alivio.

—¿Me lo prometes? —preguntó, acercando sus labios a los míos.

Abrí la boca y susurré:

—Te lo prometo

Primero buscó mis labios con la mirada y luego los encontró su boca.

27
TREINTA Y CINCO

—«PERO DESPUÉS… REALMENTE ME ENCANTARÍA besarte» —dijo Summer, repitiendo las palabras que yo le había dicho a Asher y haciendo sonar con violencia el claxon de su Range Rover.

—¿Era necesario? —le pregunté, dirigiendo la vista a su mano, apoyada en el centro del volante, dispuesta a volver a tocar el claxon.

—Ese imbécil me ha cerrado el paso.

—Summer, vamos a ocho kilómetros por hora. Solo ha cambiado de carril.

Íbamos a la fiesta de compromiso de Garrett y estábamos en un atasco espantoso en la Ruta 27.

—¿Por qué no he visto fotos vuestras desde esa cena? Me estoy aburriendo. Dame algo con que trabajar, Vine.

—He estado acampando en tu casa, que por suerte los paparazis todavía no han descubierto, y mi representante quiere que mantenga un perfil bajo.

—Deberías aprovechar esto un poco más. Que te vean con él para ganar seguidores en redes. Necesitas unos buenos cimientos antes de que tu carrera despegue.

Negué con la cabeza y miré hacia el asiento trasero del coche, donde había una caja gigante envuelta en papel lavanda con un enorme lazo blanco en la parte superior.

—¿Qué les hemos comprado? —pregunté.

Summer esbozó una sonrisa malvada.

—Algo que Cecily va a odiar.

—¿Toallas sin sus iniciales? Dios me libre.

Todo lo que Cecily había incluido en la lista de regalos era de color pastel y con las iniciales de ambos. Era como si temiera que se olvidaran de sus propios nombres dentro de su apartamento.

—Un karaoke portátil —anunció Summer.

Me quedé helada.

—No es verdad.

Summer volvió la cabeza hacia mí.

—Sí es verdad. ¿Cuál es el problema?

—¿No te parece que un karaoke portátil le recordaría a Garrett su antigua vida y lo pondría triste?

—Sí. Por eso lo compré. Porque su novia da asco y ahora él también, y quiero que viva con su asco todos los días.

—Summer, eso no está bien.

—Lo sé, no soy una buena persona. —Estiré el brazo para coger la tarjeta escondida bajo el lazo—. ¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—Viendo si puedo quitar mi nombre de la tarjeta con delicadeza.

Summer me apartó la mano del regalo y se desvió de la ruta hacia las líneas amarillas.

—Contrólate, mujer —me ordenó.

—¿Por qué no intentas tú controlar el volante del vehículo? Mira, no quiero que Garrett reciba este regalo y se pregunte si me estoy burlando de él.

—¿Por qué?

—Porque…

Me mordí el labio. Sentía los ojos de Summer clavados en mí, como tratando de encajar las piezas de un rompecabezas.

—Suéltalo.

—¿Que suelte qué?

Se me quedó mirando con atención.

—Te estás guardando algo. —Dudé, y me dispuse a contarle a Summer todo lo que había pasado, pero enseguida la cogí de la barbilla y aparté sus ojos de mi rostro para que volvieran a enfocarse en el tráfico—. ¿Qué has hecho? —preguntó.

Summer no dejaba pasar las cosas sin dar guerra y tenía un radar infalible que captaba cada vez que su mejor amiga no estaba bien.

—No hice nada —mentí—. Han sido un par de semanas raras, nada más.

Summer entrecerró los ojos, evitando demostrar que estaba dolida, pero yo sabía que le molestaba. Siempre lo había compartido absolutamente todo con ella: los días de sangrado del tipo «me he manchado con un tampón extragrande y una compresa puestos», el tamaño del pene «por encima de la media» del tío con el que me había acostado, una canción nueva que necesitaba que escuchara, la vez que la llamé a las dos de la madrugada para lamentarme borracha por una canción de Taylor Swift que estaba totalmente infravalorada y que yo creía firmemente que debería haber sido un sencillo (te está mirando ofendida, «Cruel Summer»). Lo compartía todo con ella porque no sabía cómo no compartirlo todo con mi mejor amiga. Sentía que podía contarle las cosas más importantes y las más estúpidas, y ella me sacaba la verdad

como a un rehén al que se le inyecta un suero.

En lugar de sacarme esta verdad a la fuerza, se tragó la decepción, levantó el mentón y miró hacia delante.

—Me dices, ¿vale? Cuando quieras hablar de lo que sea que sientas la necesidad de ocultarle a tu mejor amiga, que asesinaría a alguien horrible por ti y que nunca te ha juzgado.

—Me juzgas todo el tiempo.

—Es por tu propio bien. Te pasas un tercio del día viendo tutoriales de belleza en YouTube, tengo que mantenerte con los pies en la tierra.

Me aferré al asa porque Summer estuvo a punto de pasarse de largo la entrada al viñedo Wölffer. Se me revolvió el estómago cuando giró de golpe para entrar en la preciosa finca, una mansión de estilo toscano situada en un viñedo de cincuenta y cinco hectáreas. Había trabajado como camarera y cantante en varias bodas en Wölffer. Eran famosos por su rosado «Summer en una botella», que a Summer le encantaba llamarlo «Mi ser en una botella». En 2014, Los Hamptons y Wölffer estuvieron a punto de quedarse sin rosado, lo que supuso una de las desgracias más devastadoras que los neoyorquinos acomodados han tenido que soportar como colectivo.

Summer aparcó a un lado de la finca y se levantó los pechos frente al espejo retrovisor, lo que le permitió lucir un escote profundo con el vestido cruzado de flores que llevaba. Hice lo mismo con mi vestido de flores a media pierna y, hecha un manojo de nervios, seguí a Summer con paso inseguro.

—Vamos, finjamos que apoyamos esta unión —dijo Summer.

—Eso puedo hacerlo. —Summer se detuvo y soltó una carcajada con la cabeza hacia atrás—. ¿Qué?

—Preciosa, no has sido capaz de fingir ni un solo día de tu vida.

No estaba del todo equivocada.

Forcé una sonrisa mientras avanzábamos por la sala de degustación de estilo *boho chic* que daba al viñedo. Debajo, una atardecer amarillo y azul bañaba las viñas, y una banda de cuatro músicos tocaba una versión *folk* de Bill Withers bajo una elegante tienda blanca. Era una noche perfecta para celebrar a una pareja imperfecta.

Miré por encima del hombro con nostalgia, con ganas de huir, pero Summer me tiró hacia delante. El corazón me latía cada vez más deprisa mientras mis talones se hundían en la hierba blanda hasta que encontraron la superficie dura y brillante que se extendía bajo la tienda. Había olor a vino y eucalipto en el aire, y hortensias de colores pastel y hojas verdes en el centro de las mesas redondas. Intenté evitar el contacto visual con prácticamente el centenar de invitados vestidos con motivos florales que circulaban por la tienda con rostros radiantes y copas de rosado en la mano.

Pasó un camarero y, con desesperación, cogí una copa de rosado, tragando notas de melocotón y cítricos con los ojos pegados a una foto ridícula de Garrett y Cecily en tamaño póster. La frase «Unidos por el destino» estaba grabada sobre el marco de madera, burlándose de mí como un final anunciado. Maggie Vine tenía sus dudas. Resistí el impulso de coger un rotulador y escribir «¿DE VERDAD?» justo cuando una carcajada inconfundible retumbó detrás de mi vestido sin tirantes.

Los latidos del corazón me llegaron a los tímpanos. Un aroma familiar a vainilla se me metió en los pulmones, apretándome las entrañas, recordándome mis manos en su pelo, sus labios en mi cuello, mi boca en su boca. No había hablado con Garrett desde nuestro beso. Ni un mensaje, ni una llamada, nada. Y ahora…

—Hola.

Me aferré a mi propio hombro, con la esperanza de que, si me pasaba el brazo por el pecho, la capa añadida de piel y huesos me calmaría las palpitaciones. Cosa que no ocurrió. Me giré despacio para quedar cara a cara. Allí estaba, incómodo, ajustándose la solapa de un blazer de lino azul claro que le ceñía el cuello a la perfección. Pasé la vista por encima de Garrett y vi a su futura esposa. Cecily estaba en la pista de baile, usando las manos y el cuello para compensar su falta de habilidad con los pies. Un grupo de amigas, tan sofisticadas y de buena familia como ella, bailaban sin la menor gracia a su alrededor. El elegante vestido azul de Cecily hacía juego con el blazer de Garrett, y entorné los ojos al notar que había elegido un color liso. Por supuesto, era la única mujer que no llevaba una oda a las flores sobre el cuerpo. Como de costumbre, el atuendo obligatorio, en este caso «de fiesta de jardín», se aplicaba a todos excepto a la novia. ¿Qué clase de novia sería Cecily si no tratara su compromiso como una excusa para ejercer su poder sobre amigos y familiares?

—Has venido —murmuró Garrett.

Me echó una mirada rápida, pero evitó fijar la vista en mis ojos demasiado tiempo, lo que supuse que sería un reconocimiento del crimen que habíamos cometido. Mirar a los ojos a Maggie Vine sería como mirar la cinta de *The ring*: cataclísmico.

—Por supuesto que hemos venido —dijo Summer.

Los ojos de Summer se posaron en los dedos crispados de Garrett, que agitaba con nerviosismo su florido cóctel de ginebra. Garrett siempre sonreía en mi presencia, y no hacía falta ser un experto en lenguaje corporal para darse cuenta de que su luz se había oscurecido. Cambié de posición, me mordí la lengua y paseé la vista por la tienda. Nunca me había sentido inquieta cerca de Garrett. En realidad, siempre me provocaba el efecto contrario: sonreía y mis hombros se relajaban. Hoy no.

—Cómo me lo iba a perder —dije por lo bajo, y bebí otro trago de vino, que se esfumaba con rapidez. Asintió con un gesto seco y recorrió con la mirada a los invitados en busca de una vía de

escape.

—Bueno, espero que os lo paséis bien —dijo Garrett, con una sonrisa forzada dirigida a Summer, y solo a Summer. En el momento en que sus ojos se cruzaron con los míos, la sonrisa se le borró de los labios. Pasó a mi lado y se dirigió a paso rápido hacia un grupo alejado donde se encontraban sus compañeros de finanzas, vestidos de traje y corbata.

Reuní valor para mirar a Summer, que me observaba con los ojos entrecerrados.

—¿Qué ha pasado aquí? —me preguntó.

Me acerqué a un camarero, cogí de una bandeja una masa de hojaldre de chocolate, redonda y espolvoreada, y me la metí en la boca para no tener que hablar.

—El colmo de la cortesía —dijo Summer.

El hojaldre estaba caliente y pegajoso, y luego sentí que algo crujía entre mis dientes. No era chocolate. Sentí una mezcla extraña de Starbucks y algo frito en la lengua. Me negué a dejarlo pasar por la garganta, aterrada de que mi falta de madurez acabara de poner patas arriba veintisiete años de vegetarianismo a ultranza.

—¿Qué es esto? —le pregunté al camarero, con la boca llena.

—Una galleta espolvoreada de expreso con un centro de anca de rana con doble fritura —dijo el camarero, con toda naturalidad, como si no fuera la combinación más desquiciada del mundo.

Fui a ocultarme detrás de las hortensias y escupí los restos fritos de la rana Gustavo en una servilleta de papel, justo encima del precioso grabado de las iniciales G y C. Bebí un trago largo de vino, dándole vueltas en la boca como si fuera Scope, lo cual, sinceramente, era algo normal en una bodega. Me incliné detrás de las flores y escupí los restos de carne en la copa.

—Ven conmigo —me dijo Summer en tono seco.

Fiel a su estilo, no esperó a que la siguiera, sino que me cogió del codo con firmeza y me sacó de la tienda, en dirección a los viñedos.

Se detuvo una vez que estuvimos a bastante distancia, justo entre dos largas hileras de parras. Se cruzó de brazos y esperó a que hablara. Me dediqué a admirar las uvas con intención de desviar la conversación.

—Es precioso, ¿verdad? Como sacado de una fiesta de *Los juegos del hambre*.

—¿Sigue besando bien? —me preguntó Summer, mirándome fijamente.

Lo sabía. Claro que lo sabía. Suspiré, aliviada de que por fin hubiera llegado el momento de la charla sincera con mi mejor amiga.

—En primer lugar, todo es culpa de Dave Matthews.

—Un momento. ¿Hace semanas que os besasteis y no me lo has contado? —Me puse roja y sentí que me empequeñecía bajo la sombra de Summer—. A MÍ —continuó—, tu mejor amiga en todo el universo, el ser humano más importante de tu vida.

—Al menos tu autoestima está intacta.

Me fulminó con la mirada.

—Lo siento, quería contártelo. Debería habértelo contado. Pasó y no sé qué hacer con eso —dije, ahora paseándome y abanicándome con el vestido.

—¿Cómo pasó?

Me quedé inmóvil, respiré el aroma a flores y abrí la boca. Las palabras salieron en tropel de mi boca como una gran exhalación.

—Bueno, hace unos años le pedí a Garrett que, cuando cumpliera treinta y cinco, pasáramos el resto de la vida juntos, y él apareció en mi cumpleaños, nos besamos, pero luego me dijo que estaba comprometido. Un horror. Para complicar las cosas, en cierto modo también le prometí a Asher Reyes que lo buscaría cuando cumpliera treinta y cinco años, y él me prometió que me buscaría a mí; es una promesa que nos hicimos más de una vez, y aquí estamos.

Inspiré hondo y, por fin, pude respirar.

—Espera, ¿tengo que sacar el traductor de Google o me vas a explicar toda esa parrafada?

Abrí la boca y empecé a llenar los espacios en blanco.

28
TREINTA Y CINCO

CUANDO ACABÉ DE CONTÁRSELO TODO, Summer se me quedó mirando, enmudecida. Me puse a retorcer una uva de la parra, deseando evitar lo que venía: su juicio mordaz.

—Eres una putita de los pactos matrimoniales —soltó, con los ojos dilatados bajo la penumbra azul.

—Me siento abrigada por el calor de tu apoyo.

—Esto es peor que esa película en la que Julia Roberts le hace prometer a Dylan McDermott que se casará con ella a los veintiocho, y luego intenta arruinarle la boda con una chica de veinte.

—Dermot Mulroney —la corregí.

—¿Dylan McDermott y Dermot Mulroney son dos personas diferentes?

—Sí.

—Ajá… —dijo.

Miró por encima de mi hombro, con los labios levemente entreabiertos por la epifanía que acababa de experimentar. Negó con la cabeza y volvió a centrarse en la tarea que tenía entre manos: el caos en el que yo misma me había metido.

—En serio, Maggie. Hay que estar muy trastornada para pedirle a dos tíos que te prometan que se van a casar contigo.

—Por lo visto, así de trastornada estoy.

—Por lo menos, podrías habérselo dicho a los treinta a Asher y a los treinta y cinco a Garrett… Pero, en serio: ¿por qué? ¿Por qué le pediste a Asher que se casara contigo a los treinta y cinco? —La miré fijamente, sujetándome los brazos, sin ganas de descargar mis complejos—. ¿Por tu madre? —preguntó, leyéndome la mente. Asentí con la cabeza. Empezó a caminar de un lado a otro, como un tiburón de las relaciones públicas en torno a una crisis—. Esto es todo un fenómeno —observó.

—¿El qué? ¿Los pactos matrimoniales? ¿Que tus padres te arruinen la vida por no hacer terapia? ¿Ir a la fiesta de compromiso de tu alma gemela?

—La sexualidad retro —dijo—. Novios del instituto que se reencuentran. El mundo es una

cloaca y la nostalgia es más barata que las drogas y la terapia. Había un artículo que decía que, para los *millenials* de más edad, volver a las hormonas de la adolescencia es reconfortante, como volver a ver una serie de WB de finales de los noventa.

Bueno, yo sí que encarnaba la angustia de una adolescente tratando de contener las lágrimas mientras de fondo se oían los alaridos de Sarah McLachlan. Hasta había un triángulo amoroso. Estaba viviendo mi propio episodio de *Felicity*, pero nada me resultaba reconfortante.

Summer alzó las cejas.

—Dijiste que Asher lleva varios años trabajando en este proyecto para la película. ¿Por qué lo anunció ahora? —Abrí la boca para responder, pero ya se había respondido sola—. Estaba esperando a que se abriera esa puerta para atravesarla. Una promesa que podía pasar por una broma, cuando en realidad, en todo este tiempo, ha querido volver contigo.

Sentí un torbellino incontenible en el estómago que subía como un cohete hasta mi cabeza y me empujaba a asentir con insistencia. Pero, en lugar de asentir, arrugué la cara.

—No sé… Éramos muy pequeños.

—Y, sin embargo, fuiste su relación más larga. Y él, la tuya.

—La más larga, pero no creo que la más significativa. No puedo competir con Penelope Lynn —dije, refiriéndome a la exnovia de Asher.

—Ay, por favor, esa fue una relación mediática.

—Imposible. —La mirada de soslayo de Summer decía lo contrario—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque es mi trabajo. Los dos tenían películas merecedoras de un Óscar al mismo tiempo, y quedaban bien juntos. Principio y fin sin conflicto.

Negué con la cabeza, asombrada de que la gente viviera así.

Summer dejó de caminar y empezó a mordisquearse el labio. Sonrió, sin poder contener el entusiasmo que le generaba toda la situación.

—Siempre fuiste la opción perfecta para esos dos estúpidos, y ahora tienen excusas para aparecer y hacer las cosas realidad —dijo Summer.

—Bueno, Garrett está a punto de casarse con otra.

—Es discutible —dijo. Negué con la cabeza y el corazón me latió con fuerza de solo pensarlo —. ¿Y con Asher? —preguntó.

—Mi representante me ha dicho que no lo puedo tocar hasta que termine el trabajo.

Mi mente se fue en otra dirección. El roce de la mejilla de Asher en mi rostro cuando nos despedimos la noche anterior. El aroma fresco a flores silvestres en mi nariz. Cómo solía observar hasta la última peca de mi piel. Cómo solía mirarme a los ojos cuando acababa… desnudo y sin miedo de mostrarme lo mucho que me quería.

—Estás pensando en él desnudo en este mismo momento, ¿no? —me preguntó Summer, interrumpiendo mi oda al torso de Asher.

—No, de ninguna manera.

—Estás muy, pero muy mal —dijo riendo.

Cerré los ojos y solté un suspiro, derrotada.

—Muy mal.

—¿Y con Garrett?

Hundí el tacón en la hierba blanda con amargura.

—¿Con Garrett qué?

—¿Por qué le pediste que se casara contigo? —Me quedé con la boca cerrada, sin saber cómo decir las cosas—. Por favor. Dilo de una vez.

—Estaba en un mal momento —dije en voz baja—. Fue un par de semanas después de… —Se me hizo un nudo en la garganta que no me dejó terminar. Por suerte, no tuve que hacerlo. Summer asintió y dejó que pasara al final de la frase—. Sentía que no podía empezar los treinta tan perdida. Cuando estoy con Garrett, siempre siento que no existe nadie más. Es un hechizo cruel. Maggie Vine, condenada a que la lógica y el razonamiento se vayan a pique cuando está frente a… —me interrumpí, temerosa de cómo podría reaccionar mi cuerpo si pronunciaba esas palabras en voz alta.

—¿Al amor de su vida? —adivinó Summer.

Me quedé inmóvil con las manos abiertas a los costados. *El amor de mi vida.* Durante años sentí que Garrett era el amor de mi vida. Durante toda una década. Si me hubieran preguntado hace un mes, con una pistola en la cabeza, habría dicho que Garrett Scholl era el amor de mi vida. Pero, por extraño que pareciera, ahora me estaba preguntando si el amor de mi vida no era Asher. Creía que la definición del amor de tu vida tenía que ser la más fácil del diccionario, y Asher hacía que caer fuera como volar. Garrett hacía que caer fuera como estrellarse.

—Si Garrett es el amor de mi vida, entonces todos los cuentos de hadas se equivocan.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pensaba que el amor de tu vida tenía que encajar como un zapato perdido. Con Garrett ni siquiera hay un zapato. Quererlo es como caminar descalza sobre cristales rotos.

Summer me observó un buen rato y, poco a poco, los ángulos rígidos de su rostro se suavizaron

—No pasa nada si él no es el amor de tu vida —dijo con una delicadeza alarmante.

Summer hablaba con un tono frío, casi siempre. La vulnerabilidad, el temblor en su voz al decir esas palabras me hicieron mirarla con atención. No tenía la vista en mí. Su mirada se había empañado al contemplar a lo lejos a una mujer persiguiendo a su hijo pequeño, que se reía a carcajadas. La expresión de Summer me puso tensa. Desde que estábamos en el primer año de universidad, solo una vez la había visto insinuar lágrimas. Apartó la vista de la mujer, se aclaró la garganta y volvió a mirarme. Me acerqué a ella, con la intención de preguntarle si estaba bien,

pero su rostro recuperó su expresión característica y se cruzó de brazos, capaz de pasar de las lágrimas al reproche en un abrir y cerrar de ojos. Una clase magistral sobre cómo disfrazar el comportamiento humano.

Estiré el cuello señalando detrás de las viñas al ver a Garrett con sus padres, que sonreían complacidos. Tenía el brazo apoyado en la espalda de Cecily y levantaba la barbilla con una risita simpática. Se había convertido en el niño de oro.

Cecily, refinada, pragmática, organizada, se enamoró de la estrella de rock amateur. Su sueño era trabajar ochenta horas a la semana como asistente jurídica, llevar un gran diamante en forma de esmeralda en su precioso dedo, reformar una casa estilo Tudor de los años ochenta en Scarsdale, en la misma calle que sus padres, y tener un hijo por cesárea programada para no estropear sus preciosos labios vaginales. Supuse que los padres de Garrett llevarían años buscando a Cecily: alguien que sacara a Garrett de sus fantasías artísticas y lo mantuviera contento mientras se embarcaba en una carrera totalmente distinta.

—Ya ni siquiera lo reconozco —dije, con una tristeza que me apretaba la garganta—. Y está enamorado de otra. Garrett va a pasar toda su vida con otra persona.

Sentí la necesidad de verbalizar la permanencia de todo eso, recordándole a Summer tanto como a mí misma la razón por la que nos encontrábamos en esa especie de paraíso del vino.

—No puede aparecer el día de tu cumpleaños y decir todas esas cosas estando enamorado de otra persona. No puedes estar enamorado de dos personas, Maggie. No plenamente. —Desvié la vista en señal de desacuerdo, por lo que Summer inclinó la cabeza hacia mí—. Ay, Maggie Vine —exclamó, negando con la cabeza.

Mi cuerpo era capaz de enloquecer en presencia de dos hombres diferentes. Asher me encendía: era como nadar entre las estrellas. Garrett me desgarraba: era como si toda mi piel se transformara en trocitos de papel. Cada uno era lo mejor y lo peor del amor.

Summer esbozó una sonrisa apagada.

—Deberíamos volver —dijo—. Solo trata de sonreír y asentir durante dos horas, y bebe todo lo que puedas.

Nos alejamos de las viñas, en dirección a las luces, que parpadeaban con un fulgor precioso, y de pronto sentí que me sujetaban del brazo. Me giré y casi me mordí la lengua al ver a Cecily sonriéndome. Summer levantó las cejas.

—Voy a buscarnos una copa —me dijo, y huyó hacia la barra.

—¡Felicidades! —exclamé, en un tono de voz tan agudo que no hacía más que anunciar que me estaba esforzando demasiado. Por suerte, Cecily acostumbraba a imprimir ese nivel de entusiasmo a las conversaciones, así que imaginé que conseguiría igualar mi tono desmesurado.

—¡AY, POR DIOS! Yo debería felicitarte a TI —dijo Cecily, sonriendo con una hilera perfecta de dientes blancos.

—¿Te has enterado del acuerdo para la película?

—¿El qué? —Arrugó el rostro y se inclinó hacia mí, con los ojos muy abiertos y las mejillas levantadas—. ¿Fue en Raya? —susurró en voz alta.

—¿Cómo?

—¿Coincidiste con Asher Reyes en Raya? Todo el mundo está ansioso por saberlo.

Cecily señaló con la cabeza la mesa elevada que estaba a su espalda, donde sus amigas me miraban sin disimular su curiosidad.

Se refería a la exclusiva aplicación de citas, Raya, y a mis recién adquiridos quince minutos de fama, gracias a la foto de Marea en la que aparecíamos Asher y yo: Asher mirándome perdidamente a los ojos, yo riéndome con una copa de vino. La foto había aparecido en todas partes, haciendo hablar a todo el mundo. Las amigas de Cecily estaban que echaban espuma por la boca ante la expectativa de saber algo más de la primicia. Era una sensación extraña, pero, por una vez en la vida, era yo el centro de algo. Me enderecé, ya no sintiéndome tanto un bicho raro marginado entre las privilegiadas amas de casa del nordeste, sino más como la misteriosa con estilo.

Miré a las amigas de Cecily. Era el grupo de sus compañeras de instituto. Las conocí en un bar el primer año de noviazgo de Cecily y Garrett; un grupo de mujeres de unos veinte años que limpiaban con Clorox la barra del bar antes de sentarse. El grupo había sobrevivido a un prestigioso internado y luego se habían separado para ir a las mejores universidades del nordeste para recaer en Nueva York como una aterradora manada de lobas vestidas con ropa de lino de Ralph Lauren. En sus respectivos dedos anulares llevaban tres quilates como mínimo. Todas llevaban el cabello suelto y secado con volumen, y sus líneas de expresión eran mínimas. Cecily era la última del grupo en adquirir un diamante para la mano izquierda, gracias a que su prometido tardó unos cuatro años en ponerse de rodillas.

—Fue en Raya. Lo sabía —dijo Cecily, creyendo que mi silencio era una confesión

—¿Con Asher? No, nos conocemos de toda la vida. No estoy saliendo con él. Además, no soy tan popular como para estar en Raya.

—Sí… bueno, ahora sí.

—Me he acostado con tantos DJ que ya he perdido la cuenta —reflexioné.

Cecily se rio con todo el cuerpo y me dio una palmada en el brazo, con fuerza.

—Eres tan divertida. ¿Cómo puede ser que siempre seas tan divertida?

Años de rechazos. La comedia es tragedia más tiempo.

—Dios, tú y Garrett tenéis esa forma de decir las cosas. ¡Qué mentes! Ojalá fuera como tú —dijo.

Fruncí los labios, tratando de contener una carcajada irónica. Cecily quería ser como yo, y una parte de mí anhelaba estar en su lugar, con ese anillo en el dedo y ese hombre precioso esperando

impaciente para envolverme entre sus brazos en la pista de baile. Odiar a Cecily me hacía más difícil odiarme a mí misma, y lo había intentado. Su actitud tan llena de entusiasmo era totalmente falsa: nadie podía alegrarse tanto por gente a la que apenas conocía. Pero su actitud alegre y sus palabras de aprobación eran tremendamente contagiosas para los que se dejaban tocar por su positividad. En conclusión: la odiaba y me caía bien. Y me odiaba a mí misma en esos momentos desdichados en los que quería ser ella.

—Tengo que pedirte un favor —dijo, interrumpiendo mi disyuntiva monstruosa—. ¿Puedes cantar una canción hoy?

La miré sin comprender, hasta que me di cuenta de que hablaba en serio. No podía cantar en la fiesta de compromiso de mi amor no correspondido. Sencillamente no podía.

—Cecily, no quiero quitaros el protagonismo. Ni siquiera tengo la guitarra.

Entrelazó los dedos y dobló las rodillas hacia mí, como una niña que ve un camión de helados en presencia de su padre.

—¡Por favor! Seguro que alguien de la banda te puede prestar una guitarra, o un ukelele, o una pandereta o algo por el estilo.

—Son tres instrumentos muy diferentes…

—Y mis amigas te adoran. Se ha pasado toda la semana escuchando tus canciones en tu Insta y están obsesionadas. La verdad, eres la mitad de la razón por la que han venido hoy; casi nunca salen de Westchester.

—¿Están obsesionadas conmigo porque me vieron en una foto con Asher Reyes?

Me tomó de ambas muñecas.

—Maggie, no pasa nada en Scarsdale. Esto es lo máximo que tienen.

—Veamos cómo va la noche —le dije, evadiendo el tema para reservarme el «no, de ninguna manera» para más tarde.

—¡Sí! —Cecily me dio un abrazo rápido y salió disparada hacia sus amigas lanzando un chillido.

—Eso apenas ha sido un «tal vez» —grité a sus espaldas, pero la Pequeña Miss Sunshine ya había desaparecido al otro lado del salón entre su círculo de amigos de élite.

A lo lejos, Garrett se alejó de la barra y miró con disimulo en mi dirección. Apartó la mirada en el milisegundo en que nuestros ojos se cruzaron.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Summer, al volver con dos copas llenas de rosado.

Cogí una copa y le di un gran sorbo.

—Nada bueno.

29
VEINTINUEVE

SI HUBIERA SABIDO QUE CORTAR CON Drew Reddy me reportaría una canción exitosa, lo habría hecho antes. Para ser sincera, fue él quien me dejó cuando nuestra burbuja de amor neoyorquina tenía apenas dos meses. Aunque esa noche en el bar me fui consciente de que mi relación con él era temporal, aún no me había cansado de su compañía. Ni del sexo. Era la clase de sexo por el que casi valía la pena vivir una vida mediocre. *Casi.* Cuando nuestras diferencias fundamentales se hicieron insalvables, me alivió que fuera Drew el malo de la película. Suspiré con todo el cuerpo cuando, entre lágrimas y con mucho melodrama, gritó: «Nueva York me está matando, Maggie. Tengo que volver a casa». Le di una palmadita en la cabeza, diciéndole que volviera a Los Ángeles, donde sabía que encontraría algo que «lo mataría». No lo eché de menos ni un segundo. Pero, una mañana, cuando debería haber estado durmiendo, me acordé de la forma en que me pasaba la mano por la columna y de lo agradable que era tener a alguien que me tocara así todas las noches, y me vino una canción a la cabeza. Era una balada nostálgica a la que llamé «Cuando no puedo cerrar los ojos», y ahora un preadolescente iba a convertirla en un éxito.

Garrett inclinó su copa de Veuve hacia la mía en un bar oscuro y ostentoso en lo alto del Columbus Circle.

—Por Maggie Vine y su primera de muchas canciones exitosas.

—Sí, joder —agregó Summer, chocándome el hombro con una sonrisa orgullosa.

—¿Por qué estamos celebrando? Creía que esto era una despedida —dije, mirando a Garrett.

Al día siguiente, Garrett se mudaba a San Francisco y nos dejaba durante nueve meses. Iba a zambullirse de lleno en la empresa de su padre, empezando por la sucursal de la Costa Oeste. La única razón por la que la noticia no me había destrozado era porque sabía que iba a volver.

—No es una despedida, es un «hasta pronto» —me corrigió Garrett.

Me sonrió, y, bajo esa sonrisa de gato de Cheshire, había un cambio: sus labios se juntaron en un gesto de disculpa. Garrett sabía que lo decepcionante no era que se fuera, sino los motivos por los que se iba. Cuando quieres a alguien y has visto cómo vibra cuando hace lo que adora, es terrible ver cómo se apaga el fuego de su pecho. Se estaba convirtiendo oficialmente en su padre.

Volvería a Nueva York en nueve meses, lo ascenderían a vicepresidente sénior de la empresa de su padre y emprendería una vida que en el fondo sabía que no quería.

—¿Podemos empezar a emborracharnos ya? —preguntó Summer, con el vaso levantado, esperando a que Garrett y yo dejáramos de leernos la mente—. Felicidades, superestrella —me dijo, mirándome con ojos risueños.

Las tres copas tintinearon. Por la ventana se oía el zumbido de Central Park.

Dos meses antes, un productor musical había dado con «Cuando no puedo cerrar los ojos» en YouTube, y me acababan de entregar un buen cheque a cambio de permitir que un rompecorazones prepúber se quedara con mi canción. Había convertido mis palabras angustiadas en una balada pop acaramelada, y no me importó en lo más mínimo. Sentía que cada vez estaba más cerca de salir a la luz. Por fin empezaba a sentir que el mundo era mío. Y ahora, con mi ego embravecido, decidí ponerlo en práctica, empezando por aflojarle a Garrett la corbata que le estrangulaba el cuello.

Levantó la vista al techo mientras dejaba que le deshiciera el grueso nudo de seda. Le desabroché el botón nacarado del cuello, dejando al descubierto su nuez, sobre la que ansiaba pasar mis labios. Sin embargo, me contuve y le di un golpecito con la mano en el pecho.

—Así está mejor.

Puso los ojos en blanco y, con la mirada fija en mí, se quitó la corbata y se desabrochó otro botón.

—¿Contenta? —preguntó.

Estaba demasiado absorta en la forma en que recorría mi rostro como para responder. Había sido un gesto juguetón, pero ahora su expresión se había endurecido y sentí que me recorría un calor familiar. Él fue el primero en apartar la mirada.

Nos terminamos la botella y Garrett insistió en pagar la cuenta, sin que nadie se opusiera.

—Vamos a bailar —dije cuando nos levantamos.

Garrett hizo una mueca y miró el reloj.

—Tengo un vuelo a las nueve de la mañana —dijo.

—La buena noticia es que faltan doce horas.

Garrett negó con la cabeza, sonriéndome.

***

Así como mi voz estaba destinada a dar vida a las canciones, mi cuerpo pequeño estaba hecho para moverse al ritmo de la música, sobre todo, después de unas copas. El tequila y la lima me bailaban en la lengua y el sudor me resbalaba por el pecho mientras un murmullo de felicidad me daba vueltas en la cabeza, y mis pies y mis caderas se apoderaban de la oscura y abarrotada pista

de baile. Frente a mí sucedía exactamente lo contrario. Como una jirafa solitaria en medio de una multitud de seres humanos, Summer usaba los músculos del cuello para mover su cuerpo rígido, aferrada a su copa de vino y recorriendo el local con la vista como si fuera la escena de un crimen. Aunque tenía el cuerpo de una mujer que te imaginas moviéndose con sensualidad al ritmo de una canción pop, no podía dejarse llevar por la situación: a Summer Groves se le daba fatal bailar. Me reí para mis adentros, conteniendo las ganas de grabar un vídeo para que lo viera sobria.

Summer me quitó la copa de tequila vacía de la mano y se colgó el bolso al hombro.

—ESTO ES UN INFIERNO —gritó por encima de la música, señalando a la bola de espejos del techo—. ODIO ESTO, ME VOY. ADIÓS.

La sujeté del brazo y traté de retenerla.

—¡QUÉDATE! ¡ES MUY TEMPRANO!

Me miró levantando sus cejas gruesas y perfectas, dándome a entender que debería entender algo que mi segundo tequila me impedía entender. Tras un momento de mirarnos en blanco, me cogió las mejillas sudorosas y acercó la boca a mi oreja.

—DE NADA —dijo.

Me hizo girar, poniéndome frente a la amplia sonrisa de Garrett, que bailaba y giraba con sus zapatos de punta, y tenía la camisa empapada de sudor y desabrochada hasta la mitad, lo que dejaba al descubierto su torso desnudo y marcado. Se movía igual que yo, al ritmo de la música, como si tuviera el bajo en las venas, lo que solo hacía que lo deseara más. Llevábamos una hora bailando juntos, los dos coqueteando, pero las únicas partes de nuestros cuerpos que se atrevían a tocarse eran las manos. No me quitaba los ojos de encima, ni siquiera cuando se agachó hacia el suelo, mientras una mujer preciosa de pelo oscuro movía los hombros pegada a él, esperando a que Garrett descubriera sus caderas, cosa que no hizo. Con una cautivadora sonrisa torcida, me cogió de la mano y me hizo girar. Con la otra mano me rodeó la cintura, atrayéndome hacia su cuerpo en movimiento. Se me puso la piel de gallina cuando movió las caderas contra mi espalda, me apretó con los dedos y me estrechó contra el calor de su cuerpo. Moví las caderas a la par que él y cerré los ojos cuando peligrosamente puso una mano en el espacio que quedaba entre mis vaqueros y mi top de seda diminuto.

El aire se enrareció con el duduá pegadizo de «Love on the Brain», de Rihanna, y me agarró con fuerza del lado derecho de la cintura, haciéndome girar, con las dos manos firmes sujetando mi cuerpo frente al suyo. Vi cómo se tensaban las venas de su cuello enrojecido y sentí el aroma a vainilla que desprendía su torso lustroso. La bola de espejos del techo proyectaba luces rojas y azules sobre nuestros cuerpos y yo tenía una mano en su nuca y la otra en su cintura. Nuestros cuerpos se acercaban y rechazaban al mismo tiempo, reconociendo el contorno del otro mientras nuestras miradas se entrecruzaban, pero nuestros ojos se resistían a coincidir. Sabíamos lo que

iba a pasar si lo hacían. Después, Garrett Scholl pasó de bailar a mi alrededor como un adolescente en un baile de graduación a bailar conmigo como un adolescente en la fiesta no autorizada de después del baile. Sentí el calor de su respiración agitada, vi cómo le temblaba la garganta, y entonces, me atreví a levantar la vista.

Sus ojos azules me tragaron entera, endurecidos y hambrientos.

Aflojó la presión de sus manos en mi cintura. Me quedé quieta y él también, mientras que por dentro todo bailaba. Se me secó la garganta, se me abrieron los labios y sentí que el cuerpo se me derretía con el leve roce de sus dedos en la franja de piel desnuda por encima de mi cadera. Me apretó el costado, estrechando mi cuerpo debilitado contra su cuerpo firme, mientras que, con la otra mano, trazaba una línea por mi espalda, desde la base de la columna, deslizándose por debajo de mi camisa y subiendo entre mis omóplatos húmedos. Sus dedos se movieron con la música, lentamente, hasta llegar a mi cintura, lo que me produjo un escalofrío en toda la piel. Todos mis sentidos estaban concentrados en la forma en que me tocaba: mis caderas y mi cuello se mecían al calor de su abrazo. Bailábamos el uno contra el otro y, a medida que bajaba y subía por su cuerpo, sentía cómo se endurecía contra mí. Ya no podía ni respirar, y entonces me estrechó contra él, con su pene palpitante contra mi cadera. Lo estaba excitando, y eso hizo que hasta el último músculo tenso de mi cuerpo se relajara. Abrí la boca para tomar aire y mi labio inferior rozó la curva suave y salada de su cuello, y Garrett inclinó la cabeza hacia abajo, haciendo bailar su frente contra la mía. El calor embriagador de su boca estaba a apenas unos centímetros de la mía, y con una mano aferrada a mi cadera, nos llevó fuera de la pista de baile.

Cerré los ojos, sintiendo el pulgar de Garrett en la curva de mi cuello. Mi espalda quedó apoyada contra una pared fría y su cuerpo esculpido apretado contra mi pecho agitado. Deslizó una mano por mis costillas, la pasó por encima de mis pechos hasta dejarla sobre el lado derecho de mi rostro, mientras con la otra me acariciaba la mejilla izquierda. Tragué saliva, con el rostro entre sus manos, y abrí los ojos para encontrarme con su mirada jadeante que me escrutaba como si fuera un sueño hecho realidad. Y, de repente, su boca ávida chocó con la mía, dos lenguas ardientes y empapadas de tequila hicieron chispas por todo mi cuerpo.

Mi pecho envolvía la bola de espejos que teníamos encima, resbaladiza, brillante, reflejando felicidad por todas partes. Su cuerpo temblaba contra el mío, me hacía estremecer en esos mismos lugares que se estremecían en mis sueños con Garrett. Era como vivir dentro del verso favorito de mi canción favorita: una fantasía hecha realidad. Aferré su pelo rubio y ondulado y dejé que mis labios se ahogaran en los suyos, mientras él me levantaba con sus brazos fuertes, mis pies apenas tocaban el suelo, y con las caderas me aprisionaba entre él y la pared. Lo sentí duro contra mi pelvis y sujeté con fuerza la espalda de su camisa húmeda, apretándolo más contra mis piernas y despertando entre ellas un calor húmedo y palpitante. Con suavidad pasó los dientes por mi labio inferior y me besó la mandíbula hasta llegar a la oreja. El calor de su lengua

en el lóbulo me hizo gemir y levanté los ojos al techo. Volví a bajar la barbilla, justo cuando él arqueaba la cabeza hacia atrás para observarme. El cuerpo grande y firme de Garrett, que me apretaba contra la pared, era lo único que impedía que se me doblaran las piernas.

Mirándolo a los ojos y desbordando adrenalina, apreté la mano sobre su erección. Garrett tragó saliva con fuerza, se le agitó el pecho y me miró atónito mientras mi mano subía por la hebilla de su cinturón, se deslizaba por la parte interior de su camisa, y mis dedos trazaban las líneas sudorosas de sus abdominales marcados, hasta que mi mano se posó con firmeza sobre su pecho. Mantuve la mano allí, quieta, haciéndolo vibrar por dentro como un caballo de carreras. Me quedé inmóvil y fascinada ante ese momento increíble. Garret me contemplaba con ojos llenos de deseo.

—Quiero que vengas a mi casa, ya mismo —dijo, en un tono de voz tan bajo y áspero que casi me caigo al suelo.

Despegué los labios y me quedé con los ojos clavados en él, hasta que las palabras consiguieron llegar a la garganta.

—La mía está más cerca.

30
TREINTA Y CINCO

LA FIESTA DE COMPROMISO DEL HORROR siguió a toda máquina y las copas de rosado empezaron a burbujear detrás de mis ojos. Summer se había ausentado un momento debido a una emergencia en el mundo de la moda: uno de los representantes de su marca había decidido que estaba preparado para resolver la crisis de Oriente Medio en Instagram, y no era el caso. Me apoyé con naturalidad contra una mesa alta, fingiendo que enviaba y recibía mensajes importantes por teléfono cuando, en realidad, estaba mirando Twitter. Levanté la vista hacia una tienda instalada a unos metros de la pista de baile al oír la risa de Garrett. Sus padres habían contratado a un mago famoso para que hiciera trucos de magia para el público, porque una orquesta entera en una bodega no era suficiente. Me mordí el labio inferior mientras veía a Garrett sacar dos cartas de la mano del mago, golpearse el pecho con la mano y retroceder dando tumbos, sacudiendo la cabeza, totalmente asombrado.

De repente, desde los altavoces, oí: «Maggie Vine, ¿puedes subir al escenario, por favor?».

Debajo del escenario, Cecily me hacía señas con una mano mientras me tendía una guitarra acústica con la otra. La miré con unos ojos como platos y negué con la cabeza en dirección al escenario, con una sonrisa que decía «gracias, pero no». Cecily vino hacia mí como una bala, esquivando a la gente, me cogió del brazo y tiró hacia el escenario.

—Cecily, no, he bebido mucho; no quiero, de verdad.

—¡Por favor!

Sus perfectos ojos azules me miraban implorantes y en sus labios rosados se formó un puchero.

Le metí la lengua hasta la garganta a tu futuro esposo. Lo menos que puedo hacer es cantarte una canción.

Me tragué el orgullo que no tenía, cogí la guitarra y subí al escenario. Me tomé mi tiempo para afinar la guitarra, que ya estaba afinada, mientras pensaba qué canción tocar. Se me oprimió el pecho al ver a Garrett acercarse a Cecily, mirándome con ojos alarmados. Fruncía el ceño y la sonrisa que siempre tenía en el rostro había desaparecido.

Al ver cómo me miraba, sentí que el corazón se me salía del pecho. Tenía muchas ganas de cantar «Finjamos», pero no tuve el valor, por muchas razones. Unos años atrás, había escrito esa canción entre lágrimas, una canción que más tarde me atormentaría. La había cantado una sola vez ante un público en el que no estaba el hombre al que iba dirigida. Más tarde, la grabé en un estudio profesional. Después de esa sesión de grabación, nunca más pude volver a escucharla, y no era solo por la nostalgia que me producía la letra. Cada vez que me angustiaba por Garrett, oía en mi cabeza la melodía arrebatadora de esa canción. Pero la sensación siempre se convertía en algo horrible, como si fuera una reacción química a un cóctel de dolor, así que deseché una de mis mejores canciones como si fuera una pesadilla macabra.

Miré hacia la pista de baile, donde Cecily estaba aferrada al hombro de Garrett como un mono a la rama de un árbol. Todas las miradas estaban clavadas en mí, esperando impacientes. Tenía que cantar algo. Garrett se movió nervioso, rodeó a Cecily con un brazo y apoyó la barbilla en su cabeza observándome con los ojos entrecerrados.

Fue por culpa de esos celos aplastantes. Fue por mirar a Garrett desde ahí y verlo elegir a la mujer equivocada. Estaba otra vez ante un micrófono abierto en ese momento en que compartimos el escenario, años y años atrás, cuando nuestros labios quedaron a pocos centímetros, cuando nuestro futuro era esperanzador, cuando su sonrisa iluminó todo mi ser. Lo miré a los ojos y el verso *Hello, I've waited here for you*, de «Everlong», fue lo que salió de mis labios.

Una versión despojada y desgarradora de la canción me brotó de dentro, como si el dolor de aquel momento no correspondido hubiera estado golpeándome las entrañas durante once años, suplicando que lo liberara. Al igual que la primera vez que la cantamos, no aparté mis ojos de los suyos, ni una sola vez, y él nunca dejó de mirarme.

Toqué la última nota y me alejé despacio del micrófono, sin aliento. La tienda se llenó de aplausos y vivas contenidos. Hubo algunos ceños fruncidos: los padres perfectos de Garrett y Cecily parecían confusos por la canción elegida, que no era precisamente una oda al matrimonio. No había hecho nada para disimular que le estaba cantando esta canción al novio en su fiesta de compromiso, pero, por suerte, Cecily no era capaz de leer entre líneas. En lugar de intentar apuñalarme con sus perfectas uñas ovaladas, aplaudió con entusiasmo con los brazos en alto. No sabía que esa canción era un clásico en el Salón de la Fama de «lo que podría haber sido» entre Garrett y Maggie. Garrett permaneció con los brazos alrededor de Cecily toda la canción, por lo que cualquier observador podía pensar que le estaba cantando a la feliz pareja. Pero él sabía que no era así.

Una capa de luz vidriosa sobre mis ojos verdes me impedía descifrar su expresión, apenas lo venía mover la mandíbula ligeramente, pero yo sabía que en su interior también se agitaba ese recuerdo maravilloso.

Por supuesto que Garrett lo sabía.

Sabía que mi mayor anhelo era volver a ese momento y repetirlo. Debería haber dejado que me besara. Todo podría haber sido distinto para nosotros. Podríamos haber construido juntos una vida caótica, luminosa, salvaje y llena de amor. Las preguntas sobre esa vida juntos me llenaron los ojos de lágrimas y poco a poco vi que su expresión se suavizaba. Había dolor en su rostro, un dolor que solo me había dejado ver a mí.

Enseguida, se dio la vuelta y miró de nuevo a Cecily, con una sonrisa forzada. Sentí un temblor en los labios, me apresuré a devolverle la guitarra a su legítimo dueño y bajé del escenario.

Traté de evitar mirarlo, pero, mientras me abría paso entre la gente, pasé junto a él y lo rocé con la punta de un hombro. Al tocarnos, se me llenaron los ojos de lágrimas y él se echó hacia atrás para mirarme un momento.

Tenía que escapar de esta fiesta antes de convertirme en Claire Danes. Sí, lloraba con todo el cuerpo, como si fuera una marioneta movida por hilos de la cabeza a los pies. Mi llanto no era un espectáculo bonito.

Contuve la respiración mientras caminaba entre los invitados para salir de la tienda, tratando de contener la agitación que (suponía) me hacía parecer un pez boqueando en busca de aire. Giré hacia la sala de degustación sintiendo que se me hundía el pecho. Iba a llamar a un Uber y me escondería detrás de uno de los grandes árboles de esta mansión toscana hasta que metiera el cuerpo en un coche para huir.

Summer caminaba delante de mí en círculos cerrados con el teléfono pegado al puño, bloqueando con su cuerpo las escaleras que subían a la finca. Me di la vuelta para evitarla, sin saber cómo salir del viñedo sin venirme abajo y confesarle a todo el mundo que estaba perdidamente enamorada del novio. Miré hacia atrás y el corazón se me aceleró al ver a Garrett abriéndose paso entre la gente en dirección a mí.

Estaba en un callejón sin salida. Necesitaba una vía de escape. Giré la cabeza y encontré el camino hacia la libertad: el extenso viñedo.

De repente, me encontré corriendo entre la tierra blanda, sintiendo el aire salado en las mejillas húmedas, y las piernas moviéndose cada vez más deprisa a través de interminables hileras de viñas. No podía dejar de correr mientras el dolor punzante que me anegaba los ojos daba paso a unas lágrimas abrasadoras.

—¿Puedes frenar un poco? —dijo una voz exasperada detrás de mí. Era él. Por supuesto que me había seguido. No había nada que Garrett odiara más que decepcionar a la gente. Aumenté el ritmo y corrí más rápido—. ¿En serio? —gritó.

Sí, en serio. No podía frenar. Me aterraba lo que pudiera pasar cuando me alcanzara. Me horrorizaba pensar que me diría algo que no podría soportar: que quería que fuéramos amigos,

que esperaba que pudiéramos encontrar la forma de dejar atrás aquel beso. La idea de darle a Garrett el cierre que necesitaba para seguir adelante y ser feliz con otra persona me destrozaba.

De repente, mis ojos llorosos se encontraron con una valla de madera. Había llegado al extremo de este tramo de viñas. En lugar de darme la vuelta y hacer frente a nuestro final como una adulta, me quité los tacones, los arrojé por encima de la valla y me lancé al otro lado.

Al parecer, usar la bicicleta Peloton de mi madre dos veces al mes no me había preparado debidamente para saltar una valla de metro y medio. Caí de costado sobre el suelo arenoso con un ruido sordo. Hice una mueca de dolor y miré hacia el cielo azul y amarillo de la noche, que iluminaba una preciosa extensión de campos vacíos con establos de caballos.

Me levanté con dificultad, sujetándome el costado, mareada y con un dolor agudo en las costillas. Recogí los zapatos y me encaminé con paso torpe hacia la fila de establos que tenía delante. Respiré hondo al llegar bajo el techo de madera oscura, donde corría un aire más fresco, una mezcla de olor a heno y mierda de caballo. Había un caballo por cada cuadra, y me alegró comprobar que la mayoría dormían y mi presencia no les había despertado ningún interés. Apoyé la espalda en la puerta de uno de los establos y dejé que los bordes metálicos me acariciaran la espalda; el frío del metal me alivió la piel acalorada.

Una poni blanca asomó la cabeza por la abertura de su establo y me arrancó de ese momento de paz. Sus inquietos ojos marrones estaban a pocos centímetros de los míos, y mientras los demás caballos dormían sus ocho horas, esta señorita parecía ansiosa por salir a divertirse. Reparé en la placa de bronce de la puerta del establo, en la que se leía: DOLLY. Bajo el nombre había un artículo de periódico enmarcado sobre Dolly, que al parecer era la mascota de los establos Wölffer y la hembra más feliz de la cuadra.

—¿Cómo te va? —le pregunté, sin aliento. Ladeó la cabeza hacia mi rostro cubierto de arena y entornó los ojos, luego bajó la vista hacia sus cascos con tristeza—. Sí, yo estoy igual.

Me sequé el sudor de la frente. Sentía las mejillas al rojo vivo, me hormigueaban los dedos y tenía el estómago revuelto. Cerré los ojos con fuerza y el pecho me dio un salto al oír el eco de sus pisadas en el suelo de cemento del granero.

—¿Qué haces saltando vallas?

Levanté la vista y me encontré a Garrett jadeando. Trataba de recuperar el aliento con las manos apoyadas en las rodillas, sacudiendo la cabeza empapada en sudor mientras apoyaba la nuca en el cubículo de enfrente. Agradecí que no se acercara más; me aterraba la idea de que, si Garrett ponía un solo pie en mi burbuja personal, estallaría. Al mismo tiempo, deseaba que se acercara y me estampara contra la puerta del establo.

Me limpié la arena del brazo y me mordí el labio, prefiriendo una actitud pasivo-agresiva. Sus ojos azules buscaron mi rostro con aire de disculpa mientras respiraba entrecortadamente.

Nos miramos durante un minuto de tensión, hasta que una preciosa yegua negra asomó la

cabeza por la abertura del establo contiguo al de Garrett. Él se volvió hacia el animal para acariciarle la nariz con ternura. Mantuvo la mirada fija en la yegua y entreabrió los labios.

—No debería haberte besado. No así —dijo, en un tono de voz tan bajo que apenas pude oírlo.

Esperé a que me mirara. Se aflojó la corbata con una exhalación, se aclaró la garganta y se enderezó.

—¿Me has seguido hasta aquí para decirme que no deberías haberme besado? —le pregunté, escupiendo las palabras con incredulidad—. Has tenido semanas. —Levanté el teléfono—. Funciona, deberías probar.

—Fue un error. Cometí un error esa noche y lo lamento.

—¿Lo lamentas? Apareciste en mi cumpleaños y me dejaste besarte cuando no tenías intención de cambiar el estado de nuestra relación. Y no fue porque sí, hablamos de encontrarnos en mi cumpleaños treinta y cinco porque querría decir que era para siempre, no para venir a regalarme confusión.

Garrett empezó a caminar en círculos. Parecía atormentado. Lo miré con frialdad y sentí que el pecho me latía con furia. No tenía derecho a ser él el que estuviera apretando los puños. Me tenía en la palma de la mano; siempre me había tenido ahí, y lo sabía.

—No sé cómo perderte y no sé cómo estar contigo —dijo al fin.

Negué con la cabeza y lo miré con los ojos entrecerrados.

—¿Qué quiere decir eso? —Se movió incómodo, llevándose una mano al bolsillo y abriendo y cerrando la boca—. Habla, Garrett. Dilo de una vez.

Me miró un buen rato.

—Maggie, como si tú no me hubieras rechazado.

Sentí que el diafragma se me expandía de rabia, que las palabras luchaban por escapar de mis pulmones. Finalmente, le ganaron la batalla a la cortesía.

—Vete a la mierda —le dije, y un torrente de lágrimas se abrió paso desde mi garganta hasta los ojos—. Solamente has estado revoloteando a mi alrededor cuando ha coincidido con el momento más inoportuno para uno de los dos. Nunca te lo juegas todo cuando es el momento oportuno, solo pasas un dedo más allá de la línea cuando sabes que el resultado no puede ser exitoso.

—Eso no es cierto. Y lo sabes —dijo.

—No puedes echarme en cara mi trigésimo cumpleaños. Eso no cuenta…

—¡PARA MÍ SÍ CUENTA! ESTABA ENAMORADO DE TI.

Las palabras salieron de su boca con fuerza, tan alto que resonaron en las oscuras paredes del establo, lo que hizo que los caballos se pusieran en pie. Los animales asomaron el hocico por las ventanas abiertas, y nos miraron a ambos, como si estuvieran esperando mi respuesta.

Vi cómo el cuerpo de Garrett se crispaba, como si le hubiera hecho un nudo y tirara de él cada

vez con más fuerza. Se puso rojo y se llevó las manos al pelo, exasperado.

—Tú y yo, esto debería haber pasado hace años. Pero… —Se interrumpió, negando con la cabeza.

Di un paso hacia él, con la rabia contenida en la garganta.

—Termina la frase.

La vena del cuello le latía y me observó como si estuviera apuntándome con una pistola.

—¿Pero qué, Garrett? Podrías haberme tenido —lancé las manos al aire—, podrías haberme tenido. Estoy aquí, diciéndote que hace doce años que estoy enamorada de ti y… —me rompí, inundada en lágrimas—. Incluso cuando no podía estar contigo, te quería.

Abrió la boca. Tenía el rostro desencajado por la angustia.

—Nunca seré suficiente para ti.

Lo dijo en voz tan baja que tardé un momento en unir las palabras.

—Esa es… una excusa de mierda. Es como… decirle a alguien que «se merece algo mejor», cuando, en realidad, no quieres a esa persona como ella te quiere a ti, e intentas ser amable.

—Maldita sea, MAGGIE, QUIERO ESTAR CONTIGO —exclamó. Dio un paso hacia mí. Ahora estaba a centímetros de mi cuerpo tembloroso. Me miró con los ojos llenos de lágrimas—. Odio no ser suficiente para ti. Odio no parecerme más a ti; sabes que no soy lo que quieres. He renunciado a las cosas que quieres y sé que me desprecias por eso. —Negué con la cabeza, intentando protestar, pero él siguió, cada palabra envolvía un dolor terrible—. Odio que no estemos juntos. Odio no tener el valor de estirar la mano, abrazarte y no soltarte nunca. Cada momento que paso contigo, te quiero, y luego me voy a casa, y me odio.

Las lágrimas me estrangulaban la garganta y sentía que el corazón se me retorcía como un trapo húmedo. Me había imaginado esto de cien maneras distintas: cómo me sentiría cuando Garrett me dijera esas dos palabras. El cielo se abriría, los pájaros se pondrían a cantar, sería bíblico. Esto fue un puñetazo en el estómago. «Te quiero», con un atenuante.

—Bueno, supongo que tenemos algo en común —dije, con voz temblorosa.

Me tragué las lágrimas y sentí que el dolor del pecho se transformaba en algo nuevo. Garrett ya no era solo un dolor. De repente, ya no se alzaba sobre mi pecho como un gran peso: el peso del anhelo. Este dolor era agudo: mil agujas que suturaban una herida abierta. Se sentía como un final. No entendía por qué la gente necesitaba vivir esta pena.

Garrett me hacía sentir luminosa. Conocía a mi yo adulto mejor que cualquier otro hombre, me conocía por dentro y por fuera. Y sabía que se me estaba rompiendo el corazón delante de él. Lo contemplé en todo su ser y no podía evitar preguntarme cómo sería ese vacío irreparable.

Solté un suspiro lleno de lágrimas calientes y sentí que me derrumbaba entre sus brazos. Dejé que me estrechara contra su pecho, pero me resistí a abrazarlo. Dejé los brazos caídos a los costados mientras las lágrimas me resbalaban por los labios, llegaban a la curva de su cuello

hasta su camisa perfectamente planchada. Sentí el olor a almidón y vainilla en la solapa.

Me aparté y le di la espalda respirando hondo, intentando sacar de mis pulmones el aroma de su piel. Negué con la cabeza y me di la vuelta, justo para ver sus lágrimas, que caían sobre su mandíbula apretada. Se las secó enseguida con el dorso de la mano, pero las había visto igualmente, y me quedé con la boca abierta por lo precioso y horrible que era.

—Estoy subido a este tren, Maggie, y no puedo bajarme. Hace tiempo que es así. Y a veces, cuando te miro, me acuerdo de quién soy en realidad. Y lo que realmente quiero. Y me duele —dijo, y ahora las lágrimas le caían sin disimulo, lágrimas que no podía contener con la mano—. Me recuerdas que hay una mejor versión de mí en algún lugar y sé —se señaló el pecho con fuerza— que no es este.

Tragué saliva, mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas más allá de mi dolor. Pero me quedé con la boca abierta, en silencio, porque no había palabras que pudieran arreglar un final así.

Durante un rato estudió mi rostro desencajado y levantó la vista hacia las vigas del techo del establo, como rogando que se detuvieran las lágrimas. Después volvió a bajar los ojos hacia mí.

Sentí una descarga eléctrica en el cuerpo cuando sus ojos se clavaron en mi rostro.

De repente, la adrenalina me recorrió el cuerpo, disipando el dolor y la furia para reemplazarlos por deseo. Lo deseaba tanto que sentí como si una fuerza que escapaba a mi control me empujara hacia él.

—Maldita sea —dijo en voz baja.

Nos encontramos a medio camino, como si chocáramos el uno contra el otro, y me rodeó la cintura con la mano, haciéndome retroceder unos pasos. Sentí la espalda contra el pestillo de la puerta del establo cuando puso la mano sobre mi cadera, justo encima de la abertura del vestido. Su pecho acelerado me oprimía con fuerza los pechos y el corazón me latía cada vez más deprisa. Jadeante y con ojos ávidos, trazó con el dedo una línea por mis costillas y recorrió muy despacio la curva de mi cuello. Tragué saliva con fuerza cuando me apretó el labio inferior con el pulgar. El calor de nuestras bocas flotaba entre nosotros. Puse mi mano en su mejilla enrojecida y él me rodeó la nuca con los dedos, atrayendo mi boca abierta hacia la suya.

Esto no era un final.

Deslizó una mano por debajo de mi vestido, lo que me produjo una descarga de calor, mientras apretaba contra mí su cuerpo enardecido. Enredé las piernas en él y me levantó contra la puerta del establo, apretándome el trasero con una mano y llevando los labios de mi boca a mi clavícula. Sentí cómo se endurecía debajo de mí, y cuando llevó la boca a mi oído, tiré de la hebilla de su cinturón con un gemido que me hizo levantar los ojos al techo. Movía los dedos bajo mi vestido, deteniéndose tortuosamente en la línea de mi ropa interior, rozándola con suavidad mientras me calentaba cada vez más. Tiró de una esquina de mi tanga y lo hizo deslizar

por mi pierna hasta el suelo. Bajé la vista y lo miré con decisión, mientras metía la mano bajo su cinturón.

Nos volvimos a besar. Su boca tenía sabor a *bourbon* y a menta. Necesitaba sentirlo todo. Le desabroché el cinturón y lo agarré con fuerza mientras movía los dedos dentro de mí, provocándome escalofríos de deseo. De repente, nuestros pechos, que latían desbocados, se sacudieron el uno contra el otro cuando un fuerte estruendo resonó fuera del establo.

Sin aliento, me giré y vi unos fuegos artificiales dorados que estallaban a lo lejos, sobre la tienda de la fiesta, iluminando la noche oscura. Los fuegos artificiales brillaban como un foco sobre su rostro, y los reflejos se proyectaban sobre sus ojos desorbitados. Pasé la mano por las líneas enrojecidas de su cuello, que palpitaba, y me quedé admirando las huellas de mis dedos en su piel. Las explosiones retumbaban al compás de nuestra respiración entrecortada; estábamos a unos centímetros, con la piel sonrosada apretada contra la del otro. Me miró el pecho agitado, el vestido subido por las caderas y mi mano aferrada a la hebilla abierta de su cinturón. Los fuegos artificiales seguían sonando, llamándolo, como si fueran un ángel posado en su hombro.

—Tendría que irme —dijo, sin moverse, como si esperara a que le pidiera que se quedara disfrutando de las chispas que ardían en nuestros cuerpos en lugar del perfecto espectáculo de fuegos artificiales para él y su futura esposa.

Me bajó despacio y, cuando me soltó, mis pies tocaron el suelo haciéndome volver a la tierra. Apoyé el hombro en la puerta del establo, tratando de recuperar el aliento mientras jugueteaba con la cerradura. Levanté un poco la vista y lo vi tantear con los dedos para abrocharse el cinturón, sin encontrar la hebilla. Carraspeé y extendí el pie hacia mi tanga, húmedo, en el suelo sucio, y lo levanté con los dedos de los pies, como toda una dama. Aunque no había nacido con el tacto suficiente para dejarme la ropa interior puesta dentro de un establo, sí tenía la suficiente autoestima para no llevar el suelo del establo en la vagina. Incómoda, guardé la ropa interior en el bolso y volví a centrar mi atención en Garrett, que se ajustó la corbata como un actor que vuelve a meterse en su personaje.

Me quedé mirándolo mientras los fuegos artificiales iluminaban el cielo.

—No te vayas —le dije temblando.

Dudó, después dio un paso hacia mí, inclinando el rostro hacia abajo para que estuviéramos a la misma altura, con nuestras frentes sudorosas pegadas la una contra la otra. Sentía cómo su cuerpo temblaba contra el mío mientras le aflojaba la corbata y le desabrochaba los botones de la camisa, uno tras otro, sin que ninguno de los dos nos moviéramos.

—No pasa nada —dijo con una exhalación.

Me besó; su lengua caliente se deslizó dentro de mi boca mientras yo lo acercaba a mí más y más. De repente, sentí que una punta afilada se me clavaba en la espalda. Antes de que pudiera darme la vuelta, algo lanzó con fuerza nuestros cuerpos al suelo.

Aterricé con un ruido sordo encima de Garrett, con el pecho apretado contra su torso desnudo. Miré hacia arriba, boquiabierta, para ver unos cascos diminutos que pasaban a toda velocidad junto a mí: era Dolly, la poni blanca. Se había escapado de su establo y corría hacia el campo abierto.

Nos miramos llenos de sorpresa y enseguida salimos tras ella, dos traidores corriendo codo con codo para atrapar a un poni que se dirigía a toda velocidad hacia la tienda de la fiesta de compromiso.

31
TREINTA Y CINCO

DESCALZA Y SIN ROPA INTERIOR, CORRÍ por el campo oscuro como si mi vida estuviera en juego. Mientras corría, con Dolly a varios metros, sentía el viento azotarme las mejillas. Era la *corgi* de los caballos (piernas diminutas, cuerpo largo), pero se creía una auténtica gran danesa. Cruzó de un salto una barandilla baja con la cabeza levantada con arrogancia hacia los fuegos artificiales que iluminaban el cielo.

Me golpeé la cadera contra un poste, lo que me obligó a detener la carrera. Hice una mueca ante el dolor punzante que sentía en el costado, sin poder hacer otra cosa que mirar a Garrett correr tras Dolly; su agilidad natural me avergonzaba. Dolly se acercaba cada vez más a los viñedos que resplandecían a lo lejos: a la tienda de la fiesta. Me obligué a moverme. Mientras aceleraba el paso detrás de ellos, me caían gotas de sudor por los rizos.

—¿Qué hacemos? —le grité a Garrett, pisándole los talones.

—¿Atraparla? —gritó, mirándome como si la respuesta fuera obvia.

—Tendrías que adelantarla. Y luego hacer que se dé la vuelta.

—Ah, perfecto, voy a correr más rápido que un caballo.

—Corriste la maratón de Nueva York. ¡Puedes correr más rápido que un poni!

—¡Una cosa no implica la otra!

En cualquier otra circunstancia, Garrett estaría negando con la cabeza y sonriendo con picardía, y yo estaría haciendo lo mismo. Sin embargo, por desgracia, las bromas mientras corres por tu vida rara vez van acompañadas de palpitaciones y sonrisas coquetas.

Se me aceleró el pecho al ver a Dolly acercarse a la valla que separaba el viñedo del campo. Había hileras de viñas que nos separaban de la tienda, pero, si una persona salía de la tienda, vería a Dolly, y entonces nos vería a nosotros. Garrett llevaba la camisa desabrochada y yo parecía que casi me había acostado con alguien en un establo. Sería totalmente inexplicable.

Dolly redujo la velocidad hasta detenerse en la valla y se volvió hacia mí. Me apoyé en un obstáculo de salto de altura y exhalé aliviada. Garrett caminó en silencio hacia Dolly, justo cuando ella le daba la espalda y enterraba su hocico rosado en el heno para reponer fuerzas antes

de sus próximos 3 km. Con cautela, Garrett le dio unos golpecitos en la espalda, como si fuera una puerta.

—¿Qué haces? No debes acercarte a un caballo por detrás.

Dolly giró bruscamente la cabeza hacia Garrett, sus grandes ojos marrones se entrecerraron en su cara ancha, sus orejas apuntaron hacia él como si ella fuera un toro y él una bandera roja brillante.

—¿Cómo iba a saberlo? —dijo, mientras se apartaba de Dolly con las manos en alto.

—Eres un chico blanco privilegiado de Connecticut —solté

Dolly clavó los cascos en la tierra, con los ojos fijos en Garrett. Me puse delante de Garrett abriendo las manos y me incliné hasta quedar a la altura de Dolly.

—Hola, Dolly —dije, tendiéndole la mano abierta. Sus orejas se relajaron mientras se dejaba acariciar la nariz—. ¿Qué te parece si te llevamos de vuelta a casa? —le pregunté, y empecé a caminar en dirección al establo.

Me di la vuelta, con la esperanza de que Dolly me siguiera. No se había movido ni un centímetro. Por desgracia, no tenía cabestro y tampoco había una cuerda para llevarla de vuelta. Miré al cielo, cerré los ojos e inhalé el aire polvoriento. Dolly era un poni en miniatura. Yo también era de tamaño miniatura: medía un metro cincuenta y siete. Si una niña de tres años podía montar a Dolly sin quedarse catatónica, yo también podía. Abrí los ojos sintiendo los latidos del corazón cada vez más fuertes, me armé de valor y subí a bordo.

—¿Qué haces? —me preguntó Garrett.

—El artículo que está en la entrada del establo de Dolly dice que lo que más le gusta es dar paseos.

—A los niños —dijo.

—Bueno, estoy improvisando.

Acomodé mi estómago a lo largo de su lomo y levanté una pierna. Mi cuerpo era demasiado grande para verme bien sobre un poni miniatura, pero, claro, a esta cabrona le encantaba. Dolly empezó a trotar hacia el establo, un poco aturdida, y no pude evitar sonreír al sentir la brisa cálida en las mejillas.

Llevábamos un ritmo lento y constante, hasta que, de repente, empecé a sentir que se levantaba tierra y se me borró la sonrisa del rostro. En cuanto los pequeños cascos de Dolly ganaron velocidad, me invadió el terror. Vi que galopábamos hacia una barandilla baja y los ojos se me pusieron como platos.

—¡Dolly, no te atrevas, maldita sea! —grité.

Por supuesto que se atrevió, la muy zorra.

Levantó la cabeza y se lanzó hacia el obstáculo como si Ryan Gosling nos estuviera esperando, con el torso desnudo, al otro lado. Volamos por el aire y cerré los ojos, sintiendo que

el estómago me chocaba contra las costillas. Dolly cayó al suelo sobre sus cuatro patas.

Le di unas palmaditas en la cabeza y le grité al oído mientras el viento, cada vez más lleno de polvo, me golpeaba el rostro.

—MUY BIEN, DOLLY, LO LOGRASTE. ¡SÍ! AHORA, ¡A DORMIR!

Garrett nos pisaba los talones, aterrorizado. Volvió la cabeza hacia la tienda de la fiesta, para comprobar que cada vez estábamos más lejos de que nuestro crimen se descubriera.

Sin aliento, levanté la vista y vi hileras de vallas de salto de poca altura. Tiré de las crines de Dolly mientras ella saltaba una valla tras otra, y mis partes femeninas se estremecían, y no en el buen sentido. El viento me azotaba las mejillas a medida que la poni aumentaba el ritmo, alcanzando una velocidad a la que los ponis miniatura no deberían ser capaces de correr.

Un obstáculo alto apareció delante, claramente destinado a un caballo grande, no a Dolly, la heroína olvidada de un zoológico de animales domésticos. Supuse que Dolly habría contemplado con rencor, año tras año, cómo los caballos grandes superaban el obstáculo más alto mientras ella tenía que darles a unos niñitos gritones un trotecito agradable alrededor de una pista circular. Ahora, nos iba a dar una lección a todos.

Podía oír los latidos de mi corazón retumbarme en la cabeza y sentía que las náuseas me subían a la garganta. Giré la cabeza para mirar a Garrett. Corría a unos metros detrás de mí, con los ojos desorbitados y su precioso pelo alborotado por el viento. Dolly aceleró el paso y miré hacia delante: el obstáculo más alto estaba a unos metros. Entrecerré los ojos y comprendí que no se trataba de un solo obstáculo. Dolly tendría que saltar lo suficiente como para superar un triple.

La crin de Dolly me golpeó la boca cuando agaché la cabeza hacia su cuello, sin querer mirar cómo me acercaba a mi propia muerte. Era un final apropiado. Imaginé cómo cubriría nuestra desaparición el *East Hampton Star*: «Dolly murió heroicamente, una poni miniatura intentando alcanzar sus mayores sueños. También fue consecuencia de las altas aspiraciones de Dolly la muerte de Maggie Vine, esa chica del montón que fue vista por última vez con Asher Reyes».

Abrí los ojos y vi los cascos de Dolly meterse bajo su barriga cuando abandonamos el suelo.

—¡AHHHH! —grité, con las dos manos aferradas detrás de sus orejas.

Nos elevamos hacia el obstáculo como E. T. y Eliot flotando sobre la luna, con la diferencia de que esta E. T. apretaba los glúteos para no cagarse en la mini poni que tenía debajo del culo desnudo.

Por increíble que parezca, Dolly superó los tres obstáculos. Sentí un orgullo extraño por ella, pero no tuve tiempo de celebrar su récord personal, ya que mi pecho derecho chocó con su lomo y me quedé sin aire. Se me escapó su crin de las manos y con desesperación intenté aferrarme otra vez a su pelaje, apretando las piernas contra su cuerpo mientras ella corría hacia el establo. Con cada galope, sentía que el pecho se me iba pegando al costado de Dolly, que mi barbilla se acercaba a su pata delantera y que mis manos sudorosas perdían la batalla contra la gravedad.

Perdí el agarre de las crines de Dolly justo cuando el suelo arenoso (el suelo con el que mi rostro estaba a punto de encontrarse) se convertía en cemento. Cuando mi cuerpo se estrelló con un ruido sordo contra el suelo frío y duro, mis gritos resonaron en todo el establo.

Tratando de recobrar el aliento, apoyé las manos en el suelo y levanté el rostro. Dolly dejó de brincar y se volvió hacia mí. Me dio un golpecito con la nariz húmeda. Sin dejar de temblar, clavé los pies en el suelo y me alejé del animal menos aterrador de todos los tiempos: un pequeño poni de juguete que había cobrado vida. Dolly levantó la cabeza y se dirigió a su cubículo como si no acabara de darme un susto que me dejaría marcada de por vida.

Garrett se precipitó contra la puerta de Dolly y deslizó la cerradura de latón para que quedara encerrada para siempre. Me miró sin aliento, el sudor le caía por el pecho desnudo. Me llevé la mano al cuello, como buscando asegurarme de que seguía viva.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Me incorporé mirándolo con ojos oscurecidos, mientras recobraba el aire.

—¿Si estoy bien? —Me crucé de brazos sobre el vestido, totalmente destrozado, y me apoyé en la pared de un cubículo para mantenerme en pie—. ¿Qué parte de todo esto está bien? —le pregunté.

Desvió la vista y se concentró en sus pies, que no dejaban de moverse.

—Nunca se nos ha dado bien la sincronización —dijo en voz baja.

Me quedé en silencio un segundo, casi insultada por esa verdad.

—Tú eres impaciente y yo demasiado paciente. ¿Eso es lo que quieres decir? —dije al fin.

Me miró sin decir nada, y luego bajó la vista hacia su camisa desabrochada. Vi cómo sus dedos, dedos que acababan de estar dentro de mí, ponían fin a nuestro crimen.

—¿Te acuerdas de esa noche, la noche en que cumplía veinticuatro? —le pregunté. Esperé a que volviera a mirarme. Cuando lo hizo, vacilante, continué—: ¿La noche en que casi nos besamos después del karaoke? —Sus manos se quedaron inmóviles en la corbata que tenía suelta alrededor del cuello—. En aquel momento estaba saliendo con alguien, y por eso no te devolví el beso. Rompí con él justo después de que te fueras. —Me estrujé el vestido entre las manos, con el recuerdo estrujándome el pecho—. Más tarde, esa misma noche, fui a tu casa para terminar lo que habías empezado, y Quinn contestó al timbre. —Se quedó quieto y sus ojos se suavizaron—. Pienso mucho en eso —dije, con la voz cada vez más baja y las lágrimas a flor de piel—. En que, si hubieras creído en la posibilidad de lo nuestro, como yo, quizá estaríamos… —Me interrumpí, incapaz de terminar la frase. No necesitaba terminarla. Él lo sabía.

Nos quedamos mirándonos hasta que unas lágrimas silenciosas se deslizaron por mi pecho. Garrett seguía con los dedos inmóviles sobre la corbata. Negué con la cabeza, llena de dolor, y pasé a su lado con los zapatos en una mano y el corazón en el suelo. Había esperado doce años para que Garrett Scholl viniera a mí. Nuestro momento había pasado, como tantas otras veces.

32
VEINTINUEVE

—MALDICIÓN.

Suspiré con la vista clavada en el pequeño bolso que llevaba y luego volví a mirar la puerta cerrada. Le había pedido prestado un bolso a Summer, pero me había olvidado de pasar las llaves de mi apartamento a ese bolso, lo cual era un gran problema, teniendo en cuenta que el chico al que deseaba desde hacía seis años estaba en la puerta de mi casa, con su cuerpo palpitante detrás de mí, dispuesto a darme duro hasta la mañana siguiente.

Me volví y miré a Garrett, apretando los dientes con un gesto de disculpa. Me quedé con la boca abierta, admirándolo. Tenía la camisa suelta sobre el cuerpo sudado y el pelo despeinado por la forma en que yo misma se lo había despeinado en el taxi.

Me acercó a él y me besó en la boca con ganas, y luego el cuello. Levanté el mentón hacia arriba con un gemido.

—Podemos ir a mi casa —me susurró al oído.

Lo besé mientras sujetaba con una mano la hebilla de su cinturón. Su pene duro palpitaba contra mi pierna y tenía el rostro enrojecido. Se me aceleró la respiración. Necesitaba sus labios en mi boca, pero no allí.

Lo miré. Sentía que me quedaba sin aire.

—Patea la puerta.

Fue lo más *sexy* que le había dicho a un hombre en la vida. Miró la puerta con expresión de asombro y luego se volvió hacia mí.

—¿Estás segura?

Estaba segura. Quería que destrozara la puerta de mi apartamento. Quería que me destrozara a mí, en el mejor de los sentidos.

—Patea la puerta —repetí, pegada a sus labios, con un deseo incontenible.

Subí la mano por su pierna y le apreté el bulto. Cerró los ojos alzando la barbilla hacia el techo, respiró hondo y se apartó de mí mientras se ponía bien los pantalones. Me quedé a unos centímetros de su cuerpo musculoso y me estremecí al sentir el impacto de su zapato. La madera

se astilló en la cerradura y la puerta se abrió por completo.

Garrett se volvió hacia mí con una sonrisa pícara y, antes de que pudiera desnudarlo allí mismo, en el umbral de la puerta, me acercó a su boca y nos hizo pasar a los dos por la puerta abierta, como si fuéramos uno.

Levanté los brazos para que me quitara la camisa, dejándome con el torso desnudo ante él. Enseguida se quitó la camisa y me estrechó contra su cuerpo.

Nos quedamos quietos un momento, con el corazón desbocado, mientras Garrett trazaba largas líneas con las manos hacia arriba y hacia abajo por los costados desnudos de mis costillas sin sacar los ojos de mi cuerpo.

Retrocedí y, sin dejar de mirarlo, me quité los tacones y los vaqueros, para quedar solo en ropa interior.

Sin quitarme los ojos de encima, estiró un brazo para cerrar la puerta. Me observó, sin pestañear, deteniéndose en cada ángulo de mi cuerpo, solo alumbrado por la luz de la ciudad que entraba por la ventana y proyectaba sus tonos amarillos sobre mi piel acalorada.

—Es increíble lo preciosa que eres —me dijo, soltando un suspiro.

Le desabotoné los vaqueros sin dejar de mirarlo. Se quitó los pantalones y la ropa interior, y con un solo movimiento me atrajo hacia él.

Le besé la curva del cuello, ese aroma a vainilla, y bajé una mano por sus abdominales hasta agarrar su pene duro. Se le aceleró la respiración y levantó la vista hacia el techo cuando mi mano empezó a deslizarse hacia delante y hacia atrás. Se echó un poco hacia atrás y me besó un hombro desnudo, mientras seguía acariciándolo con la mano. Me recorrió el cuerpo con los labios, llevándose a la boca mis pechos. No pude evitar levantar los ojos hacia el techo. Después, bajó con la lengua por mis costillas, y tuve que despegar las manos de su cuerpo. El calor de su boca recorría mi ropa interior de encaje, sus dedos subían y bajaban por mis muslos, y las piernas me temblaban. Sentí una oleada de calor en el pecho cuando tiró con la boca de mi ropa interior mojada hasta dejarla en el suelo. Cuando me metió la lengua, enredé una mano en su pelo y a cada instante que pasaba lo apretaba con más fuerza. Su lengua y sus caricias me debilitaron las piernas hasta que se me nubló la vista y sentí que un calor abrasador se apoderaba de mi cuerpo tembloroso. Eché la cabeza hacia atrás soltando un gemido y mi cuerpo se estremeció.

Volvió a subir hacia mi rostro y me atrajo contra él. Mientras nuestras bocas parecían luchar por respirar sin poder separarse, me levantó entre sus brazos con soltura y me llevó a la cama hasta que todo su perfecto cuerpo desnudo quedó sobre el mío.

Se arqueó un poco hacia atrás y apoyó las manos a ambos lados de mi rostro, mientras sus ojos azules recorrían mi cuerpo como siempre había soñado que pasaría. Rodeó el pequeño tatuaje que tenía en las costillas: una luna llena negra y gris.

—Tienes un tatuaje —dijo con sorpresa.

Sonreí.

—Debe ser lo único de mí que no sabes —le dije.

Su sonrisa se desvaneció y se le tensó el rostro, como si hubiera recordado que lo sabía todo sobre mí. *Todo menos esto*. Me apartó un mechón de pelo y me puso una mano en la mejilla.

—Maggie, me voy nueve meses.

—Lo sé. —La voz me tembló presa de la confusión y me pregunté adónde quería ir Garrett con esto.

—He pensado en esto, en nosotros, muchas veces. Pero tuve una relación a distancia justo después de la universidad y salió muy mal. No quiero que nos pase lo mismo. —Cerró la boca sin dejar de mirarme.

Sabía adónde iba, pero no quería hablar de eso, no ahora. Había pensado demasiado las cosas cinco años atrás, cuando casi nos besamos, y ese momento me perseguía en las noches solitarias, o cada vez que Garrett me sonreía con espontaneidad. Tenía la tendencia a pensarlo demasiado todo, pero no podía vivir lamentándome de no haber avanzado por miedo a que no durara.

Lo miré con sorpresa.

—¿Quieres que hagamos esto? —le pregunté.

Sentía su cuerpo palpitar contra mí, y sus dedos trazaban un círculo alrededor del hueso de mi cadera.

—Más de lo que te imaginas —susurró, con la voz entrecortada.

Con el corazón desbocado, saqué una mano y la cerré sobre su pene, para mostrarle lo que quería. Quería esto. Lo quería a él. Mi caricia le hizo cerrar los ojos, y su respiración se aceleró.

—¿Tienes un condón? —le susurré al oído.

Se apartó con una sonrisa, después se inclinó sobre el costado de la cama y buscó su cartera en el bolsillo del pantalón, en el suelo. Lo vi ponerse el preservativo y, un momento después, apoyó su cuerpo desnudo sobre el mío. Me miró con ojos ardientes y me sujetó una muñeca por encima de la cabeza. Volvió a acercar sus labios a los míos, suaves y cálidos, delicados y tiernos, y con la otra mano me acercó en un solo movimiento, mientras se hundía con fuerza dentro de mí.

Como aquella vez que habíamos cantado juntos, simplemente nos acoplamos. Nuestras bocas, nuestros brazos… Sin saberlo, sabíamos dónde tocarnos, y no había forma de desconocer este tipo de placer.

No era de las que rezaban a menudo, solo en ocasiones especiales, pero en ese momento, con Garrett sujetándonos con fuerza y sin esfuerzo, lo miré sonreír y recé en silencio. Recé para que el recuerdo de ese momento me doliera menos que la posibilidad de que nunca hubiera sucedido. Después me puse encima y me moví de un lado a otro sobre su cuerpo, con fuerza y suavidad, mientras él me sostenía de la cintura. De pronto, me apreté estremecida contra su pene y sentí una ráfaga de calor en la garganta que me arrancó un gemido desde lo más profundo de los

pulmones. Me puso boca arriba y se movió hacia delante y hacia atrás sobre mi cuerpo, cada vez más rápido, hasta que empezó a repetir mi nombre junto a mi oído, con las manos enredadas en mi cabello, y su cuerpo se hundió sobre el mío, mientras mi pecho se deshacía bajo su peso.

Más tarde esa noche, mientras Garret dormía enredado contra mí, repasé con los dedos su cuerpo desnudo para memorizarlo. Se me llenaron los ojos de lágrimas y, contemplando su rostro tranquilo y dormido, volví a rezar. Recé para no tener que añorar ese momento, para que Garrett y yo pudiéramos repetirlo una y otra vez, para siempre. Lo quería todo. ¿Qué tenía de malo?

Finjamos, igual que los enamorados…

33
TREINTA Y CINCO

EL DÍA DE LA FIESTA DE COMPROMISO, EN CUANTO me alejé de Garrett, rompí a llorar y llamé a Summer. Entre lágrimas, le dije que teníamos que irnos de inmediato. Fue a rescatarme a la amplia entrada de los establos. Lloré durante todo el corto trayecto de vuelta a su casa en East Hampton, mientras ella me acariciaba un hombro con expresión conmovida.

Cuando llegamos a su casa, me duché entre sollozos y nos refugiamos junto a la chimenea del patio trasero. Con mi cabello ondulado todavía húmedo, me recosté en una silla Adirondack punteando la guitarra y ensayando una estrofa para la película.

Ahora les das de comer nuestra esperanza a los lobos
y los miras despedazar nuestro sueño.
¿Por qué nuestro final habría de tener corazón?
Vamos, hazme arder en la hoguera de nuestros silencios
hasta que las cenizas de lo que pudimos ser sean mi lecho.

Cuando la última línea brotó de mis labios, Summer me miró alarmada.

—Madre mía, Maggie.

—¿Qué?

—Comparado con esto, Elliott Smith da risa.

Anoté los acordes junto a la letra en mi cuaderno de canciones.

—Es para el momento «Todo está perdido» de la película —le conté.

—Pensé que habías dicho que esta canción debía ser optimista.

—Es optimista. Es que… Tal vez me esté proyectando un poco.

—¿Te parece? —Cogió el vaso con hielo derretido que estaba a mis pies, se lo pasó por encima del hombro y lo llenó de *whisky*—. Garrett es un gran cobarde, y me niego a dejarte dormir en las cenizas de su cobardía de mierda.

—Lo sé… Es que… Ay… Ojalá lo odiara un poco más.

Exasperada, dejé la guitarra en el suelo, aliviada de cambiarla por un vaso lleno de *whisky*. Me quemó la garganta, irritada por los gritos que le había proferido a la poni.

Una hora antes, había agotado las lágrimas que me quedaban bajo una ducha de agua caliente, tratando de que el agua se llevara de mi cuerpo dolorido y magullado un amor no correspondido, un caballo y un establo. Garrett y yo nos queríamos. Y él se iba a casar con otra mujer. Uno más uno no era igual a dos. Habría sido una muerte más fácil si nuestra conexión física no se correspondiera con la platónica.

Contemplé las llamas y deseé que me quemaran viva. Summer me dio un codazo suave.

—Ánimo, le dijiste todo lo que tenías que decirle. No tienes nada que lamentar. Él es quien se va a pasar toda la vida preguntándose qué habría pasado si… Además, no todo es fatalidad y pesimismo. Centrémonos en lo positivo.

—¿Ahora tengo un miedo racional a los mini ponis? —propuse.

Summer se levantó y extendió su vaso de *whisky* hacia mis ojos inflamados. La miré sin comprender nada. Puso los ojos en blanco y llevó mi mano, en la que aún sostenía el vaso, hacia ella.

—Maggie Vine, estás a punto de triunfar. Es el momento de que tu carrera brille y no voy a dejar que un tío te quite esa alegría. Y la guinda del pastel de tu carrera: la estrella de cine más *sexy* de todo el puto planeta tiene toda la intención de arrancarte la ropa. Así que, salud.

Tomó un trago y me miró hasta que la imité.

—Eso no lo sabemos —dije, tosiendo.

—Sí que lo sabemos, tontita.

Se dejó caer de nuevo en la silla. La luna alumbraba su sonrisa satisfecha. Bajé la vista al notar que su teléfono se iluminaba. Hizo clic en un mensaje y apareció una foto en la pantalla: Valeria dándole un beso a la cámara. Summer sonrió, contemplando la foto de la mujer a la que quería. Negué con la cabeza al ver a mi mejor amiga, celosa de que su relación fuera tan fácil.

—¿Qué pasa? —preguntó, mirándome con atención.

—Nada. Es que tú has encontrado a esa persona, y funciona. No tenéis que hacer que el mundo se vuelva del revés para estar juntas. No tenéis que dinamitar vuestras vidas para existir. Soy tan idiota, Summer.

—No, no es cierto.

—Sí. Durante mucho tiempo creí que Garrett era la persona para mí, y ni siquiera tenía nada a qué aferrarme. Fui idealista y estúpida, y lo sé, pero aquí estoy, todavía llorando por él. Lo vi una sola vez y me creí que todo era posible, pero la vida no quiso que fuera para mí, lo cual, francamente, es una mierda. Es un asco. Tienes suerte. Encontraste a la persona de tu vida, estás con ella, sin toda esta mierda. Yo quiero eso.

—Mags, no todo es un camino de rosas.

Summer desvió la vista y se puso a mirar a los ciervos que correteaban por el bosque al otro lado de su propiedad. Me incliné hacia delante, tratando de leer su expresión.

—¿A qué te refieres?

Mantuvo la mirada en los ciervos.

—Quiero a mi mujer. Me vuelve loca, en el buen sentido y en el malo. La quiero más que a nada en el mundo. Pero no sé si vamos a sobrevivir —dijo todo eso sin emoción, de un modo tan inexpresivo que me hizo pensar que estaba bromeando.

Volvió la vista hacia mí y, de repente, su rostro cobró una expresión de pesar. Me acerqué a ella, intentando interpretar el dolor que se escondía tras los ojos de mi mejor amiga.

—Summer, ¿qué está pasando?

Apartó la mirada y examinó su alianza.

—Ella quiere hijos. Y yo no.

Apreté la mandíbula, procurando que mi barbilla no golpeara el suelo.

—Pensé que sí —dije con suavidad y en voz baja—. Pensé que ibais a empezar con todo ese proceso.

Summer pasó las uñas por el fondo del vaso de cristal que tenía en la mano.

—Yo también. Pero todo este año he estado esperando a sentirlo, y no lo siento.

—¿No sientes qué?

Me clavó los ojos.

—Ese cosquilleo. Cuando veo algún niño, no siento esa sensación de anhelo en el pecho. No siento como si hubiera un vacío en mí esperando a que vengan diez deditos a llenarlo. De hecho, siento lo contrario. Soy tremendamente feliz. Me encanta mi vida como es. No quiero tener hijos. Valeria necesita y quiere un niño para sentirse completa, lo desea con desesperación. Y voy a perderla por eso. Voy a perder a la persona de mi vida por eso. Y sé que tengo que decírselo, pero… es horrible y no quiero.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y, para mi sorpresa, no hizo nada para mitigar su dolor. Una sola vez había visto llorar a Summer. Sentí que se me encogía el corazón al verla llorar sin resistirse. Acerqué mi silla y le estreché una mano, y como si estuviera sentada en la máquina del tiempo del dolor, volví a ser una adolescente de diecisiete años; volví al día en que perdí a un padre que apenas había tenido y gané a mi mejor amiga.

***

Una Summer de diecisiete años roció perfume con furia por toda nuestra habitación diminuta y caminó con sus sandalias de plataforma a través del aire humedecido, justo cuando yo caía de rodillas a sus pies y rompía a llorar. Me miró con ojos inexpresivos, sin decir una palabra,

mientras yo sollozaba con el teléfono en la oreja escuchando a mi madre contarme, con toda la calma del mundo, que mi padre había muerto de un infarto. Supuse que mi madre se mantenía así para no derrumbarse. Pero la forma en que me lo dijo me hizo sentir como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago y me hubieran dejado en la calle llorando sola. Me quedé en el suelo durante horas, paralizada por una pena inimaginable. Summer solo se separó de mí una vez, para ir a la máquina expendedora del vestíbulo. Me trajo una Coca-Cola de vainilla y un paquete de cacahuetes M&M. Me sentí entre avergonzada y conmovida de que Summer supiera cuál era mi tentempié favorito, aunque hasta ese momento no le hubiera importado saber nada de mí, y llevábamos tres meses siendo compañeras de cuarto ese primer año en la universidad.

—Pensé que me odiabas —dije, lloriqueando y volviendo el rostro hacia ella.

Summer miró por la ventana con desdén, hundiendo las mejillas, sonrojada.

—Puedo odiarte y saber lo que compras en la máquina expendedora. Quiero decir, somos compañeras de habitación. Tengo ojos —dijo, mordiéndose el labio inferior, en un débil intento de desviar la atención.

Además de odiar cualquier tipo de intimidad emocional, Summer detestaba recibir elogios. Sentí el sabor amargo del cacahuete en la lengua y la cáscara de chocolate me bajó por la garganta como una motosierra. Recuerdo que me pregunté si todas las cosas que mi padre y yo disfrutábamos juntos se convertirían en víctimas de su muerte.

—Tengo que ir a Boston esta noche —dije. No sabía ni cómo mover las piernas. ¿Cómo iba a subir a un tren para enfrentarme a la familia de mi padre?

Summer se encogió de hombros.

—Te acompaño. Me gusta Boston.

Años después, supe que Summer, en realidad, odiaba Boston. Le guardaba un gran rencor a todo el estado de Massachusetts porque no había conseguido entrar en Harvard. Summer Groves no era de las que sabían perder.

Esa misma tarde, compartimos un vagón de tren hacia la ciudad que ella odiaba en secreto. Lloré todo el tiempo, mientras Summer miraba a todos los pasajeros menos a mí, buscando el botón de eyección como si fuera un estudiante de universidad que comparte la habitación con un bebé que no para de llorar. Por fin, cuando faltaban treinta minutos para llegar a la estación de Back Bay, decidió tirarme un hueso.

—Mi madre murió hace tres años —dijo, sin apartar la vista de los árboles que pasaban por delante de la ventanilla del tren, negándose a mirarme, negándose a mostrarme un espejo de su propio dolor. Y continuó—: Te vas a recuperar. Pero… va a ser horrible durante un tiempo.

Necesitaba con desesperación una cronología del proceso de duelo, pero era demasiado nueva en esto como para darme cuenta de que no existía algo así.

Supuse erróneamente que mi misteriosa compañera de piso era una profesional.

—¿Durante cuánto tiempo? —le pregunté.

Se encogió de hombros apuntando al techo del vagón. Sentí un nudo en el estómago al ver cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. Si me hubieran dicho que Summer Groves nunca había llorado, ni siquiera de bebé, lo habría creído. Mejor dicho, nadie había visto llorar a Summer Groves desde que era pequeña. Ni siquiera había llorado en el funeral de su madre.

Le cogí la mano y la apreté con fuerza. No me sorprendió tanto que me dejara como que, cuando abrí los dedos, me la retuviera y la apretara con más fuerza. La desdicha adora tener compañía, pero, peor aún, la desdicha adora ser comprendida.

Summer lo comprendía.

En lugar de fingir que no me había colado a través de su armadura, Summer me mantuvo dentro. A partir de ese momento, fui partícipe de un secreto: Summer Groves era humana hasta la médula.

***

Y aquí estábamos, dieciocho años después, afrontando el dolor, pero de otra clase. Le apreté la mano con más fuerza mientras se secaba las lágrimas.

—No sabes si vas a perderla —le dije—. En el amor hay que hacer concesiones, ¿no? Y sacrificios.

—¿Dice la mujer que se quedó esperando que Garrett saliera tras ella? Estás enfadada con él por las circunstancias de mierda que os tocaron. Lo culpas por algo que no es totalmente culpa de él. El problema para coincidir fue de ambos lados y los dos fuisteis reservados en cuanto a vuestros verdaderos sentimientos. ¿De qué concesiones hablas?

Eché la cabeza hacia atrás, dolida por las palabras de Summer.

—¿No dijiste que era un gran cobarde?

—Sí que lo es. Y un par de veces, en lo que respecta a Garrett, podría haber dicho lo mismo de ti.

—Ay.

—Lo lamento —dijo en voz baja.

—No, no lo lamentas.

Summer nunca se lamentaba de ser tan brutalmente honesta.

—Es cierto. Mags, cuando una persona tiene una idea de cómo será la mesa de su comedor dentro de diez años y la visión de la otra es muy distinta, es difícil llegar a un acuerdo. Valeria quiere un futuro lleno de ruido y desorden, lleno de manos pegajosas de mermelada. Quiere sentarse en una mesa repleta. A mí me encanta ser la irresponsable que sale de noche, aunque haya clases a la mañana siguiente. Quiero viajar y quiero construir una carrera sin culpa. Quiero

sentarme en cien mesas diferentes por todo el mundo con la misma mujer sentada a mi lado.

Las palabras empezaron a agolpársele en la garganta. Me levanté de la silla y me arrodillé a su lado, cogiéndola de la mano.

—No soy quien Valeria pensaba que era, Maggie. Y no soy la mujer en la que creí que me convertiría. Es culpa mía, no de ella. Y nos va a romper el corazón a los dos. Esta es la primera vez, Mags, la primera vez en mi matrimonio, que no he sido capaz de decir exactamente lo que tengo aquí —dijo Summer, sujetándose la camisa de algodón contra el pecho, mientras las lágrimas le resbalaban por el cuello sin parar.

Summer era directa. Su franqueza a veces podía confundirse con crueldad, pero no era una persona cruel. Con los años, había aprendido a suavizar su forma de hablar, pero rara vez era capaz de morderse la lengua y quedarse callada. Me apenaba que no pudiera decir esta verdad, una verdad que su compañera merecía saber. Por primera vez, Summer tenía el corazón entero envuelto en una de sus creencias. No importaba cómo lo dijera, la verdad le partiría el corazón.

Me miró mientras las palabras le brotaban en un mar de lágrimas.

—Nadie les dice esto a las mujeres cuando se casan a los veintitantos. Lo que creemos que queremos a los veintiocho, no siempre es lo que queremos a los treinta y cinco. Las cosas que te hacen sentir segura y las que te encienden el corazón no están grabadas en piedra. Quiero a mi mujer más que el día que me casé con ella, pero el futuro ideal de cada una es muy distinto.

Quizá, si hubiera tocado más de pies a tierra en lugar de estar persiguiendo un sueño, mis opiniones sobre cómo quería que fuera mi futuro habrían cambiado más veces. En cambio, a los treinta y cinco, seguía queriendo las mismas cosas que quería a los treinta, a los veintitrés, a los catorce. Incluso siempre quise la misma clase de hombres. Tenía tanto miedo de morir sola a los treinta y cinco como a los diecisiete. Estaba igual de convencida sobre mi carrera en ese momento que a los catorce.

De repente, me arrasó una oleada de calor y sentí compasión por el hombre que me estaba rompiendo el corazón. Quería que el dolor se me hiciera más liviano, que la culpa recayera sobre sus hombros anchos, pero no todo era culpa de Garrett. Garrett no me había traicionado, simplemente había abandonado los sueños a los que yo aún me aferraba. Al fin entendía cómo Blink-182 podía decirle de corazón a alguien «Bueno, supongo que esto es crecer».

—El amor es difícil —susurré.

—Es una mierda —dijo Summer, redoblando la apuesta mientras quitaba la mano de entre las mías y se secaba con rabia las lágrimas.

Volví a sentarme junto a ella y sentí su mano en la mía. La apreté fuerte mientras permanecíamos sentadas una al lado de la otra, con el calor del *whisky* en el estómago, contemplando cómo el fuego consumía los leños hasta reducirlos a cenizas. Observé a mi mejor amiga: en su rostro fuerte y ovalado destacaban los ojos húmedos, hinchados y enrojecidos. Era

aquella canción de Bob Seger. Summer siempre fue mi punto de apoyo. No tenía la paciencia ni la capacidad emocional para derrumbarse y analizar a fondo cada mínima cosa. Podía distanciarse de mi torbellino de confusión y reducir todo a una o dos verdades, sin rodeos. En cambio, yo lanzaba mi flecha como si estuviera sentada en una montaña rusa emocional, me internaba en bosques oscuros, pasaba por un par de dianas incorrectas, hasta que por fin daba en el blanco…, pero incluso entonces, ponía en duda que fuera el blanco correcto. Summer tenía la mandíbula apretada y la barbilla levantada hacia el cielo: una roca entre sus propios escombros. Me gustaba que mis sentimientos fueran intensos, pero envidiaba la situación opuesta: ser capaz de cerrar los ojos por las noches y no oír sirenas en la cabeza.

Bajé la vista al percibir que mi móvil se iluminaba, y el corazón me dio un vuelco cuando apareció el nombre de Asher en la pantalla de bloqueo. Por lo visto, entre tanto desamor, todavía quedaba espacio para ilusionarme por otro hombre. Qué pena no ser una persona más sencilla.

Summer vio cómo se me curvaban las comisuras de los labios. Sonrió lentamente y me arrebató el teléfono de las manos antes de que pudiera leer el mensaje.

—Por supuesto. Coge mi móvil —dije en tono cortante, con la palma de la mano vacía abierta en el aire.

—De acuerdo. Muchas gracias. —La miré con furia mientras introducía mi contraseña, y negué con la cabeza, agradecida de que, al menos, mi vida complicada le alegrara la suya—. ¿Qué tiene para decir en su defensa este señor tan atractivo? —dijo Summer, antes de leer en voz alta el mensaje de Asher.

> Espero que te estés divirtiendo en la fiesta. Parece que soy la única persona que se queda en Manhattan este fin de semana, y me estoy poniendo nervioso.

—Claro que estás nervioso, por meterle el pito a mi mejor amiga.

—Summer, no seas grosera.

—¿Qué pasa?

Se encogió de hombros con una sonrisa burlona y siguió leyendo el mensaje de Asher.

> Voy a ser esa clase de persona y mañana me voy en helicóptero a EH. Mi amigo Mike está en Ibiza, así que me hospedaré en su casa de Lily Pond. Si tienes la tarde libre, ¿te gustaría venir a tomar algo sentados en el jardín escuchando música de los noventa?

Puse un leño en el fuego, con las cejas fruncidas.

—Para ser tan popular, parece muy solitario, ¿verdad? —comenté—. Una creería que tiene un millón de amigos en Nueva York.

—Asher Reyes no se siente solo, lo que quiere es pasar contigo todo el tiempo libre que tiene.

Me quedé pensativa, encantada con la idea, por más extraña que pareciera. Pero la sensación placentera me dio un pinchazo en el estómago al ver a Summer escribiendo en mi teléfono. Antes de que pudiera arrebatárselo de las manos, lo arrojó a mi regazo como una patata caliente. Miré hacia abajo con recelo, temiendo comprobar el daño que había hecho.

Por supuesto que sí.

Le di un manotazo en el codo.

—SUMMER —grité.

—¿Qué?

—¿Era necesario el «por supuesto»?

—Por supuesto que sí.

—No creo que la angustia, el alcohol, el sol caliente y Asher Reyes sean una combinación segura.

—Yo creo que sí. Creo que deberías pasarte el día semidesnuda, borracha y con todo el cuerpo sudado.

—Mi representante dijo…

—Después te disculpas. Mira, sé lo que está tratando de evitar tu representante y lo entiendo. Pero es una exageración. Si fueras la protagonista de la película, sería totalmente distinto, pero no es el caso. Eres la mente detrás de la música. La gente va a formarse una opinión sobre ti pase lo que pase, y la música va a ser increíble, así que, a esas alturas, no tendrá importancia. Además, tengo un bikini Marysia diminuto que te va a quedar fatal.

—Basta de intentar persuadirme con la ropa.

—Deja de fingir que no eres tan fácil.

—¿De qué color es? —le pregunté apretando los dientes.

—Índigo.

Me cago en la puta. Era mi color. Me hacía sentir menos pálida y resaltaba lo mejor de mi tono de piel frío, mis ojos claros y mi pelo castaño oscuro.

Eché la silla hacia atrás y me levanté, cogiendo la guitarra y apretando el *whisky* contra el pecho.

—Joder, enséñamelo.

Summer sonrió y cogió su bebida, y se encaminó con paso firme hacia la casa, una construcción moderna y reluciente, que estaba a unos metros. Mientras la seguía hacia la puerta trasera, eché un vistazo por encima del hombro para contemplar el fuego, que se extinguía. El humo subía hacia arriba, opacando el brillo de las estrellas. Un sueño se había convertido en un

montículo de cenizas a mis pies. Pero aquí estaba, todavía con ganas de jugar con fuego.

34
TREINTA Y CINCO

TRABAJANDO COMO CAMARERA PARA EL SERVICIO DE banquetes en Los Hamptons durante los veranos, lo había visto absolutamente todo, pero nunca había traspasado las puertas de una mansión de Lily Pond. Lily Pond era una de las calles más exclusivas de Los Hamptons y, mientras avanzaba al volante del coche de Summer, un Mercedes diésel clásico, contemplaba con la boca abierta cómo el sol bañaba la tranquila calle donde vivía Martha Stewart. Pasé junto a hayas altísimas, frente a propiedades que, por un lado, daban al mar y, por el otro, a hileras de setos de protección de distintas clases.

Mike Emblem era una estrella de películas de acción muy querida que, además, era el mejor amigo de Asher y tenía una casa en Lily Pond. Entrecerré los ojos para leer la dirección en un buzón colocado frente a dos espesas hileras de setos verdes impecables a los costados de una verja de un blanco impoluto. Un momento después, la verja se abrió para darme acceso a una casa de tres plantas de estilo clásico.

Me bajé del coche y me puse bien los vaqueros cortos de cintura alta, con la repentina sensación de ser más pequeña que nunca ante aquella imponente casa frente al mar. Una cosa era trabajar en una casa como esta y otra muy distinta fingir que pertenecía a este lugar. Entorné los ojos para leer una nota pegada al timbre, escrita con la horrible letra de Asher, que seguía siendo apenas legible tantos años después.

«Pasa directamente a la piscina», decía la nota.

La puerta se abrió con un chirrido y el aire fresco del océano me dio en el rostro mientras admiraba el vestíbulo de estilo costero y los techos altos de gruesos tablones blancos. La casa, diseñada en blanco sobre blanco, estaba decorada con detalles de color azul intenso, y en el fondo, al otro lado de las puertas de cristal, había una piscina turquesa resplandeciente. Detrás de la piscina, se veían dunas y, más allá, asomaba el mar.

Cuando atravesé la amplia terraza, se me aceleró el corazón al ver a Asher, sentado junto a la piscina, con un libro delante y todo el aspecto de la estrella de cine que era: el pelo húmedo hacia un lado, el torso cincelado y de color aceituna, y un bañador de color lima pegado a los muslos.

Tragué saliva para contener las ganas de atraerlo hacia mí y me aclaré la garganta, para anunciar mi presencia. Asher levantó la vista y se quitó las gafas de sol mientras lo saludaba con la mano y caminaba hacia él. Dejó el libro en el suelo y se puso de pie para envolverme con sus brazos.

—Hola —dijo contra mi cuello.

Sentí todos los músculos de su cuerpo contraerse al abrazarme con fuerza. Su olor me envolvió como un remolino de nostalgia que me transportó al campamento de verano: flores silvestres, protector solar y amor adolescente.

Nos sonreímos un buen rato, tal vez demasiado largo, lo que me hizo arder las orejas. Saqué una botella de rosado frío de mi bolsa y se la puse delante para evitar caerme contra su boca.

—Quiero que hagas una cosa antes de que tomemos algo —dijo, intentando contener la sonrisa.

Lo miré desconcertada y vi cómo se le ensanchaba la sonrisa, una sonrisa plena que casi nunca le había visto.

Antes de que pudiera decir una palabra, me cogió de la mano y me llevó dentro, hasta un tramo de escaleras que nos condujo al frío subsuelo de la casa. Pasamos el gimnasio y entramos a un enorme estudio de grabación de última generación.

—Él es Fin Bex —me dijo, extendiendo el brazo hacia un hombre muy atractivo que estaba sentado detrás de un mezclador de sonido—. Es el coproductor de la banda sonora de *Al otro lado*.

—Sé quién es —dije, llena de asombro.

Fin me sonrió con espontaneidad y extendió un brazo para estrecharme la mano, que apenas pude mover.

—Hola —me dijo.

Traté de levantar la mandíbula del suelo mientras le estrechaba la mano a uno de los mayores productores musicales del momento. Fin Bex era un chico de Pensilvania que, antes de cumplir los treinta, ya pisaba fuerte. Hablaba a mil por hora y producía un éxito tras otro, también a mil por hora. Sabía que Fin iba a producir la banda sonora, pero no que me encontraría cara a cara con él. Habría sido un sueño, pero en mi sueño yo no llevaba una camiseta de tirantes transparente con un diminuto bikini bordado debajo, que dejaba a la vista una parte importante de mis pechos.

Fin señaló al otro lado del cristal, donde, dentro de la sala de aislamiento vocal, una mujer increíble, con todo el brazo tatuado y el pelo rosa, ajustaba el cable de un micrófono.

—Y esa es mi ingeniera de sonido, Lila Corr.

También la conocía. Eran celebridades para mí: la gente con la que soñaba trabajar.

Traté de mantener la atención en Fin, pero no podía controlarme. La mirada se me iba hacia el

pequeño taburete negro vacío que había a su lado, como una polilla que encuentra la llama. Se me aceleró el corazón y, de repente, la habitación se volvió densa, sofocante y calurosa. Las paredes se cerraron a mi alrededor, hasta que, de pronto, sentí una mano en el hombro. Asher me llevó fuera del estudio, mientras yo parpadeaba ante una sucesión de manchas blancas que me nublaban la vista.

Se inclinó hacia mí en el pasillo del sótano, mirándome con los ojos entornados.

—¿Te traigo un vaso de agua? ¿Estás bien? —Abrí la boca para decirle que estaba bien, pero no logré que saliera ninguna palabra. Bajé la vista hacia su mano, apoyada con delicadeza en mi brazo—. Lo siento —me dijo—. Debería haberte preguntado. Pensé que sería una sorpresa agradable, pero ahora veo que no ha sido una sorpresa agradable.

Levanté la vista despacio y lo vi esbozar una sonrisa tímida. Estaba claro que se sentía muy mal por algo de lo que en realidad no era responsable. Era el ser humano más sensible que conocía, lo cual ya era mucho decir, teniendo en cuenta que yo analizaba y volvía a analizar cada interacción humana.

Fue un alivio cuando al fin logré que me salieran las palabras.

—No es culpa tuya —le dije—. Es que… me ha pillado desprevenida, nada más. No he traído la guitarra ni mi cuaderno —tartamudeé, buscando una vía de escape.

—Solo íbamos a arreglar las voces. Imprimí la letra y las notas de «Viaje de ensueño» —me dijo—. En realidad, quería darte una sorpresa. Decidimos que tú la cantes en los créditos finales de la película.

Me quedé mirándolo, sin poder dejar de parpadear.

—¿Yo? ¿No la van a volver a grabar?

—Tú, sí. Tú sola —dijo con una sonrisa cálida, que se desvaneció al captar mi expresión. Tragué saliva con dificultad, tratando de contener el terror que me subía a la garganta.

Se inclinó hasta quedar a la altura de mis ojos, sin quitarme la mano del brazo.

—Pero nada de esto es importante. No tenemos que hacerlo hoy.

La rejilla del aire acondicionado estaba bajo mis pies, y sentí que el aire frío me entraba en los pulmones, enfriándome por dentro. Mi boca se movió, dejando escapar una catarata de palabras mientras Asher deslizaba la mano por mi brazo con suavidad.

—Tuve una mala experiencia una vez, en una cabina de grabación.

Podía sentir la bilis en la garganta, el hecho de revivir algo horrible con solo evocarlo. El rostro de Asher se contrajo y pude ver cómo se agitaba su respiración. Puso la otra mano en mi brazo con dulzura y giró la cabeza a un lado y a otro, intentando entender lo que le estaba contando. Tras un momento, pareció captarlo, porque su mirada se oscureció y se le tensó el cuello.

—Vuelve arriba y descansa junto a la piscina, voy en dos minutos. Y nos olvidamos de todo

esto.

Asentí con la cabeza y lentamente di un paso atrás para dirigirme a la escalera, sintiendo la cabeza pesada. Me detuve en la base del pasamanos y lo miré. Me sonrió enseguida, una sonrisa tranquilizadora, pero me di cuenta de que había un leve dolor en sus ojos. Sabía qué era ese dolor: incluso en los momentos de felicidad pura, siempre había tristeza. De pronto, las náuseas me impidieron subir las escaleras. Pero, además, sentía que la adrenalina me corría por las venas, me impulsaba la sangre y me hacía golpear el corazón contra las costillas: un recordatorio de que estaba viva. No podía seguir haciendo lo mismo, no podía dejar que el pasado me impidiera aprovechar las oportunidades que me abrirían las puertas del futuro. Tenía que resurgir de las cenizas; no podía permitir que oscurecieran mi ser. Resurgir de mis propias cenizas.

—No —dije, en tono enfático, caminando hacia Asher—. Voy a grabar esa canción. Hoy.

Arqueó las cejas, mirándome con sorpresa. Esperó un momento, como para asegurarse de que el terror que habitaba en mí realmente había sido reemplazado por fuego.

—De acuerdo.

—Voy a necesitar una taza de agua hirviendo, otra de agua tibia con sal y unos treinta minutos para templar la voz.

Asher se llevó la mano a la espalda e inclinó la cabeza hacia mí con una sonrisa divertida.

—A su servicio, mi señora —dijo, con un impecable acento británico. Subí la escalera a toda velocidad—. ¿Adónde vas? —me preguntó.

—A buscar una bolsita de té de mi bolsa para suavizar la garganta.

Por suerte, estaba acostumbrada a tener que cantar sin tiempo de preparación. Tenía una rutina que jamás rompía, sin importar lo que pasara. Aunque ayer había tomado una cantidad excesiva de alcohol, procuré terminar la noche con un litro de agua y un pulverizador de agua con sal en las fosas nasales. Nada estropea tanto los agudos como la deshidratación, y el agua lubrica las cuerdas vocales. No tenía la voz áspera, así que no podía decir que era un mal día, ni intentar esconderme detrás de un aullido ronco. Treinta minutos más tarde, después de hacer gárgaras con agua tibia con sal, volví a entrar en el estudio, que estaba casi en penumbras. Pasé junto a Asher, que leía un guion sentado en un sofá azul marino en el fondo de la sala. Adelante, Fin trenzaba acordes y pulsaba un botón tras otro del mezclador de sonido, como si fuera un piloto a punto de despegar.

Lila, la técnica de sonido, me siguió hasta la cabina y me acercó el micrófono. Eché un vistazo a la sala por primera vez. Agradecí que no tuviera personalidad: el estudio no parecía habitado, y eso me permitía crear mis propios recuerdos sin que recuerdos antiguos me empujaran a otros lugares. No había discos de platino ni de oro colgados en la pared. Las paredes estaban revestidas con una tela negra de Gucci, de la que colgaban guitarras carísimas, y nada más.

Me acomodé el micrófono de voz y me coloqué los grandes auriculares en las orejas. Después

de un par de ensayos, Fin me hizo un gesto con la cabeza desde detrás de la mesa de sonido. Tragué saliva y eché un vistazo al taburete que estaba junto a Fin y que, por suerte, ahora ocupaba Lila. Asher me sonrió desde el sofá, inclinado hacia delante con los codos apoyados en las rodillas.

«Viaje de ensueño» salió de mis labios a toda prisa. Era como si necesitara quitarme la canción de dentro antes de que el terror me subiera por los pulmones y me estrangulara la garganta.

Pero ese terror que anticipaba no apareció. En su lugar, me invadió la adrenalina. Cantar «Viaje de ensueño» fue como una liberación; sentí que me dejaba llevar por el tono sombrío del puente y que la gravedad abandonaba mi pecho. Así solía sentirme cuando cantaba, como si mi alma se lanzara en paracaídas. Pero esta vez también sentí que estaba sanando, que mi voz me estaba recordando que estaba ahí para contar historias que otras personas no podían contar, de una forma que otras personas nunca podrían contar. Cuando terminó la canción, sostenía el mango del micrófono con los nudillos blancos y tenía una sonrisa radiante que parecía atravesar el cristal.

Levanté la vista y vi tres sonrisas enormes. Fin se señaló las orejas para indicarme que me quitara los auriculares.

—¡Maravilloso! —dijo—. Vamos a hacerlo de nuevo, pero, esta vez, cántala como si el mundo se acabara, pero tuvieras tiempo de sobra antes de que se acabe.

—¿Más lento y triste? —le pregunté.

—Exacto. ¿Y puedes hacerme un cambio de tonalidad en el puente, en «Tenemos marcas que no se pueden borrar»?

—«Tenemos marcas que no se pueden borrar» —canté, en un acorde menor.

—¡Sí, perfecto!, pero baja el tempo, tan lento que duela.

Se lo canté más despacio.

Fin volvió la cabeza hacia atrás para mirar a Asher, y hubo entre ellos un intercambio de sonrisas antes de que Fin volviera a centrar su atención en mí. Se puso de pie y se inclinó sobre la mesa, sonriéndome.

—Sabes que no es justo para los demás que tengas esa voz, ¿no? Porque si no es el caso, estaría bien que lo supieras.

Me sonrojé y apreté las mejillas al mismo tiempo que sentía que mi ego se disparaba. Fin volvió a sentarse y levantó un dedo, con el cuerpo desbordante de una energía frenética.

—A cantar, joder —dijo.

Y canté.

Es un viaje de ensueño

que se parece a volver casa.
La carretera se abre ante nosotros
y me quito el cinturón de seguridad.
Si vamos a estrellarnos,
quiero romperme en pedazos.

35
TREINTA Y CINCO

NO SALÍ CAMINANDO DEL ESTUDIO DE GRABACIÓN, sino flotando. Sentía la euforia de algo que siempre parecía escapárseme de las manos: el éxito. Pero esta vez era diferente: sentía que podía aferrarme a esa sensación durante un tiempo. «Viaje de ensueño» iba camino a los productores, al estudio y a la actriz principal para que pudiera hacerse una idea de la música de la película, y, además, al final de la película iba a sonar con mi propia voz.

Cuando Fin y Lila se fueron, seguí a Asher a la piscina. No podía ocultar la sonrisa, y él no podía ocultar la forma en que me miraba. Capté su mirada mientras bajábamos las escaleras de piedra, una ceja levantada tras sus gafas doradas, apuntando en mi dirección bajo el sol que nos daba de lleno.

Asher se sentó en una de las sillas del jardín y señaló la que estaba vacía a su lado, para que me sentara con él. Sentía que la piel me ardía y lo último que quería era quedarme quieta. Dudé un instante y, después, con la vista clavada en él, me quité la camiseta de tirantes y los pantalones cortos. Me quedé en bikini delante de Asher, mientras él me miraba sin disimulo, con la boca apenas entreabierta. Lancé mi ropa hacia su pecho con aire juguetón y él la atrapó con una sonrisa. Mi cuerpo gritaba por dentro, y la tranquila piscina de color turquesa me parecía un lugar demasiado calmado para las llamas que me abrasaban el pecho. Entonces, le di la espalda a las aguas mansas y eché a correr.

El viento arenoso me golpeó el rostro mientras pasaba a toda velocidad junto a los frágiles tablones de madera que conectaban la mansión con la playa de Georgica. Dejé que la arena de las dunas me hiciera cosquillas en los brazos, mientras el calor me inundaba el pecho y una sonrisa cada vez más grande me iluminaba el rostro. Pisé la arena caliente y corrí hacia la orilla. Solté un grito fuerte cuando una ola embistió contra uno de mis hombros pálidos.

Me zambullí en el océano helado, para enfriarme de pies a cabeza. Al levantarme del agua, las olas frías me azotaron la piel. Era una descarga de adrenalina que no hacía más que acelerarme el corazón. Giré la cabeza hacia la orilla con las olas golpeándome la espalda. Asher estaba de brazos cruzados en la orilla, mirándome. Caminó hacia delante, plantando los pies descalzos

donde el agua hacía espuma en la arena.

—ESTO ME RESULTA FAMILIAR —gritó, negando con la cabeza, con una sonrisa cada vez más grande.

Porque claro que era familiar.

No podía evitarlo. Asher Reyes me hacía sacar mi lado más libre y audaz. Asher tenía la capacidad de espolvorear polvo de hadas sobre todos los objetos cotidianos y hacía que mi universo se abriera de par en par con su mirada lenta y profunda. Me hacía sentir como si estuviéramos atrapados en un país de las maravillas indómito, hiperbólico y lleno de luces de neón, un lugar en el que me atrevía a hacer cualquier cosa.

Durante esos dos últimos veranos en el campamento, siempre era yo la que se metía al agua primero. Salíamos a escondidas de nuestras cabañas y nos encontrábamos en el cenador, donde buscábamos algún rincón de tierra blanda donde tumbarnos. Nos quedábamos abrazados contemplando las estrellas. La forma en que hablaba del mundo me colmaba el espíritu. Cuando Asher se quedaba en medio de una frase, reflexionando sobre las maravillas filosóficas de la naturaleza, diciendo exactamente eso que me hacía querer sumergirme en cada rincón de su mente, yo inspiraba hondo y de pronto me ponía de pie como un resorte, y me lanzaba a correr descalza sobre la hierba mojada, cada vez más deprisa, mientras mi musa salía detrás de mí pisándome los talones. Me lanzaba al agua desde el muelle, de cabeza y totalmente vestida, bajo la cálida luz de la luna, y lo esperaba. Era el juego del gato y el ratón. Noche tras noche.

Y aquí estaba, dieciocho años después, metida hasta la cintura en el agua, con mis ojos verdes fijos en Asher. La sonrisa se le borró de los labios mientras se quitaba la camiseta, la arrojaba con fuerza hacia atrás y se metía en el agua, sin el menor sobresalto.

Las olas chocaron con su torso desnudo cuando se zambulló de cabeza. Se levantó justo delante de mí y sacudió el pelo negro azabache hacia mi rostro, como un perro. Lo empujé con un gesto juguetón, rozando con las manos su piel desnuda y húmeda. Vi cómo el agua salada bajaba por su mandíbula, sus labios y su pecho palpitante.

—El lago estaba más caliente —dijo sonriendo.

—Cobarde.

Le salpiqué el rostro y él saltó hacia mí, me rodeó la cintura con el brazo y me arrastró con él bajo una ola. Salimos a tomar aire, riendo, y me apoyé contra su hombro.

De repente, se oyeron unas risas a lo lejos. Dirigimos la mirada hacia la orilla, donde un niño de no más de cinco años correteaba por la arena mientras volaba lleno de alegría una cometa con forma de ballena.

—Qué ganas volver a esa época en la que volar una cometa representaba el mejor de día de tu vida —dije observando al niño.

—Antes de que el mundo nos atrapara —dijo Asher en voz baja, y un temblor de tristeza

resonó tras sus palabras.

Los ojos de Asher parecían haberse tragado una nube oscura, y mirando a ese niño, aquel preciso día, supe por qué.

Permanecimos de pie, hombro con hombro, sin decir nada mientras observábamos la sonrisa maravillada del niño. Finalmente, sentí los ojos de Asher en mí.

—Oye —dijo con voz suave. Me volví para mirarlo—. Creo que… —Se detuvo, indeciso, como si no quisiera alterar el ritmo de nuestros cuerpos en el agua—. Tengo la sensación de que alguna parte de este día no ha sido fácil para ti. No sé exactamente por qué, es decir, puedo suponerlo, pero si quieres hablar, aquí estoy.

Sentí que el pecho se me hundía. No estaba segura de si era el dolor de un mal recuerdo o sentir que el hombre al que una vez había amado estaba enamorándome otra vez. Tal vez fuera un poco de ambas cosas. Me quedé con la boca abierta mientras las olas se agitaban a mi alrededor. No sabía cómo pronunciar las palabras. Aunque lo que había ocurrido aquella tarde en el estudio me había dejado exaltada, y llena de valor y osadía, había una parte de mi pasado que seguía pareciéndome demasiado delicada para mostrársela. Inhalé el aire salado y Asher inclinó la barbilla.

—Lo mismo te digo a ti —dije, casi sin querer.

—¿Cómo? —preguntó ladeando la cabeza, confundido.

—Sé lo que significa este día para ti. Si quieres hablar del tema, yo también estoy aquí.

Se pasó la mano por la mandíbula y desvió la vista. Hoy era el cumpleaños de su hermano muerto. Catorce de julio. Su hermano debía cumplir treinta y ocho años. En cambio, era un peso en su pecho. Yo sabía que el cumpleaños de su hermano era la razón por la que había volado a Los Hamptons para pasar el fin de semana. Era la razón por la que había reunido un equipo en un estudio de grabación un domingo. Odiaba quedarse en silencio con su propio dolor en este día tan doloroso. Por extraño que pareciera, también fue una de las razones por las que había podido cantar aquella tarde, cuando lo que más quería hacer era arrumbarme contra el suelo. El hermano de Asher iba a tener siempre diecisiete años. Yo estaba viva y tenía la capacidad de ponerme en pie y superar mi propio trauma. Me negaba a quedarme estancada en un momento del pasado cuando tenía toda una vida por delante.

Después de aquel día del segundo año de campamento, cuando supe lo del hermano de Asher, los catorce de julio siguientes transcurrieron de la misma manera: no me separaba de él hasta que salía el sol al día siguiente. Me pregunté si este día sería igual.

—¿Te acuerdas? Te acordaste de que hoy es su…

Se interrumpió y me miró con los ojos muy abiertos.

El dolor y la nostalgia se me agolparon en la garganta al abrir la boca.

—Es imposible que me olvide de algo de ti —le dije.

Inclinó la cabeza hacia mí y se acercó un poco más.

—¿Quieres olvidar? —me preguntó con voz suave. Negué con la cabeza—. Yo tampoco —dijo, soltando un suspiro con todo el cuerpo.

El agua le goteaba por los labios entreabiertos, tenía los brazos a los lados y las palmas de las manos hacia mí. Si lo deseaba, era suya. Si quería envolverme en su cuerpo, podía hacerlo. Contemplé mi figura reflejada en sus gafas doradas: el bikini azul ceñido a mi cuerpo mojado, los rizos largos chorreándome agua por el pecho. Parecía una fotografía antigua de mí misma, como si estuviera viva dentro de un sueño real, con el corazón latiéndome fuera del pecho. Las olas rompían una y otra vez contra nuestras espaldas desnudas, pero no nos atrevíamos a movernos. Me miré los dedos temblorosos, como si estuviera perdiendo terreno firme por no aferrarme a él. Asher tragó saliva y se quitó las gafas de sol. Sus ojos reflejaban deseo y ternura a la vez, y vi cómo recorrían cada una de las líneas de mi rostro.

Di un paso audaz hacia él. Estábamos a escasos centímetros, su cuerpo me protegía de las olas. Llevé una mano a su barbilla y pasé un dedo tembloroso por la pequeña cicatriz blanca que la cruzaba. Cerró los ojos al sentir mi mano y entreabrió la boca. Le rodeé la nuca con la mano, aferrándome a un terreno cálido, familiar y firme. Di un paso adelante, dejando que mi pecho acelerado golpeara contra el suyo. Él mantuvo los ojos cerrados un momento, como si la maravilla de nuestros cuerpos apretados el uno contra el otro fuera demasiado, como si hubiera superado su capacidad de activar los demás sentidos.

El aire se espesó entre nosotros con el calor que desprendían nuestras bocas, muy cerca la una de la otra, pero nuestros labios no se movían. Cuando abrió los ojos, sentí cómo su pecho se estrechaba contra mí. Su mano subió por la curva de mi cuello, provocándome un estremecimiento en todo el cuerpo. Enredó los dedos en la parte posterior de mis rizos húmedos, con los ojos clavados en mis labios.

Lo único que podía hacer era atraer su boca a la mía. El sabor del agua salada en nuestros labios desapareció bajo nuestras lenguas calientes. Nos abrazamos cada vez más fuerte dentro del agua fría; nuestros cuerpos vibraron al contacto. Asher Reyes me encendió el cuerpo como si fuera una ráfaga de fuegos artificiales bajo una tormenta. En cierto modo, fue muy parecido a nuestro primer beso. En lugar de un muelle sobre el lago, había un mar, pero la pasión y el romance se agitaban en mí de la misma manera. Besar a Asher Reyes fue como dejar salir chispas de mi interior. Fue una sensación muy parecida a «al fin te he encontrado». Excepto que esta vez, sabía lo que se sentía al dejar ir a alguien.

No quería dejarlo ir.

36
TREINTA Y CINCO

POCO DESPUÉS, MI ESPALDA MOJADA DABA CONTRA la pared tapizada de la soleada cabaña de la piscina. El dormitorio de invitados estaba pintado de blanco sobre crema y tenía vistas al mar. Quería destrozarlo todo con Asher pegado a mi cuerpo. Me besó con fuerza y yo lo besé con más fuerza aún. Le aferré el pelo empapado, tirando de él para acercarlo, mientras lo sentía estremecerse contra mí. Cuando sus labios se separaron de los míos, levanté la vista hacia el techo y sentí su boca tibia alrededor de la oreja, lo que me provocó una oleada de calor. Volvió a mi boca mientras me acariciaba las costillas, hasta llegar a la parte de arriba del bikini. Me besó la arena de la clavícula hasta que su boca tocó la tela delgada que separaba mis pechos de sus labios. Le dio un tirón a uno de mis pezones a través de la tela fría y húmeda, lo que me hizo flaquear las rodillas. Me desató el bikini por la espalda y lo tiró al suelo con delicadeza. Antes de que pudiera recuperar el aliento, su boca cálida encontró mis pechos y me besó bajando por las costillas hasta el hueso de la cadera, y me mordió el interior del muslo mientras yo me apoyaba contra la pared, sujetándole el pelo con manos temblorosas. Me miró, apartando levemente la boca justo cuando se acercaba al borde del bikini.

—Estás temblando —dijo.

Me miré las piernas, que no paraban de moverse. Todo mi cuerpo tiritaba. No sabía cuánto tiempo habíamos estado en el mar, pero tenía la sensación de que nos habíamos besado hasta que se nos había entumecido la boca, y quizá también mi cuerpo.

Subió despacio hasta mi rostro, con las manos a ambos lados de mis brazos: piel fría y húmeda contra piel fría y húmeda.

—Ven aquí —dijo contra mis labios agrietados.

Solté un suspiro cuando entrelazó los dedos en los míos y me condujo hasta una chimenea de piedra en un rincón del dormitorio. Pulsó un botón en la pared. De repente, pestañeé ante una llama resplandeciente y sentí que el fuego me derretía la piel fría y húmeda, al mismo tiempo que me derretía por dentro. Asher pulsó otro botón y las gruesas cortinas se cerraron, convirtiendo en oscuridad la intensa luz de la tarde.

Pasó con fuerza las manos por mis brazos, contemplando cómo me ablandaba mientras el fuego se encendía en sus ojos ámbar. Era la forma en que me miraba, desde todos los ángulos, lo que hacía que cada centímetro azulado de mi cuerpo se templara. Apoyé la mano en su torso húmedo y palpitante, y le recorrí con las uñas el vello bronceado de su pecho color aceituna. Bajé la mano por un lado de la profunda línea en V de la base de su estómago, y seguí bajando hasta que mi mano quedó debajo de su bañador. Rodeé su pene con los dedos mientras él se mordía el labio, tragando con fuerza. Tiré del elástico con la otra mano y sus ojos no se apartaron de los míos mientras se quitaba el bañador, con su pene palpitante dentro de mi mano y mi pecho desnudo apretado contra él. Me rodeó por la cintura y su lengua caliente me llenó la boca.

Retrocedimos y nuestros cuerpos chocaron con otra pared: la cerámica cálida de la chimenea. Me agarró una muñeca y me apartó la mano de su cuerpo, inmovilizándome los brazos por encima de la cabeza, sujetándome las muñecas contra la pared mientras me besaba con fuerza. Me mantuvo las manos por encima del cuerpo mientras su lengua buscaba la curva de mi cuello y bajaba alrededor de mis pechos, hasta que los metió de lleno en su boca, con el pezón entre los dientes y mi cuerpo retorciéndose sin poder moverse. Siguió bajando hasta encontrar la tela del bikini. El calor de su boca en mi interior me hizo gemir hacia el techo, con la espalda arqueada contra la pared y los brazos desesperados por soltarse. Me soltó las muñecas y hundió un dedo en mi interior. Me sentí húmeda y caliente ante su caricia, y se me aceleró el corazón. De repente, sacó los dedos y me quitó la parte inferior del bikini, dejándome totalmente desnuda, mojada y jadeando a la luz del fuego. Me besó el interior del muslo y luego me miró con una sonrisa.

Se incorporó y me besó la boca, dejándome con ganas de que volviera a arrodillarse y terminara lo que había empezado. En cambio, me rodeó la cintura con sus manos fuertes y me levantó en brazos, haciéndome girar hasta el borde de la cama. Antes de que pudiera respirar, me separó las piernas con el rostro y me metió la lengua caliente. Clavé las uñas en las sábanas de seda, en llamas. Arqueé el cuello para mirarlo. Levantó la vista y me miró con los labios entre mis muslos. Puso las manos con firmeza contra mis muslos, apretando mi cuerpo tembloroso contra la cama. Junté los omóplatos mientras un calor abrasador me envolvía por dentro, y empecé a gemir repitiendo su nombre hacia el techo, viendo manchas doradas con los ojos cerrados.

Jadeando me llevé la mano al pecho, que me latía desbocado, como intentando evitar que se me saliera del cuerpo. Me besó con suavidad el hueso de la pelvis y fue subiendo con los labios por mi vientre, mi clavícula, mi garganta, encendiendo pequeñas hogueras en mi piel hasta que apoyó la boca con ternura en mis labios. Levantó la cabeza y su sonrisa apareció sobre mi rostro. Volvió a besarme, cálido y con sabor a sal, piel contra piel, su pene duro contra mi pierna.

—Voy a buscar un preservativo —me dijo al oído.

Me incorporé en la cama para observar su cuerpo desnudo y perfecto, que se alejaba como si

fuera una foto de portada de *Men's Health*. Admiré las líneas definidas de su torso color aceituna, sus pantorrillas de corredor, la línea profunda desde la pelvis hasta el pene, todo su cuerpo bañado por la luz de las llamas. Un momento después, volvió del cuarto de baño, abrió el envoltorio del preservativo con los dientes y se lo puso.

Su boca volvió a encontrar la mía y con el cuerpo hizo que mi cabeza cayera sobre el edredón. Se despegó de mis labios y me miró en silencio unos instantes. Me quitó un rizo del rostro y mantuvo la mano en una de mis mejillas. Tenía la mirada suave y profunda, como si supiera que estaba a punto de sumergirse en un lugar cálido y seguro, pero aun así no pudiera creerlo.

—Hola —me dijo.

Abrí la boca para responderle, pero su cuerpo temblaba contra el mío, tan fuerte y maravilloso que no pude emitir ningún sonido. Puso unos ojos como platos y me miró. Se me atascaron las lágrimas en la garganta y sentí un ardor en los ojos.

—Hola —solté con lentitud, mientras que él me secaba con el pulgar una lágrima que me caía por el rabillo del ojo.

Sonreí, con el pecho a punto de estallar. Me pregunté si este momento, este preciso momento, era el sentido de todo el dolor y toda la angustia anterior; si esta era la salida, el giro que había estado esperando: una vida con Asher Reyes. Él era lo contrario a cualquier esfuerzo. Estar en sus brazos me hacía sentir que ya no hacía falta esperar nada. Era como un bumerán: me había dejado años atrás y su ausencia había sido como una inspiración brusca; su regreso era un suspiro. Ahora ya podía respirar.

—Guau —dijo, enterrando el rostro en mi cuello caliente mientras se movía sobre mí, adelante y atrás, duro, caliente, perfecto.

Volvió a mirarme a los ojos, me besó con ternura y nos dio la vuelta para que yo quedara encima de él. Sonreí. *Siempre le gustaba que estuviera encima.*

—¿Qué? —preguntó con timidez.

—Me alegra ver que algunas cosas no han cambiado —dije, levantando las cejas.

Me puse encima de él con soltura mientras sus manos se apretaban contra mis caderas. De repente, se incorporó y presionó la boca contra mi oreja.

—Date la vuelta —me pidió.

Me hizo girar, y sentí los latidos acelerados de su corazón sobre mi espalda. Me rodeó los pechos con un brazo y me acercó la espalda a su pecho mientras me presionaba el clítoris con un dedo y se introducía dentro de mí. Sentí que mi respiración se aceleraba.

—Bueno, esto sí que es nuevo.

Solté un suspiro con los ojos fijos en el ventilador del techo, hasta que, de repente, ya no vi nada. Sentí que mi cuerpo se tensaba excitado y húmedo contra su pene, que me recorría una oleada de calor y que él me acercaba más a su pecho mientras acababa.

Apoyé la cabeza en la curva de su cuello. Mi piel húmeda contra la suya era como encontrar la pieza perdida de un rompecabezas. Era casi como si los últimos dieciocho años no hubieran sido más que un mal sueño.

Casi.

37
DIECISIETE

—MI MADRE ME VA A MATAR —DIJE sonriendo de oreja a oreja.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —me preguntó Asher, levantando una ceja.

Negué con la cabeza mientras dejaba caer la mandíbula.

—No te estarás acobardando, ¿no? No puedo creer que haya conseguido un carné falso para nada —refunfuñé.

Asher me miró con decisión y, con los ojos iluminados por la luz de las farolas, me cogió de la mano y atravesamos las puertas del único lugar que todavía estaba vivo en aquel centro comercial desolado: el local de tatuajes.

No era de extrañar que todo eso hubiera sido idea mía. Unos meses atrás, en una de nuestras conversaciones telefónicas nocturnas, se me había ocurrido que debíamos llevar algo artístico en el cuerpo.

—Deberíamos hacernos tatuajes a juego —sugerí, de pasada, sin pensarlo demasiado.

Me parecía algo que dos personas que se querían con locura harían, como una promesa de amor eterno sin rabino. Sabía que Asher no era de los que se dejaban llevar por un reto que le dejaría una marca permanente; era obvio que se echaría a reír al otro lado de su nuevo teléfono móvil. En cambio, lo que siguió fue un largo silencio, en el que podía oír su respiración a miles de kilómetros.

—¿Qué te parece la luna? —dijo por fin. Entonces, fui yo la que se quedó en silencio. Abrí los ojos, mientras una sonrisa se me dibujaba en los labios y la idea de compartir un tatuaje con mi persona favorita se convirtió en lo único en lo que podía pensar.

Como consejeros juveniles, ese verano podíamos usar el coche del campamento los fines de semana, y los dos pedimos tener libre el mismo sábado por la noche para poder llevar a cabo nuestro delito inofensivo. Fuimos al local de tatuajes en silencio, con las manos entrelazadas. El silencio del bosque que nos rodeaba espesaba el aire. Se acercaba el final del campamento, y si alguno de los dos sacaba el tema, nos romperíamos.

Asher insistió en ser el primero, sobre todo, porque sabía que no me gustaban nada la sangre y

las agujas.

—¿Puedo cogerte de la mano? —le pregunté, mientras me sentaba en el taburete junto a la silla de trabajo y se la cogía antes de que pudiera responderme.

No me quitó los ojos de encima en ningún momento, sin mostrar el menor atisbo de dolor, mientras la aguja inyectaba tinta oscura en la parte inferior de sus bíceps perfectos y firmes.

—¿Por qué la luna? —me preguntó la tatuadora al bajar la aguja y dejar a la vista una luna llena preciosa, negra y gris. Era pequeña, pero parecía real, como si pudiéramos vivir allí.

—Quiero ser mucho más que la luna en tus huesos —dijo Asher, sin apartar los ojos de los míos.

—Qué bonito, ¿de dónde es eso? —preguntó la tatuadora.

Volvió a levantar la aguja y repasó algunos puntos en un gris más claro.

—Es una canción que escribí —dije mientras apretaba con más fuerza la mano de Asher.

Unos minutos más tarde, después de cubrir el tatuaje con un plástico, la tatuadora inclinó la cabeza hacia su obra y una sonrisa apareció en sus labios.

—Listo, Romeo. —Asher levantó el brazo, admirando la luna con una sonrisa serena—. ¿Dónde quieres la tuya, Julieta? —Me levanté la camiseta de tirantes y me tracé un círculo pequeño en el lado derecho de las costillas—. ¿Estás segura? Es directamente sobre el hueso y la piel es muy fina allí; uno de los lugares más dolorosos para que pase la aguja.

Quiero este amor de verano grabado en piedra.
Quiero ser mucho más que la luna en tus huesos,
porque cuando estoy en tus brazos
una galaxia cobra vida en la noche.

Amar a distancia duele en los huesos. Esa era la cuestión.

—Quiero hacérmela aquí —dije, manteniendo el dedo presionado sobre las costillas mientras la canción me resonaba en los oídos y sentía que la letra me desgarraba.

Asher inclinó la cabeza en mi dirección al notar que los ojos se me inundaban como si los cubriera la marea: un dolor que había reprimido toda la semana. Se inclinó hacia delante y me cogió las manos.

—¿Qué pasa?

—Odio esto —solté, y las lágrimas me corrieron por las mejillas.

La tatuadora abrió los ojos con sorpresa y apretó los labios. Con paso sigiloso, se fue al fondo del pequeño estudio, porque claramente no quería meterse en medio de una crisis adolescente.

Asher me acarició la mejilla húmeda y me acercó la frente a la suya.

—Mags, tenemos dos noches más. No hagamos esto hasta que sea el momento.

Le temblaba la barbilla.

—No quiero hacer esto nunca —susurré.

—Yo tampoco.

La tatuadora volvió a su taburete, con la plantilla morada de la luna en la mano.

—¿Ya habéis acabado con vuestro momento *Armagedón* o necesitáis unos minutos más?

Me sorbí las lágrimas y cambié de asiento con Asher. Me apretó ambas manos porque sabía que mi umbral de dolor era muy bajo.

—No merece la pena llorar por un chico —dijo la tatuadora, dirigiéndole a Asher una sonrisa desdeñosa antes de volverse hacia mí. Asher la miró con los ojos empañados.

La miré con dulzura, con comprensión, y observé su perfil endurecido, el mismo perfil de mi madre. Esta tatuadora o bien nunca había conocido a un chico por el que mereciera la pena llorar, o bien se había asegurado de nunca volver a ponerse de rodillas por alguien. Lo único que yo sabía era que Asher Reyes merecía cada lágrima que tenía atascada en la garganta.

La tatuadora se inclinó sobre mis costillas, colocó la plantilla sobre mi piel y humedeció el otro lado. Presionó la platilla, la secó y la retiró, sonriendo ante la imagen: una pequeña luna púrpura provisional que se volvería gris, negra y preciosa. Apuntó la aguja al aire con aire sádico.

—Guárdate el llanto para lo que esta cosita está a punto de hacerte.

Contuve las lágrimas. Sentí que el cuerpo se me adormecía, preparándose para lo que iba a arrastrarme en dos días. Asher y yo habíamos aprendido a despedirnos, pero esta vez la despedida parecía un signo de interrogación, en lugar de unos puntos suspensivos.

38
TREINTA Y CINCO

ASHER ME ACARICIÓ EL COSTADO CON el dorso de la mano, pasando los dedos por mi tatuaje, mientras me abrazaba el cuerpo con las piernas. No podía distinguir si era medianoche o estaba amaneciendo. Teníamos la piel impregnada de sal y enrojecida; los cuerpos enredados en las sábanas de seda. El estómago me rugía, recordándome que había quemado miles de calorías encima y debajo de Asher y que no había comido absolutamente nada.

—¿Cómo te gustan los huevos? —me preguntó, con la boca pegada a mi oreja.

—Fritos —dije contra su labio superior, mientras le pasaba los dedos por el pelo.

Me dio un beso fuerte y rápido y se bajó de la cama guiñándome un ojo.

Contemplé su cuerpo desnudo, que se inclinaba sobre un bolso de cuero Louis Vuitton. Sacó unos calzoncillos de algodón y se los puso sobre sus glúteos tonificados. Pulsé el teclado que estaba junto a la cama para abrir las persianas. Un amanecer púrpura iluminó la habitación. Era de día.

Sonreí como una niña aturdida y me tapé con el edredón sintiendo las mejillas enrojecidas, como si fuera la primera vez que veía a otra persona desnuda.

Horas después, mientras me acompañaba al coche para despedirme, me estrechó contra su pecho para darme un último beso. Nuestros labios se separaron y permanecimos con la frente pegada ante el coche de Summer en el jardín delantero.

—¿Hay alguna posibilidad de que no quieras irte? —me preguntó sonriendo.

Quiero quedarme para siempre.

—No es que quiera irme, pero mis partituras, mis letras, mi guitarra… todo está en la ciudad —le respondí con un suspiro, odiando ser tan racional—. Y no me queda mucho tiempo precisamente para entregarte algo perfecto.

Con suavidad, me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Me parece bien. Vuelvo el viernes. Mi coproductor está organizando algo en su casa de Brooklyn. Van a estar varios de los que participan en *Al otro lado*. —Me estrechó más contra su cuerpo—. ¿Quieres ir conmigo? ¿A charlar, conocer gente del mundo de la música? Raini va a ir,

y estaría bien que os conocierais.

Estuve a punto de decir que sí, pero dudé al escuchar en mi cabeza las palabras de mi representante, un recordatorio de que mi carrera estaba en manos de Asher. Con la misma rapidez con la que Asher me había concedido mi sueño, también podía quitármelo.

—¿Te parece buena idea? —le pregunté.

—¿Qué quieres decir?

Cambié de posición, incómoda por el rumbo que estaba tomando la conversación, por mostrar desconfianza hacia un hombre en el que siempre había confiado plenamente.

—No sé si deberían vernos juntos en público… o si es una buena idea mientras trabajamos juntos. Es que… —me interrumpí y me quedé callada al notar la forma en que juntaba las cejas.

Estaba visiblemente dolido y tenía todo el derecho a estarlo. Lo había besado en el agua, lo había acercado a mí, le había quitado la ropa igual que él me la había quitado a mí.

—Bueno, parece que sí te representa la mejor.

Pateó la grava bajo sus pies, y mantuvo la vista hacia el suelo. Le cogí la mano, pero no cerró los dedos.

—Tengo todas las de perder con esto, Asher.

—¿Y qué te hace pensar que yo no? —Me miró de frente, esperando mi respuesta.

—Asher, tú triunfaste. Ganaste un Óscar. Tienes toda una carrera en la que apoyar tus decisiones. Yo no tengo nada. ¿Qué pasa si seguimos adelante y esto no funciona, y tú…?

—¿Y yo qué? ¿Arruino tu carrera por despecho? ¿En serio? Esta película te va a lanzar al mundo. Con o sin mí en la cama, lo vas a lograr, Maggie Vine.

—No tienes que decirlo de esa manera.

—¿De qué otra forma te gustaría que lo dijera? —Cogió mis brazos y me sujetó con firmeza para que sus palabras me calaran hasta los huesos y me las creyera—. Lo vas a lograr. Me encantaría estar a tu lado cuando eso pase, pero jamás haría nada para impedir que te vaya bien si a mí no me va bien. No sé cuántas veces tengo que decirte esto, pero tu éxito en esta película es un éxito para mí. Te contraté por una razón, y nadie más va a ocupar tu lugar. Sé que tienes el mejor equipo, y sé que has oído historias terribles, pero, Mags, no te quitaría esto por nada del mundo.

Quería decirle la verdad, que no solo había oído historias terribles, sino que había vivido una. Pero la idea de que alguien que estaba tan dentro de mi alma me hiciera daño, la idea de que Asher Reyes me traicionara, me parecía imposible. Había intentado hacer a un lado la esperanza para poder centrarme en la realidad, y era posible que creer en la buena naturaleza de Asher fuera demasiado optimista, pero confiar en él me parecía más realista que esperanzador.

—Mags, hace mucho tiempo que intento ocultar lo que siento. Hay algo en ti, en la forma en que siempre me has hecho sentir, en la forma en que me haces sentir… Ayer, en el mar, me sentí

más vivo que en los últimos veinte años.

Lo miré con unos ojos como platos.

—¿Por qué no pasó esto antes? —le pregunté, con la voz entrecortada por el pesar.

Asher bajó la mirada a las manos mientras buscaba las palabras.

—No sabía si a ti te pasaba lo mismo que a mí. Pero después, todo encajó con esta película, y sentí que era una ventana que podía abrir.

—Y si esa película no hubiera salido como salió, exactamente cuando salió, ¿estaríamos aquí tú y yo?

Me miró a los ojos.

—Te habría buscado, porque la pregunta me estaba matando —dijo sin vacilar.

Di un paso adelante y puse las manos en su cintura, mirándolo a los ojos.

—Siempre fuiste especial para mí. Lo sabes. Eso nunca cambió —le dije.

Soltó un suspiro y con una sonrisa me atrajo hacia él. Le eché los brazos al cuello mientras el aire de mar se arremolinaba sobre nosotros. Se me dibujó una sonrisa tonta en el rostro. Tuve la sensación de soltar algo y aferrarlo a la vez, como si cada pieza encajara en su sitio.

***

Más tarde, seguía con la misma expresión mientras Summer me llevaba de vuelta a la ciudad. Por lo general, mi amiga era una conductora agresiva, pero esta vez avanzábamos despacio porque su atención estaba dividida entre la carretera y mi relato.

—¿Le ha crecido el pene desde la última vez que lo viste? —me preguntó mientras pasábamos por delante de un puesto de verduras.

—Summer.

—¿Qué? A mí no me dejaron de crecer los pechos hasta los veintiuno. ¿Cómo voy a saber si los penes funcionan igual?

—En ese entonces, tenía un pene estupendo, y ahora sigue igual de estupendo.

—Uf, qué aburrida. Quiero los detalles sucios.

Me moví en el asiento, sintiendo la vagina dolorida y palpitante, como un recordatorio de la acción de la noche anterior. Llevaba cuatro meses sin follar. Claramente, tenía sus ventajas, pero andar a paso de bebé no era lo mío.

—Bueno, tal vez lo tiene un poco más grueso —concedí. Summer hizo un gesto como si fuera a vomitar, y le di una palmada en el brazo mientras su sonrisa se convertía en una carcajada—. Te odio —le dije.

—Lo sé, soy la mejor. ¿Hablasteis de lo que pasa entre vosotros?

Desvié la vista hacia la ventanilla empañada, observando los campos de maíz bajo el

resplandor del cielo de una tarde despejada. La respuesta no era ni sí, ni no. Tenía la esperanza de que no sintiéramos la necesidad de definirlo, porque estaba más claro que el agua que significaba mucho para los dos. Habíamos sido la clase de adolescentes que se decían «te quiero» antes de ponerse una etiqueta. Éramos personas de sentimientos profundos, nos dejábamos guiar por lo que nos dictaba el corazón, y yo tenía la certeza de que esta vez no iba a ser diferente.

—Algo así. Creo que pasa algo… grande.

—¿Grande como su pene? ¿Cómo de grande? —Summer hizo un gesto con los dedos y le di una palmada en la muñeca. Volvió a posar la mano en el volante con un chillido—. Me encanta esto —dijo.

—Tienes demasiada serotonina, es perturbador —dije.

Summer sonrió justo cuando sentí vibrar mi teléfono. Las dos bajamos la vista y, al instante, el nombre de Garrett en la pantalla de bloqueo hizo que el aire jocoso que respirábamos se esfumara. Pulsé «Ignorar» y me hundí en el asiento, sintiendo que el resentimiento se apoderaba de mí.

—¿Cómo puede ser que los hombres se den cuenta? —pregunté con amargura.

—¿A qué te refieres?

—Se dan cuenta. Los hombres saben cuándo estás a punto de pasar de página y se abalanzan sobre ti para recordarte que siguen existiendo. Tienen un sexto sentido rollo «se está acostando con otro y es feliz».

—Hazte lesbiana. Seguimos siendo amigas de nuestras ex, como una gran familia pasivo-agresiva feliz.

—Qué tentador.

Miré por la ventanilla los campos donde pastaban caballos y tuve la sensación de que me oscurecía. El nombre de Garrett era una pincelada de pintura negra en mi corazón resplandeciente, y odiaba tener tan poco control sobre el efecto que producía en mí.

—De todos modos, ¿quién es Garrett? —dijo Summer, tratando de devolverle la alegría a mi rostro—. Por cierto, puedes quedarte conmigo el resto de la semana, si quieres —añadió.

Summer mantenía la mirada al frente y tamborileaba con gesto despreocupado sobre el volante. Yo sabía lo que estaba haciendo, y ella sabía que yo lo sabía. Estaba dando vueltas. Summer quería que me quedara en su apartamento una semana más para que le sirviera de amortiguador para el futuro que estaba a punto de complicarse entre ella y Valeria. Estaba desesperada por encontrar una excusa para no tener LA conversación con su esposa.

—¿Cuándo vuelve Valeria? —le pregunté con cautela.

Summer se puso tensa.

—Mañana por la tarde.

—Tal vez debería dejarte en paz esta noche. —Solo me quedaba esperar que los paparazis se

hubieran cansado de no verme en la entrada de mi casa—. ¿Vas a hablar con Valeria sobre…?

—No lo sé —dijo Summer, respondiendo a mi pregunta antes de que pudiera salir por completo de mis labios. Dejó salir un suspiro forzado mientras frenaba al entrar en un atasco en la 27—. No lo sé —repitió.

Solo hacía una semana que le había envidiado cada faceta de su vida. Era fácil y luminosa, con un mundo de oportunidades al alcance de la mano. Y ahora, se encaminaba a la confusión y la angustia, tal vez incluso a un callejón sin salida. Sentí el aroma de la pomada de lavanda de Asher en mi camisa, como si fuera mi línea de meta. Mi cuerpo luchaba como un demonio por llegar al semáforo en verde, mientras Garrett tiraba hacia atrás. Había logrado que los besos de Asher me arrancaran del cuerpo la angustia por Garrett, pero no era una cura instantánea. «¿Qué hubiera pasado si…?» era una pregunta que nunca iba a desaparecer de mi vida. ¿Qué hubiera pasado si Asher Reyes y yo nunca nos hubiéramos separado? ¿Qué hubiera pasado si Garrett Scholl y yo nos hubiéramos besado la noche de mi vigésimo cuarto cumpleaños? ¿Qué hubiera pasado si Cole Wyan no hubiera ido a mi concierto en el Bowery Electric hacía cinco años? ¿Qué hubiera pasado si…?

Un bocinazo interrumpió mi oda al camino no elegido. Summer soltó la mano del claxon y esquivó al BMW que se incorporaba a nuestro carril. Sonreí, aliviada de ver que la normalidad había vuelto al interior del coche.

—Tienes un mensaje —dijo Summer, mirando mi teléfono.

Contuve la respiración, preparándome para lo peor mientras bajaba la vista hacia la pantalla como si fuera una película de terror. Exhalé con alivio al ver que era un mensaje de Asher.

> No estoy pensando en ti en lo más mínimo, xx.

El corazón me dio un salto y se me dibujó una sonrisa tonta en el rostro. La línea de meta estaba a la vista. Podía vivir sin mirar el retrovisor. No solo vivir: podía volar. Por primera vez en mucho tiempo, lo que estaba pasando superaba a los qué hubiera pasado.

39
TREINTA Y CINCO

ME ESCONDÍ DETRÁS DE UNA COLUMNA Y eché un vistazo a los alrededores de mi pequeño y acogedor edificio de cinco plantas. Hasta donde podía ver, no había ningún paparazi a la vista, pero, por si acaso, corrí hacia el edificio como si fuera a rescatar a alguien de un incendio.

Me pasé toda la semana en mi apartamento, viendo salir y caer el sol mientras me apresuraba a terminar el resto de las canciones de la película. El jueves por la noche, ya odiaba tanto la canción del final como el final de la película, y me daba cuenta de por qué me había puesto en contra de mi heroína: tenía el corazón demasiado sensible para exponerlo. Creo que Asher se dio cuenta de que me estaba volviendo loca porque critiqué sus arcos argumentales y sus decisiones creativas, algo que nadie debe hacerle jamás a un guionista/director que tiene un guion cerrado con un estudio. Tenía los dedos hinchados y casi sangrando por las cuerdas de la guitarra, y sentía la mente del mismo modo: inflamada por la música y las letras de las canciones.

—Estás perdiendo la perspectiva —me dijo Asher por FaceTime.

No se equivocaba. Había pasado de defender a Yael, la protagonista de nuestra película, a ponerme en contra de sus decisiones. Yael ansiaba mudarse de planeta por un hombre que no cometería ni un solo delito para estar con ella. Quería poner su vida patas arriba por alguien que tenía demasiado miedo para seguirla. El desamor siempre ha alimentado mi arte. El hecho de casi haber tenido sexo con Garrett en su propia fiesta de compromiso debería haber inspirado algunas de mis mejores letras. En cambio, me había asfixiado. Construí una habitación del pánico en mi cabeza, dentro de cuyas paredes acolchadas solo podía estar Maggie Vine con buenas energías para aferrarme a un futuro luminoso con Asher, no podía quedarme rumiando sobre el momento en que el cuerpo de un hombre que no estaba disponible se estremecía con fuerza contra mí mientras los fuegos artificiales iluminaban la noche. Pero estaba sosteniendo un pincel, me pagaban por usar la paleta de colores de otra persona. Mi trabajo era pintar tonos brillantes y esperanzadores para un futuro en el que no creía. *No todo el mundo termina con su Garrett.* Darle a Yael ese tipo de final feliz me obligaba a llorar uno de los peores finales de mi vida. Yael tenía que terminar junto a ese hombre, junto a su Garrett. Al final, él logra estar a la altura de la

situación, y el clímax de la película me pareció totalmente lógico la primera vez que leí el guion. Incluso rompí a llorar, agarrándome el pecho. Pero, al releer el guion después de la fiesta de compromiso, odié a Yael por aferrarse a la esperanza; comparé su actitud con la de adorar a un dios falso.

Estaba sentada en la cama sacando fideos de sésamo fríos de un envase de comida para llevar y llevándomelos a la boca acompañados de café tibio mientras me escuchaba con desagrado cantar la última canción en mi teléfono. De pronto, llamaron a la puerta. Arrugué las cejas, me recogí el pelo en un moño desordenado y bajé de un salto de mi cama diminuta. Pasé por el hueco entre la estantería de discos y el marco de la cama y, al abrir la puerta, casi me atraganté con los fideos de sésamo y cacahuete que tenía en la boca.

Asher estaba en la puerta y parecía un póster de una película. Hasta tuvo la desfachatez de apoyarse contra un lado del marco, con las gafas de aviador metidas en el cuello en V.

—Hola —dijo.

Con los ojos pesados, parpadeé para enfocar, sin estar totalmente segura de que no fuera un espejismo (una combinación de falta de sueño y cafeína) o de que ese hombre que tenía delante fuera, de hecho, real.

Era real y yo era un auténtico desastre. Me limpié la pasta de sésamo de las comisuras de los labios, horrorizada, y eché un vistazo a los platos sucios apilados en el fregadero.

—Pensé que volvías mañana —le dije.

Contuvo una sonrisa, viéndome coger sin disimulo un sujetador del suelo y guardarlo bajo el edredón revuelto.

—He venido a salvarte de ti misma.

Crucé los brazos sobre mi camiseta holgada manchada de vino.

—¿Ah, sí? —respondí, en tono divertido.

—Me preocupa que, si dejo pasar un día más, declares que ya no sabes escribir música. He estado donde tú estás ahora: demasiado metido en el material. Lo que necesitas es salir de tu burbuja.

Sonreí, contemplando su sonrisa suave, sus pómulos perfectos.

—¿Me vas a dar un beso o qué? —le pregunté.

Levantó las cejas y las comisuras de los labios, y luego me llenó la sonrisa con su lengua; por suerte, el sabor a menta fresca se impuso al de la comida china del día anterior. Giramos hacia la cama y nuestras bocas apenas se separaron cuando caímos sobre el colchón. De repente, sentí algo frío y húmedo en la mejilla. Me llevé la mano a la cara y vi que tenía la mitad del cabello nadando en un lecho de fideos con sésamo.

—Joder… —gruñí, quitándome un puñado de fideos del cabello.

Asher me quitó un fideo de la mejilla y se incorporó, tendiéndome los brazos. A

regañadientes, dejé que me levantara. Con una sonrisa, dio un paso atrás y se quitó la camisa. Después, los vaqueros. Después, los calzoncillos. Desnudo, entró en el cuarto de baño. Torcí el cuello para verlo abrir la ducha.

—¿Vas a venir o qué? —me preguntó.

***

Una hora después, me vestí y dejé que mi cabello ondulado se secara al aire y que el rosado natural de mi rostro contara como maquillaje. Asher me pidió que llevara la guitarra y el cuaderno de canciones, así que, con ambas cosas en la mano, me asomé desde el coche mientras nos acercábamos a la puerta de Teterboro. Asher tecleó un número en la cabina y, un minuto después, subíamos las escaleras de un elegante avión privado.

Cuando nos sentamos uno al lado del otro, los dos únicos pasajeros en un avión pensado para ocho personas, una simpática auxiliar de vuelo nos sirvió una copa de champán bien frío. Observé los asientos de cuero color gris claro y los detalles de madera color crema, con mantas Hermès en el respaldo de cada asiento. Por un momento, intenté mantener la boca cerrada, actuar como si hubiera estado en un lugar así antes, pero nunca había estado en un lugar así. Me entregué al placer de disfrutar de lo que es capaz de hacer el dinero, y tuve que abrir la boca ante una nube de niebla espesa que salió del suelo (vapor de agua provocado por la mezcla del aire húmedo del exterior con el frío del aire acondicionado). La puerta del avión se cerró y, tras mostrar nuestras identificaciones a los dos pilotos, despegamos.

—La duración del vuelo a PDK es de una hora y cincuenta y nueve minutos —nos dijo la auxiliar de vuelo, mientras nos entregaba toallitas tibias con lavanda para las manos.

Me volví hacia Asher y me incliné contra su oído.

—¿Qué es PDK? ¿Y qué está pasando?

—El aeropuerto Peachtree-Dekalb, en Atlanta —me respondió.

—¿Atlanta?

Nunca había estado en Atlanta. Y por lo que sabía, Asher tenía pocos lazos con el estado del melocotón. No me entraba en la cabeza cómo en un momento estaba comiendo fideos rancios en mi caluroso apartamento, y al minuto siguiente me estaba enterando del curioso vaho que salía del suelo de un avión privado. Mis experiencias con viajes aéreos normalmente implicaban un cacheo exhaustivo por parte de algún malhumorado agente de seguridad, compartir espacio con lo peor de lo peor del avión: un niño gritón con una infección de oído recién diagnosticada, un hombre que no entendía que los reposabrazos pertenecían al titular del asiento del medio, gente que pensaba que quitarse los zapatos en público era aceptable y ese tío riéndose a carcajadas mientras miraba sin auriculares un episodio de *The Office*.

Esto era todo lo contrario. La auxiliar de vuelo destrabó una mesa de madera y, de golpe, tenía ante mí una tabla de embutidos, patatas fritas, guacamole y un plato de fruta. Abrí los ojos sorprendida cuando Asher extendió una mano hacia mi boca y me ofreció una fresa bañada en chocolate. Le di un mordisco sin pestañear.

—¿Cómo se vuelve atrás de algo como esto? —le pregunté con la boca llena.

—La idea es no tener que volver.

—Entonces, ¿seguir tomando todas las decisiones inteligentes que sean necesarias para que soltar veinte mil en un vuelo de dos horas sea un mero detalle?

Me cogió la mano y se la llevó a la boca, mordiéndome el nudillo con gesto juguetón.

—Me enternece que pienses que este vuelo cuesta veinte mil.

Casi me ahogo al pensar que costaría lo mismo que mi alquiler anual.

—No quiero saberlo —dije.

—No, mejor no.

Entraban rayos dorados por las ventanillas y me incliné por delante de Asher para contemplar la puesta de sol entre el cielo púrpura y el ala del avión. Me acarició la mejilla y me giró el rostro hacia él, sin dejar de mirarme. Su mirada parecía absorber el color del sol del atardecer, y era como si al mirarlo el mundo se tiñera de una luz dorada, un mundo con el que solo se podía soñar. Me sonrió y se inclinó para darme un beso. El calor de sus labios hizo que el chocolate dulce se fundiera en mi boca.

Me aparté y me puse de pie.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

Lo cogí de la mano y lo levanté del asiento.

—Quiero entrar en el club de los que han tenido sexo en un avión.

Sonriéndome, negó con la cabeza mientras lo empujaba hacia la puerta del baño.

—Dios, eres tan romántica… —dijo con una sonrisa de complicidad.

Unas horas después, Asher se caló un sombrero hasta los ojos y me condujo por un callejón oscuro detrás del BeltLine, que se parecía mucho al Highline. Asher llevaba mi guitarra colgada a la espalda; por alguna razón me había pedido que la llevara. Apareció un área peatonal con bares y restaurantes, y un señor alto y mayor nos recibió en una puerta lateral del callejón y nos condujo a un vestíbulo moderno iluminado con luces de neón.

—Bienvenida a Illuminarium —me dijo Asher.

Entramos a una sala inmensa sin un solo ángulo recto. Las paredes, pintadas de blanco, eran todas curvas y había una gran cantidad de proyectores de última generación que nos iluminaban desde el techo. Asher intercambió unas palabras de cortesía con el hombre, que luego se marchó. De repente, nos quedamos solos en una sala para doscientas personas. Las luces se atenuaron y el corazón me latió con fuerza en la penumbra. Cuando los proyectores se encendieron, sentí el

codo de Asher contra el mío. Giré en redondo y a mi alrededor aparecieron imágenes de vídeo del espacio exterior. Era como si hubieran pulsado el *play* en un viaje a la Luna, dentro de mi cerebro.

—Mira hacia abajo —me dijo Asher, con una sonrisa.

Bajé la cabeza y vi mis pies caminando sobre la superficie rocosa de la Luna. Di un paso adelante, y el corazón me dio un vuelco al comprobar que levantaba polvo lunar al caminar. Sentía un zumbido en los pies: ópticas procedentes del suelo. Era realidad virtual sin gafas.

—Bienvenida al espacio —me dijo Asher, con los brazos extendidos, mientras la galaxia se desplazaba ante nosotros.

Observé la atmósfera que nos rodeaba, como si realmente estuviera allí.

—¿Qué es este lugar?

—Pensé que te sería más fácil escribir sobre una mujer perdida en la Vía Láctea si podía llevarte allí.

Me senté en un asiento en medio de la sala y presté atención a un sonido vacío pero fuerte: ¿cómo sería flotar entre las estrellas? Podía sentirlo en el pecho. Asher me tendió la guitarra.

—Tócala para mí —dijo.

—¿«Bonnie and Clyde»? —le pregunté, refiriéndome a la canción que más problemas me había traído, la que iba a continuación del momento «Todo está perdido» de la película. Se suponía que la letra debía ser desgarradora pero esperanzadora a la vez. En cambio, era como si los personajes buscaran la orilla con furia.

Observé a Saturno, con sus anillos girando frente a mí, y fijé la vista en el planeta solitario de la protagonista, con los dedos en el acorde de Sol.

Me pasé la vida con la mirada baja
y las manos en los oídos para acallar las sirenas.
Una y otra vez escapé a gritos por la puerta trasera
aferrándome los hombros hasta que encontré tu calle.
Te dije que solo estaba de paso,
pero bajo tu abrazo me deshice en llanto.

Ahora les das de comer nuestra esperanza a los lobos
y los miras despedazar nuestro sueño.
¿Por qué nuestro final habría de tener corazón?
Vamos, hazme arder en la hoguera de nuestros silencios
hasta que las cenizas de lo que pudimos ser sean mi lecho.

Dejé atrás las sirenas
y pasé corriendo por tu calle sin decir adiós.
No frené hasta que mi piel se tiñó de reflejos brillantes,
mis pies tocaron la orilla, destellos de oro y azul.
No echaba de menos correr:
echaba de menos correr hacia ti.

Ahora les das de comer nuestra esperanza a los lobos
y los miras despedazar nuestro sueño.
¿Por qué nuestro final habría de tener corazón?
Vamos, hazme arder en la hoguera de nuestros silencios
hasta que las cenizas de lo que pudimos ser sean mi lecho.

Cruzaste mi puerta como si fuera tu cómplice:
una Bonnie para tu Clyde.
Cuando te dije que iba a marcharme
nada pareció importarte,
pero no podías dejarme conducir:
no le guardes el asiento a Clyde,
a la luna y de regreso, qué falsedad.

Nunca fuiste el viento que me empujaba,
nunca fuiste mi coartada;
fuiste solo una meta a alcanzar.
Siempre tuve mis propias alas,
me verás dejar atrás las cenizas de lo que pudimos ser.

Terminé la canción y clavé la vista en Asher. Un millón de estrellas flotaban detrás de su sonrisa.

—Se supone que este es el momento de la película en el que ella se lamenta por cómo han dejado las cosas, no en el que se enfurece con él por haberla dejado irse —dijo.

—Pero debería estar furiosa. Ella empezó una nueva vida, él tuvo el descaro de aparecer y acostarse con ella, y luego decidió que no podía participar en su viaje.

—Claro, pero son las circunstancias. Ninguno de los dos tiene la culpa en realidad, y le estás echando toda la culpa a él. Y si él no resulta querible, ¿quién va a respaldar su amor?

Fruncí el ceño. Asher soltó un suspiro y pasó por detrás de mí, haciéndome girar hacia otra

pared. Había un cielo oscuro y la luna se perfilaba poco a poco. Me puso las manos en los hombros.

—Respira —me dijo.

Inhalé. Había olor a pólvora, a polvo lunar. De alguna manera, habían introducido el espacio exterior a través del sistema de climatización.

—Ahora, mantén la vista fija en frente.

Me concentré en la luna borrosa, en sus volcanes apagados y en los cráteres que aparecían a la vista. Sentí el calor de la boca de Asher en mi oreja y su barbilla apoyada en mi cuello, trayendo las estrellas de la pared bajo mi piel. Señaló la luna y supe exactamente lo que iba a pasar. Iba a pintarme un cuadro. Lo había hecho muchas veces: mirar el cielo conmigo aquellos veranos en Connecticut, inventar historias sobre seres extraordinarios que vivían en las nubes.

—Bien, eres Yael. Hay una sola persona en el mundo que te entiende… Y no puede acompañarte aquí. Es un lugar solitario, oscuro, nuevo, y llegar aquí fue lo más importante de tu vida, lo que resulta complicado, porque no puedes disfrutarlo como quisieras. Sí, él arrojó cualquier esperanza a los lobos, pero quizá tú también. Tú elegiste esta vida. Podrías haberte quedado con los pies plantados en la Tierra y tener una vida bonita con ese hombre, pero esta es la primera vez en toda tu existencia en la que tú misma has sido el viento que impulsó tus alas, ¿verdad? Y podemos quedarnos con algunos de los primeros versos, pero seamos justos y aferrémonos a la esperanza por estos dos locos. A veces las circunstancias cambian. A veces la gente hace grandes sacrificios. Y a veces —me acercó a su pecho y sentí el calor de su corazón estremecerse contra mi espalda—, a veces, las personas que se quieren cumplen las promesas —me susurró al oído.

Quería darme la vuelta y besarlo, y al mismo tiempo quería abrazar a Garrett. Lo último que hacía falta en ese momento era que mi mente incontenible empezara a ir y venir entre esos dos hombres. Las palabras de Asher parecían envolver a Garrett en un manto de posibilidades. Prefería que esa eterna pregunta no respondida quedara a salvo detrás de una puerta maciza, en los rincones más oscuros y destructivos de mi mente. Lo único que necesitaba era que Asher ocupara los espacios cálidos y luminosos que había en mi interior. Uno y otro me envolvían en una espiral que parecía empujarme hacia una habitación iluminada por el sol, donde Asher y Garrett estaban sentados en mesas separadas, y cada uno me señalaba, expectante, una silla a su lado.

Siempre había abrazado mis estados emocionales con tanta vehemencia que me resultaba absolutamente imposible separar la angustia que sentía de las letras que escribía. Mis canciones eran autobiográficas en todo sentido, lo cual nunca había sido un problema porque nadie me había pagado para que escribiera la historia de otra persona. El problema no era que estuviera resistiéndome a crecer como artista como si fuera una niña obstinada, sino que no sabía cómo

tener esperanza en un hombre desesperanzado después de que Garrett hubiera puesto sobre la mesa su carta de «quererte me hace odiarme a mí mismo». Necesitaba la mente despejada para poder lanzarme a las estrellas con las manos abiertas y los ojos cerrados. Si alguien podía llevarme hasta allí, era el hombre cuyos brazos cálidos me envolvían en este momento.

Asher inclinó el rostro, a escasos centímetros de mí, al observar que la preocupación me endurecía el semblante.

—Mags, piensa en esto como un privilegio: el privilegio de caminar en los zapatos de otra persona. Todos somos diferentes. No sentimos las cosas de la misma manera. Recuerdo la angustia que sentía cuando empecé a actuar; el miedo de que, si tenía que vivir una pérdida, por ejemplo, saldría del papel y volvería a sentir que estaba perdiendo a mi hermano. Algunas veces fue así, pero, en la mayoría de los casos, me sentí increíble por tener ese don: ser capaz de ponerme en la piel de los demás. Sé que tú también tienes ese don. Veo la forma en que miras el mundo. Va a ser incómodo, pero, si no es incómodo, entonces no lo estás haciendo bien.

—Casi que no es justo darle a un actor ganador de un Óscar la oportunidad de hacerme cambiar de opinión. —Me sonrió con satisfacción—. Pero ha funcionado —agregué, apretándole la mano.

Miré el polvo lunar que flotaba alrededor de Asher, prestando atención a los enormes cráteres color tiza. Triunfar en esta industria era como caminar sobre la Luna. Imposible, increíble, como volar, la soledad más pura, algo que no se podía explicar. Y llegar hasta allí sin nadie en el asiento del copiloto parecía una victoria vacía, una victoria que no quería. Me incorporé y empecé a caminar. Asher me seguía a poca distancia. Vi cómo mis pies creaban polvo lunar en el suelo y empecé a tararear el nuevo estribillo a medida que me acercaba a Saturno, y luego a Júpiter. Sentí que la soledad y la majestuosidad de todo aquello me colmaba, y de pronto encontré esperanza para esos dos seres desesperados en un estribillo completamente nuevo; un resquicio de luz que no tenía nada que ver con Garrett. Vagué por la sala hasta que logré sentirme Yael. Bajé los hombros y me dejé llevar por el aire hasta que las estrellas que tenía delante se me clavaron en el alma, dolorosas e incómodas al principio, pero después cálidas y familiares.

Me senté en un banco apartado, sobre el que se proyectaban millones de estrellas, y escribí con urgencia la letra de la canción en la aplicación de Notas.

Asher se quedó en silencio, observándome.

Después, cogí la guitarra y lo miré, y con la antigua esperanza de siempre en el alma, le canté el nuevo estribillo. Era como un rayo de luz doloroso y reluciente; tenía gusto a caramelos Pop Rocks, pero con un toque ácido: una explosión de energía descontrolada que necesitaba un bálsamo para calmar el paladar.

Arrojamos la esperanza al fuego y ahora floto por el espacio más allá de Marte.
Quizá pudimos evitarlo, pero no siento que nada esté perdido:
me abrigan las cenizas de todo eso que pudimos ser.
Volando por Saturno te recuerdo entre mis sábanas
un momento antes de aquellas palabras que debimos callar.
Ya llego a Júpiter, pero aún quiero la Luna.
Sé que no debería
pero tú siempre serás mi amor.

La nota final sonó como si hubiera desentrañado la última pista para salir de un *scape room*; me sentí aliviada y orgullosa.

—Lo has hecho parecer muy fácil —aseguró Asher, negando con la cabeza con una sonrisa de asombro en el rostro.

Me puse de pie y me colgué la guitarra a la espalda. Me atrajo hacia él rodeándome la cintura con la mano.

—Bueno, me hiciste volar hasta la Luna. Lo menos que podía hacer era regalarte un estribillo.

—Regalarnos a los dos un estribillo —me corrigió.

—A los dos —dije, y me gustó cómo sonaba: azul de medianoche, sopa de pollo caliente.

—¿Sigues pensando que el final de la película no le hace ningún favor a nuestra protagonista? —me preguntó en tono irónico.

Se refería a mi ataque de nervios por FaceTime de la noche anterior, en el que presenté mi propia charla TED: por qué Yael tenía que acabar sola al final de la película.

La verdad es que entendía el final y, al mismo tiempo, me sentía traicionada por la forma en que terminaban las cosas. Yael, la protagonista, se negaba a aferrarse a cualquier cosa excepto su propia fantasía, y su fantasía se hacía realidad tras implorarle al cielo sin descanso. La música y la esperanza eran sus drogas, sus puentes a una vida mejor y su camino de vuelta a casa, una vez que reconoció que de lo que realmente había huido (el amor de su vida) estaba en la Tierra. Yael era un destello de luz que se había metido en un pozo oscuro pero que seguía siendo un destello de luz. Y yo había vuelto a sentir el calor de la esperanza y no quería perderla, pero tenía miedo de lo que pasaría esta vez si no se convertía en algo real.

Asher hacía que mi alma siempre en guerra se elevara.

—Gracias por llevarme a las estrellas —le dije, pegada a su boca.

—Para ti, únicamente lo mejor.

Me besó con ganas, como si quisiera enviarme a la Luna solo para verme bañada en su resplandor. Yo lo besé como si solo quisiera volar a la Luna si él estuviera a mi lado.

Volamos de regreso esa noche y, después de una extravagante cena italiana sobre algún lugar

del Atlántico, me quedé dormida apoyada en el hombro de Asher. Me despertó cuando aterrizamos en Teterboro, y un coche con chófer nos recogió en cuanto nuestros pies tocaron el asfalto.

A la mañana siguiente, me desperté con la luz del amanecer que entraba a raudales por el techo de la habitación de Asher, la desventaja de tener un apartamento espacioso cuyos propietarios pensaron que una claraboya en la azotea era la clave para obtener la dosis diaria de vitamina D. Me di la vuelta y contemplé su piel de aceituna envuelta plácidamente en sábanas de un blanco impoluto. Incluso dormido era precioso. Era una belleza unida a una profunda tristeza. Me vibró el móvil, lo que me hizo apartar la atención de las pecas de sus brazos. Era un mensaje de Shelly, mi representante.

> Anoche Bex me hizo escuchar la canción de los créditos finales, me la envió el productor. Nena, vas a ser una estrella. ¡PREPÁRATE! Y llámame en cuanto recibas este mensaje.

Marqué el número de Shelly enseguida, sin preocuparme por ponerme pantalones o el sujetador, mientras saltaba de la cama y me dirigía sigilosamente a la sala de estar bañada por el sol.

—Bex quiere verte en su casa-estudio de Brooklyn esta tarde —me dijo Shelly—. Así que cancela todos tus planes.

—Mmm… De acuerdo. ¿Por qué quiere verme?

—No fue muy claro, pero quiere «tomar el té y conversar», y yo no dejo que mis clientes más novatos tengan conversaciones con productores musicales sin que yo esté presente, así que allí estaré.

Nunca había oído a un estadounidense de veintitantos usar la frase «tomar el té y conversar», pero estaba dispuesta a encontrarme con Fin Bex para conversar tomando agua tibia del grifo de Florida si él quería.

***

Me ajusté los Levi’s cortos sobre la camiseta negra de tirantes y revisé el número que aparecía sobre la pared de una preciosa casa de piedra rojiza situada en una tranquila calle de Brooklyn Heights. Bex vivía en una calle idílica en la que los cochecitos ocupaban la acera y se oía el canto de los pájaros en lugar de la bocina de los taxis.

Shelly estaba sentada en la escalinata de la entrada, decorada con flores, con la nariz metida en el teléfono. Sus gruesas joyas repiqueteaban con los movimientos de sus manos, de largas uñas acrílicas. Me recogí los rizos alborotados en un moño y me limpié el sudor de la frente antes de

hacerme notar.

—Hola —dije.

Shelly dejó de escribir, se levantó y me tocó el hombro.

—Qué bonita. Es alentador tener una clienta que puede llevar ropa de niña a los treinta y tantos. —Me ajusté la correa del mono, preguntándome si hablaba en serio o en tono sarcástico —. Escucha. No te comprometas a nada, diga lo que diga, ¿entendido? Déjame llevar esto, si te pido tu opinión, sé sincera. Por lo demás, deja que sea yo quien hable.

Asentí y Shelly tocó el timbre.

Un momento después, Fin Bex abrió la puerta, nos abrazó a las dos y nos hizo pasar a su casa de tres plantas, parcialmente reconstruida. Nos mostró la primera planta, que parecía una fusión del Viejo Mundo con un toque de color: paneles victorianos originales de madera oscura en las paredes y artesonados de 1910 haciendo juego, rodeados de lámparas modernas y muebles de diseño. Me quedé boquiabierta al pasar junto a una biblioteca empotrada en la sala de estar, con la colección de discos más grande que había visto en un lugar que no fuera una tienda de discos.

Bex nos condujo a la mesa del comedor, a la altura del jardín, junto a una cocina de ensueño, y Lila, su ingeniera de sonido, se puso de pie para saludarnos. Bex nos preparó una taza de té negro a cada una y se sentó frente a mí. Cruzó los brazos sobre la mesa con cierto nerviosismo y se quedó quieto unos segundos, mirándome con sus ojos color avellana.

—Te estarás preguntando por qué te he hecho venir. Mira, Maggie, he escuchado todas tus demos para la película. Y esto queda entre nosotros, pero creo que todas son mejores que las de Raini, y no es ningún insulto a Raini, que es extraordinaria, sino que es simplemente un cumplido para ti, que eres más que extraordinaria. Estoy muy impresionado, y puedes preguntárselo a Lila: no es nada fácil que alguien me deje alucinado —me dijo.

—Tiene un nivel de exigencia horroroso, de verdad —dijo Lila. Puso los ojos en blanco con una sonrisa y se metió un pequeño bollo entre los labios pintados de color magenta.

—Tu ética de trabajo, lo rápido que llegaste a estas canciones, cómo las cantaste… Fue muy intenso trabajar en estudio contigo: eres increíble. Por eso, quiero producir tu EP, con Lila como ingeniera de sonido.

Lo miré casi sin comprenderlo.

—¿Esto es en serio? —le pregunté.

Shelly me fulminó con la mirada, como diciéndome que mantuviera el entusiasmo a raya.

—¿Por qué habría de trabajar contigo, en lugar de esperar a que aparezca algún pez gordo cuando se estrene la película, conseguir un contrato discográfico en un estudio y luego contratarte a ti como productor? —preguntó Shelly.

—Shells, por favor. Le harán promesas, dejarán que el sencillo se dispare y, en cuanto se estanque en las listas, le rescindirán el contrato. Ya sabes cómo operan los grandes. Además, ella

no los necesita. Va a tener una plataforma que la impulse, va a tener la película. Geffen la va a venir a buscar, Columbia, Sony… Pero creo que deberíamos hacer que rueguen, que pongan el dinero, y yo puedo ayudarla en eso. Y después del EP, vamos a producir su gran álbum de estudio con un sello brillante respaldando el lanzamiento.

Shelly apenas podía mantener una expresión desafectada. Vi cómo le tembló el labio cuando Bex inclinó la cabeza hacia ella. Estos dos claramente tenían años de experiencia con este tipo de situaciones.

—¿Cuál es tu plan para Maggie Vine? —le preguntó Shelly.

—Grabamos cuatro temas en mi estudio y lanzamos el primer sencillo después de que se termine de rodar la película y antes del estreno, justo cuando empieza la promoción. El rodaje de *Al otro lado* llevará dos meses, y creo que la posproducción tomará un par de meses más. Ya tendrá esa canción de los créditos finales, que hará que la gente haga clic para ver quién es esta mujer, para ver la clase de artista que es y cómo será el resto de su EP. Y creo que tendríamos que esperar hasta después del estreno de la película para publicar el resto del EP.

Shelly sonrió y me miró.

—¿Qué te parece?

Sonreí más de lo necesario.

—Me parece…. perfecto.

Sentí un calor vertiginoso en las mejillas y cerré la boca para no chillar.

—Pero qué bien, treinta y cinco años y eres una sensación de la noche a la mañana —dijo Shelly.

En el fondo de mi mente resonaba la verdad: debería haber sido una sensación de la noche a la mañana a los treinta.

40
TREINTA Y CINCO

RAINI SE COLOCÓ SU LARGO CABELLO ONDULADO detrás de las orejas y me miró fijamente con sus grandes ojos marrones, esperando mi opinión.

—¿Te dijo: «Me recuerdas a mi madre» y luego te metió la lengua hasta la garganta? —Hice una mueca de disgusto.

—No es buena señal, ¿no? —me preguntó.

—Es raro, pero quizá sea porque tengo sentimientos encontrados con respecto a mi madre.

Me incliné hacia delante bajo el toldo del espacio de meditación de Asher y cogí mi taza de café, apoyada en la mesa que había entre Raini y yo. En las últimas semanas, había entablado amistad con Raini, la actriz principal de la película, la joven que daría vida a Yael. Raini había sido una estrella desde la infancia, llena de ímpetu y muy centrada. Su infancia podría haber sido un cuento con moraleja, pero en cambio fue una hoja de ruta hacia una ambición hecha realidad. Se parecía un poco a mí, si yo hubiera triunfado treinta años antes.

—Es que es tan… —Buscó el cielo con la vista, y una sonrisa soñadora se le dibujó en las mejillas.

—Conozco esa mirada —dije, negando con la cabeza—. Es el mejor y el peor sentimiento que existe: amor e incertidumbre.

—Tienes suerte. Tienes amor sin las partes complicadas.

—¿Cómo lo sabes? —Me hizo gracia la forma en que hablaba con tanta seguridad de situaciones que solo conocía por encima.

—Veo cómo te mira Asher y cómo lo miras tú. Es como… —Se examinó las palmas de las manos, buscando las palabras con cuidado. Bueno, tal vez no se parecía tanto a mí. En realidad, Raini Parish se parecía a Asher Reyes—. Es como ver a dos personas suspirar al mismo tiempo —añadió.

Sentí el calor de la verdad en el pecho. Asher y yo nos habíamos pasado las últimas semanas suspirando el uno junto al otro. En muchos sentidos, parecía que habíamos retomado la relación al final de la adolescencia. Pero no nos habíamos dicho abiertamente «te quiero», ni ninguno le

había pedido al otro que definiera la situación. Dicho esto, vivíamos rebosantes de felicidad, y algo de esa sensación de seguridad me permitía sentirme perfectamente feliz en esa zona indefinida.

—Bueno, no todos los hombres han sido como Asher —dije, sonriendo y maravillándome por el hecho de que Asher me hiciera ver fuegos artificiales sin signos de interrogación—. Si puedes, intenta encontrar a alguien que te encienda el alma sin arrastrarte por un laberinto oscuro y tortuoso de amor no correspondido durante doce años.

—¿Doce años? —exclamó, con ojos asombrados.

—Ay, sí, tengo un máster, no, un doctorado en sufrimiento —le respondí.

Sentí un nudo en la garganta al darme cuenta de que Garrett se casaba en dos meses. No iba a ir. Estaba dejando el masoquismo atrás, pero la realidad seguía siendo un puñetazo en el estómago. Nuestro final no se había borrado de mi corazón, pero tampoco lo tenía gritándome al oído.

Raini sonrió.

—La verdad, he conocido a un montón de tíos más grandes que yo que son repugnantes, pero Asher es… la persona más agradable en este ámbito, el tío más amable que he conocido.

—Ha sufrido mucho y creo que trata a los demás como quiere que lo traten, lo cual es poco común —reflexioné.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, tomando un trago de té.

—Quiero decir… que su vida no siempre ha sido fácil.

Raini se encogió de hombros y dejó a un lado la bolsita de té.

—No sé mucho de su vida privada. Es muy callado. —Sonreí—. ¿Qué?

—Conmigo no es callado. Para nada —dije.

—Lo único que sé de él es lo que leí antes de la audición, esa entrevista en *Rolling Stone* de hace un par de años. Pero es *sexy* que sea un enigma. Me gustaría que Josh no tuviera Instagram, Dios, me gustaría mucho —dijo Raini, refiriéndose a su novio actual, un rompecorazones que le quitaba el sueño y que no era digno de su corazón.

—Bueno, picarona, deja de intentar desviar la atención del hecho de que odias mi puente —dije, cogiendo la guitarra.

—No lo odio, él me odia a mí.

—Ninguna de las dos cosas es verdad, pero ¿qué te parece si hacemos un cambio de tonalidad?

—Entonces serías mi ídola, porque a mí no me sale ese registro tan grave como a ti —dijo, con una sonrisa enorme.

Un rato después, cuando Raini se marchó, me senté en el sillón Barcelona de la sala a leer con detenimiento el artículo de la *Rolling Stone* que Raini había mencionado. Era un artículo bastante

superficial, o al menos para mí, que conocía casi todos los rincones de la mente de Asher. Pero, al llegar al final del artículo, me eché hacia atrás, sorprendida. Cuando le preguntaron qué pensaba su familia de su fama, Asher respondió bromeando que a sus padres les hubiera gustado que su único hijo hiciera algo de lo que pudieran presumir ante sus amigos, como ser abogado. La frase «único hijo» me estrujó el corazón. Consulté la entrada de Asher en Wikipedia y vi que no aparecía ningún hermano.

Asher entró en la cocina justo cuando dejaba el teléfono. Tuve un momento de indecisión, pero me levanté y me apoyé en la isla de la cocina. Lo vi abrir el mueble de encima de la cocina y tomar un frasco de diminutas pastillas de color verde lima. Se puso una pastilla en la lengua y se la tragó con agua del fregadero. Aparté la mirada para no ser invasiva. Llevábamos varias semanas así, cada uno en su rincón creativo bajo el mismo techo, manteniendo nuestra relación en secreto. Y después, por la noche, nos encontrábamos y descubríamos formas de iluminarnos el uno al otro que nuestros seres adolescentes no se habían atrevido a probar. Todas las mañanas lo miraba; observaba la quietud de la habitación y la calma de su cuerpo, la nueva vida que se extendía ante mí, y pensaba: «Podría acostumbrarme a esto». Pero no se me escapaba que ambos teníamos pasados traicioneros, pasados que nos habían convertido en lo que éramos hoy.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dije.

Se inclinó sobre el mármol y me sonrió con calidez.

—Lo que sea.

Traté de encontrar las palabras y él inclinó la cabeza, esperando.

—No hablas de tu hermano. Ni conmigo… ni con nadie…

Se quedó helado.

—¿Cuál es la pregunta?

—Asher, ¿estás bien? —le pregunté en voz baja, con la voz temblorosa por la posibilidad de que no fuera así.

Soltó un suspiro con todo el cuerpo. Volvió a mirarse las manos mientras hacía girar el frasco naranja de pastillas contra la encimera. Probablemente eran las mismas pastillas que tomaba cuando éramos adolescentes. Me aliviaba que siguiera tomándolas, me aliviaba que recibiera ayuda para el dolor que la vida le había puesto sobre los hombros, un dolor contra el que no debería tener que luchar solo.

—Es más fácil así, Mags —susurró.

—No has respondido a mi pregunta —dije—. Si algo he aprendido estos últimos años es que ocultar el dolor… solo causa más dolor.

Tragué saliva al sentir que mi propio pasado me oprimía la garganta, y él lo vio en mis ojos.

—No lo guardo en secreto por mí —dijo. En sus ojos apareció una tristeza nueva. Me acerqué y le cogí la mano con fuerza, hasta que volvió hacia mí sus ojos castaños—. Mis padres no

querían revivirlo. No querían que en cada entrevista que diera hablara de su pérdida. Ya conoces a mi madre. Es… —se interrumpió—. Cuando mi carrera se disparó, me pidieron que no lo contara.

Los padres de Asher eran personas frías. No podía juzgarlos. Habían perdido un hijo de la peor manera. Pero Asher necesitaba brazos cálidos que lo abrazaran con fuerza. En el campamento, me dijo que yo había llegado en el momento justo. Ese sentimiento era mutuo. Me dijo que yo le había enseñado a dejarse querer, lo que me partió el corazón. Yo sabía querer antes de conocerlo, pero él se convirtió en la primera cosa en mi vida digna de amor.

—¿Pero tú quieres hablar de él? —le pregunté.

—Fingir que nunca existió, fingir que la persona que más me marcó en la vida nunca vivió me mata, Mags —dijo, dejando que las lágrimas le inundaran los ojos—. Pero… a veces no sé por dónde empezar.

Le apreté la mano con más fuerza.

—Si quieres, deberías contar su historia, Asher. Lo querías, no dejes que te dé miedo contarle a la gente lo mucho que querías a tu hermano.

—A mi madre eso la mataría.

Observé el dolor que le cruzaba el rostro.

—Me parece que te está matando a ti.

Tragó saliva y me acarició una mejilla. Me cogió una mano y la besó.

—Gracias.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Hace tiempo que no me ocupo de estas cosas. Y estar cerca de ti me recuerda la primera vez que me importó como para intentar enfrentarme a ello. Gracias por eso.

—Gracias a ti —le dije, mirándolo a los ojos.

—¿Por qué? —me preguntó con una sonrisa.

—Por todo.

Dudó un momento y luego me miró con atención.

—Mags, ¿quieres que hablemos de eso?

—¿De qué? —le pregunté con tono risueño.

—Tengo la sensación de que quizá algo te ha pasado estos últimos años. Lo has insinuado, pero…

Sentí que algo caliente me apretaba la garganta y me estremecía el pecho. Asher me miró con ojos azorados al notar mi expresión e inclinó su rostro cálido justo frente al mío.

—Todavía no —fue todo lo que pude decir.

Me estrechó contra su cuerpo y me besó la frente con fuerza, como si quisiera protegerme de una bala. Le devolví el abrazo, intentando contener su dolor.

El dolor de Asher era de una clase que yo jamás podría contener.
Y la bala ya estaba dentro de mí, alojada en mi interior.

41
TREINTA Y CINCO

AL CABO DE UNAS SEMANAS, ME DESPERTÓ el sonido de mi teléfono y pasé con cuidado el brazo por delante del hombre que roncaba suavemente en mi cama… bueno, en su cama.

—¿Quién es? —refunfuñó Asher, semidormido, cubriéndose el rostro con una almohada.

—Yo me encargo —dije, buscando el teléfono.

Entrecerré los ojos al darme cuenta de que Summer me estaba llamando a las cinco y media de la mañana, algo que solía hacer yo con ella.

—Hola —dije, en un susurro, mientras salía de puntillas del oscuro dormitorio.

—Se lo he dicho —dijo Summer, con voz temblorosa.

Me quedé helada y me apoyé en la isla de la cocina, parpadeando ante el sol que se alzaba sobre los edificios de piedra rojiza, a lo lejos.

—¿Le has dicho a Valeria que no quieres tener hijos? —le pregunté en voz baja.

—Anoche. Y ella me dijo… —La voz se le espesó, como si sus propias emociones la estuvieran estrangulando, y se detuvo—. Me dijo que no era negociable. —Apenas podía oírla entre las lágrimas.

Sentí que el corazón me retumbaba en el pecho y que se me ponían los pelos de punta, como si la que siempre había sido la niña en nuestra relación de pronto se hubiera convertido en adulta. Fue una sensación extraña, un cambio de roles.

Una vez leí un artículo sobre las relaciones. Decía que algunas de las mejores uniones se producían porque una persona era la roca y otra la cometa. En mi vida amorosa, prefería que hubiera dos cometas. Pero, en cuanto a las amistades, Summer y yo éramos una roca y una cometa. Ella era mi roca: mi eje racional, una pensadora lógica, la persona que podía ayudarme a desenmarañar todos mis conflictos sin quedarse atrapada bajo el caos de mi vida. Yo era la cometa de Summer: llena de pasión errante y consumida por cuestiones sentimentales, siempre entre las nubes, influida por las circunstancias y arrastrada por las emociones hacia cualquier rincón del universo sin una base estable en la que apoyarme. Yo era el lugar al que Summer acudía para aligerar su carga, para soñar un poco, para perseguir las estrellas en medio de la

cruda luz del día.

De repente, la roca estaba llamando a la cometa para pedirle consejo.

Volví al dormitorio para coger una camiseta y unos vaqueros gastados que había dejado sobre un sillón Eames, en un rincón de la habitación (el sillón que se había convertido en mi pila de ropa) mientras Asher me miraba entre divertido y consternado.

—Enseguida voy —dije al teléfono, mientras me subía los vaqueros por las caderas.

—Estoy en la puerta del *loft* de tu novio.

Saqué la llave electrónica y me metí en el ascensor.

A los pocos segundos, abrí la puerta principal del vestíbulo para hacer pasar a Summer, que esperaba con el rostro hinchado mientras a su espalda el sol se asomaba lentamente. Tenía las mejillas hundidas y los ojos enrojecidos, pero, por el momento, secos. Estaba claro que había estado llorando, pero no quería que lo notara. La abracé y sentí su cuerpo estremecerse contra el mío, mientras una sucesión de sollozos silenciosos me golpeaba el pecho.

—¿El *loft* de mi novio? No estamos usando esa palabra —dije, tratando de reducir la tensión.

—Odio esto —dijo Summer mientras sus lágrimas se derramaban sobre mi cuello.

Se me encogió el corazón y la estreché más fuerte. El sollozo del desamor es primario y universal y, si alguna vez lo has vivido, solo pensar en el momento en que se te rompió el corazón te hace sentir un peso enorme que te obliga a aferrarte el pecho, como si haber sobrevivido a eso te pareciera increíble. Se me inundaron los ojos de lágrimas: el recuerdo de todos los pequeños y grandes desengaños que me habían dejado cicatrices en el pecho. Me mataba que mi mejor amiga tuviera una cicatriz así, una que tardaría tanto en sanar y que de vez en cuando le dolería, incluso años después.

—Yo odio que tengas que pasar por esto —susurré.

La abracé más fuerte. Se apartó y le rodeé la cintura con el brazo para hacerla entrar en el edificio.

Unos minutos después, le ofrecí una taza de té PG Tips bien caliente mientras nos sentábamos bajo el toldo del espacio de meditación de Asher.

—¿Qué es este lugar? Tengo la sensación de que en cualquier momento puede aparecer Sting a enseñarme a tener encuentros sexuales largos y aburridos.

A Summer siempre le salía de maravilla retrasar las reacciones emocionales, y me alegró verla abrazar su lado malvado antes de ponernos a ahondar en su traición.

—Sí, es el espacio de sexo tántrico —dijo una voz desde lejos.

Summer y yo giramos la cabeza hacia la puerta y vimos a Asher. Parecía como si acabara de salir de la cama; llevaba unos pantalones de chándal cortos. Tenía una leve sonrisa, el pelo alborotado y los brazos cruzados sobre el torso desnudo. Summer lo miró embobada, deleitándose con su cuerpo perfecto.

—Me desperté y no estabas por ningún lado, solo quería asegurarme de que estabas viva, ya que nunca te había visto despertarte antes de las nueve —dijo con una sonrisa—. No me di cuenta de que tenías compañía. Perdona la interrupción. —Le dirigió a Summer un saludo tímido.

—Asher, ella es Summer; Summer, él es…

—Sé quién es —dijo Summer poniendo los ojos en blanco. La abracé más fuerte mientras Asher se acercaba—. Perdona, me levantaría a darte la mano, pero siento que me estoy muriendo, así que…

Asher asintió mientras yo lo miraba con ojos alarmados.

—Lo siento —dije.

—¿Te puedo ofrecer algo? —le preguntó a Summer, en tono amable.

—Sí, algo salado y una maldita máquina del tiempo —le respondió Summer.

Le alcé las cejas a Asher. Le había contado casi todo lo que necesitaba saber sobre mi mejor amiga (menos el dilema de la maternidad, que no era un asunto que me correspondiera contar). No escatimé en detalles en cuanto a su brusquedad, por lo que Asher tuvo la sensatez de sonreír y asentir con cortesía en dirección a Summer.

—Lo siento, estoy teniendo un día de mierda. Buenos abdominales —le dijo Summer.

—Entramos en un rato —agregué.

—Tomaos el tiempo que necesitéis.

Se inclinó y me besó en la mejilla mientras Summer lo miraba, y luego desapareció escaleras abajo.

—Está loco por ti. ¿Por qué no he visto ninguna foto vuestra? ¿Por qué no lo habéis hecho público? Y más te vale que me dejes elegir el traje de dama de honor… y ni se te ocurran esos vestidos de mierda con cintura imperio.

Me daba cuenta de lo que estaba haciendo. Era el momento en el que Summer intentaría distraerme de su propio dolor para desentrañar lo que me pasaba a mí. Decidí tirarle un hueso.

—En realidad, vamos a salir por primera vez juntos esta noche, pero el objetivo es no crear un alboroto mediático. No hemos definido nada porque no sentimos la necesidad y me hiciste usar un vestido de dama de honor con cintura imperio en tu boda.

—Estupendo, Maggie. Está muy bien mencionar mi boda el día en que mi matrimonio se viene abajo.

Le clavé los ojos, negando con la cabeza.

—Summer. Basta de escaquearte. ¿Qué ha pasado?

Soltó un suspiro y fijó la vista en el paisaje de la ciudad. Vi cómo su coraza se ablandaba, cómo su columna se doblaba hacia delante y sus ojos oscurecidos se llenaban de lágrimas.

—Le dije a Valeria que no quería tener hijos y me dijo que era una egoísta. Dijo que era una

mentirosa y que, cuando nos conocimos, le conté toda esa historia de «me veo con un hijo» solo para poder estar con ella en ese momento, y que estoy cambiando de opinión porque quiero librarme del matrimonio. Le dije que la amaba y que quería seguir con ella, pero realmente está convencida de que quiero escaparme de nuestro matrimonio.

—Summer, hazle entender que no estás mintiendo. Habla con ella. Explícale que esta no es una decisión que hayas tomado a la ligera. Es algo con lo que has estado luchando y que, cuando llegaste a esa conclusión, te daba terror decírselo porque no querías perderla.

—Lo intenté, pero ella no dejaba de interrumpirme. De todos modos, no importa.

—Por supuesto que importa.

—Maggie, cómo llegué a esta conclusión no va a cerrar la brecha entre lo que Valeria y yo queremos. Yo no quiero hijos y ella sí. Y punto. En el matrimonio hay que ceder, y aquí ninguna quiere ceder. Se acabó. Nuestro matrimonio se acabó.

Enterró la cabeza entre las manos y todo su cuerpo se agitó estremecido por un llanto atronador. La atraje hacia mí y la rodeé con los dos brazos, abrazándola con fuerza, como si la compresión pudiera curar la dolorosa herida de una pérdida tan grande.

Nos quedamos sentadas una al lado de la otra hasta que Summer respiró hondo, negando con la cabeza. Se secó las lágrimas acumuladas bajo los ojos.

—Me tengo que mudar. No puedo… No puedo seguir viviendo allí. O sea, es la casa de las dos, pero, técnicamente, es suya.

—Puedes quedarte en mi apartamento. Casi nunca voy.

—¿Ese agujero de mierda diminuto? Dios, prefiero morirme.

Empezó a sollozar otra vez. Al parecer, para Summer Groves, la idea de vivir en un estudio descascarado de veinte metros cuadrados con un aire acondicionado que no funcionaba bien era tan horrible como perder a la mujer que amaba. Le acaricié la espalda mientras volvía a tragarse sus emociones.

—Me voy a casa. Reservé un vuelo mientras venía hacia aquí. Me voy esta noche.

Abrí los ojos, alarmada.

—¿A Florida? ¿De verdad? —Summer asintió.

Hacía casi una década que Summer no iba a ver a su padre. Summer y su padre, un abogado especializado en divorcios, siempre habían tenido una relación complicada, una relación que ella no se disponía a reparar, a pesar de los intentos desesperados de su padre. Cuando Summer era adolescente, su padre se había refugiado en el trabajo y en mujeres más jóvenes para escapar de la prematura muerte de su esposa. Además de no haber sido el padre soltero del año, tampoco se mostró muy complacido cuando Summer hizo pública su homosexualidad. Tampoco ayudó que ambos sucesos ocurrieran durante el segundo año de instituto de Summer. Para cuando se fue a estudiar a la universidad, ya le guardaba un rencor que nunca pudo superar.

—No para de rogarme que vaya a visitarlo. Parece que su nueva mujer me va a caer bien porque es «una mujer bisexual» —dijo Summer, poniendo los ojos en blanco mientras citaba a su padre.

Su nueva esposa tenía cuarenta años, apenas cinco más que Summer, lo que nos parecía una bendición, ya que la anterior era un año más joven que nosotras.

—¿Qué número es Luca? ¿La cuarta?

—Dice que es la tercera, porque lo de Britney terminó en anulación.

—Al menos te puede ayudar con el tema legal, ¿no? —señalé, tratando de buscarle un lado positivo a todo este desastre.

—Tenemos un acuerdo prenupcial. Así que eso debería ser fácil —explicó y enseguida chasqueó los dedos—. Como si nunca hubiera existido —dijo en voz baja, como si su voz casi desapareciera bajo el peso de semejante golpe.

—¿Qué puedo hacer? ¿Quieres que vaya a tu casa y te prepare una maleta?

Summer negó con la cabeza.

—No, Valeria se va a quedar en la casa de sus padres mientras yo me llevo mis cosas.

—Voy contigo a ayudarte a hacer las maletas.

—Es una estupidez —dijo.

—No, no es una estupidez.

—Sé sincera. Nunca te cayó bien de todos modos.

Iba a darle la razón, pero me quedé con la boca entreabierta. Sabía que no era buena idea criticar a una futura ex. Con la misma facilidad con la que una relación podía terminar, también podía volver a empezar. Por desgracia, la mierda que lanzas contra la ex de tu mejor amiga nunca se puede deshacer: las palabras son eternas.

—¿Qué quieres que te diga? —le pregunté.

—Di que es una persona horrible. No sabe cocinar. Y hace ese ruido molesto con la garganta cuando se pone nerviosa. Me saca de quicio. Y nunca limpia lo que ensucia. ¿Tan difícil es echar los envoltorios de chicle a la basura? Y hace tanto ruido al andar: camina como un gigante, como si tuviera plomo en los zapatos…

Se calló y las lágrimas se le agolparon otra vez en la garganta al darse cuenta de que todas esas pequeñas cosas que le molestaban de su mujer se convertirían en cosas que echaría de menos. Todo el ruido y el desorden que detestaba se convertirían en algo mucho peor: silencio y vacío.

—Soy un fracaso —susurró—. Tengo treinta y cinco años y estoy a punto de divorciarme.

Dijo «divorciarme» como si fuera una mala palabra.

—No eres un fracaso. Conociste a Valeria y aprendiste a querer a alguien con todo el corazón. Nunca te había visto enamorada antes. Puede que tengas un divorcio que lo demuestre, pero creo que algún día vas a hacer muy feliz a otra persona con todo el amor que aprendiste a dar y

recibir. Y será la persona adecuada, que quiera la vida que tú quieres, porque ahora sabes quién eres. No se nos puede castigar por crecer y cambiar. Y lo más importante, Summer, es que te quieres lo suficiente como para no sacrificar tu futuro solo por aferrarte a una persona. Vemos el divorcio como un fracaso, pero a veces no es así. A veces hay que sacar la bandera blanca para salvarnos, o para poder ser quienes somos. Quieres demasiado a Valeria como para privarla de la vida que se merece, y te quieres demasiado a ti para resignarte a una vida que no quieres.

Pensé en mi madre, que le pidió el divorcio a mi padre cuando yo apenas estaba aprendiendo a hablar. Había crecido aferrándome a la fantasía de que volverían a encontrarse, pero, a medida que crecía, no podía comprender cómo soportaban siquiera compartir la misma habitación. Mi madre sabía que dejar a mi padre era lo mejor para ella. Sabía que aferrarse a él terminaría en una gran decepción. La iba a defraudar siempre. Y yo sabía que eso era cierto porque era su hija, y cada vez que pensé que iba a demostrarle a mi madre que estaba equivocada, él me defraudaba.

Sentí que una carga que no conocía me oprimía el corazón. Culpa. Me dieron ganas de vomitar y de llamar a mi madre. Por suerte, Summer impidió ambas cosas.

—Ojalá pudiera ser como todo el mundo: querer lo que quiere la mayoría y quedarme con la persona a la que quiero —dijo Summer.

Volví a abrazarla.

—Summer Groves, ¿sabes qué? Quizá sea la primera vez en tu vida que eres igual a todo el mundo. Siempre has sabido exactamente quién eres, sin complejos. Y esta vez, te llevó un momento darte cuenta de que algo que pensabas que era para ti, no lo es. No te disculpes por ser humana. Y no te atrevas a disculparte por no querer ser madre. Jamás. Si hubieras elegido defraudarte a ti misma para hacer feliz a otra persona, entonces tendrías algo de lo que arrepentirte; entonces sí deberías disculparte.

Me aparecieron imágenes de Garrett, el hombre que se había amoldado a la visión que los demás tenían de cómo debía ser su vida, para contentarlos, mientras se defraudaba a sí mismo.

Una descarga de energía desenfrenada me recorrió las venas y me incorporé. De pronto, entendí por qué Summer y yo éramos tan amigas. Era ella una persona auténtica, en todos los sentidos. Por eso la quería. Por eso nuestra relación parecía más una conexión de almas gemelas que una amistad. Summer era una roca y yo una cometa, pero lo más importante era que las dos éramos en extremo auténticas. Tal vez, en lo que se refería al amor, yo estaba completamente equivocada. Pensaba que terminaría con una cometa, con una persona creativa y soñadora, capaz de iluminar mis noches. En realidad, no se trataba de si era una persona práctica o si tenía la cabeza en las nubes. Se trataba de encontrar otra alma que fuera auténtica y no sintiera que debía disculparse por eso. Necesitaba un hombre que tuviera la suficiente confianza en sí mismo para tocar su propia música, sin importar lo que la crítica le arrojara.

Miré a Summer, que aún tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Eres mi cometa y mi roca —le dije a mi mejor amiga.

—Y tú eres un bicho raro —me respondió.

Me lanzó una mirada fulminante y luego apartó la vista. Vi cómo le temblaba la barbilla: las emociones volvían como un búmeran. Negó con la cabeza, mientras las lágrimas le corrían por el rostro. De repente, se volvió hacia mí y me estrechó contra su cuerpo con más fuerza que nunca.

El éxito no es cosa fácil para las mujeres que se atreven a ser auténticas. Es un camino doloroso, y Summer y yo ya habíamos defraudado a unas cuantas personas a lo largo de los caminos que habíamos elegido, y seguiríamos defraudando a más. Pero, si teníamos suerte, al final, miraríamos atrás con una sonrisa de orgullo por el camino recorrido.

42
TREINTA Y CINCO

DESPUÉS DE METER LA VIDA DE Summer en unas cuantas maletas y acompañarla al aeropuerto, volví al apartamento de Asher a toda velocidad al darme cuenta de que tenía solo treinta minutos para arreglarme. Por lo general, podía pasar de andar hecha un desastre sin siquiera ponerme un sujetador a no verme «tan mal» en cuestión de veinte minutos, pero esta noche Asher y yo íbamos a enfrentarnos al mundo real juntos por primera vez desde que nos sacaron aquella foto en Marea. Tenía que pasar de ser un desastre a ser una auténtica belleza en treinta minutos. Era un poco exagerado, pero me había pasado la vida preparándome para ese momento. O al menos había pasado los últimos años viendo demasiados tutoriales de belleza en YouTube para prepararme para este momento.

Asher y yo habíamos acordado mantener nuestra relación (o lo que fuéramos) en secreto hasta que yo entregara todos los temas de la película. Me había quedado en el apartamento algunas noches en las que Asher había salido, no porque no quisiera acompañarlo, sino porque quería respetar al máximo aquello por lo que prácticamente había renunciado a vivir: mi carrera. Mi representante tenía su opinión: no quería vernos juntos hasta que yo terminara mi trabajo. No era buena idea hacerla enfadar cuando apenas estaba empezando mi carrera; quería que confiara en mí. Por su parte, Asher no era de los que salían a exhibir una relación, así que no me presionó.

Cuando llegué al apartamento, Asher ya estaba en la ducha, con una cresta mohicana cubierta de espuma en la cabeza, y me desnudé mientras abría las puertas de la ducha de vapor. El frío exterior irrumpió con fuerza y alteró por completo el vapor que llenaba el cuarto de baño.

Se volvió hacia mí con las cejas levantadas mientras yo cogía el bote de gel de ducha de mandarina Le Labo.

—Buenas tardes —dijo.

Me atrajo hacia su cuerpo mojado y desnudo, y pude sentir cómo se endurecía contra mí.

—Te prometo compensar todo esto con creces más tarde, pero tengo solo treinta minutos para convertirme en persona.

—He pospuesto la cena a las ocho y media.

Me puse la mano en el pecho y lo miré pestañeando rápido.

—¿Por mí?

Me atrajo hacia él poniéndome una mano húmeda en la cintura, mientras el agua caliente de la ducha nos envolvía. Se inclinó hacia mí y empezó a darme besos lentos, cálidos y húmedos desde el cuello hasta la clavícula, entre palabra y palabra.

—Me mandaste un mensaje diciendo que a lo mejor llegabas con el tiempo justo y que querías quedarte para acompañar a tu amiga, así que no ibas a llegar antes de las siete. —El corazón se me aceleró cuando giró la cabeza y empezó a besarme el otro lado del cuello—. ¿De qué sirve la fama si uno no puede usarla para conseguir una mesa más tarde en Carbone?

Dio un paso atrás y me miró arqueando las cejas mientras el vapor me empañaba la imagen de ese hombre perfecto. Le eché los brazos al cuello. El aroma a geranio que desprendía su cuerpo me llegó a los pulmones cuando me levantó con una sola mano y me apretó la espalda contra las frías losas de mármol de Carrara, mientras yo lo envolvía con las piernas. Me aferré a sus hombros y arqueé el cuello hacia atrás cuando me penetró.

Junté las manos detrás de su cabeza.

—Tócame —le susurré al oído.

Me besó con fuerza bajo el agua y con la punta de los dedos me recorrió una oreja y trazó una línea por mi garganta, rodeando mis pechos mojados, uno a uno, muy despacio, mientras yo jadeaba y exhalaba su nombre hacia el chorro de agua.

Una hora después, con los rostros enrojecidos por el vapor, íbamos en el coche de Asher, en medio del tráfico de la calle Thompson. Asher sacó la cabeza por la ventanilla, observando el tráfico.

—Nos bajamos aquí, Joey —le dijo al chófer.

—¿Está seguro? —le preguntó Joey, levantando la vista.

—Ya vamos tarde y está aquí delante. —Después, me miró—. Vamos —dijo, asintiendo, mientras abría la puerta.

Me cogió de la mano y doblé el cuerpo hacia un lado con destreza, para no mostrarle mis partes a ningún transeúnte. Salir de un vehículo con un minivestido debería ser un deporte olímpico. *Los hombres jamás podrían.* Suspiré cuando mis tacones tocaron el suelo, me bajé el vestido y Asher me apretó la mano. Con un gesto mecánico, bajó la barbilla y se encaminó hacia el cartel de neón rojo de CARBONE como si fuera un toro. De repente, cuando los *flashes* de las cámaras me iluminaron el rostro, entendí por qué caminaba así. Por instinto, Asher se tapó el rostro con el brazo y me protegió detrás de su cuerpo al mismo tiempo que me conducía hacia la entrada de Carbone dejando los *flashes* atrás.

Me condujo del brazo hasta que estuvimos en el interior del restaurante y me estrechó contra su pecho cuando nos acercamos a la recepción. En el restaurante había una luz tenue y lo único

que veía eran destellos en el fondo de mis ojos. Asher me sostuvo contra su cuerpo y me acarició la mejilla mientras me observaba con aire preocupado. Sabía que podía sentir mi pecho acelerado contra el suyo.

—¿Estás bien? —me susurró.

Me observaba como si estuviéramos solos, aunque me daba cuenta de que todo el mundo nos estaba mirando. Podría acostumbrarme a la forma en que Asher me miraba. Lo cual significaba que tendría que acostumbrarme a que me pusieran cámaras delante todo el tiempo.

—Estoy bien, de verdad.

Una camarera le dio un golpecito en el brazo a Asher y le habló con una sonrisa radiante de labios rojos.

—Señor Reyes, ¿los acompaño a su mesa?

Asher asintió y entrelazó los dedos con los míos mientras nos abríamos paso por aquel antiguo salón de baldosas cuadradas rojas y negras. Carbone era una institución neoyorquina: paredes de ladrillo rojo, maderas oscuras; de esos restaurantes que atraen a la mafia. Al pasar junto a las mesas, se sentía el aroma a salsa roja y ajo que desprendían los platos. Después, entramos en un salón privado, con una mesa larga que ocupaba toda la habitación.

Enseguida vi a Raini y la abracé con fuerza, agradecida de tener una amiga en la mesa. Asher me presentó a tres productores diferentes. Uno de ellos era Amos. Después me presentó al primer ayudante de dirección, al director de fotografía, al jefe de producción y a todas las personas que, con su trabajo, iban a hacer de la película de Asher algo precioso. La frase «trabajo de equipo» se aplicaba por completo al cine.

Durante el primer plato, Amos se reclinó en su silla y su aire indiferente empezó a menguar un poco bajo los efectos de la segunda copa de vino tinto. Asher conversaba con Raini sobre la escena de sexo de la película y le aseguraba que habían contratado a un coordinador de intimidad y que el equipo de rodaje de ese día sería ágil. Asher me rodeaba el hombro con la mano y, en un momento de la conversación, me miró y me besó la mejilla. Amos miró a Asher y luego a mí, y sonrió como un niño.

—¿Cuándo ha pasado esto? —preguntó Amos, de forma no muy sutil ni en voz muy baja.

Me tragué el bocado de berenjena y calabacín a la *scapece* con un gran sorbo de un *barbaresco* espantosamente caro, y abrí los ojos de par en par. Todas las cabezas a un lado y otro de la mesa rectangular se callaron y se giraron en mi dirección. Miré a Asher y vi que la mandíbula se le suavizaba en una leve sonrisa.

—¿Hace veintiún años? —me preguntó Asher.

—Sí y no —dije.

Amos arqueó las cejas y se inclinó hacia mí.

—No lo entiendo —dijo.

—Son un amor —dijo Raini, mirándonos con ojos de cachorrito—. ¿Sabíais que se enamoraron cuando tenían catorce años? Catorce.

A Raini le encantaba la historia. Se la conté una mañana mientras tomábamos un té y no podía evitar idealizarla. Yo quería decirle que dejara de vernos así, quería oscurecerle un poco el brillo para que no fuera a buscar esta clase de fuegos artificiales tan poco comunes, porque, de nuevo, yo todavía estaba un poco dolida por «aquel que no debe ser nombrado». Pero no lo hice. Dejé que mi historia de amor la llenara de ilusión porque, incluso después de haber sufrido un desengaño amoroso, creía que salir adelante merecía una celebración.

Raini nos sonrió, con el cuerpo pegado al que era «algo así como su novio»; ese chico que la tenía encantada, Joshua Carlyle. Era un actor bastante agradable, una especie de Ken de unos veinte años, que había saltado a la fama hacía poco, pero como tranquilamente podía pasar por un chico de dieciséis, había aparecido en todas las películas para jóvenes adultos de Netflix de los últimos dos años. Por supuesto, era un actor vulnerable y tenía una mirada tan triste que te daba pena, pero estaba segura de tenía claro dónde enterraba Netflix sus cadáveres. Josh era bueno, pero no tan bueno como para haber aparecido en cinco películas y dos series de televisión. Además, era una especie de hombre-niño que vivía con el rostro metido en su hiperactiva cuenta de Instagram. Raini frunció los labios y puso la mano sobre el teléfono de Josh. Él levantó la vista con una sonrisa radiante y guardó el móvil mientras ella lo estrechaba contra su pecho y hacía un gesto con la cabeza en dirección a Asher y a mí, como mostrándole a su novio lo que quería de su relación. Quería que la mirara como Asher me miraba a mí, como si yo fuera la mismísima luna. Se me iluminó el cuerpo y se me enrojecieron las mejillas al darme cuenta de la suerte que tenía. No era cosa de todos los días que un hombre mirara así a una mujer.

—Bueno, acabas de hacer muy, muy feliz al equipo de relaciones públicas del estudio —dijo Amos.

Asher apartó los ojos de mí y bebió un trago de vino poniendo los ojos en blanco.

—Eso no tiene nada que ver con esto —dijo Asher.

—Lo único que te pido es que la ruptura ocurra después de que salga la película —dijo Amos.

Asher se volvió hacia mí y me miró con ojos seguros.

—No tengo previsto ningún tipo de ruptura —dijo, acompañando la afirmación con una sonrisa amplia. No pude abrir la boca, solo dejé que las palabras fueran como un abrigo sobre mi cuerpo.

—Guau, creo que nunca te había visto sonreír en público —dijo Amos mientras Asher seguía con la mirada fija en mí—. Te sueles guardar las sonrisas para la cámara. —Y se volvió hacia mí, alarmado—. ¿Qué le has hecho?

Me encogí de hombros, porque siempre habíamos sido así.

—Bueno, basta. Deja de interrogar a mi novia —dijo Asher, rodeándome con el brazo, como para protegerme de sus miradas.

La palabra «novia» me sacudió. No había oído a nadie referirse a mí como su novia desde que tenía… diecisiete años. Drew Reddy y yo ni siquiera le habíamos puesto una etiqueta a su amor por mí. De adulta, nunca había sido nada de nadie. Había salido algunos meses con distintos hombres inestables. Mis relaciones eran pequeñas bombas de amor: hombres cuya inestabilidad me producía un alto nivel de ansiedad. Con la incertidumbre llegaban los fuegos artificiales fulminantes. Codiciaba su atención cuando la tenía. Cuando no estaba con ellos, miraba el teléfono como si me fuera a comer viva. Eran hombres atractivos, no disponibles emocionalmente, incapaces de mirar al futuro o con miedo al compromiso; nunca había llegado siquiera a la instancia de definir qué clase de relación tenía con ellos. Así que, por supuesto, el primer chico que me llamó su novia sería el primer hombre adulto que me llamaría así. De algún modo, sin querer, Asher Reyes me había marcado el terreno de la estabilidad, y yo había estado esperando todo este tiempo a que volviera y fuera mi roca.

De repente, Amos y Asher se levantaron de sus asientos y saludaron afectuosamente a un hombre que se acercó a la mesa. No podía verle el rostro, estaba de espaldas a mí, pero usaba las manos de forma enérgica mientras hablaba, con un fuerte acento de Jersey. Sentí el latido de mi corazón, cada vez más rápido contra el pecho, y apreté los dientes con fuerza, sintiendo gusto a sangre y metal en la boca. Asher hizo un gesto en mi dirección y el hombre se volvió hacia mí con una sonrisa amplia. Tenía el mismo aspecto, como si acabara de salir de una tienda *vintage*, pero de las caras. Se me abrió la boca y el calor me estranguló la garganta. Un fuerte zumbido me retumbó en los oídos y sentía los latidos del corazón dentro de la cabeza.

Los paparazis estaban acampados junto a Thompson Street, y yo era la otra mitad de su objetivo. Esa noche no era precisamente la mejor ocasión para que el TEPT me hiciera una visita, pero era entendible. Sentía cómo cada centímetro de mi cuerpo se cubría de angustia, como el sonido de una sirena me advertía que me escondiera, que me metiera debajo de la mesa, que gritara aterrorizada para que alguien viniera a salvarme. Sin embargo, cerré una mano sobre la otra con fuerza hasta que los nudillos me quedaron blancos y clavé las uñas en el dorso de la mano, un intento de sentir dolor físico, un intento de mantener el cuerpo erguido y pegado al asiento en lugar de tener un ataque de pánico.

—Maggie, te presento a Cole Wyan —me dijo Asher.

Cole sonrió en mi dirección y puso unos ojos como platos en cuanto me reconoció. Con la misma rapidez, recuperó una expresión neutra y, con una sonrisa repugnante, me tendió una mano.

43
VEINTINUEVE

HABÍA LLEGADO AL ESCENARIO DEL Bowery Electric, el escenario de mis sueños, a los veintinueve años. Estaba nerviosa, lo que no era habitual en mí, pero tenía una presión sobre los hombros y el pecho me retumbaba ante el público más numeroso que se había reunido para verme hasta ese momento. Unas horas antes, Garrett me había enviado un mensaje en el que me decía que no iba a poder estar: su padre quería adquirir una prometedora empresa de suministros médicos de San Francisco y Garrett tenía que quedarse allí. Le respondí no pasa nada, en minúsculas, sin signo de exclamación, lo que, si me estáis escuchando (hombres), significa todo lo contrario.

Hacía más de nueve meses que nos habíamos despedido con un beso largo antes de que se marchara a las cinco de la mañana, sin que ninguno de los dos supiera qué significaba que nuestros cuerpos se hubieran encontrado como lo hicieron esa noche. Nos mandábamos mensajes con frecuencia, pero ninguno mencionaba lo de esa noche. Garrett se había quedado en San Francisco más tiempo del previsto, trabajando ochenta horas a la semana, y se suponía que iba a volver para mi concierto. Me había hecho demasiadas ilusiones con la idea de volver a verlo, así que, incluso cuando mi carrera estaba a punto de despegar sobre un escenario imponente, estaba dolida.

La canción que le había escrito, «Finjamos», me salió como impulsada por una amargura renovada. Al terminar la canción, dejé escapar una bocanada de aire. Enseguida reparé con sorpresa en un rostro conocido, un genio cuyas letras *indie-folk* habían inspirado muchas de mis primeras canciones. Cole Wyan. Tenía todos sus CD. En el instituto, me bajaba sus demos de LimeWire. Hasta ese punto adoraba la música de Cole y su melancólica onda *indie-folk*: me arriesgaba a que me descubriera el FBI con tal de escuchar sus canciones menos conocidas y sus lados B. Era un cantautor sensible y prolífico, que también produjo a algunos artistas bajo su sello Power Groove, muchos de ellos mujeres a las que yo admiraba.

Tenía un aire bohemio al estilo Venice Beach: Puede que dé la impresión de que no me preocupo por mi higiene personal y que compro en tiendas de segunda mano, pero, si te fijas bien, verás que llevo un gorro de 500 dólares. Tenía un rostro aniñado con abundante cabello

rubio arenoso y llevaba brazaletes de oro y cuero en las muñecas tatuadas.

Cole me sonrió contemplando mis ojos asombrados y vidriosos como si él fuera Moisés y yo la Tierra Prometida. Por fin, en el lugar adecuado, en el momento adecuado: el corazón palpitante, una voz de otro mundo, una letra llena de emoción, alguien importante observando. Solo me había llevado veintinueve años.

Me esperó después del concierto, mordiéndose nervioso el esmalte de uñas negro, con el rostro oculto tras el resplandor de su teléfono. Sabía que me acercaría a él. Y en cuanto lo hice, levantó la vista con una sonrisa árida.

—¿Sabes lo que eres? —me preguntó, con la intención de decírmelo—. Eres como una versión maníaca de Fiona Apple. Y yo te voy a cambiar la vida.

Eso fue lo que dijo, y yo le creí, con todo mi corazón.

Durante los meses siguientes, el entusiasmo de Cole por mí fue en aumento. Me sentía la mujer más talentosa del mundo. Vinieron sesiones de composición, mensajes de texto constantes y llamadas por FaceTime a cualquier hora de la noche: su fervor nervioso, las bebidas energéticas, las microdosis de hongos y el Adderall nos mantenían despiertos mientras el resto del mundo dormía. Cole me alentó a dejar un poco de lado mi lado *folk* más suave y a inclinarme por sonidos más potentes a los que hasta entonces no me había atrevido. Me animó a experimentar con el sonido. Me pasaba noches enteras delante del ordenador, retocando mis demos con un toque *grunge*, incorporando instrumentos agresivos en algunas partes de mis canciones favoritas, que solían ser más tranquilas. Iba a verme tocar a mi bar de siempre y se sentaba en un rincón mientras todas las miradas se centraban en él. Reaccionaba levantando los brazos como «no puedes ser real», mientras yo tocaba las canciones de las que estaba más orgullosa. Me sentía segura con él. Estaba casado con una mujer preciosa que había sido su novia en el instituto, por lo que saber que un hombre simplemente apreciaba a una mujer por su talento me permitió bajar la guardia. Había vagado por el mundo de la música sin un mentor y encontrar uno a estas alturas fue como que te rescaten después de haber pasado casi treinta años en una isla desierta.

Tras unos meses en los que la orientación de Cole me infundió una nueva confianza, me dijo que íbamos a grabar su canción favorita, «Finjamos», en su estudio, y dos temas más, para que pudiéramos lanzar mi EP lo antes posible. La noticia que iba a cambiarme la vida venía con un extra: iba a ser su telonera en su gira por el país. Adiós a los días tocando en bares de mala muerte semivacíos. Era el nacimiento de Maggie Vine como cantautora profesional.

Grabamos «Finjamos» en un estudio de verdad unas semanas antes de que cumpliera treinta años. No pude evitar poner una sonrisa idiota cuando me colocaron el micrófono de la guitarra separado del de la boca en la cabina de aislamiento vocal. No tenía el cuerpo encorvado en el minúsculo armario de mi apartamento para intentar conseguir un sonido semiprofesional. Esto

era de verdad. Esto era triunfar. Gracias a Cole, mi sueño se estaba convirtiendo en realidad. Cuando otros productores asomaban la cabeza para saludar, Cole les decía que acababa de descubrir a la próxima gran promesa, y me señalaba.

Pero lo decía de una forma que no se centraba en mí, sino en él. Empecé a ver otro lado de él, y empecé a verlo como humano. Su síndrome del impostor era la fusión de un niño inseguro que de pronto se convertía en la persona más poderosa de un lugar.

Cuando el técnico de sonido se fue a almorzar, nos sentamos a escuchar «Finjamos». Yo estaba sentada con mis rodillas huesudas apuntando hacia dentro y Cole estaba sentado frente a mí en un taburete negro delante de la mesa de mezclas. Cuando sonó el preestribillo de la canción, me miró con ojos brillantes. Yo tiraba de un hilo suelto del sofá acolchado en el que estaba sentada, con una mezcla de timidez y orgullo estremecedor: nunca me había escuchado a mí misma en una producción profesional. Era la única canción a la que no le había añadido un sonido más pesado: era delicada en los momentos precisos, con el suave acompañamiento de la guitarra acústica y la pandereta, y el uso de la reverberación para darle un aire de ensoñación y romanticismo. Era perfecta.

Cole se echó hacia atrás, juntando las cejas, y se puso a mover con decisión los efectos de sonido de la consola.

—¿Qué te parece si probamos esto? —De pronto, apareció en el estribillo un sonido de disparo donde antes se oían los destellos de una pandereta. Negué con la cabeza, en un gesto enfático—. ¿En serio? Me parece que le da misterio al sonido. Es como si metieras a Mazzy Star en un tiroteo.

—No quiero misterio. Quiero esperanza. Esta canción tiene que sonar como un sueño, y una pistola lo corta; es como hacer una peineta y decir: «Este sueño nunca se va a hacer realidad».

«Finjamos» era una canción sobre Garrett, y oscurecerla para adaptarla al público era como clavarme un puñal en el pecho. No quería que la esperanza a la que me aferraba con desesperación estuviera teñida de tristeza. La noticia de que, en dos semanas, justo el día de mi cumpleaños número treinta, volvería a ver a Garrett por primera vez desde que nos acostamos me tenía totalmente obsesionada. Necesitaba tener esperanzas para poder hacerme cargo de la situación y por fin decirle lo que sentía: que estaba enamorada de él, que quería que empezáramos de una vez por todas. Tras unos minutos de idas y venidas sobre la canción y el disparo, Cole negó con la cabeza y sonrió.

—Eres una bomba, ¿lo sabías? Me encanta que creas en tu música. Punto para Maggie —dijo, mientras sacaba el disparo de la canción. Bajé la mirada al oír vibrar mi teléfono y sonreí silenciando una llamada de Summer—. Tienes que estar orgullosa de esto —me dijo Cole.

Exhalé y sonreí, y de pronto me encontré con su rostro a centímetros del mío, y su mano sobre mi rodilla. El corazón me latió desbocado y contuve la respiración. En lugar de echarme hacia

atrás, me quedé inmóvil, con todos los músculos del cuerpo contraídos. De repente, sentí la mano sudorosa de Cole en la nuca y me besó el cuello.

No había pasado treinta años sin que me tocaran contra mi voluntad. Era una mujer de Nueva York que osaba viajar en metro. Más de una vez alguien me había manoseado los pechos o el culo antes de bajarse en la siguiente parada. Esos momentos habían generado en mí una ira irrefrenable. Estaba harta de sentir que no podía tener control sobre mi cuerpo solo porque necesitaba trasladarme. Por eso, empecé a tomar clases de defensa personal, decidida a aniquilar públicamente, delante de medio Manhattan, al primer toquetón que apareciera. Quería hacerle tanto daño a mi agresor que iba a terminar saliendo en las páginas de «Héroes cotidianos» de la revista *People*. Ya no sería víctima de hombres que me quitaban lo que querían en público.

Por el contrario, en privado, había tenido suerte. Ningún hombre me había tocado contra mi voluntad a puertas cerradas. Sabía que era buena suerte y nada más. Y había durado casi treinta años.

Una secuencia de los dos últimos meses pasó volando ante mis ojos, grandes como platos. ¿Le había dado luz verde a este hombre para que me tocara en un lugar donde sin la menor duda era necesario pedir permiso para tocarme? ¿Y cómo decirle educadamente «gracias, pero no» a un hombre que tanto podía hacer realidad mis sueños como destruirlos? Cole Wyan me estaba dando algo que había tardado demasiado en conseguir, y no estaba segura de poder quitármelo de encima sin arruinar mi carrera.

Muy despacio, me incorporé y aparté el cuello de su boca y sus manos. Se echó hacia atrás con los ojos muy abiertos, como sorprendido de que yo no deseara sus manos y sus labios sobre mi piel. Ladeó la cabeza con una sonrisa.

—Vamos —dijo—. Sé a qué le temes. Pero podemos tener una relación laboral.

Él no sabía a qué le temía. O lo sabía y no le importaba.

—Perdón. Es que me tomo todo esto muy en serio; realmente valoro trabajar contigo. Y estás casado, ¿no?

Yo sabía que ninguna de esas razones importaba.

Lo único que contaba era mi lenguaje corporal, que le decía a un hombre que se detuviera, sin cuestionar. Quería decirle «¡No! No vuelvas a tocarme, joder». Las mujeres tenemos que apaciguar a hombres crueles con excusas y disculpas externas sobre por qué tomar un pedazo de nuestra alma no es una decisión inteligente para ellos. Estamos programadas, incluso en momentos de terror absoluto, para suavizar una situación que podría matarnos. Sabía muy bien que era así. También sabía otra cosa: a los monstruos no les importan las consecuencias. No estaba segura de si tenía un monstruo sentado delante. Rezaba para que Cole fuera capaz de usar la razón.

Me miró sin comprender, con una expresión que no parecía demasiado racional.

—Tenemos una relación abierta —me dijo en tono seco, refiriéndose a su mujer.

Las ruedas del taburete donde permanecía sentado crujieron con un ruido lento sobre la alfombra mientras se acercaba a mí. Me puse tensa y el sudor me hizo cosquillas en la frente.

—Quiero que me respetes como artista, y no quiero cruzar esta línea contigo, ¿de acuerdo?

Los ojos de Cole se oscurecieron. La luz roja que estaba sobre la puerta le iluminó la mitad del rostro. En ese momento, un hombre con el que me había sentido cómoda de repente parecía salido de una película de terror: un monstruo.

—¿Así que eres esa clase de chica? ¿Te crees que puedes venir a engañarme, sacarme lo que quieras y que yo me voy a quedar sentado y contento?

Negué efusivamente con la cabeza y el corazón se me aceleró. Parpadeé sintiendo un mareo detrás de los ojos. No podía entender cómo, en el lapso de dos minutos, mi mundo parecía haberse vuelto del revés.

La voz me temblaba tanto como el cuerpo.

—No. Creí que íbamos a trabajar juntos, que habías visto algo en mi música y nada más. No sabía que sentías algo por mí. Lo siento si te hice sentir así, no lo sabía.

La parte más enferma era que en ese momento sentí pena, pena por algo que nunca había hecho; pena por la incapacidad de un hombre de entender el muy simple significado de una palabra muy simple: no.

Me miró con los ojos entrecerrados, girando la cabeza a un lado y al otro de mi rostro, como si intentara leerme. Me dieron ganas de echar a correr, pero aún tenía la esperanza de que no hubiera ninguna razón para hacerlo.

—¿Este es un caso de me hago la difícil? ¿Finges que no me deseas para que piense que no eres como mis otras admiradoras? Porque sí, estamos de acuerdo, eres especial. Felicidades.

Negué con la cabeza, ya incapaz de ocultar mi estupor. Lo miraba con la boca abierta y los ojos desencajados.

—Me gustaría que esto siguiera siendo estrictamente profesional, Cole.

—Preciosa, te voy a dar unos segundos para que pienses bien lo que estás diciendo.

Era una amenaza. Un hombre con poder me estaba amenazando, a solas, a puertas cerradas. Bajé la vista hacia mi pierna cuando volví a sentir su mano en mi rodilla. Inclinó el rostro hacia mí y me miró directamente a los ojos. Alzó las cejas mientras dibujaba círculos en mi pierna. Podía sentir la yema de sus dedos moverse desde mi rodilla hasta el borde mi falda. Le había dicho que no, y nada de lo que había hecho hasta ese momento le daba derecho a ese hombre a conocer la suavidad y la tibieza que desprendía el interior de mi muslo.

En el cerebro tenemos una masa gris de forma ovalada que es la responsable directa de cómo procesamos el miedo: la amígdala. La mía le estaba enviando una señal a mi tronco encefálico que le ordenaba que me paralizara. Mi cuerpo no quería estar presente, pero en mí habitaba una

luchadora que sí quería. Podía sentir la batalla en mi interior a pesar de que las manos se me entumecían. Podía oír la respiración agitada de Cole cada vez más fuerte, como si estuviera dentro de mi cabeza. Los sentidos se me habían cruzado y nada funcionaba como debía. Cerré los ojos con fuerza y busqué el ritmo de mi respiración. Cuando los abrí, vi que sus labios buscaban los míos, mientras me penetraba con el dedo.

Sentí que una furia abrasadora me recorría el cuerpo y, de repente, me levanté con la fuerza de dos mujeres y le di un codazo en la nariz. Salió disparado hacia atrás y cayó al suelo, mientras la sangre le brotaba de las fosas nasales.

—Joder —gritó al verse el cuello blanco manchado de sangre. Me temblaba todo el cuerpo. Sin duda le había roto la nariz—. Puta —me insultó—. Puedes despedirte de tu carrera —gruñó, abrazando su cuerpo en el suelo.

Me dio pánico que tuviera razón. Tenía casi treinta años, y en el mundo de la música no recibías una primera oportunidad de triunfar a los treinta, y menos todavía una segunda. Cole empezó a incorporarse. Estaba a punto de ponerse de pie, y tuve miedo de lo que podía pasar cuando tuviera otra vez los brazos libres. ¿Los iba a usar para inmovilizarme y arrebatarme algo más que mi carrera? Esta era la parte en que había que huir, la parte en que mi instructor de defensa personal me había dicho que había que «salir corriendo, joder». Luchar y huir. Eran los dos elementos principales de la supervivencia.

Me levanté del sofá y salí disparada. Al pasar junto a la puerta, me golpeé el hombro contra el marco y un dolor agudo me recorrió la parte superior del cuerpo. Me pasé el brazo por el hombro dolorido mientras salía volando del estudio al pasillo vacío y poco iluminado. Había olor a limpiador industrial de alfombras, un olor tan penetrante que me llegó al fondo de la garganta. Sentí gusto a bilis en la boca y un acceso de náuseas me estremeció como un volcán. Con lágrimas en los ojos, pasé junto a los brillantes discos de platino que adornaban las paredes. Horas antes, al entrar en el estudio, había sonreído llena de una esperanza embriagadora. Esos discos eran una aspiración: «ahí estaré yo algún día». Me habían elevado y me habían llevado a flote hasta el interior de la cabina de sonido, con una promesa deslumbrante que me había llenado de ilusión. Ahora, cada disco parecía una burla, la prueba de que una montaña de posibilidades había muerto en las manos de un hombre de mierda. El interminable pasillo empezó a dar vueltas lentamente a mi alrededor y el aire se volvió denso como la melaza. Sentía la visión caliente y borrosa, y no estaba segura de si estaba en una acera en movimiento o si eran mis piernas las que se movían. Miré hacia atrás y vi a Cole abrir la puerta del estudio. Con el corazón desbocado, corrí hacia un cartel verde de neón que había sobre una puerta, a pocos metros: SALIDA. De algún modo, mis pies me sacaron de allí.

Sin aliento, parpadeé bajo el sol de la tarde. El ruido de las bocinas de los coches, las risas de los adolescentes, los gritos de las madres y el llanto de los bebés. El olor a goma quemada, a

cemento, a alcantarilla, a olor corporal y a perfume. Los dedos de una mujer desconocida sobre mi hombro desnudo. Las palabras «¿estás bien?» resonando una y otra vez mientras unas manchas blancas me inundaban los ojos y sentía el calor del pavimento en las rodillas.

Cole Wyan había convertido mi sueño en una pesadilla.

44
TREINTA Y CINCO

ALLÍ, EN EL INTERIOR DE Carbone, podía sentir cómo el gusto ácido del recuerdo me subía por la garganta. Mi cuerpo era presa del terror: una sensación paralizante de alerta roja me recorría las venas advirtiéndome que estaba en peligro. Contuve la respiración y apreté el estómago, desesperada por no vaciar el contenido sobre el mantel blanco.

Todo el lugar se movía a cámara lenta. Me sentía como un ciervo ante los focos de un coche, viendo al hombre al que quería conversar animadamente con el hombre que había intentado violarme. No podía oír nada de lo que decían; lo único que oía era el estrépito de mi corazón golpeándome los tímpanos. Asher asintió y me sonrió. Supuse que me estaba elogiando. Hice todo lo que pude para forzar los labios hacia arriba y esbozar una pequeña sonrisa. Entonces, Cole me sonrió abiertamente, y su sonrisa se me clavó en la piel como pequeños puñales.

—Disculpad, disculpad —dije, con palabras temblorosas.

Me levanté con excesiva rapidez y sentí un calor ardiente en la frente. Me apresuré a salir: pasé junto a Asher y luego aceleré el paso, como si me jugara la vida. Necesitaba aire. Necesitaba la salida. No me detuve a pensar en quién estaba fuera; no podía asimilar mi propia realidad. Salí a empujones por la puerta principal de Carbone, y las ráfagas blancas que pasaban frente a mis ojos de repente se convirtieron en los *flashes* de las innumerables cámaras de los fotógrafos. *Mierda.* Sentí que la bilis me subía por la garganta y, de repente, un brazo me cogió y me entró otra vez en el restaurante. Tenía la vista enceguecida, pero mis piernas se movían. Alguien me conducía hacia dentro: pasamos una puerta y seguimos hacia una brillante luz fluorescente. Me metí en uno de los cubículos del baño y vacié el estómago en el retrete de un tirón.

Apoyé la espalda contra la puerta fría, mientras inhalaba y exhalaba hondo. Me temblaban las manos. Durante cinco años, había trabajado sin cesar en terapia para aliviar la culpa sin fundamento que me embargaba con respecto a Cole. Él era el culpable, pero a mi mente le resultaba difícil imaginar cómo un hombre que en un momento se preocupaba por mis intereses, al siguiente se negaba a aceptar un no como respuesta. Así que traté de encontrar una explicación

y le atribuí a mi exceso de energía la razón por la que Cole oía un sí cuando yo decía no. Me atormentaba una culpa horrible por haberle roto la nariz, aunque debería haberme dado a mí misma una palmadita en la espalda por defender mi cuerpo. No sé qué habría pasado si no me hubiera defendido. Era un pensamiento que se me metía en la cabeza de vez en cuando, y me hacían falta dos comestibles y un maratón de *Friends* para que la pesadilla se desvaneciera.

—¿Maggie? —dijo una voz. De repente, recordé que no estaba sola. Alguien me había conducido al baño de mujeres. Miré hacia el suelo y vi los zapatos de tacón de Raini—. ¿Estás bien? —me preguntó.

Levanté la vista y vi que me miraba con expresión consternada y con las manos abiertas, como si estuviera preparada para sostenerme si me caía al suelo.

—Sí —mentí.

Despacio, con movimientos inseguros, busqué el lavabo. Raini me observó por el espejo, contemplando mi rostro pálido. Pasaron uno o dos minutos, y luego se acercó y me cogió de las manos. Bajé la mirada y me di cuenta de que me estaba restregando las manos bajo el agua hirviendo: estaban irritadas y enrojecidas. Raini tomó una toalla y me las secó mientras yo la miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó en voz baja.

—¿Quién? —dije con brusquedad, apartando la vista de sus ojos de princesa de Disney y esforzándome sin gran éxito por hacerme la tonta mientras que, por dentro, mi cuerpo corría una maratón traumática. Se me aceleró el pulso. Sabía muy bien a quién se refería, pero no quería reconocerlo en voz alta, sobre todo ante alguien a quien no conocía demasiado bien. En cinco años, solo le había hablado a tres personas del día en que empezó y murió mi carrera, y una de ellas era mi terapeuta.

—He oído cosas sobre Cole, de la mejor amiga de mi hermana mayor.

Levanté la vista y vi que me miraba con sus espesas cejas levantadas, como diciéndome que podía hablar con libertad. En lugar de sentir el horroroso consuelo de saber que no era la única persona a la que Cole Wyan había atacado, en lugar de confiar en Raini, sentí que me envolvía una coraza. En ese momento, no sabía cómo revivirlo en voz alta sin que me sacaran de allí en camilla.

—Estoy bien. Estoy un poco mareada, nada más. Bebí demasiado antes de que llegara el entrante.

—Tomaste una sola copa de vino.

¿Quién era esta niña? ¿Una maldita Sherlock Holmes?

—Espera a llegar a los treinta y cinco. Una copa basta para que necesites tres Advil y un Gatorade para recuperarte al día siguiente.

—¿Qué te hizo? —me preguntó, en voz baja, mirándome con los ojos muy abiertos.

La forma en que estaba plantada delante de mí fue lo que me hizo sujetarle la mano con fuerza cuando las lágrimas me inundaron los ojos. Se movió con un leve temblor sobre sus preciosos zapatos de tacón, como si en su camino no todo hubiera sido de color de rosa. Dejé caer los hombros, bajando la guardia. La abracé movida por el instinto. Ella me devolvió el abrazo. Nos aferramos la una a la otra, conscientes de haber vivido alguna clase de pesadilla, diferente pero compartida.

—¿Puedes fijarte y decirme si se ha ido? —susurré.

Se apartó, asintió y asomó la cabeza por la puerta del baño.

—Se ha ido —dijo, volviendo hacia mí.

De algún modo, conseguí volver a la mesa y me esforcé por mantener la sonrisa durante toda la noche.

Cada cierto tiempo, Raini me observaba con ojos cálidos, inclinando la cabeza y arqueando las cejas, como dándome a entender que no tenía que aparentar que estaba bien. Me mantuve entera, pero saber que, si me derrumbaba, habría alguien para sostenerme, en especial, una mujer, era un consuelo que no se podía expresar con palabras.

Unas horas después, Asher me miró con los ojos entornados al ver que me sujetaba el costado del estómago. Apenas un par de horas antes, Raini y yo nos habíamos reído de cómo salí al encuentro de los paparazis, de cómo había confundido la puerta oscurecida de la entrada con la puerta del baño… Estaba claro que el vino me había subido a la cabeza. Pensé que Asher se lo había creído, pero su mirada me decía lo contrario. Yo era la clase de persona a la que podías llevar a una cena sin problemas. Era capaz de hablar hasta con un caracol, tenía historias divertidas y era pura energía. Esa noche, me había mantenido ocupada con un plato de pasta espesa, una decisión que estaba empezando a pagar, físicamente. Sentía la salsa roja ardiente en el fondo de la garganta.

—¿Qué está pasando? —preguntó al fin.

—Nada. Todo bien —dije en tono entusiasta—. O sea, me vendría bien una intravenosa de Pepto, pero, hablando en serio: todo bien.

Pero Asher podía leerme como un libro abierto. Como siempre. Me di cuenta por la forma en que toda la noche me había buscado con la mirada. Había una rigidez en zonas de mi personalidad que normalmente eran blandas. Había intentado mantenerme atenta a cada una de las conversaciones que se habían desplegado durante la noche, pero con Asher no tenía que esforzarme. Por suerte (y en ese momento, por desgracia), Asher no era el típico hombre heterosexual: sabía captar las sutiles señales de una mujer.

—Esto es demasiado para ti, ¿no?

Hizo girar su Rolex alrededor de la muñeca, con un gesto de dolor que le suavizó la dura línea de la mandíbula.

Me bajé de los tacones, negando con la cabeza.

—¿De qué estás hablando?

—Los paparazis, la fama… es un caos. Sin querer abres la puerta equivocada y te fulminan mil *flashes*. Vivo una vida en la que no puedo ir a un restaurante sin que un circo salga a mi encuentro. Es una vida que no elegiste.

Me miró como si yo estuviera echándole sal a una herida abierta. Me acerqué, entrelacé los dedos en su mano y me quedé inmóvil frente a él.

—Mírame —le dije, mientras le giraba el rostro con suavidad para que me mirara. Levantó la vista de sus manos a mi rostro—. Ash, no tiene *nada* que ver contigo.

—Entonces, ¿qué pasó?

Abrí la boca. Tenía la verdad en la punta de la lengua. Había un muro entre uno de los momentos más aterradores de mi vida y la persona con la que podía imaginarme pasando el resto de mi vida. En cierto modo, estar con Asher me hacía sentir como la chica que había sido antes, aquella chica con las manos abiertas al mundo en el campamento de verano. Antes de que todos mis intentos se toparan con un muro tras otro. Antes de que querer a alguien fuera una explosión al rojo vivo que me dejara desangrada. Antes de que un hombre que prometió llevarme a la cima me destrozara con un solo movimiento. No sabía cómo me iba a mirar Asher cuando le contara lo de Cole, pero, en el fondo, sabía que eso no cambiaría cómo me veía. No era por eso por lo que no podía dejar de mover los pies, ni por lo que tenía la boca cerrada. No se lo contaba porque no sabía cómo iba a poder mirarlo yo después de contárselo. Ya no éramos adolescentes. Nuestra vida no se limitaba a la burbuja del amor juvenil, pero él me había hecho volver a un lugar acogedor, sano y puro. En sus brazos me sentía inocente, pero esa verdad que me guardaba me obligaba a entrar en la realidad, en mi complicada edad adulta, ante sus ojos. Sería admitir que nuestras vidas habían cambiado cuando nos separamos, admitir que no éramos las mismas personas que nos habíamos abrazado desnudos en aquel muelle.

Me mordí el interior de las mejillas y esbocé una sonrisa.

—Francamente, empecé a sentirme un poco mal. Tengo calambres menstruales —le dije soltando un suspiro con una sonrisa afectada—. Tengo un aparato reproductor muy sensible, y preferí ahorrarte los detalles.

Si quieres terminar una conversación con un varón, la palabra «menstrual» suele cumplir el objetivo. Si bien Asher estaba muy por encima de la media en muchos aspectos, también era un varón promedio cuando se trataba de hablar de mujeres que sangraban por la vagina.

—Está bien —dijo con una sonrisa diminuta, asintiendo y dando por zanjado el tema.

—Ash, estoy aquí. Tú, yo, el circo, las luces de los focos, los idiotas con las cámaras… Todo. Sí, no me encanta que todos mis movimientos públicos queden grabados. Pero, bueno, planeo ser más famosa que tú algún día, así que puedo acostumbrarme.

Sonrió de verdad, con todo el rostro, y me atrajo hacia él, de modo que mis pies descalzos quedaron entre sus zapatos.

—Bueno, me alegro de poder ayudarte —dijo, rozándome la nariz con la suya.

Lo aferré por la nuca y lo atraje hacia mis labios, una silenciosa reafirmación de que no tenía nada de qué preocuparse, de que estaba con él en cuerpo y alma. Pero en mi cabeza oía una voz cada vez más potente, una pregunta que sonaba con más insistencia mientras lo besaba más y más fuerte: ¿por qué tenía miedo de mostrarle todas mis cartas?

A pesar de todo el trabajo que había hecho en terapia en los últimos años, seguía habiendo un hilo de vergüenza cosido sobre un hecho del que yo no era culpable. Esperaba poder desenredarlo algún día delante de la persona a la que quería. Tal vez saldría en sollozos, como la verdad sobre la muerte de su hermano le salió a él con un grito ahogado. Ahora lo entendía. Que Asher se guardara esa verdad horrible no tenía nada que ver conmigo, del mismo modo que no tenía que ver con Asher que yo me guardara esta otra verdad horrible. Mi renuencia giraba en torno a mi propio dolor y a la necesidad de liberarlo al mundo cuando me sintiera preparada.

Pero, a veces, el mundo te pone las garras encima y te arranca la verdad antes de que estés preparada.

45
TREINTA

—HOY, ESTA NOCHE, CUANDO SOPLÉ LAS VELAS, el deseo que pedí fue que acabáramos juntos.

Garrett y yo estábamos sentados uno al lado del otro en ese bar diminuto de Nolita el día de mi cumpleaños, el día en que aquella horrible verdad se me escapó y ya no pude ocultarla. Garrett me estudió como si lo hubieran metido en una obra teatral sin saberse los diálogos. Me quedé con los labios entreabiertos, asombrada por lo que acababan de hacer. Me recorría el cuerpo una adrenalina desbordante, familiar, la clase de valor que solo sentía cuando cantaba en un escenario. Por eso continué, incluso cuando toda mi lógica me gritaba: «PARA DE HABLAR, MAGGIE».

—Si en cinco años no estamos casados, prométeme que vendrás a buscarme y te casarás conmigo —solté.

—¿Quieres… que me case contigo? —preguntó despacio, como si necesitara decir la frase en voz alta para entenderla.

Negué con la cabeza.

—Olvídalo.

—¿No quieres que me case contigo?

—Sí, pero iré a buscarte yo. Eres un desastre con las fechas.

Garrett abrió la boca, pero no salieron palabras. Juntó las cejas y las mantuvo apretadas durante un buen rato, en el que mi respiración se aceleró. No sentía los dedos y tenía un zumbido en el oído.

¿Acababa de proponerle un pacto matrimonial a Garrett Scholl?

Sabía que estaba en una situación incómoda, pero no sabía que estaba cometiendo una imprudencia. Incliné el cuello hacia delante con la mano sobre la garganta, tratando de resistir la oleada de humillación que me subía del estómago. Me volví hacia la barra y fijé la vista en los vasos recién lavados, como si fueran una máquina del tiempo. Garrett bajó la mano hasta mi asiento e hizo girar el taburete hacia él para quedar cara a cara. El corazón me retumbaba en el pecho mientras sus ojos recorrían cada línea de mi rostro. Y, entonces, Garrett se acercó y sentí

el calor de su boca junto a la mía.

—¿Por qué tenemos que esperar hasta los treinta y cinco? —susurró contra mis labios. No había visto a Garrett desde su regreso de San Francisco. Dos semanas atrás, la idea de verlo después de diez meses separados me consumía. Pero, entonces, ocurrió lo de Cole Wyan. Y aquí estaba, con los labios a centímetros de la boca de Garrett Scholl, una fantasía hecha realidad—. Maggie, en lo único que he podido pensar en los últimos meses es… en nosotros, así.

Me pasó el pulgar por la barbilla, como a la espera de una respuesta.

No apartó los ojos de mi rostro y en su mandíbula no se percibía ni una pizca de jugueteo. Me sentí envuelta en una sensación de calidez. *Estaba pasando.* La persona adecuada. El momento adecuado. Solo quería inclinarme hacia sus labios y empezar el resto de nuestra vida juntos, *ya mismo*, pero su mano… estaba en mi muslo.

Su mano.

Mi muslo.

Se me aceleró la respiración y cerré los ojos con fuerza, sintiendo cada vez más calor en el pecho, mientras mi mente se remontaba a dos semanas atrás, cuando Cole Wyan había puesto su mano en ese mismo lugar, el lugar más sensible de mi piel, y la había deslizado por mi cuerpo. La invasión de un intruso en mi casa.

—¿Maggie? —oí decir a Garrett. Sentí que retiraba la mano de mi pierna.

—Tengo… Me tengo que ir —dije enseguida, con los ojos aún cerrados y el cuerpo helado.

—¿He hecho algo?

Tragué con fuerza y parpadeé al ver la expresión dolida de Garrett. Tenía la mano apoyada en mi brazo y, con los ojos muy abiertos, trataba de encontrar una respuesta.

—Garrett, no estoy en un buen momento… no para esto.

Se le contrajo el rostro.

—Está bien. Pero, entonces, ¿por qué has dicho lo que has dicho? ¿Que querías que acabáramos juntos? —me preguntó, desconcertado, tal vez un poco molesto.

Traté de encontrar palabras entre el ruido ensordecedor de los latidos de mi corazón.

—Lo he dicho en serio. Es solo que no puedo estar con nadie en este momento.

Me levanté del asiento, pero tenía las piernas entumecidas y sentí que el pecho se me caía al suelo. Garrett me sujetó por el costado con un brazo firme y rápidamente me estabilizó contra su cuerpo. Me rodeó la cintura con una mano y me miró, asustado. Nunca lo había visto mirar así a alguien. Traté de evitar sus ojos, y me concentré en mis manos temblorosas.

—Te llevo a casa —me dijo en voz baja. Asentí. Las lágrimas se me agolparon en la garganta.

Estaba destrozada, y no tenía ni idea de cómo volver a ensamblarme. Mis esperanzas, mis sueños, mi cuerpo… todo estaba hecho pedazos. Tres semanas antes, que Garrett me dijera que quería empezar una vida conmigo habría sido uno de los mejores momentos de mi vida. Y hoy,

mi cuerpo y mi mente no me dejaban acercarme a la felicidad. Mi felicidad estaba congelada en un instante de terror.

Garrett me llevó a casa de inmediato, se aseguró de que me metiera bajo las sábanas y me dejó Advil y agua al lado de la cama. Me observó un rato y, justo cuando se marchaba, pude entrever su expresión: lo dominaba la confusión.

Me quedé mirando el techo, con el cuerpo sacudido, hasta que salió el sol. Y fue igual al día siguiente. Y al siguiente.

46
TREINTA Y CINCO

DURANTE TODA LA SEMANA POSTERIOR AL ENCUENTRO con Cole en Carbone, me puse un Xanax entre los dientes cada noche para calmar la ansiedad de mi mente. Habían pasado siete días y Cole no había hecho nada que afectara mi futuro ni había llamado a Asher para advertirle que tenía un buen gancho de derecha.

Suspiré ante la calidez del sol sobre mis hombros pecosos mientras caminaba por la Treinta Oeste. Ya era hora de dejar atrás aquel encuentro y, a partir de hoy, empezar a labrarme mi propio camino, o eso era lo que le decía al cielo en mi mantra matutino. Me dije a mí misma que solo había visto un fantasma en Carbone, alguien que ya no suponía una amenaza. Me ajusté las gafas de aviador de Asher; tenían unas monturas grandes que no se ajustaban a mi estrecha estructura ósea, pero que atenuaban los *flashes* de las cámaras. Sus gafas también ocultaban el hecho de que me negaba a maquillarme antes de que me corriera por la sangre una cantidad considerable de cafeína. Las gafas lograron callar a los *trolls* de internet que esperaban que todas las novias de los famosos salieran de la cama con el rostro perfecto.

Una sonrisa amplia se me dibujó en el rostro al bajar la cabeza y sortear a un fotógrafo distraído, y me apreté los AirPods contra las orejas. Mi demo casera, «Giro completo», se escuchaba con un sonido etéreo y tranquilo, un sonido que estaba a punto de ser procesado en un estudio. En unas horas, iba a grabar el tema, mi primer sencillo, en el estudio de Bex.

Sentí que el móvil vibraba en mi riñonera mientras entraba en mi cafetería favorita, donde se respiraba una mezcla de cafeína y bollos de arándanos recién hechos, una combinación que mi cuerpo necesitaba con urgencia. Si bien los fotógrafos habían descubierto mi rutina matutina, no había dinero en juego si Asher no aparecía en la imagen. Por suerte, mi presencia en solitario hacía que los fotógrafos se dispersaran una vez que estaba dentro, lo que me permitía pedirme un café con leche de avena en paz.

Inhalé el aire cargado de cafeína para calmar mi ansiedad. Había estado esperando una llamada de Shelly desde que Asher y yo hicimos pública nuestra relación en Carbone. Cuando salimos del restaurante esa noche, Asher me rodeó la cintura con el brazo y me sujetó la mano de

un modo tan íntimo que no dejaba lugar a dudas sobre el estado de nuestra relación. Si bien había esperado a que el dinero ingresara en mi cuenta bancaria y a que todas las canciones estuvieran entregadas antes de hacer pública nuestra relación, sabía que Shelly quizá habría preferido que esperáramos un poco más, o al menos que le avisáramos.

—Hola —dije al teléfono, mientras me colocaba al final de una fila larguísima. Algunas personas giraron la cabeza tratando de entender por qué un montón de cámaras estaban siguiendo a una mujer diminuta y anodina que llevaba una riñonera rosa y un vestido tipo camisón.

—¿Te acuerdas de aquella vez que te pregunté si tenías alguna maqueta circulando por ahí y me dijiste que no? —me preguntó Shelly.

—Sí…

—Bueno, acabo de hablar por teléfono con el representante de Cole Wyan, y parece que no solo tienes una maqueta circulando por ahí, sino que además es una maqueta producida por Cole Wyan. Y me gustaría saber por qué me mentiste.

Se me aceleró el ritmo cardíaco y me empezaron a temblar las manos.

—Espérame un segundo —dije, tartamudeando y con los ojos desorbitados.

Me aparté de la fila y salí de la cafetería. Crucé a toda velocidad al ver una pausa en el tráfico, pasé por delante del conserje y entré corriendo en el edificio de Asher. Con el corazón en la boca, me dejé caer con un suspiro en un sillón de cuero en un rincón apartado y sin ventanas del lujoso vestíbulo.

—¿Maggie? ¿Estás ahí todavía?

Me quité los AirPods y los guardé en la riñonera. De inmediato, cogí el móvil y me lo llevé a la boca.

—¿Puede hacer eso? —susurré.

—Firmaste una cesión. La estoy mirando en este momento.

—Pero eso fue… Fue hace más de cinco años. Firmé algo hace cinco años…

—Lamentablemente, lo firmaste a perpetuidad. Cole podría lanzar tu canción en veinte años si quisiera. Mira, es obvio que este tío se enteró de que estabas a punto de convertirte en un éxito, te ha visto en internet, se enteró de que estabas haciendo la música original para la película de Asher Reyes y, lo más importante, supo que ibas a grabar con Fin Bex. Cole siente la necesidad permanente de competir con Bex para ver quién mea más lejos, ya que la carrera de producción de Bex ha eclipsado la suya.

Apreté las rodillas contra el pecho, sujetando mi cuerpo para no derrumbarme en público.

—Cole se va a atribuir el éxito de mi carrera, ¿verdad? ¿Va a sacar provecho de mí, para siempre?

Ya sabía la respuesta. Un líquido caliente y enfurecido me empañó la visión.

—Sí, a ambas preguntas —me confirmó Shelly.

En los cuentos de hadas, el villano no se aprovecha de su víctima hasta el día de su muerte. El villano no se lleva el mérito de haber descubierto a su víctima. El villano no se impone hasta que la víctima no exhala su último aliento. Pero ahora, mi villano podría hacer precisamente eso.

—¿Cuándo va a lanzar la canción?

—Es viernes, Maggie.

—¿Qué significa eso?

—Revisa tu Spotify. O Apple Music. Salió a medianoche. En todas las plataformas. —Me quedé en silencio. No me atrevía a mover un dedo—. ¿Quieres decirme por qué me lo ocultaste? —me preguntó Shelly. Abrí la boca para explicárselo, pero el espanto me estranguló la garganta —. Maggie, antes de que te acribille, debes saber esto: es un sencillo extraordinario. La canción no es ningún motivo de vergüenza. Pero el momento, por desgracia, no podría ser peor. Estoy tratando de suavizar esto, por eso necesito que empieces a hablar. No creo que Bex quiera producirte cinco segundos después de que Cole Wyan lance al mundo tu primer sencillo grabado en estudio. Fin Bex es el tipo más sincero que hay en este mundillo y lo único que espera a cambio es transparencia. Me llamó bastante enfadado esta mañana. Enfadado porque se lo oculté, enfadado porque tú se lo ocultaste. Quiere frenar la grabación de hoy hasta nuevo aviso.

Cole Wyan había arruinado mi carrera cinco años atrás y estaba a punto de hacerlo otra vez. Unas lágrimas silenciosas empezaron a caer por mi rostro y me las sequé rápido con el dorso de la mano.

Shelly esperó a que los suspiros y resoplidos pasaran.

—¿Quieres llamarme más tarde y me cuentas toda la historia?

—Vale —dije finalmente.

Dejé el teléfono sobre el regazo, con los ojos anegados en lágrimas, y enseguida los cerré con fuerza. Sentía que el pánico se apoderaba de mí, que las paredes empezaban a cercarme, que el pasado y el presente se agolpaban para sofocarme en aquel precioso vestíbulo de mármol rodeado de fotógrafos. Inhalé y exhalé con esfuerzo, procurando desacelerar mi ritmo cardíaco. De manera instintiva, pulsé el nombre de Summer en el teléfono.

Por primera vez en la vida, una llamada a mi mejor amiga iba directamente al buzón de voz. Nunca había sido capaz de enfrentarme sola a una noticia horrible. Summer era la primera persona a la que llamaba, mi salvavidas, la persona que venía y me abrazaba durante unos instantes, para luego dar una palmada y trazar un plan para salir adelante. A diferencia de mí, Summer prefería quedarse sola y en silencio con su malestar (no le gustaban los proyectos grupales), por eso su teléfono estaba apagado. El día anterior, les había enviado un correo electrónico a todos sus amigos, haciéndoles saber que ella y Valeria se estaban divorciando. Parecía un comunicado de prensa, lo cual no me sorprendió. Apagó el teléfono después de enviar ese correo. Quería que la gente conociera su realidad, pero no quería hablar del tema, y menos

mientras ella misma lo estaba desentrañando.

Mi roca se estaba desmoronando en el sur de Florida; y yo me había quedado sin salvavidas, desmoronándome en Nueva York. Miré el llavero electrónico que tenía en la mano: la llave del apartamento de Asher, un recordatorio de que, en realidad, sí tenía una roca.

Me desenrosqué las piernas del pecho y me incorporé poco a poco. El mareo me nubló los ojos. Tomé aire, sintiendo que el corazón me retumbaba en el pecho, y vi que mis desgastadas Converse avanzaban con dificultad. Puse un pie delante del otro hasta que el aire tibio de la mañana me llenó los pulmones y planté los pies en una calle adoquinada del Meatpacking District. Uno de mis dedos fue a buscar un nombre en la lista de favoritos de mi iPhone.

47
TREINTA Y UNO

INHALÉ Y CERRÉ LOS OJOS. El aroma de la hierba recién cortada se mezclaba con el fuerte olor de los *pretzels* calientes. Era el primer día cálido de la primavera, 18 grados, lo que, después de haber sobrevivido al invierno neoyorquino, equivalía a un día abrasador de verano. Agradecí el calor sobre mis hombros pálidos, que sentían los rayos del sol por primera vez desde los primeros fríos del otoño. Francamente, era lo único por lo que estaba agradecida en este día.

Abrí los ojos en Sheep Meadow, justo cuando un objeto plano de color rojo se acercaba girando hacia mi rostro a la velocidad de un rayo. Atrapé el frisbi con las manos antes de que me diera en la cara.

—¡Cuidado! —gritó Summer, con expresión impasible.

Estaba de pie sobre una manta. La miré con furia y le lancé el frisbi demasiado fuerte, por lo que pasó por encima de Summer y aterrizó en las manos de una mujer que estaba a unos metros detrás de ella. La misteriosa mujer tenía mi edad, quizá un poco menos, y bailaba de espaldas a mí, sin molestarse siquiera en averiguar de dónde había salido el frisbi. No era de las que se preguntaban por qué algo había caído en sus manos; así era la vida, y una lo sabía con solo mirarla, por la forma en que el sol intenso iluminaba su rostro con sutileza, como una suave caja de luz sobre una sonrisa radiante. Sin esfuerzo. Tenía el cabello rubio, perfectamente recogido a un lado, los labios de un rojo mate y unas piernas largas bajo un vestido de lino blanco. Tragué saliva al ver aparecer a Garrett, con el torso desnudo, y abrazar a esta mujer misteriosa, inclinándole el cuerpo para darle un beso, mientras ella reía a carcajadas con la barbilla levantada hacia el cielo.

Con el paso de los años, había visto a Garrett en compañía de varias mujeres, pero nunca lo había visto con tanta… soltura, con una actitud tan abierta. Se miraban de una forma que era imposible no reconocer. Nunca había visto a Garrett Scholl enamorado. Mentira. Nunca había visto a Garrett Scholl enamorado de una mujer que no fuera yo. Sentí como si una motosierra me atravesara el corazón. Me llevé la mano al pecho para tratar de mitigar el dolor punzante y abrasador. Se sostuvieron la mirada un momento, y luego Garrett le besó el cuello y ella se soltó

de su abrazo con agilidad.

—Tierra llamando a Maggie Vine. —Aparté la angustia para encontrarme con la mano de Summer que se agitaba delante de mi rostro—. ¿Vas a venir a sentarte con nosotros o necesitas más tiempo para quedarte ahí como un bicho raro?

A unos metros delante de Summer, vi a Valeria sentada en una manta, con los ojos clavados en su teléfono. Summer y Valeria llevaban ya unos cuantos años casadas, y yo intentaba que Valeria me cayera bien, ya que mi mejor amiga la quería con locura. Llamadme egoísta, pero, aunque me encantaba que Summer hubiera encontrado a la mujer de su vida, me hubiese gustado que fuera alguien que tolerara un poco más mi presencia. Tenía la sensación de que Valeria siempre estaba ocupada en otra cosa cuando yo estaba con ellas, como si yo fuera una persona a la que apenas valía la pena mirar de reojo de vez en cuando. Creo que entendía que Summer y yo teníamos nuestro propio lenguaje, y en lugar de intentar participar, le resultaba más fácil desconectar.

Volví a mirar a Garrett, justo cuando le lanzaba el frisbi a la mujer misteriosa.

—¿Quién es? —pregunté, con los ojos fijos en la mujer.

—Cecily —dijo Summer.

—¿Cuánto hace que están juntos?

—Cuatro meses —respondió, mirándome con una expresión de confusión—. ¿Cómo te fue ayer con la venta? —me preguntó.

Un mes después de cumplir treinta, había dejado por completo las actuaciones. Cada vez que me subía al escenario, me sofocaba: me aterrorizaba la posibilidad de ver el rostro de Cole entre el público. Después de cancelar tres actuaciones seguidas, presa de ataques de pánico detrás de las cortinas del escenario, tiré la toalla. No había forma de luchar contra este monstruo: era demasiado grande para mí, y no sabía por dónde empezar ni cómo empuñar una espada contra un hombre poderoso que me había tocado contra mi voluntad y amenazaba mi carrera. Era más fácil cerrarlo todo y tirar la llave. La música había muerto. Hice el examen para obtener la licencia de agente inmobiliaria e hice realidad el sueño a mi madre: me uní a su empresa y empecé a ganar dinero. Dinero de verdad. Me iba fenomenal vendiendo casas bonitas. Mi alma también había muerto. Apenas podía mirarme al espejo cuando me vestía por las mañanas, no quería que Maggie Vine viera en lo que se había convertido.

—¿El 33 de Gramercy? —le pregunté, refiriéndome a la propiedad más grande que había tenido para mostrar hasta ahora.

—Sí.

—Hiciron una oferta. Al contado —dije en tono seco, con los ojos fijos en Cecily y Garrett.

—¡Genial! —exclamó Summer, sonriente.

Cecily recorría con los dedos las líneas del estómago de Garrett. Él le rodeaba la cintura con

la mano.

—Maggie. —La voz de Summer se oyó enérgica. Aparté los ojos de Garrett mientras ella me miraba con insistencia—. Acabas de hacer tu mayor venta.

—¿Y? —dije, sin la menor emoción, encogiéndome de hombros y desviando la vista.

Garrett abrazaba con fuerza el cuerpo de Cecily. Sus labios se rozaban. Estallaban en una carcajada al unísono. El sol se reflejaba en sus sonrisas.

—¿Y? —oí decir a Summer, burlándose de mi tono indiferente.

Era extraño lo que me estaba pasando mientras veía a Garrett mover su cuerpo alrededor de una mujer, de la misma forma que lo había hecho conmigo. Volví a centrar la atención en Summer. Me miraba con los ojos muy abiertos, con la vista fija en mi rostro, que se había ensombrecido de rabia. Sentí que el rencor, el rencor que sentía por mí misma, me salía por la garganta y me quemaba la lengua.

—Me importa una mierda todo —dije, destilando veneno.

O creo que dije eso.

Eso fue lo que quise decir.

No estoy segura de qué fue lo que salió de mi boca porque, de repente, cada una de las emociones que había sepultado en el último año y medio después de que Cole Wyan acabara con mi carrera, después de que no pudiera volver a subirme a un escenario sin tener un ataque de pánico, después de que dejara de tocar la guitarra, después de que dejara de escribir música, después de que me presentara al examen de agente inmobiliaria, después de que hacer realidad el sueño de mi madre, después de que me costara estar en la misma habitación que el chico al que quería… De repente, algo blanco y caliente me estrangulaba la garganta. Con manos temblorosas, me cogí el cuello, pero los brazos de Summer me rodearon enseguida y me llevaron bajo la sombra de un árbol, fuera de la vista.

No podía recuperar el aire y el desgarro que sentía iba tornándose en agobio, mientras las lágrimas me inundaban la garganta. Al principio, las palabras me salieron en una maraña de sollozos, entre jadeos, mientras trataba de recobrar el aliento. Sabía que Summer no podía entenderme en lo más mínimo. Cuando empecé a calmarme, me hizo repetírselo más despacio. Aquella horrible verdad se me escapó de la garganta como una prisionera que acaba de ser liberada, aterrada de salir a la luz. Una prisionera inocente. Alguien que no sabía cómo mirar al mundo después de haber estado encerrada en una celda tanto tiempo. La forma en que me estaba desmoronando era demasiado para las dos. Por eso, Summer trató de aquietar el temblor de su barbilla y mantenerse tan firme como aquella canción de Bob Seger, mi roca.

Se lo conté todo. Desde Cole Wyan, pasando por cómo había alejado a Garrett, hasta cómo hacía más de un año que no tenía hambre de casi nada: comida, sexo, música, felicidad. Como un interruptor de luz, mi alma se había vuelto gris y ya no sabía cómo encontrar la luz del sol, ni

creía que la merecía.

Summer se quedó pensativa un rato, mientras me secaba las lágrimas y aspiraba el viento.

—Bueno, esto es lo que vamos a hacer —dijo finalmente, con las manos a ambos lados de mis brazos—. Primero, tienes un trabajo de lujo y un seguro médico de lujo, así que vamos a buscarte un terapeuta de lujo. Y si tengo que acompañarte a la consulta todas las semanas, lo voy a hacer. Pero vas a recibir ayuda.

Asentí con la cabeza, con lágrimas en los ojos, y me di cuenta de que ya no sentía que algo me quemaba por dentro. De algún modo, la libertad (la capacidad de coexistir con una verdad brutal que había salido de mis pulmones) era tan aterradora como me había imaginado, pero ahora podía respirar sin humo. Ya no me asfixiaba.

—Segundo, y esto va a llevar un tiempo, pero, Maggie Vine, vamos a hacer que tu carrera vuelva a donde debe estar. —Negué con la cabeza, sintiendo el peso de lo imposible. Me cogió la barbilla con una mano y me la acercó a sus ojos incisivos—. No me sacudas la cabeza. No va a pasar de la noche a la mañana, pero va a pasar, maldita sea. Maggie, no le puedes cerrar la puerta a algo para lo que has nacido. Ese hombre no va a estar siempre delante de tu puerta. Vas a ser más grande que él, más fuerte que él, y vas a eclipsar a ese monstruo en todos los sentidos de la palabra, y vas a pisotearlo en tu camino al éxito. Y yo voy a estar a tu lado todo el camino.

Me miró con firmeza, esperando a que asintiera; la brisa no consiguió que sus ojos enormes hicieran el más mínimo movimiento.

—De acuerdo —dije, muy bajito, con las manos aferradas a las suyas, mientras las lágrimas seguían corriendo silenciosas por mi rostro.

—Tercero: cuando estés preparada, y esto también puede llevar un tiempo, le vas a decir a Garrett lo que sientes por él.

Desvié los ojos para presenciar la forma en que las manos de Garrett recorrían los brazos de Cecily. La forma en que sus ojos observaban las pecas de su espalda como si fueran un mapa; como si ella fuera su estrella polar.

—¿Y si es demasiado tarde? —dije en voz baja, secándome las lágrimas de la nariz.

Summer soltó una leve carcajada.

—Nena, voy a decirte algo que ya sabes. A pesar de lo que te ha pasado, estás perdidamente enamorada de Garrett Scholl. Y a pesar de lo que ha pasado este año, Garrett sigue perdidamente enamorado de ti.

—No lo sé. Y tú tampoco. —Me miró como si realmente lo supiera—. ¿Cómo lo sabes?

—Hace un rato, te vi caminando por la cerca, a muchos metros de distancia, acercándote a nosotros. Y dije: «Viene Maggie», y entonces Garrett te miró. ¿Y sabes lo que hizo? Tragó saliva y se dio la vuelta muy rápido.

—¿Así que ni siquiera puede mirarme?

Otra vez los ojos se me llenaron de lágrimas, unas lágrimas de otra clase. Summer me sujetó los brazos con firmeza.

—Maggie, está tan enamorado de ti que ni siquiera puede mirarte a los ojos porque es demasiado doloroso.

—Yo soy de las que, cuando algo duele, lo miran con más intensidad.

—Es un hombre. Los hombres miran para otro lado. Así van por la vida, compartimentando y poniendo en cajas lo que les duele. Tú estás en una caja en este momento. Pero, te lo digo, cuando estés lista para abrirte, cuando te pares frente a él y te sinceres, él no va a poder mirar para otro lado.

Me gustaba esa idea. Odiaba pensar en lo que tendría que pasar para llegar a ese punto. Pero tenía tantas ganas de llegar que quería empezar ya. Asentí y en mis labios agrietados se dibujó una leve sonrisa triste.

—¿Me ayudas a volver a casa?

—Cuarta cosa: te vienes a vivir conmigo un tiempo.

Incliné la cabeza al sol, con las pestañas húmedas y pegadas, y el rostro enrojecido, y respiré algo nuevo. Summer me abrazó más fuerte y volví a sollozar contra su hombro, mientras el dolor y el alivio desaparecían de mi cuerpo. Nadie puede abrazarte como tu mejor amiga.

Tenía muchas más cosas por las que agradecer además del sol. Era un comienzo.

48
TREINTA Y CINCO

SENTÍA QUE NO PODÍA RESPIRAR Y ME BAJÉ del taxi y corrí a mi estudio como si estuviera yendo hacia un tanque de oxígeno. Apreté la espalda contra la parte trasera de la puerta y, al exhalar, sentí que se me hundía el pecho. Era la primera vez que estaba realmente sola desde que había visto a Cole Wyan. Y por fin pude gritar.

Solté un grito desgarrador, sin darme cuenta de toda la angustia y el estrés que había estado conteniendo en mi pequeño cuerpo durante siete días. De repente, sentí tanta rabia que quería tirar cosas. Con los puños apretados agarré un plato de porcelana en el que había una pila de papeles y facturas y lo lancé contra la pared, viendo cómo se rompía en pedazos. Allí estaba, entre fragmentos rotos y sueños hechos añicos, la frustración y el dolor aullaban mientras me iba deslizando por el lateral de la puerta. Había estado reprimiendo en mi interior el estrés de volver a ver a Cole, fingiendo para no rebobinar la pesadilla que, con desesperación, quería mantener en el lado izquierdo de la cinta. Eludir mis sentimientos (una práctica que pocas veces adoptaba) había causado más estragos en mi cuerpo que dejarme invadir por ellos.

Conseguí recostarme sobre mi deshecho edredón de flores, arrojando al suelo discos y diarios abiertos. Me quedé mirando las vigas de madera oscura, con los ojos húmedos y enrojecidos, y el pecho empezó a calmarse tras la catarsis de sincerarme conmigo misma.

***

Horas más tarde, me desperté cubierta con las sábanas y con los ojos cansados clavados en el ventilador de techo. Al respirar sentía como si inhalara humo, y la guitarra de mi padre, en un rincón de la habitación, me miraba con insistencia.

De golpe, mi estudio se volvió un lugar claustrofóbico del que me parecía imposible escapar. Me levanté de la cama, con las piernas pesadas y entumecidas, y salí del apartamento, sintiendo el olor a madera vieja y oscura que me rodeaba en aquel lugar horrible y caluroso que ahora podía pagar sin problemas. Me dejé caer en el descanso de la escalera y cerré los ojos mientras inhalaba y exhalaba profundamente.

—Hola —dijo una voz.

Levanté la cabeza de entre las piernas y el corazón me dio un vuelco al ver a Garrett justo debajo de mi rostro. El caos que se había apoderado de mí era demasiado grande como para dejar espacio al remordimiento. Debería haberme sentido un monstruo por llamar a un hombre para que viniera a verme llorar, un hombre al que me había dicho que ya no quería, un hombre que, además, se iba a casar en unas semanas. Pero, a veces, cuando el árbol no te deja ver el bosque, en lugar de buscar una salida, te revuelcas en el barro.

—Gracias por venir —conseguí decirle, rompiendo a llorar.

El rostro se le transfiguró. Vino a sentarse a mi lado y me pasó un brazo con fuerza por encima del hombro.

—Ven —dijo, estrechándome contra su cuerpo.

Llevaba traje y corbata, y me di cuenta de que, cuando lo llamé, estaba en plena jornada laboral. Le había dejado un mensaje de voz diciéndole que Cole Wyan había lanzado mi canción, y él lo había dejado todo para venir a verme. Inclinó la cabeza y entornó sus magnéticos ojos azules, atento a mi sufrimiento.

Se le tensó la mandíbula y una vena le palpitó en el cuello.

—¿Puede hacer esto Cole? ¿Publicar tu canción? ¿Legalmente?

—Sí.

Miré el móvil y vi un mensaje de Asher en la pantalla. Allí, a plena luz del día, había un enlace a mi canción en Spotify, «Finjamos».

> Orgulloso de ti y también un poco desconcertado. Llámame cuando tengas un rato para charlar.

Se me revolvió el estómago: la culpa y la vergüenza me arrasaron como un tornado. Culpa por estar allí sentada con otro hombre. Dolor por haberle ocultado esto a Asher. Vergüenza de que esto me hubiera pasado a mí. Eran como garras dentro de la garganta. Temblorosa, puse el móvil boca abajo sobre el regazo, y me presioné con la mano el estómago para contener las náuseas.

—Maggie, vas a resolver esto —me dijo Garrett, inclinándose hacia delante para mirarme a los ojos.

—¿Cómo? La canción. La grabación. Todo el mundo puede escucharla. Y podría destruir todo lo que viene después.

—¿Ya la has escuchado?

Negué con la cabeza. Sentía que en mi interior ardía un terror desconocido. Un terror que sabía que no me abandonaría hasta que le diera al *play*. No podía escapar de mi propio pasado, por más que lo intentara.

—¿Quieres que la escuche contigo? —me preguntó.

Asentí sin decir nada, pero no moví los dedos.

Garrett sacó su teléfono del bolsillo, pero le puse una mano en la muñeca para detenerlo. Tenía que encontrar la manera de recuperar esta canción, y que otra persona me la hiciera escuchar no era la solución. Si podía ser yo la que decidiera escuchar mi propio trabajo, a pesar del monstruo que había detrás, ese sería el primer paso para salir del bosque. Eso lo sabía.

Me llevé el teléfono caliente al rostro e inspiré hondo, viendo mi canción allí, delante de mí, clara como el día, en Spotify. Y entonces, con un dedo tembloroso, le di al *play* y «Finjamos» resonó en el aire por primera vez en cinco años, y por primera vez delante del hombre para quien la había escrito.

Pincelada final, pizarra en blanco,
el tiempo se nos vino encima,
tan a destiempo, rojo fuego y azul profundo.

No podía mirar a Garrett. Me mantuve con la cabeza baja, hacia el teléfono, y el cuerpo en tensión.

Píntame otra vez, en esta habitación.
No borres este borrador.
Me gustaba tanto ese color.
Finjamos, como dos enamorados.

Suspiré aliviada, con los ojos inundados de lágrimas, cuando sonó la pandereta. No hubo ningún disparo. Las lágrimas se me agolparon en la garganta al comprobar que Cole había conservado mi canción tal como yo quería. El monstruo había reconocido que mi versión original era digna, y era complicado y horrible sentir gratitud en ese momento hacia el mismísimo hombre que estaba intentando robarme mi momento.

Camisa de seda, empapada de sudor,
bailando contigo
Tan a destiempo, se separaron nuestros cuerpos.
Píntame otra vez, en esta habitación.
No borres este borrador.
Me gustaba tanto ese color.
Finjamos, como dos enamorados.

Tus labios, mi cuello,
no lo pienses más.
Tan a destiempo, me abrazaste como a una musa.

Píntame otra vez, en esta habitación.
No borres este borrador.
Me gustaba tanto ese color.
Finjamos, como dos enamorados.

¿Vale la pena luchar por tu amor?
No digas nada esta noche.
Eres un visionario con miedo a vivir.
¿Vale la pena luchar por nosotros?
No digas nada esta noche.
¿Vale la pena luchar por nosotros?
Dime una mentira pintada de blanco.
Esta noche nada más.
Esta noche nada más.

Tragué saliva con dificultad y me atreví a mirar a Garrett, a echarle un vistazo rápido para ver si comprendía de quién hablaba la canción. Escuchaba la letra con los ojos muy abiertos y la mirada fija hacia delante. De pronto, entreabrió levemente los labios. El corazón me latió más deprisa. *Lo sabía.*

Píntame otra vez, en esta habitación
No borres este borrador.
Nuestros cuerpos vibraron en flor.
Finjamos, como dos enamorados.

El eco del sonido se apagó y se hizo el silencio. Garrett permaneció inmóvil, con la mirada fija en el fondo de la escalera de caracol, resistiéndose a moverse. Levantó la vista y lentamente me miró con los ojos entornados.

—Es preciosa, Maggie. ¿Es sobre…? —Se interrumpió.

La certeza de la respuesta era tan asfixiante que ni siquiera pudo terminar de hacer la pregunta. Se quedó mirándome, esperando. Observé sus ojos profundos y su mandíbula temblorosa.

—Sabes que es sobre ti —le dije.

Me miró en silencio un rato y su mirada se fue suavizando. El aire parecía palpitar y espesarse con el latido acelerado de nuestros pechos, sin que ninguno de los dos se moviera.

—Te equivocaste —dijo, sin apartar sus ojos azules de los míos—. Tú no me quisiste más.

Me quedé sin aire. Me costó un momento encontrar las palabras.

—¿Cómo sabes eso? —solté.

Vi el sol ponerse sobre su rostro y vi cómo sus ojos escrutaban los míos. Un momento después, extendió una mano y entrelazó nuestros dedos. Su piel sobre la mía, aunque solo fueran los dedos, era como la vida y la muerte fundidas en una. Se inclinó hacia mí, casi nariz con nariz, y posó la otra mano en mi mejilla.

—Porque te quise más que a nada en el mundo —dijo.

49
TREINTA Y CUATRO

NO QUERÍA REVIVIR LOS ÚLTIMOS CUATRO AÑOS por nada del mundo. Pero era necesario. Llevaba más de dos años haciendo una terapia intensiva y me debía a mí misma ser sincera con el chico del que seguía enamorada, el chico al que había rechazado justo cuando estaba lista para entregarme por completo.

El día después de derrumbarme con Summer en Sheep Meadow, me dio el mejor regalo que me han hecho en la vida: el número de un terapeuta con buenas recomendaciones. Poco a poco, a la única persona a la que empecé a decepcionar a partir de entonces fue a mi madre, cuando dejé el trabajo y volví a tocar la guitarra.

Hacía más de un año que había empezado a recuperarme, a cantar en discotecas y locales sin tener palpitaciones, a componer música otra vez, a tener relaciones sexuales y a poder disfrutarlas. Pero Garrett seguía siendo una espina clavada, y ese momento, casi cinco años atrás, aún me pesaba. Incluso después de tanto tiempo. También me pesaba el hecho de que seguía viendo a Cecily, pero el pesar de no decir lo que tenía que decir era más grande que el respeto que podía tener por lo que había entre ellos. Sé que eso me volvía egoísta. Pero en terapia me había esforzado por comprender que desvelar una verdad muy egoísta también podía ser un acto que me anclara a la vida. Anclarme a mi vida era una victoria demasiado grande como para no arriesgarme.

Me senté en un pequeño café de Greenwich Village y me puse a hacer garabatos con un bolígrafo azul en mi cuaderno de canciones alrededor de las palabras que acababan de salirme como lava. Sentí un golpecito en el hombro.

Allí estaba.

Llevaba traje y corbata y un largo abrigo de lana sobre sus anchos hombros. La llovizna le había humedecido el pelo rubio y ondulado. Lo abracé y lo sentí más tenso que de costumbre, pero, poco a poco, se fue aflojando y me devolvió el abrazo, con una inspiración profunda.

Nos soltamos y, al sentarnos, paseó la vista por todas partes sin poder mirarme. Su comportamiento, por lo general cálido y alegre, resultaba algo tenso. Incluso nervioso.

—Gracias por venir —le dije, cerrando el cuaderno e inclinándome sobre la mesa para verlo mejor.

—Ni lo digas. La verdad es que… estaba pensando en llamarte. Quería charlar contigo. Ha pasado tiempo —dijo, amagando una sonrisa y mirándome finalmente.

Había pasado tiempo. Cuatro meses para ser exactos. Uno de los períodos más largos sin vernos, pero suponía que Garrett ya no sabía qué hacer conmigo. Había desaparecido de su vida de manera caótica tras su regreso de San Francisco, y solo aparecía en las fiestas de cumpleaños: la suya, la mía, la de Summer, la de Valeria. Los dos últimos años había intentado escribirle más y llamarlo, pero Garrett me respondía con la misma distancia que había puesto yo entre nosotros. Y con razón. La amistad se había roto por culpa de las circunstancias. No podía echarme la culpa a mí misma, sino a lo que me había pasado.

—¿Puedo empezar yo? —pregunté, retorciendo una servilleta.

—Claro.

—Quiero hablarte del día de mi trigésimo cumpleaños.

Garrett se puso blanco. Tragó saliva y se llevó la mano a la corbata. Estaba claro que era lo último que se esperaba que le dijera. Y estaba claro que aún le dolía.

Hizo una pausa y asintió.

—De acuerdo.

—Primero, quiero pedirte perdón. Perdón por lo que te dije antes de alejarte. Y perdón por cómo actué cuando intentaste besarme. Debió ser muy confuso para ti —dije, en voz baja. Inspiré hondo, cerré los ojos un instante y luego los abrí y lo miré. Su expresión se suavizó al comprender lo difícil que era para mí decirle todo esto—. Dos semanas antes de ese día, Cole Wyan…, ¿recuerdas que había empezado a trabajar con él? —Garrett asintió y me miró con atención—. Bueno, dos semanas antes de mi cumpleaños estábamos grabando una canción, que se suponía que iba a ser mi primer sencillo, y él me… Él intentó… —Me detuve al sentir que la emoción me inundaba la garganta. El corazón se me aceleró por el peso de lo que estaba desenterrando. El resto salió muy rápido—. Me tocó y le dije que no. Intentó violarme. Le di un puñetazo. Me amenazó con arruinar mi carrera.

Garrett me miraba como si lo hubiera golpeado con una pala.

—¿Qué? —gritó.

La vena del cuello le latía, y tenía los puños apretados.

—Sí —fue lo único que pude decir.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Miré sus puños apretados y su rostro enrojecido.

—Pienso que estaría visitándote en la cárcel si te lo hubiera dicho en ese momento —le dije.

Me miró directamente a los ojos.

—Sin duda.

Las lágrimas me nublaron la vista y miré al techo, intentando mantener mis emociones a raya para que el resto pudiera salir. Bajé la mirada y, en el lugar donde habían estado sus ojos azules, había una tormenta oscura.

—Cuando me tocaste, esa noche en el bar, fue como si volviera a vivir ese momento que pasé en el estudio. Después de eso me sentía avergonzada. No quería estar cerca de ti, no sabía qué hacer cerca de ti. Y simplemente quiero que sepas que… —Se me quebró la voz al ver su rostro enternecido, sus ojos azules a centímetros de mí—. Estaba enamorada de ti. Profundamente. Dije lo que dije esa noche porque de verdad quería que estuviéramos juntos. Y me perdí durante un tiempo, pero recibí la ayuda que necesitaba y… —Estaba como congelado. Inmóvil. Tenía que decírselo todo. Estaba cansada de acumular tanto pesar—. Esa vez, en la disco, en la pista de baile, acostarme contigo esa noche… fue una de las noches más… fue una de las mejores noches de mi vida. Sentí algo que no creo que mucha gente llegue a sentir. Y odio que hayamos pasado de eso… a esto. —Me miró y parpadeó. Me moví en el asiento y me miré las manos—. Sé que eres feliz y quiero que tengas una vida feliz —dije, con un hilo de voz—. Pero no puedo seguir viviendo así, fingiendo que no pasó. Y no estaba segura de que fuera justo que solo yo lo supiera.

Volví a buscar sus ojos. Apartó la vista otra vez. El dolor le cruzaba el rostro.

—Esto es… —Tragó saliva con fuerza y bajó la mirada hacia sus manos—. Tengo mucho que asimilar. —Levantó la cabeza y volvió a mirarme—. ¿Estás bien? —me preguntó. Hizo la pregunta de tal forma que, si mi respuesta fuera negativa, podría matarlo.

—¿Quieres que sea sincera? —Sonreí, contemplando sus brillantes ojos azules, unos ojos que ahora contenían todas mis verdades, las posiblemente horribles y las horribles de verdad—. Me estoy recuperando.

Me dedicó una sonrisa rápida y volvió a mirar a la mesa. Observé que, una vez más, se llevaba una mano a la garganta, como si necesitara librarse de un peso en el pecho.

—Gracias por contármelo —dijo en voz baja.

Conversamos un poco sobre su trabajo, sus próximas vacaciones familiares en la Toscana, a las que yo sabía que iría con Cecily, pero no la nombró. Yo tampoco. Tenía la esperanza de que Cecily pasara como las demás y de que él apareciera a mi puerta. En seis semanas era mi cumpleaños. Tal vez se acordara. Claro que se acordaba. Acababa de mencionarlo.

Nos levantamos para irnos y él dio un paso adelante y me abrazó. Me abrazó un poco más fuerte de lo habitual, más tiempo del que me había abrazado en cuatro años enteros.

—Lo siento —me dijo en voz baja, al oído—. Siento mucho que hayas tenido que pasar por eso sola. —Se apartó de mí y, con una sonrisa afligida, me apretó la mano—. Me habría gustado estar para ayudarte. —Le creí, y no supe dónde meter tanto pesar—. Nos vemos pronto, ¿vale? —dijo.

Asentí y se marchó de la cafetería.

La lluvia caía a cántaros al otro lado de la ventana, y vi a Garrett acercarse al paso de peatones, con el paraguas cerrado y caído a su lado, mientras la lluvia lo empapaba. El semáforo cambió a verde, pero no se movió. Se quedó quieto, paralizado. Se llevó la mano a la nuca y miró hacia el cielo cada vez más oscuro, parpadeando. Alcancé a verlo, solo un atisbo, justo cuando se daba la vuelta. Tenía el rostro surcado por el dolor. Un dolor profundo. Después, desapareció entre la multitud.

50
TREINTA Y CINCO

GARRETT Y YO ESTÁBAMOS SENTADOS en la escalera, prácticamente pegados el uno al otro, mirándonos. Tenía una mano apoyada en una de mis mejillas y con la otra me aferraba una mano. Lo miré sin moverme, como cuando quieres guardarte a alguien en la memoria antes de que se cierre el ataúd. Con el rostro bañado en lágrimas, bajé la vista hacia su mano; aún tenía los dedos entrelazados en los míos. Saqué la mano y me solté muy despacio. Él me quitó la mano de la mejilla.

Garrett lo sabía.

Se hizo un silencio largo, y luego nuestras miradas se volvieron a cruzar.

—Lo quieres, ¿verdad? —me preguntó, con la voz entrecortada, al darse cuenta.

Asentí efusivamente, y otra vez las lágrimas me rodaron por las mejillas.

—Sí.

Fue la mano de Garrett al tocarme la mejilla, hacía apenas unos minutos, lo que me hizo extrañar a Asher. Quería llamar a Asher y disculparme por lo que estaba haciendo: estar sentada en una escalera con otro hombre cuando tendría que estar sentada junto a él. En ese momento, vi una secuencia de todas las cosas que extrañaría de Asher si hubiera correspondido a la caricia de Garrett. Vi la vida que podríamos construir, en la que cada uno apoyaría al otro, en la que estaríamos juntos para darnos aliento en nuestros sueños y también consolarnos en las pesadillas; una vida en la que seríamos la versión más auténtica de nosotros mismos, sin importar lo que tuviéramos delante. Fue necesario que me sentara junto a un hombre al que había querido durante doce años, en uno de los peores días de mi vida, para que comprendiera que Garrett Scholl no era la persona de mi vida. No se trataba solo de que estuviera comprometido. Sabía que si hubiera querido estar con Garrett, que si le hubiera pedido que no se casara, habría cancelado la boda. La forma en que me había mirado, con la mano temblorosa sobre mi rostro, los ojos llenos de pesar, en todo eso estaba nuestra historia de desencuentro. Y supe que elegir a Garrett me partiría el corazón. Porque no estaba sentada en esos escalones junto a mi alma gemela. Estaba sentada junto a alguien que se me había escapado. Y tenía que dejarlo ir.

Una bellísima puesta de sol púrpura se recortó contra el paisaje de la ciudad, que hasta ese momento había sido gris, y entró por la ventana del pasillo. Garrett se miró las manos. Tenía el rostro iluminado de un profundo tono púrpura, lo que le daba un toque tan mágico que era casi imposible decirle adiós. Era un final apropiado: la primera vez que lo había visto, lo bañaba una luz violeta sobre el escenario. Estaba bien dejarlo ir bajo esa misma luz.

Los últimos doce años me atravesaron como un aluvión. Apunté las rodillas hacia las suyas y cogí su mano callosa entre las mías, observando sus dedos. Tenía la esperanza de que algún día Garrett sostuviera la mano de alguien así y la leyera como si fuera un mapa y sintiera que dejar que se marchara era como navegar por la vida sin una estrella como guía. Inhalé aire fresco, segura de que iba a estar bien: ya me habían encontrado.

—Esto es un final, lo sabes. No puedo volver a verte —dije, tragándome las lágrimas. Él se limitó a mirarme, sin moverse—. Siempre voy a recordar todo lo que te quise y voy a pensar en ti más veces de las que quiero admitirlo, pero ya no puedo quererte así.

Giró la mandíbula; la pena le invadía el rostro. Tras un momento, asintió con suavidad.

—¿Te hace feliz? —me preguntó, y la idea le hizo contraer el rostro en un gesto de dolor.

—Sí, muchísimo. —Suspiré, sintiendo que algo me tocaba en lo más profundo del pecho.

Me apretó la mano.

—Te lo mereces. Te lo mereces todo —susurró. Se quedó mirándome absorto. Parpadeé con los ojos llenos de lágrimas—. Esos lunes por la noche, el año que nos conocimos, creo que fueron las mejores noches de mi vida, Maggie.

Me tembló la barbilla y sentí que las lágrimas me corrían por las mejillas.

—Fueron noches maravillosas —dije, con voz sonora y triste—. Maldita sea, voy a llorar con Fall Out Boy esta noche —dije, riendo entre lágrimas.

—Bueno, si me toca llorar con Fiona Apple, es lo justo.

Le di un codazo en el hombro.

—Pensé que tú no llorabas.

—Estoy seguro de que voy a llorar esta noche —dijo, sin avergonzarse. Le sonreí, con tristeza, pero con orgullo.

—Espero que seas feliz con ella. Feliz de verdad.

Se quedó un momento en silencio mirando sus manos entre las mías.

—Pienso que no. Y sé que no es culpa suya —dijo en voz baja.

Aferré sus manos con más fuerza, atrayendo su mirada hacia mí.

—Garrett, solo tienes una vida. Te mereces tener noches de lunes como esas para siempre con alguien a quien quieras. De martes a domingo también.

—Lo sé —dijo, en un tono tan bajo que tuve que mirarle la boca para entender las palabras.

Me chocó con el hombro, tratando de distender el momento. Siempre había sido una persona

que me ponía feliz, que me hacía sonreír, que hacía que mi cuerpo cobrara vida como un rayo de sol en un día de tormenta. ¿Por qué iba a ser distinta la muerte de lo nuestro? Sonreí y acerqué mi hombro al suyo. Me rodeó con el brazo y me atrajo hacia él, y su abrazo hizo que se me saltaran las lágrimas.

—Eres la persona más importante de mi vida, Maggie May. ¿Lo sabías?

Así eran las cosas. Yo sabía que era la persona más importante de su vida. Sabía que había una posibilidad muy grande de que siempre lo fuera. Y sabía que él sería una de las personas más importantes de mi vida. Era algo maravilloso y devastador. Era un final justo.

Extendí los brazos y lo abracé con fuerza. Sentí que sus brazos me rodeaban la cintura, atrayéndome más cerca y que nuestros corazones apenados chocaban el uno contra el otro.

—Te quiero —le susurré al oído, y mis lágrimas cayeron sobre la curva de su cuello.

Garrett me abrazó aún más fuerte; tan fuerte que pude sentir cómo ahogaba sus emociones.

—Yo también te quiero, Maggie May.

Quería a Garrett Scholl, desde el primer día que oí su voz. Pero solo se puede estar completamente enamorada de una persona. Y había llegado el momento de enamorarme de la persona correcta.

51
TREINTA Y CINCO

ASHER ME ESPERABA EN LA PUERTA DE SU apartamento con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Tragué saliva y pasé junto a él, conteniendo las lágrimas, tratando de hacer salir las palabras antes de que me vencieran las emociones. Caminé de un lado a otro por la cocina, sin saber cómo empezar. Él me observaba, esperando. Y entonces, las palabras empezaron a brotarme a toda prisa:

—Cole Wyan me vio tocando hace unos años y, cuando estábamos terminando de grabar una canción, trató de besarme. Lo rechacé, no le gustó la palabra «no» y trató de tocarme otra vez, y me tocó… y le rompí la nariz, y amenazó mi carrera, y…

El rostro de Asher me obligó a callarme. Nunca le había visto una expresión tan sombría. Fuera del escenario y la pantalla, Asher nunca había encarnado la ira de ese modo. Con los ojos entornados, empezó a caminar de una punta a la otra de la habitación, como buscando algo en su inmaculada casa que pudiera coger y arrojar por la ventana, solo para expulsar la furia que hervía bajo su camisa de algodón.

—Sé que debería habértelo dicho cuando vimos a Cole la semana pasada, pero la verdad es que verlo me remontó a un lugar realmente horrible, un lugar al que pensé que no iba a tener que volver.

Sentí que se me llenaba la garganta de lágrimas, y de pronto la ira se había esfumado del rostro de Asher para ser reemplazada por la expresión que mejor lo caracterizaba: empatía pura. Se le ablandó la mirada y dio un paso adelante, poniendo las manos sobre mis brazos temblorosos, pero yo retrocedí con las manos en alto. No podía dejar de llorar.

—Esta mañana…, cuando me enteré de que Cole había lanzado mi canción como si nada, salí corriendo, fui a buscar a otro hombre. Alguien que se quedó grabado en mi pasado…

Asher me sujetó las muñecas. Tenía el ceño fruncido, como intentando seguir el hilo de mis palabras.

—Mags, respira hondo.

—No. Tienes que saber esto.

—No. —Se quedó plantado frente a mí, y me sobresalté al ver que había verdadero dolor en sus pupilas—. No quiero saber que te fuiste con otro, a menos que sea tu forma de decirme que no quieres estar conmigo; en ese caso, ahórrame los detalles, por favor.

Lo dijo con firmeza, mirándome fijamente, y me dejó sin aliento. Pasó un buen rato antes de que pudiera volver a hablar, sortear las lágrimas y decirle que lo único que quería era no volver a hacerle daño.

—Asher… no ha pasado nada. Te lo juro.

Todo su cuerpo se aflojó y se llevó una mano a la garganta y tiró de la cadena que llevaba al cuello.

—Mierda, tal vez podrías haber empezado por ahí.

—Perdón. Me escapé, pero quiero estar aquí. Y quedarme aquí. Quiero estar contigo.

—¿Estás segura? Porque nosotros, de alguna manera, retomamos esto donde lo habíamos dejado, y no me animé a preguntarte si estabas lista para eso. Tal vez fui ingenuo al pensar que sentías lo mismo que yo, y no es tu culpa.

Negué con la cabeza efusivamente.

—No fuiste ingenuo. Fui a buscar a la persona equivocada, pero necesitaba… cerrar esa puerta. Ya me conoces, no me sale mentirte, y no te miento cuando te digo que estoy en esto por completo.

Dio un paso adelante, muy despacio.

—Si necesitas descargarte de algo la próxima vez que el mundo se te venga abajo y no puedes hacerlo aquí, conmigo, quiero que me lo digas. Esto tiene que terminar aquí si no es a mí a quien quieres acudir, si no soy yo la persona con la que quieres estar.

—Tú eres esa persona —dije, mientras las lágrimas me resbalaban por las mejillas.

Dudó un instante mirando de arriba abajo mi rostro empapado.

—Bueno, ¿ya puede abrazarte esa persona?

Asentí, envuelta en un mar de lágrimas, y Asher me estrechó entre sus brazos con fuerza.

No estaba segura de merecerlo en ese momento. Sentía una culpa inmensa por haber dejado que Garrett me abrazara antes, e iba a hacer todo lo posible por compensar a Asher por eso.

Después de un rato, me sequé las lágrimas y pedimos algo para comer. Mientras comíamos comida china sentados en la alfombra y de fondo se proyectaba *Cuando Harry conoció a Sally*, los dos, entre suspiros, tratamos de dejar atrás aquella noche horrible. De pronto, puso la película en pausa y se volvió hacia mí.

—Sé que no puedo hacer desaparecer tu pasado, pero, en serio, ¿cómo puedo ayudarte? —Levantó el teléfono—. ¿Quieres intentar llamar a Bex? ¿Quieres que yo lo llame? Esta mañana estaba muy extrañado cuando me habló.

—¿Te llamó?

—Creo que sintió que estabas barajando opciones de dos productores diferentes, pero está claro que no es así. Sé que su enfado iría dirigido hacia el verdadero monstruo si supiera toda la historia.

Terminé de tragarme un rollito de verduras crujientes e hice una pausa para tomar aire y exhalar profundamente.

—No lo llames. No quiero que Bex se entere de nada de esto. Todavía no.

Cogí el móvil, que estaba sobre la mesita de café. Empezaba a sentir que mi columna se recomponía y que la angustia de que un hombre se apoderara de mi carrera se convertía en una furia implacable. La ira no siempre era venenosa.

—¿A quién llamas? —me preguntó Asher.

—A Raini.

—¿A Raini?

Asentí, y cuando fui a marcar el número, me detuve. Miré a Asher y, cuando nuestros ojos se encontraron, el rostro se me ablandó.

—Gracias —le dije.

—¿Por?

—Por mostrar compasión cuando no tenías ninguna obligación de hacerlo. Por estar a mi lado. Te quiero —le dije, con los labios entreabiertos por el asombro.

Y lo quería. Lo quería con todo mi ser.

Sin apartar la mirada, de la forma más relajada posible, dijo:

—Creo que nunca he dejado de quererte.

—Y me alegro —dije, con una sonrisa llorosa.

En su rostro perfecto se dibujó una sonrisa suave. Volví a suspirar, agradecida de poder entregarle todo mi corazón a la persona que podía entregarme el suyo por completo, a la persona con la que podía compartir toda una vida de sueños y esperanzas.

52
DIECISIETE

ASHER Y YO NOS QUEDAMOS ACOSTADOS EN el muelle sobre el lago adormecido, desnudos, con nuestros cuerpos entrelazados bajo una toalla gruesa. Recorrí con el dedo la pequeña cicatriz blanca de su barbilla, despacio, como si estuviera memorizando su cuerpo sin vida antes de que se lo llevara la policía. Bajé los dedos hasta el tatuaje de su brazo, en carne viva y envuelto en un vendaje transparente. Había amor apasionado en el aire. También había muerte en el aire. Las despedidas son complicadas.

Era nuestra última noche en el campamento, la noche antes de volver a nuestras casas y luego marcharnos a costas opuestas para ir a la universidad.

—¿Recuerdas la promesa que hicimos? —susurré, hundiendo el rostro en el pliegue de su cuello, respirando su olor a sal, a almizcle y a protector solar.

—Por supuesto.

Me abrazó con más fuerza, con los brazos alrededor de mi espalda. Mis pechos se pegaron a su torso húmedo.

—Prométemelo —le dije.

—Mags, no quiero vivir en un mundo en el que te perdí —dijo.

—Solo prométemelo. Cuando tengamos treinta y cinco… —me interrumpí, atragantada por la idea de que le estaba suplicando que me salvara de un futuro de soledad. Querer que otra persona te diera seguridad daba pena. Yo daba pena.

—Bueno —me levantó la barbilla con los dedos y me acercó el rostro al suyo—, te lo prometo. Voy a aparecer en tu casa con un anillo.

—Más te vale —le dije.

No sabía si me lo decía en broma, pero yo no estaba bromeando en lo más mínimo.

—Pero más te vale a ti no perderme, ¿me oyes? —dijo.

Abrió más los ojos, esperando mi respuesta. Traté de sujetar cada línea de su cuerpo, tanto como me lo permitían mis manos y mis brazos. Le temblaba la barbilla, desencajada por la sola idea de perderme. Se le inundaron los ojos de lágrimas mientras esperaba a que yo hablara. Fue

algo maravilloso.

Que se vaya a la mierda la pena. El resto del mundo me daba pena.

—Jamás. Te lo prometo.

—Vamos a hacer que esto funcione. ¿verdad? —me preguntó, pero ni siquiera era una pregunta.

—Hemos logrado que funcione durante tres años. Vamos a hacer que funcione para siempre.

Dejó salir una sonrisa dulce y lo besé, mientras las lágrimas me corrían por las mejillas y la sal me empapaba los labios. Él me devolvió el beso con pasión, abrazándome fuerte mientras nuestros cuerpos se mecían el uno contra el otro, a la par, a la luz de la luna.

53
TREINTA Y CINCO

SUMMER ME LLAMÓ PARA DECIRME QUE Garrett había cancelado el compromiso. Había una parte de mí que creía que era más fácil saber que estaba con otra, pero, en realidad, estaba demasiado enamorada como para permitir que me afectara. Estaba orgullosa, de todo corazón, de que Garrett se hubiera priorizado a sí mismo. Me moría de ganas de decírselo, pero también sabía que quererlo exigía ciertos límites, límites que yo misma había establecido para ser lo más feliz posible.

Y lo era.

Dos semanas después, con la producción de la película en marcha, me reuní con Shelly en su caótica y colorida oficina de West Midtown. Summer estaba a mi lado, con una sonrisa peligrosa. Shelly terminó de leer la pila de papeles que tenía delante y la apoyó en el escritorio soltando un silbido al aire.

—¿Quién sabe esto? —me preguntó.

—Los otros tres nombres que se mencionan en esas páginas —señalé a Summer—, mi representante de relaciones públicas no remunerada, mi novio y Raini Perish.

Shelly sonrió.

—Bueno, que no quede así. Representante de relaciones públicas no remunerada, supongo que tienes un contacto en la *New York Mag*. —Summer cerró los ojos, tan ofendida por la pregunta que no se dignó a responder. Shelly se volvió hacia mí con los ojos entornados—. Antes de que esto salga a la luz, la primera llamada que tienes que hacer es a Fin Bex —dijo.

—Él tiene mi número —dije con una sonrisa socarrona.

—Uff, voy a tener que lidiar con tu ego toda la vida, ¿no? —Puso los ojos en blanco y le habló a Summer—. Muy bien, jefa de relaciones públicas, pongámonos en contacto con la *New York Mag*.

Con cara de piedra, Summer sacó el teléfono.

No quería hacerle daño a Cole Wyan sin que nadie se enterara. Quería hacerlo en voz alta, públicamente: quería golpear su reputación con un bate de béisbol. Hay hombres de mierda que

pueden intentar destrozarnos el alma, pero donde hay una víctima de un hombre que abusa de su poder, casi siempre hay más. Y cuando las mujeres nos encontramos, cuando nos unimos, tenemos suficiente fuerza colectiva para alzar los puños. Y eso hicimos.

Durante las últimas dos semanas, había pasado horas hablando por teléfono con la prima de Raini, que había sido abusada y engañada por Cole Wyan. La prima de Raini conocía a otra mujer. Y esa mujer conocía a otra. Teníamos cuatro víctimas, yo incluida; cuatro casos bien documentados que demostraban que Cole Wyan usaba su poder de la peor manera posible. Era un caso irrefutable para cancelarlo oficialmente.

Unas semanas después, la *New York Magazine* publicó un artículo completo que lo contaba todo: cuatro relatos bien documentados de mujeres cuyas carreras fueron truncadas por Cole Wyan. Una de ellas era yo.

La mañana en que se publicó la noticia, yo estaba en el rodaje viendo a Raini cantar la primera canción que había escrito para la película. Nos dejó sin aliento. Entonces, miré a mi alrededor y no vi ni un ojo seco en el estudio; en ese momento, comprendí que era parte de algo real y extraordinario. Algo que no se me iba a escapar de las manos.

Salí por la puerta trasera justo cuando el sol se ponía en los exteriores del estudio. Me sonó el teléfono y contesté.

—Hola.

—Hola. Fin Bex y Shelly Pier quieren hablar contigo.

Esperé, con el corazón en la boca. No había hablado con Fin desde que Cole había lanzado mi canción y no sabía lo que me esperaba al otro lado de la línea. La voz alegre de Fin sonó en el auricular del teléfono.

—Así que… resulta que ese tío es una verdadera mierda.

Me aclaré la garganta, casi sonriendo.

—Sí.

—Shelly y yo estábamos hablando y pensando: ¿sabes lo que le jodería de verdad a Cole Wyan?

Abrí los ojos de golpe.

—¿Qué? —pregunté.

—Grabar tantas canciones que «Finjamos» ni siquiera aparezca entre tus mejores canciones en Spotify —apuntó Shelly.

Solté un suspiro y los ojos se me llenaron de lágrimas, mientras una sensación de alivio me invadía el cuerpo.

—Sería maravilloso —fue todo lo que pude decir.

—Sin embargo, creo, y Shelly, corrígeme si me equivoco, que deberías aceptar un contrato discográfico y dejarme producir el disco. A la mierda el EP.

—¿Qué ha pasado con lo de darte por muerto si acepto un contrato discográfico? —le pregunté, cuestionando la actitud inicial de Fin.

—Sigue siendo el caso para muchos —dijo Shelly—. Pero me acaba de llamar la jefa de Sony, preguntándome quién demonios es esa tal Maggie Vine. Y digamos que no necesitaba leer el artículo de la *New York Mag* para saber que Cole Wyan es una basura. Pero lo que sí estaba claro es que quería ayudar a la mujer que lo había hundido públicamente.

—Te habría llamado antes, pero fui a Sony a llevarle algunas de tus demos de la película; no podía arriesgarme a enviárselas por cuestiones de confidencialidad. Le encantaste y está muy interesada en ti —dijo Fin.

Una sonrisa enorme me iluminó el rostro justo cuando un atardecer de color fuego cubría el cielo.

—Genial —dije.

—Estupendo. Así que la próxima llamada que recibas, si es de un 212, atiéndela. Se llama Cara.

Y así fue como mi carrera musical despegó.

54
TREINTA Y CINCO

ME SENTÍA EN LA GLORIA. Asher y yo llevábamos siete meses juntos y felices, me encontraba a mitad de la grabación de mi primer álbum de estudio, la película se había estrenado y ya se oían rumores sobre los Óscar, entre ellos, el de mejor canción original. Solo me quedaba una casilla por marcar, pero necesitaba entender bien mis opciones antes de hablar del tema con el hombre que quería a mi lado.

Había buscado una obstetra nueva, una especialista en fertilidad que no me daba explicaciones condescendientes sobre mis ovarios. Por exceso de precaución y porque podía pagarlas, le pedí que me volviera a hacer todas las pruebas. Quería que me hablara de mi cuerpo alguien que me inspiraba confianza.

Mi obstetra me hizo sentar frente a ella, en un bonito consultorio pintado de crema sobre crema en el Upper East Side.

—Bueno, dejemos algo en claro: no eres una causa perdida,ni mucho menos. Si tu objetivo es quedarte embarazada, empezaría con la IIU, lo antes posible. Puedes intentar el método tradicional, pero no quisiera que pierdas demasiado tiempo intentándolo porque con la cantidad de óvulos que tienes y tu síndrome de ovario poliquístico, las probabilidades no son muy altas. Si lo quieres en serio, el tiempo es decisivo en tu caso.

Repasó los planes de pago y se me escapó un suspiro. Las cifras seguían siendo altísimas, pero ahora podía pagar el tratamiento. Tenía opciones. El único tema era que no las había comentado con mi novio, con quien estaba conviviendo.

—Vuelvo con mi pareja y lo vemos con él.

—Me parece un buen plan —dijo.

Se puso de pie y me sonrió, con ojos esperanzados por mi futuro. Le devolví la sonrisa porque sabía que, de alguna forma, me iba a ayudar a lograr mi objetivo.

Volví a casa escuchando unas grabaciones caseras que le iba a enviar a Bex más tarde. Mientras caminaba, contemplaba los tranquilos edificios de piedra rojiza del West Village. Asher se había mudado a Nueva York de forma permanente después del rodaje y había comprado una

casa de piedra rojiza de tres plantas en Perry Street para que yo pudiera hacer realidad mi sueño de ser como Carrie Bradshaw, sin sexo con otros hombres.

Bajé la cabeza al pasar junto a un fotógrafo, uno que siempre merodeaba a una calle de distancia. Con dos cafés en la mano, subí las escaleras y encontré a Asher de pie en la sala de estar, frente a la chimenea.

El fuego iluminaba el tapizado de cuero gris oscuro con detalles de un verde intenso que cubría la pared, y Asher se paseaba frente a una biblioteca con las obras de Shakespeare y mi colección de discos. Me quedé quieta y lo observé ir y venir con el ceño fruncido, con toda la atención puesta en el guion que tenía delante y murmurando los diálogos de su próxima película. Se giró, al sentir que lo miraban.

—¿Me estás espiando? —dijo, sonriendo.

—¿Qué te puedo decir? Me excita verte trabajar.

Le di un beso apasionado y le pasé el café.

—¿Qué tal la sesión de escritura de esta mañana? —me preguntó.

—Muy bien. Voy por la mitad.

Miró el reloj, un Rolex Explorer nuevo.

—Mierda, vamos a llegar tarde al almuerzo.

Cogió su chaqueta de cuero de la silla y se la puso, pero lo tiré de la solapa para acercar sus labios a los míos.

—Summer me pidió que retrasáramos el almuerzo treinta minutos. A Olivia se le alargó un rodaje —dije, dándole un beso.

Summer había empezado a salir hacía poco con una maquilladora de renombre que realmente era perfecta para ella. Olivia era una persona amable y suave en los ámbitos en los que Summer podía ser ruidosa y arrogante, y Summer era desbordante en los ámbitos en los que Olivia era tranquila. Eran el yin y el yang perfecto. Y ninguna de las dos quería tener hijos. No se habían separado desde que las presenté en el rodaje de Asher.

Entramos en la espaciosa cocina revestida de mármol blanco y cogí a Asher de la mano para acercarlo a mí.

—¿Podemos hablar de un tema? —le pregunté, en un tono calmado.

Me miró extrañado y entrecerró los ojos al ver mi expresión neutra.

—¿Qué ha pasado?

—He ido a mi ginecóloga hoy, y estuvimos discutiendo mis opciones.

—¿Tus opciones para…?

—Para tener hijos.

Asher se puso pálido. Abrí los ojos, sorprendida por su reacción.

—¿Quieres tener hijos… ahora? —me preguntó, en un tono de voz tan bajo que tuve que

acercarme para oírlo.

Noté la rigidez espantosa que se había apoderado de su cuerpo. Apoyé una mano, ahora temblorosa, en la isla de la cocina, intentando mantener la espalda erguida.

—Asher, quiero tener hijos y no tengo mucho tiempo para hacerlo de forma natural. Tengo que empezar a intentarlo ya. No tengo los óvulos de una veinteañera. El tiempo no está de mi lado en este terreno.

Estaba como paralizado y tardó un momento en hablar.

—Quizá deberías mandarle un mensaje a Summer y decirle que tenemos que reprogramar el encuentro —dijo, con voz grave.

Me invadió una sensación de angustia al ver que la palidez de su semblante no se disipaba. Le mandé un mensaje rápido a Summer, con el corazón desbocado.

Tenemos que cancelar el almuerzo. Luego te cuento.

Con una mano en el pecho y los ojos desencajados, Asher fue hacia el sofá de la terraza vidriada, a la que yo llamaba la Sala del Alma. Era un lugar luminoso y alegre, con tonos rosados, amarillos y cremas suaves, y plantas frondosas en un rincón. Entré en la habitación arrastrando los pies y sentí una gran pesadumbre al sentarme junto a él en el sofá de terciopelo amarillo. Me miró esperando a que se lo explicara.

—Asher, tengo casi treinta y seis años. Quiero tener un hijo algún día. Y para tener la mayor oportunidad de lograrlo, algún día tiene que ser muy pronto. Y te quiero, y hemos estado mirando anillos juntos, así que sé que ves un futuro conmigo…

—Quieres tener un bebé conmigo. —No era tanto una pregunta sino más bien como si intentara hacerse a la idea.

—Sería lo ideal, teniendo en cuenta que estamos perdidamente enamorados y queremos tener una vida juntos. Antes de que volvieras a aparecer en mi vida, estaba considerando la posibilidad de hacerlo yo sola, así que no quiero que se me pase este momento. Pero sí, me encantaría que fuera contigo. No quiero otro padre para mi bebé.

—No es gracioso, Maggie.

Me clavó la mirada, negando fuertemente con la cabeza mientras todo mi rostro enrojecía acalorado. Me había olvidado de que Asher Reyes perdía el sentido del humor cuando se sentía acorralado.

—Perdón.

—No estoy seguro de cómo me siento sobre ser padre. —Se llevó una mano al cuello y tragó saliva—. Sinceramente, no creo que vaya a tener una respuesta pronto, por lo menos no en uno o dos años. —Se me endureció el estómago y, con el corazón oprimido, traté de prepararme para el

golpe—. Mi hermano… su muerte y su vida fueron… —Las lágrimas le apretaron la garganta y vi que la tristeza se apoderaba de él—. Fue tanto el miedo durante tanto tiempo con él, y luego un dolor inimaginable. Me aterra tener hijos, Mags —dijo, y se le saltaron las lágrimas—. Me aterra. No sé si mi corazón es capaz de soportar la posibilidad de perder a alguien… No quiero querer a alguien de esa manera sin tener el control de que vaya a estar bien. No puedo pasar por lo que pasaron mis padres. —Se interrumpió y lloró en silencio; la sola idea le hacía temblar la mandíbula. Negó con la cabeza y se miró las manos, como avergonzado, pero consciente de que esa era su verdad—. Lamento no tener la respuesta que necesitas en este momento… —Se detuvo, con la voz rota por el dolor.

—No te lamentes —susurré entre lágrimas. Le cogí una mano y volvió la vista hacia mí. Me tragué la angustia y el dolor que se agitaban en mi interior—. Creo que… No. Sé que cualquier niño sería afortunado de tenerte como padre, pero no puedo obligarte a querer un hijo solo porque yo estoy decidida. Te entiendo —dije con la voz temblorosa y entrecortada por las lágrimas.

—No estoy diciendo que nunca, Maggie —me dijo, tomándome una mano—. Es solo que en este momento no puedo ser padre. No puedo conceptualizarlo. Acabo de empezar a hablar de mi hermano. Creo que tener un hijo justo ahora me destrozaría.

Había logrado convencerlo de que contara la historia sobre su hermano, y lo que ocurrió me dejó estupefacta. Lo que se suponía que iba a ser una portada y una entrevista muy *sexy* para *Men's Health* se convirtió en un número sobre la lucha de Asher contra la depresión, en el que compartió por primera vez la verdad sobre la muerte de su hermano. Hizo que la revista diera un vuelco, de la mejor manera posible. Los editores dedicaron el número a la salud mental. Me sentí muy orgullosa de él y, al leer el artículo, no podía dejar de pensar en el padre atento y cariñoso que sería algún día, en parte debido a la pérdida con la que había cargado tanto tiempo. Nunca me imaginé que, debido a la pérdida con la que cargaba, Asher no quería ser padre. Y no podía hacerle sentir que su decisión era errónea. No podía porque él creía que era lo correcto para él.

—Algún día, tal vez esté preparado para tener hijos…

Negué con la cabeza.

—No. No hagas promesas que tal vez no puedas cumplir. El matrimonio de Summer se desmoronó porque quería prometerle a alguien algo que ella no quería.

Me sujetó el rostro con las manos y me secó las lágrimas, que no dejaban de caer.

—Creía que esto iba a ser para siempre —dijo, con la voz entrecortada.

Vi el pecho de Asher contraerse de dolor, sin apartar sus ojos cálidos de los míos, mientras las lágrimas le corrían por el rostro. De golpe, ya no pude dejar de llorar. Me abrazó con fuerza y apretamos nuestros cuerpos con tristeza.

Al rato, me aparté y le pasé una mano por la mandíbula firme, lo besé en las mejillas, en los

labios, sosteniéndole el rostro con las manos.

—Te quiero tanto, maldita sea —susurré, y la carga de verdad de esa frase me partió por la mitad—. Me has cambiado la vida, no una vez, sino dos. Eres la primera persona que me miró y a quien le importé de verdad. Tú me hiciste querer de verdad. Me enseñaste el sentido de querer a alguien, y ver el mundo a través de tus ojos es un auténtico privilegio. —Traté de recuperar el aliento y me enjugué las lágrimas. Asher ahogó un sollozo y me tomó de las manos sin dejar de mirarme—. Me has dado la oportunidad de tener una familia. Y ojalá fuera contigo, pero lo entiendo. De verdad que lo entiendo —dije. Las palabras me salieron en un hilo de voz porque los sentimientos eran tan grandes que podrían habernos tragado a los dos.

Lo entendía mejor de lo que él se imaginaba. Hasta hacía unos años, no creía que la maternidad fuera para mí. Solo cuando, con ayuda de mi terapeuta, logré sanar la herida que me había dejado mi padre, empecé a darme cuenta de lo mucho que quería tener un hijo. Por el propio bien de Asher, esperaba que pudiera ahondar en la profunda herida que le había dejado su hermano, aunque eso significara decidir que tener hijos no era lo que quería. Sabía que no podía esperar a que él tuviera esa respuesta, y no quería guardarle rencor por necesitar tiempo para llegar a ese punto. No se merecía algo así. Y yo tampoco.

Asher me atrajo hacia él y me besó, con las manos sobre mi cabello, mientras las lágrimas y la nostalgia nos cubrían como un velo. Asher Reyes me besó como si fuera el final. Fue como caer de una estrella fugaz: precioso y devastador.

Nos quedamos abrazados hasta que salió el sol. Fue, desde luego, la despedida más dura de mi vida.

Esa noche, abrazada a Asher, con lágrimas en los ojos, con un amor inmenso y pleno que nos desbordaba, no pude evitar pensar que tal vez había malinterpretado a mi madre. Tal vez esto mismo fuera lo que le pasó. Tal vez recibió tanto amor de mi padre en ese corto tiempo que fue suficiente. Quizá su ruptura no dejó un vacío en ella. Tal vez su amor la llenó tanto que en realidad no había un vacío. Habían tenido un amor indomable y sin límites; eso había podido deducir de sus relatos, sobre todo por la forma en que mi padre hablaba de mi madre. Iba a llamar a mi madre para preguntárselo: le debía el beneficio de la duda. En realidad, le debía mucho más que eso.

El amor de tu vida no tiene por qué durar para siempre. Iba a pasar el resto de mi vida sabiendo que amar y ser amada por Asher Reyes (dos veces en esta vida) era más que suficiente.

55
DIECISIETE

IBA Y VENÍA POR MI PEQUEÑA HABITACIÓN en la residencia universitaria, con los ojos clavados en el teléfono, incubando frustración. Eran las 8:07 de la noche. Asher me había dicho que me iba a llamar a las ocho. Nunca se retrasaba. Hoy se había retrasado.

Ya habían pasado dos meses desde que había empezado la universidad y la vida no marchaba como había esperado, así que, aunque el hecho de que Asher se retrasara no era un crimen, se sumaba a la soledad agobiante que me invadía. No tenía muchos amigos en la Universidad de Nueva York, y todos mis compañeros tenían exactamente la clase de talento que yo pensaba que me hacía única y maravillosa. Mi compañera de cuarto, Summer Groves, no merecía llamarse persona. Era fría y malvada, y desde el momento en que la saludé sonriendo el primer día en el campus se había comportado conmigo como si le hubiera hecho algo inconcebible. Agradecí que esta noche estuviera en alguna fiesta cualquiera y no aquí mirándome con mala cara mientras me desmoronaba porque mi novio no me llamaba.

La distancia, la diferencia horaria y los distintos horarios y compromisos que teníamos Asher y yo parecían imposibles de manejar. No salía ni hacía amigos para poder pasar la cena hablando con él por teléfono. No era así como me había imaginado la universidad. Asher tenía un horario riguroso en la USC, la carrera de teatro le dejaba poco tiempo para divertirse, y mucho menos para pasar horas hablando por teléfono con su novia. Y mis horarios de la carrera de producción musical en la Universidad de Nueva York tampoco me dejaban mucho tiempo libre.

Sabía que nos estábamos distanciando. Lo sabía, pero no quería que fuera cierto. El teléfono me sonó en las manos y di un salto. Lo abrí.

—Hola —dije, un poco fría.

—Perdona —dijo Asher, con un suspiro, al otro lado de la línea.

—No pasa nada.

Me senté en el borde de mi cama de dos plazas, meciendo las piernas de un lado a otro.

—Es difícil, Mags. Es más difícil de lo que pensaba. —Tenía la voz grave, como si estuviera debatiéndose con algo.

Sentía la angustia palpitándome tras las pestañas, agolpándose, expectante.

—¿No quieres que sigamos? —le pregunté, con un hilo de voz.

—No es eso. No es que no quiera, es que no puedo verte solo dos veces al año y hablar siempre con prisa es una mierda para los dos. Esto no es una relación. No es justo para ninguno de los dos. No sé qué hacer —dijo.

Me tragué las lágrimas; las manos me temblaban.

—Sí, sí sabes, solo que no quieres hacerlo. Así que lo voy a hacer yo por ti —solté.

Me lo imaginaba caminando por el exterior de su residencia en la USC, con todas esas preciosas fuentes de color crema y las palmeras verdes a la vista, su piel color aceituna bañada por el sol y el rostro embargado por la tristeza. Quería abrazarlo, necesitaba que me abrazara, y sabía, simplemente sabía, que no íbamos a abrazarnos pronto, o quizá nunca más. Ese pensamiento brutal me hundió el pecho y una soledad muy particular invadió todos los espacios que él había tocado. Mis manos, mis brazos, mis rodillas, mi cuello, mi corazón, mi alma… una nube densa y oscura me devoraba.

Al otro lado de la línea, él estaba igual.

—Mags —dijo en voz baja, con la voz rota y lágrimas que podía oír incluso entre las mías—. No quiero hacer esto —balbuceó.

Me hice un ovillo y me llevé el teléfono a la mejilla, llorando desconsoladamente. Había sentido rechazo y tristeza cada vez que mi padre rompía una promesa, pero nunca sentí su ausencia como una pérdida permanente. Más bien lo vivía como una decepción temporal. Este dolor era desgarrador.

Perder a Asher Reyes era perder una parte de mí que nunca más recuperaría. El dolor me estaba dejando un hueco que nadie más podría llenar.

Nadie más que él.

56
TREINTA Y NUEVE

PARA TENERLA, PASÉ POR CUATRO RONDAS DE fecundación *in vitro*. Ese día, estaba en el consultorio de mi ginecóloga, repasando con ella el abrumador proceso de la FIV, y ella salió del consultorio para pedirle a una enfermera mis nuevos resultados de laboratorio. Regresó con una sonrisa radiante.

—Bueno, esta es la segunda parte de mi trabajo que más me gusta. Cambio de planes. Estás embarazada, Maggie.

La otra parte de su trabajo que más le gustaba era dar a luz a bebés sanos, y eso fue lo que hizo nueve meses después. Willa Vine me rodeó un dedo con su mano diminuta y, por primera vez en treinta y siete años, no sentí ese dolor que me había acompañado tanto tiempo. Sentí que mi vida era exactamente como tenía que ser. Me sentía plena.

Siempre llegando un segundo tarde a todo,
buscando la ola con el cuerpo helado.
El tiempo me volvió la espalda hasta que llegaste
y ahora me baña el sol en esta orilla blanca.
Eres la razón de toda esta lucha:
el latido de tu corazón contra mi oído,
el brillo de tus ojos en los míos.
El tiempo estuvo de mi lado todo el tiempo.

Dos años después, le estaba quitando chocolate de las mejillas a Willa en una pastelería del SoHo cuando sentí un golpecito en el hombro. Después del estreno de la película, después de que «Al norte» ganara el Óscar a la mejor canción original, después de que mi primer álbum se convirtiera en disco de platino, estaba acostumbrada a esos golpecitos. Me esforzaba por saludar a todos mis admiradores con una sonrisa, porque ¿quién me creía para hacer lo contrario?

Me di la vuelta y se me cortó el aire.

Allí estaba.

Tenía a Asher Reyes delante: el pelo espeso y oscuro hacia un lado, la línea del mentón marcada, los ojos ámbar fijos en mí con una mirada dulce. Una sonrisa amplia asomó en sus labios mientras me miraba.

La plenitud que había sentido hasta ese momento me abandonó. Recordé al instante lo mucho que me dolía. Miró a Willa en su cochecito.

—Bueno, ¿a quién tenemos aquí? —preguntó, y los grandes ojos verdes de mi hija se iluminaron con su voz. Willa le sacó la lengua, sucia de chocolate. Asher se rio y le devolvió el gesto con dulzura, y luego se volvió a mí negando con la cabeza, totalmente maravillado—. Hola, Mags —susurró, con voz dulce.

Se acercó y, con el pulgar, me secó las lágrimas. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando.

Hundí el rostro en el pliegue de su cuello y él me abrazó sin preguntar nada durante un minuto. Sentía los latidos de su corazón contra mi pecho y, cuando me aparté, él también tenía los ojos llenos de lágrimas.

Caminamos por la ciudad durante horas. Una vez más, fue como si no hubiera pasado el tiempo. Asher caminaba a mi lado mientras yo empujaba el cochecito por el parque hasta que Willa se quedó dormida. No nos veíamos desde los Óscar, hacía tres años. Para entonces, yo ya estaba embarazada y, cuando me vio caminar por la alfombra roja y vio mi barriga, desvió la mirada enseguida y se le llenaron los ojos de lágrimas. Me di cuenta de que aquella noche era insoportable para él, incluso tras ganar el premio al mejor director: toda la noche, en aquel salón, sus ojos no dejaban de buscarme. Esa noche también fue insoportable para mí. Lloré en la habitación del hotel, apretando el Óscar con una mano, y con la otra mano me aferraba el vientre, cada vez más grande, sintiendo a la vez que lo tenía todo y que lo había perdido todo.

—Esa noche me partió el corazón otra vez —dijo, mirándome mientras cruzábamos el puente y las hojas caídas crujían bajo nuestros pies.

—A mí también —susurré.

—Quería estirar un brazo y tocarte. Abrazarte. Y ahí estabas, albergando esta hermosura, la razón por la que no podía tocarte.

Se detuvo y sonrió mirando a Willa. Aparté los ojos porque tuve miedo de que, si contemplaba la forma en que Asher miraba a mi hija, fuera a desmoronarme en medio de Central Park.

Seguimos caminando, rozándonos los hombros, mientras el sol se ocultaba detrás de nosotros; los pasos cada vez más pesados y lentos porque ninguno de los dos quería que el paseo terminara, hasta que llegamos al punto de partida, la puerta de la cafetería, con Willa profundamente dormida en el cochecito, chorreando baba por su barbilla llena de hoyuelos.

Asher se volvió hacia mí mientras yo buscaba en la bolsa la llave de mi apartamento.

—Encontrarme contigo aquí no ha sido casualidad —dijo.

Levanté la vista.

—¿Qué quieres decir?

Sonrió.

—Hace una semana, estaba reunido con un director allí —señaló un edificio de oficinas de ladrillo al otro lado de la calle— y entonces te vi salir de la cafetería empujando el cochecito. Me quedé… Fue algo… —Se dio un golpecito en el corazón, dando a entender que el momento había sido conmovedor—. Para cuando pude moverme, habías desaparecido entre la gente. Te habías esfumado. Como un truco de magia.

—Vivo aquí.

—Lo sé. Le pedí a mi representante de RR. PP. que averiguara dónde vivías. Y entonces empecé a venir todos los días a la misma hora, a merodear por la cafetería, con la esperanza de que aparecieras.

Negué con la cabeza, asombrada.

—Me podrías haber llamado… —dije, amagando una sonrisa, pero con el corazón en un puño.

Asher sacó una mano y entrelazó mis dedos entre los suyos, dando un paso adelante. Me tocó una mejilla, y cerré los ojos sintiendo que el cuerpo se me deshacía ante su contacto.

—Era mi turno de aparecer —susurró.

Levanté la vista despacio y observé sus cálidos ojos castaños, que me miraban con intensidad.

—Asher, queremos cosas muy distintas —dije, con la voz temblorosa, mirando a Willa, que sonreía dormida.

Sentí la mano de Asher en la barbilla, levantando de nuevo mi rostro hacia él. Dio otro paso adelante, hasta quedar a pocos centímetros de mí.

—Te quiero. Te quiero a ti y todo lo que incluye quererte —dijo, con la mirada firme en mí.

Tragué con fuerza apoyando el rostro en su mano, mi corazón ya era suyo.

—Con una condición —dije, mientras las lágrimas me corrían por las mejillas—. No te atrevas a besarme, a menos que tengas decidido que sea para siempre.

Asher quitó la mano de mi rostro sin desviar la vista. Una sonrisa ablandó la rigidez de su mandíbula y tiró de la solapa de mi chaqueta, atrayéndome a un beso tan profundo que encendió fuegos artificiales a nuestro alrededor. Después de un largo rato, se apartó y puso una mano en mi mejilla húmeda, mientras que con la otra me quitaba un rizo de los ojos. Me miraba como si quisiera llevarme a su casa para construir una vida juntos. Cerré la mano alrededor de la suya y la apreté con fuerza para hacerle saber que quería lo mismo.

Y eso fue lo que pasó.

BAJO OTRO CIELO

Al otro lado del mar, en una orilla dorada
tus ojos de ámbar me buscan,
aunque en tus brazos haya alguien más.
¿Volveremos a hacer esto algún día?

¿Recuerdas el sabor de la sal en mi espalda?
¿Las lágrimas en tus ojos cuando canté «Strawberry Wine»?
Cómo fue que te perdí, que estás bajo otro cielo.
Cruzaría todos los mares para llegar a ti.

Por las calles de una ciudad al otro lado del mar,
cuerpos que pasan junto a mí, nadie sabe quién soy.
Sigue tu estrella, pero no cambies:
quiero que volvamos a hacer esto algún día.

¿Recuerdas el sabor de la sal en mi espalda?
¿Las lágrimas en tus ojos cuando canté «Strawberry Wine»?
Cómo fue que te perdí, que estás bajo otro cielo.
Cruzaría todos los mares para llegar a ti.

Esos veranos debieron ser el comienzo.
Ahora las preguntas me desgarran.
Contigo voy a envejecer
o en ti pensaré hasta mi último día.

Fue como tocar las estrellas,
ahora estoy cubierta de heridas.
Viví tu amor,

hoy todo es dolor.
Fuimos todo lo dos pueden ser.
Quizá por eso duele tanto caer.

¿Recuerdas el sabor de la sal en mi espalda?
¿Las lágrimas en tus ojos cuando canté «Strawberry Wine»?
Cómo fue que te perdí, que estás bajo otro cielo.
Cruzaría todos los mares para llegar a ti.

AL OTRO LADO

Ojos azules como el mar,
tienes la mano ganadora en el bolsillo
y te da miedo mostrarla.
¿No estás cansado del azar?

Tus ojos cruzan la sala, aquí estoy.
He estado aquí, al otro lado, todo el tiempo.
Somos dos almas ardidas por el sol en la orilla.
Ascendemos más allá del cielo,
nos sumergimos en la luz.
Quédate, déjame intentar.

Te miro con ojos desesperados.
Las palabras se agolpan en mi boca.
Dejo el escenario sin decirlas,
tan cansada de intentar.

Somos el uno para el otro, como en los cuentos de hadas,
pero te alejas antes de llegar a mí.
No te vayas por otro camino.
Regresa conmigo a ese momento de ilusión.

Antes de que esta varita mágica te alcance como un rayo,
porque puedo vernos bailando con el paso de los años.
Cuando el sueño de otro nos alcance,
deja todo y ven a mí.
Hasta de soñar despierta,
ya no quiero más.

Solo quiero ver tu mirada
descansar en mi rostro.

FINJAMOS

Pincelada final, pizarra en blanco,
el tiempo se nos vino encima,
tan a destiempo, rojo fuego y azul profundo.

Píntame otra vez, en esta habitación.
No borres este borrador.
Me gustaba tanto ese color.
Finjamos, como dos enamorados.

Camisa de seda, empapada de sudor,
bailando contigo.
Tan a destiempo, se separaron nuestros cuerpos.

Píntame otra vez, en esta habitación.
No borres este borrador.
Me gustaba tanto ese color.
Finjamos, como dos enamorados.

Tus labios, mi cuello,
no lo pienses más.
Tan a destiempo, me abrazaste como a una musa.

Píntame otra vez, en esta habitación.
No borres este borrador.
Me gustaba tanto ese color.
Finjamos, como dos enamorados.
¿Vale la pena luchar por tu amor?
No digas nada esta noche.

Eres un visionario con miedo a vivir.
¿Vale la pena luchar por nosotros?
No digas nada esta noche.
¿Vale la pena luchar por nosotros?
Dime una mentira pintada de blanco.
Esta noche nada más.
Esta noche nada más.

Píntame otra vez, en esta habitación
No borres este borrador.
Nuestros cuerpos vibraron en flor.
Finjamos, como dos enamorados.

AL NORTE

Me despierto temblando en la oscuridad del espacio.
Me abrazo los hombros fingiendo que estás conmigo.
Los recuerdos me invaden:
un rayo de esperanza en una atmósfera estéril.

Ven y tráeme luz.
Ven a acabar con esta oscuridad.
Si no vas a luchar, vete ya.

Cierro los ojos, y el tiempo vuelve atrás,
aquel día en que me abrazaste temiendo perderme.
Ven, sé mi refugio en este norte.
Es un sueño, lo sé.
Ven, miremos juntos las estrellas:
despiertos toda la eternidad.

Camino y dejo huellas imborrables.
Son prueba de vida en este día oscuro.
Me canto esa canción que me cantabas en las noches.
Quiero alumbrar los rincones donde estuvo tu piel.

Trae tu corona,
yo me pondré ese vestido.
Si vas a cambiar mi rumbo, no te demores.

Cierro los ojos, y el tiempo vuelve atrás,
aquel día en que me abrazaste temiendo perderme.
Ven, sé mi refugio en este norte.

Es un sueño, lo sé.
Ven, miremos juntos las estrellas:
despiertos toda la eternidad.

Aferrarme a ti es pedirle un deseo a una estrella invisible,
pero la esperanza es siempre la última amiga que se va.
Ven, sé mi refugio aquí en este norte.
Solo tú y yo.
Pon tu brazo sobre mis hombros.
Podríamos ser algo sin igual.

VIAJE DE ENSUEÑO

Rugen truenos en el cielo.
Vamos sin rumbo por la carretera.
Me vuelvo y te miro a mi lado.
Tú conduces y me miras,
«hermosa noche», pensamos.
Entre tú y yo no hace falta hablar.

Es un viaje de ensueño
que se parece a volver casa.
La carretera se abre ante nosotros
y me quito el cinturón de seguridad.
Si vamos a estrellarnos,
quiero romperme en pedazos.

Pensé que siempre tendríamos que esperar
que el azar nos encontrara.
Ahora vamos lado a lado,
sonrisas al viento, sin destino a la vista.

Un amanecer radiante,
mi vestido suelto empapado en sudor.
Nuestros cuerpos entrelazados
en el coche, esa noche en el parque.
Mis manos te aferran. «Cierra los ojos».
Entre tú y yo no hace falta hablar.

Es un viaje de ensueño
que se parece a volver casa.

La carretera se abre ante nosotros
y me quito el cinturón de seguridad.
Si vamos a estrellarnos,
quiero romperme en pedazos.

Pensé que siempre tendríamos que esperar
que el azar nos encontrara.
Ahora vamos lado a lado,
sonrisas al viento, sin destino a la vista.
Las luces de la calle bailan en tus ojos azules.
Tus manos aferran el volante.
Tenemos marcas que se pueden borrar.
Entre tú y yo no hace falta hablar.

BONNIE AND CLYDE

Me pasé la vida con la mirada baja
y las manos en los oídos para acallar las sirenas.
Una y otra vez escapé a gritos por la puerta trasera
aferrándome los hombros hasta que encontré tu calle.
Te dije que solo estaba de paso,
pero bajo tu abrazo me deshice en llanto.

Arrojamos la esperanza al fuego y ahora floto por el espacio más allá de Marte.
Quizá pudimos evitarlo, pero no siento que nada esté perdido:
me abrigan las cenizas de todo eso que pudimos ser.
Volando por Saturno te recuerdo entre mis sábanas
un momento antes de aquellas palabras que debimos callar.
Ya llego a Júpiter, pero aún quiero la Luna.
Sé que no debería
pero tú siempre serás mi amor.

Dejé atrás las sirenas
y pasé corriendo por tu calle sin decir adiós.
No frené hasta que mi piel se tiñó de reflejos brillantes,
mis pies tocaron la orilla, destellos de oro y azul.
No echaba de menos correr:
echaba de menos correr hacia ti.

Arrojamos la esperanza al fuego y ahora floto por el espacio más allá de Marte.
Quizá pudimos evitarlo, pero no siento que nada esté perdido:
me abrigan las cenizas de todo eso que pudimos ser.
Volando por Saturno te recuerdo entre mis sábanas
un momento antes de aquellas palabras que debimos callar.

Ya llego a Júpiter, pero aún quiero la Luna.
Sé que no debería
pero tú siempre serás mi amor.

Fuimos dos niños contando estrellas en la noche,
el par perfecto, Bonnie y Clyde;
dos niños que quisieron la luna.
Amarte fue mi mayor fortuna.

Arrojamos la esperanza al fuego y ahora floto por el espacio más allá de Marte.
Quizá pudimos evitarlo, pero no siento que nada esté perdido:
me abrigan las cenizas de todo eso que pudimos ser.
Volando por Saturno te recuerdo entre mis sábanas
un momento antes de aquellas palabras que debimos callar.
Ya llego a Júpiter, pero aún quiero la Luna.
Sé que no debería
pero tú siempre serás mi amor.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no nació de la noche a la mañana. Llegar hasta aquí ha supuesto lágrimas, una hoja de cálculo de Excel con tres líneas temporales, dos finales diferentes, miles y miles de palabras desechadas y reescritas, listas de reproducción épicas y noches que se transformaban en días. Todo el trabajo invertido en esta novela ha contribuido a hacerla mejor, y no podría haberlo logrado sola.

Se la dedico a mis hijos, Max y Zoey. Su entusiasmo por la vida hace que la mía merezca la pena. Algún día, escribiré un libro que puedan leer. Por ahora, esta es la única página segura para ellos.

A mis padres. Gracias por permitirme, desde muy joven, descubrir lo que me enciende el alma. Y gracias por no haberme dicho nunca que mis sueños no podían hacerse realidad.

Hubo días en que me sentí muy bien escribiendo y días en los que busqué en Google «Cómo escribir un libro». Barry, hiciste que todos esos días fueran mejores. Gracias por tu amor y apoyo incondicionales, y por dejarme escuchar a Taylor Swift siempre que quiero (o sea, siempre).

A mis increíbles agentes literarios, Cait Hoyt y Alex Rice. Gracias por abrazar esta historia y por realmente creer en mí como autora. Sois unas auténticas rocas y los agentes con quienes solo se puede soñar.

A mi brillante editora, Alexandra Sehulster. Gracias por apoyarme cuando te pregunté si podía desechar cuarenta páginas de una novela completamente diferente y empezar este libro de cero. No se lo pusimos fácil a Maggie Vine, ¿verdad? Gracias por animarme a seguir adelante con su historia. No sabes cuánto agradezco tu paciencia y esa mente maravillosa que tienes.

A todo el personal de St. Martin’s Press y Macmillan que han trabajado sin descanso para hacer realidad esta novela, desde los genios de las redes sociales hasta los héroes que se encargaron de la corrección (y descubrieron cuánto adoro usar mal algunas palabras). Gracias especialmente a Alyssa Gammello, Cassidy Graham, Gabriel Guma, Kerri Resnick, Marissa Sangiacomo, NaNá V. Stoelzle y Susannah Noel.

Al resto de los integrantes de este equipo de los sueños: Ashley Silver, Austin Denesuk, Berni Barta, Darian Lanzetta y Olivia Blaustein. Gracias por creer en mí y nunca dejar de luchar por mi éxito.

Al equipo de TMG por mantenerme fuera de la cárcel: Daniel Farr, Tracy Porter y Mallory Zahrt.

A los primeros lectores de esta novela, amigos entrañables a quienes confié esta historia en sus distintas etapas: Allie Greenberg, Azita Ghanizada, Jonny Umansky, Julia Duffy, Randi Blick y Sarah Prinze. Vuestro aliento fue muy importante para mí durante el proceso de escritura.

A Freddy Wexler por plantar en mi mente el germen de esta idea. Eres un verdadero talento.

Hace años, un amigo me dijo muy seriamente que era «trágico» que hubiera dejado de escribir. Esa verdad despertó algo que estaba dormido dentro de mí, y desde entonces no he dejado de escribir. Necesitamos esa clase de personas en nuestra vida, personas que nos empujen a ser la versión más auténtica de nosotros mismos. Tengo la suerte de estar rodeada de amigos y familiares maravillosos. Todos saben quiénes son y saben lo que significan para mí. Y a Eugene Kim, desde el fondo de mi corazón, gracias por decir que era trágico.

A la mujer que sigue luchando por sus sueños a pesar de todos los obstáculos que se interponen en su camino. Este libro es para ti.

Índice

Prólogo. Treinta
1. Treinta (infernales) y cinco
2. Treinta y cinco
3. Veintitrés
4. Treinta y cinco
5. Veintitrés
6. Treinta y cinco
7. Veinticuatro
8. Treinta y cinco
9. Veintisiete
10. Treinta y cinco
11. Catorce
12. Treinta y cinco
13. Quince
14. Treinta y cinco
15. Treinta y cinco
16. Quince
17. Quince
18. Treinta y cinco
19. Veintisiete
20. Treinta y cinco
21. Treinta y cinco
22. Treinta y cinco
23. Treinta y cinco
24. Treinta y cinco

25. Treinta y cinco
26. Casi dieciséis
27. Treinta y cinco
28. Treinta y cinco
29. Veintinueve
30. Treinta y cinco
31. Treinta y cinco
32. Veintinueve
33. Treinta y cinco
34. Treinta y cinco
35. Treinta y cinco
36. Treinta y cinco
37. Diecisiete
38. Treinta y cinco
39. Treinta y cinco
40. Treinta y cinco
41. Treinta y cinco
42. Treinta y cinco
43. Veintinueve
44. Treinta y cinco
45. Treinta
46. Treinta y cinco
47. Treinta y uno
48. Treinta y cinco
49. Treinta y cuatro
50. Treinta y cinco
51. Treinta y cinco
52. Diecisiete
53. Treinta y cinco
54. Treinta y cinco
55. Diecisiete
56. Treinta y nueve

Bajo otro cielo

Al otro lado

Finjamos

Al norte

Viaje de ensueño
Bonnie and Clyde
Agradecimientos

Título original: *Maybe Once, Maybe Twice*
Traducción del inglés: Mariángel Mauri
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: octubre de 2024

© © 2024, Alison Rose Greenberg
© 2024, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Publicado bajo acuerdo con Max and Zoey, Inc., que forma parte de Creative Artists Agency

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ISBN 978-84-19873-82-8

EUROPA

Seguinos

VReuropa

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Alison Rose Greenberg
Portada
Dedicatoria
Epígrafe
Prólogo. Treinta
1. Treinta (infernales) y cinco
2. Treinta y cinco
3. Veintitrés
4. Treinta y cinco
5. Veintitrés
6. Treinta y cinco
7. Veinticuatro
8. Treinta y cinco
9. Veintisiete
10. Treinta y cinco
11. Catorce
12. Treinta y cinco
13. Quince
14. Treinta y cinco
15. Treinta y cinco
16. Quince
17. Quince
18. Treinta y cinco
19. Veintisiete
20. Treinta y cinco
21. Treinta y cinco
22. Treinta y cinco
23. Treinta y cinco
24. Treinta y cinco
25. Treinta y cinco
26. Casi dieciséis
27. Treinta y cinco
28. Treinta y cinco
29. Veintinueve
30. Treinta y cinco
31. Treinta y cinco
32. Veintinueve
33. Treinta y cinco
34. Treinta y cinco
35. Treinta y cinco

36. Treinta y cinco
37. Diecisiete
38. Treinta y cinco
39. Treinta y cinco
40. Treinta y cinco
41. Treinta y cinco
42. Treinta y cinco
43. Veintinueve
44. Treinta y cinco
45. Treinta
46. Treinta y cinco
47. Treinta y uno
48. Treinta y cinco
49. Treinta y cuatro
50. Treinta y cinco
51. Treinta y cinco
52. Diecisiete
53. Treinta y cinco
54. Treinta y cinco
55. Diecisiete
56. Treinta y nueve
Bajo otro cielo
Al otro lado
Finjamos
Al norte
Viaje de ensueño
Bonnie and Clyde
Agradecimientos
Índice
Créditos


WINK POPPY MIDNIGHT
April Genevieve Tucholke

Wink, Poppy, Midnight

Tucholke, April Genevieve
9788412214857
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En todas las historias hay un HÉROE.

En todas las historias hay un VILLANO

En todas las historias hay un MISTERIO.

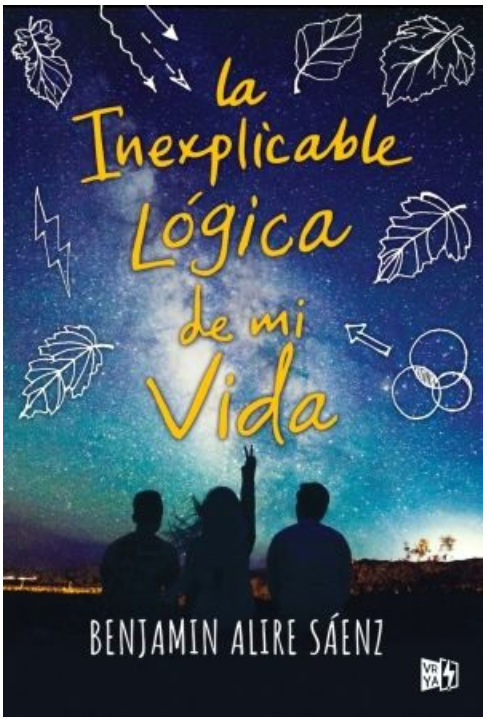
Wink es la chica rara y enigmática del vecindario. La chica que lee demasiado.

Poppy es la rubia arrogante y manipuladora que consigue todo lo que se propone. La chica que se quiere demasiado.

Midnight es el chico dulce y sensible que duda demasiado. Está atrapado entre las dos.

Deja que las voces de los tres protagonistas te sumerjan en una trama que, como todas las historias, gira en torno al amor, la justicia y la venganza. Deja que la tentadora prosa de April Genevieve Tucholke despierte tus sentidos y te acune ahí donde se cruzan verdad, mentira, magia y realidad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


la Inexplicable Lógica de mi Vida
BENJAMIN ALIRE SÁENZ

La inexplicable lógica de mi vida

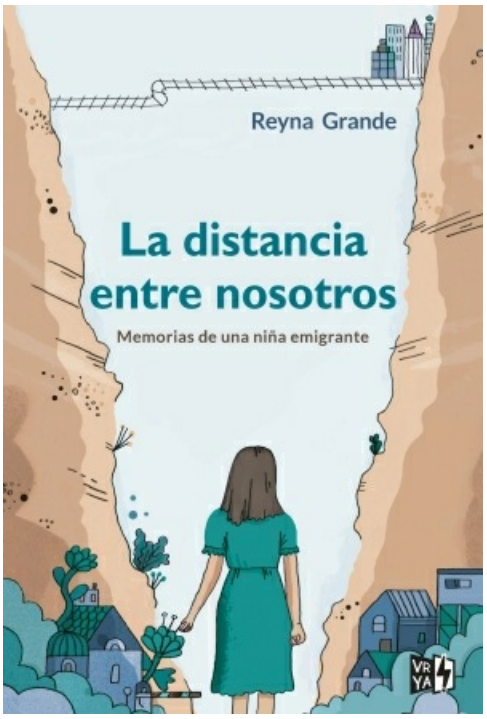
Sáinz, Benjamin Alire
9788412214840
456 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sáenz explora las relaciones de un estudiante de bachillerato a punto de graduarse, en una historia de aprendizaje y crecimiento llena de calidez y compasión.

Ha llegado el otoño y, con él, el último año de instituto. Según su inseparable Sam, para Salvador y ella empieza la vida. La universidad y la madurez son promesas a punto de cumplirse. Salvador sabe que todo va a cambiar, pero no sospecha hasta qué punto. Ya el primer día de clase se descubre pegando a un chico que ha insultado a su padre. Jamás había sentido esa violencia. ¿Habrán aflorado los genes del desconocido padre biológico?
A golpe de desilusiones, conflictos y pérdidas, el mundo de Salvador y sus amigos se transforma vertiginosamente. Él desea reconstruirlo, en busca de una nueva lógica que explique su vida. En el camino dejará mucho atrás, pero también ganará. Aprenderá a identificar y vencer los miedos, y dará con una reconfortante certeza: el amor incondicional existe.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Reyna Grande
La distancia entre nosotros
Memorias de una niña emigrante
VR YA

La distancia entre nosotros

Grande, Reyna
9788412214826
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hay libros que nos transforman.

Hay libros que ayudan a mejorar el mundo.

Este es uno de ellos.

Reyna tiene cuatro años y vive con su madre y sus dos hermanos en Guerrero, el segundo estado más pobre de México. Ya no recuerda a su padre, que emigró en busca de trabajo a Estados Unidos, El Otro Lado. Un día, su madre decide arriesgarse a cruzar la frontera para reunirse con él. Promete volver pronto con dinero suficiente para construir la casa de sus sueños y deja a los niños con la abuela paterna, una mujer cruel, endurecida por la vida.

Sin embargo, pasan los años y la promesa del regreso no se cumple. ¿Se han olvidado de ellos? ¿Ya no los quieren? La distancia resulta insoportable, hasta que por fin reaparece el padre y logra llevarlos clandestinamente hasta El Otro Lado. Pero ahí las cosas no son como Reyna esperaba: entre ella y su entorno se abre una terrible distancia emocional. Por suerte, halla consuelo en sus hermanos, la literatura y su imaginación.

Con una autenticidad y una fuerza irresistibles, Reyna Grande nos ofrece una extraordinaria historia de superación y da voz a los cientos de miles de niños que, con sus miedos y sus ilusiones, se ven obligados a abandonarlo todo para llegar a su Otro Lado.

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Este libro debería ser de lectura obligatoria en las universidades, o mejor aún, para los miembros del Congreso de Estados Unidos." ***The Washington Independent Review of Books***

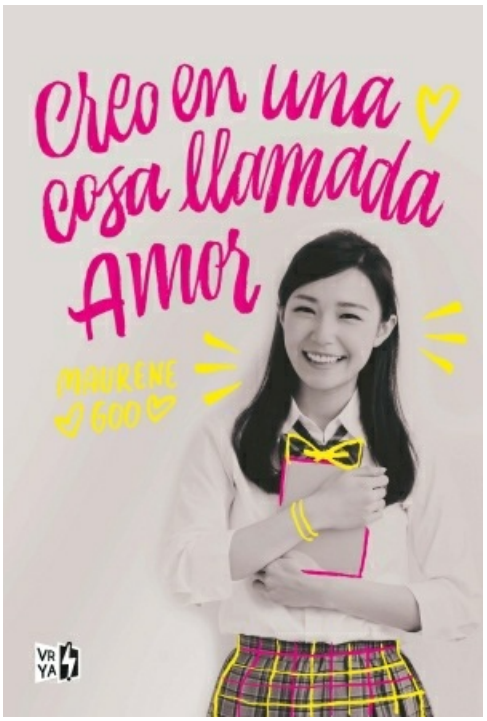
"Una autobiografía cautivadora e inspiradora [...] Cuenta sin victimismo y con elegancia el dolor de una familia golpeada por continuas separaciones y traumas." ***Publishers Weekly,*** reseña destacada

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Una historia profunda que ensalza el poder de la determinación y el amor por los libros." ***Los Angeles Review of Books***

"Un libro de una sinceridad brutal [...] *Las cenizas de Ángela* de la experiencia del inmigrante mexicano." ***Los Angeles Times***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Creo en una cosa llamada Amor
MAURENE GOO
VR YA

Creo en una cosa llamada amor

Goo, Maurene
9788412095098
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Puedes lograr cualquier cosa si sigues un plan. Incluso enamorarte.

Desi es una chica equilibrada, casi perfecta, un ejemplo a seguir, que sobresale en todos los ámbitos de la vida excepto uno. ¿Lo adivinas? Sí, el amor: ella cree firmemente en él, pero a la práctica es torpe, incluso catastrófica, un eficaz imán para las situaciones humillantes.

Cuando conoce a Luca, siente un flechazo de película. ¿Qué hacer? No podría soportar otro fracaso. Entonces llega la gran revelación: la clave está en las series coreanas que su padre devora. ¡Es una cuestión de método, y ese es su mayor talento! Así, analizado minuciosamente lo que ocurre en los doramas, prepara un plan infalible para conquistar el corazón de su amado. Al fin y al cabo, su poder de organización nunca le ha fallado, y todas las series tienen un final feliz, ¿verdad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


COLLIDE
Fuera del hielo
BAL KHABRA
VeRa

Collide

Khabra, Bal
9788419873620
444 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Summer Preston lleva años trabajando sin descanso para convertirse en psicóloga deportiva, pero todos sus sueños se tambalean cuando se ve obligada a trabajar con Aiden Crawford, el engreído capitán del equipo de hockey, deporte del que lleva huyendo toda su vida. Aiden Crawford se ha ganado a pulso el puesto de capitán del equipo de hockey, pero una serie de errores amenazan con poner en peligro esta posición. Ahora, si quiere salvar la temporada y, muy posiblemente, su futuro profesional, deberá hacer de conejillo de indias en el proyecto de Summer, y no será fácil. La vida meticulosa de Summer choca con la naturaleza impulsiva de Aiden, las provocaciones estarán a la orden del día, y el problema: ninguno está dispuesto a aceptar la derrota. ¿Puede haber un ganador?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)